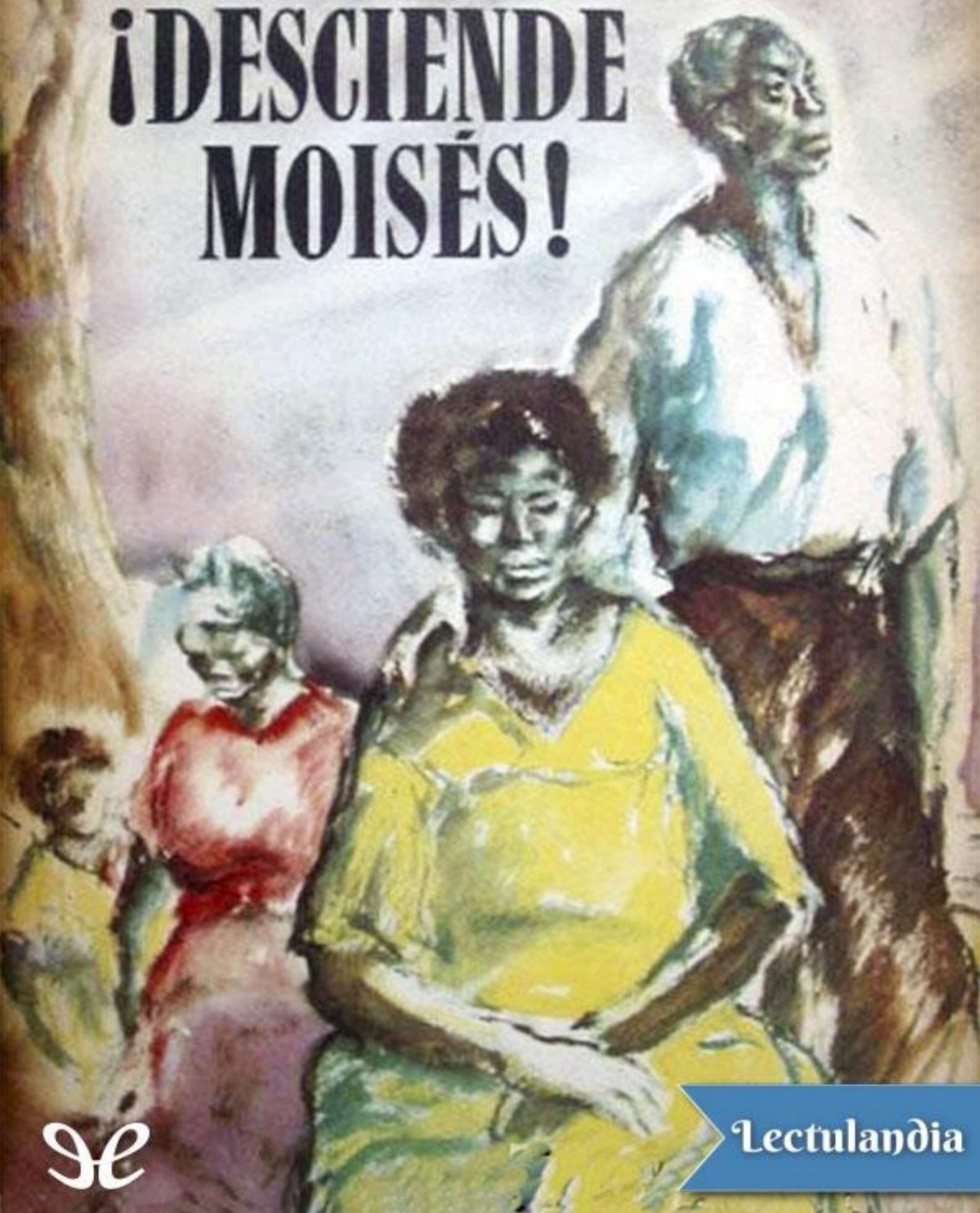


WILLIAM FAULKNER

**¡DESCIENDE
MOISÉS!**



Lectulandia

El conjunto de los siete relatos que componen «Desciende, Moisés» se integran en un todo que hacen del libro una especie de novela episódica, ya que en muchos sentidos termina percibiéndose como capítulos, con saltos temporales, relacionados en gran medida con el mismo conjunto de personajes y, en muchos casos, con una temática que les proporciona una coherencia unitaria. En estos relatos aparecen los temas típicos del universo faulkneriano, como son las difíciles relaciones entre blancos y negros, la lucha encarnizada por la posesión de la tierra, las relaciones hostiles entre los hombres y su entorno natural, el efecto corrosivo del dinero y la complejidad de unos personajes cuya dificultad para relacionarse es a veces abismal. Pero, además de todo esto, en «Desciende, Moisés» se introduce un nuevo elemento que adquiere especial relevancia en casi todo el libro: se trata de la naturaleza. En la mayor parte de los relatos aparece la naturaleza como un factor que humaniza a sus personajes, ya que es en este entorno alejado de la civilización donde se sienten cómodos, lejos de un mundo cuyo progreso, paradójicamente, los enajena y los corrompe. A través de múltiples escenas de caza, los protagonistas se enfrentan al lado más salvaje de las cosas y aceptan su dureza sin rechistar. Incluso cuando todo el objetivo de unos personajes se reduce a dar caza a un viejo y astuto oso que lleva años campando a sus anchas por los bosques sin que nadie haya podido darle caza, ese instinto asesino termina por reducirse cuando se presenta la oportunidad de matarlo. De esta forma vemos un resquicio de humanidad, un atisbo de compasión en el fondo de unos corazones que parecen asolados, encallecidos con el paso del tiempo.

Lectulandia

William Faulkner

**¡Desciende Moisés! (Trad. Ana M.
Foronda)**

ePub r1.0

Titivillus 08.09.2017

Título original: *Go down, Moses!*
William Faulkner, 1942
Traducción: Ana María Foronda

Editor digital: Titivillus
Edición íntegra. No resumida
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A MAMMY CAROLINE BARR
MISSISSIPPI (1840-1940).

Que nació en la esclavitud y profesó a mi familia una fidelidad
desinteresada y sin límites, y a mi niñez una inmensa veneración y amor.

UN MOMENTO LECTOR...

Un momento, lector, antes de que empieces a sumergirte en Faulkner. No por él, pues está demasiado alto, sino pensando en ti, lector, y en mí, te detengo un instante antes de que comiences su lectura. Habrá pasajes, muchos pasajes, que te parecerán quizás extraños, no transcritos en castizo español. Piensa que estos relatos de Faulkner, como casi toda su obra, están envueltos en música, y que todo traductor de Faulkner debe ser, a mi juicio, como un músico que copia música ajena, sin que le falte un acorde, sólo pasando las notas de un papel a otro papel. Esta maravillosa sinfonía de Faulkner, que elevará tu espíritu a alturas insospechadas y de la que no te olvidarás nunca, exige siempre, a mi juicio, que el ritmo de la frase suene en una cadencia no usual, para conservar su pureza, su forma y su intención originales. Respetando siempre, ¡y cómo no!, nuestro maravilloso idioma, no me he atrevido a hacer de esta obra magnífica una versión cinematográfica, doblada, escribiendo «cariño» donde él dice «querida». La puntuación ha sido respetada en lo posible, como en él original, y el ritmo de la frase, tan de acuerdo con el ritmo de la idea, también ha sido conservado.

Y cuando lo hayas leído, lector, seguramente me darás la razón, sintiendo, al igual que yo, la belleza de éstos «*spirituals*», que rompen todos los cánones y rebasan todos los cauces.

A. M. DE F.

FUE

CAPÍTULO 1

ISAAC MCCASLÍN, *Tío Ike*, pasados los setenta y más cerca de los ochenta de los que confesaba, viudo y tío de medio distrito y padre de nadie.

Esto no fue algo en lo que hubiese participado o asistido él en persona, sino su primo mayor, McCaslin Edmonds, nieto de la hermana del padre de Isaac y descendiente así por línea de mujer, y a pesar de ello heredero, y a su tiempo testador, de aquello que algunos pensaron entonces y otros aún pensaban debía pertenecer a Isaac, puesto que suyo era el nombre al que el derecho de la tierra fue concedido por primera vez por la patente india y que algunos de los descendientes de los esclavos de su padre aún llevaban en la región. Pero Isaac no era uno de éstos: viudo desde hacía veinte años, que en toda su vida no poseyó sino un solo objeto que no pudiese ponerse o llevar en los bolsillos y en las manos, y ése era el catre de hierro y el sucio colchoncillo que usaba cuando dormía en los bosques para cazar gamos y osos, o para pescar o simplemente porque amaba los bosques; no tenía ninguna propiedad rural ni nunca la había deseado, ya que la tierra no era de un hombre sino de todos los hombres, como lo son la luz y el aire y las estaciones; que vivía aún en la frágil casa de madera en Jefferson que el padre de su esposa les dio cuando se casaron y que su esposa le legó al morir y que él simuló aceptar, para contentarla, para hacerle más fácil su partida, pero que no era suya, testamento o no, a pesar de la voluntad de la moribunda, y él únicamente la tenía para la hermana de su esposa y sus hijos que vivían allí desde la muerte de su esposa y él se consideraba feliz de alojarse en una sola habitación, como había hecho durante la vida de su esposa o ella durante su propio tiempo o la cuñada con los hijos durante el resto del suyo y después ni algo en lo que hubiese palpado o que al menos recordase sino por haberlo oído, por haberlo escuchado, llegando a él por y a través de su primo McCaslin nacido en 1850 y dieciséis años más viejo que él, y por tanto, estando su padre próximo a los setenta cuando Isaac, hijo único, nació, más hermano que primo y más padre que otra cosa, en el tiempo antiguo, en los viejos días.

CAPÍTULO 2

CUANDO él y Tío Buck volvieron corriendo a la casa habiendo descubierto que Turl de Tomey se había escapado otra vez, oyeron al Tío Buddy maldiciendo y rugiendo en la cocina, luego el zorro y los perros salieron de la cocina y atravesaron la antesala y se metieron en el cuarto de los perros y los oyeron correr desde el cuarto de los perros al interior del cuarto suyo y del Tío Buck, luego los vieron cruzar de nuevo la antesala hacia la habitación del Tío Buddy y los oyeron correr por la habitación de Tío Buddy otra vez a la cocina y esta vez parecía como si toda la chimenea de la cocina se hubiese derrumbado y el Tío Buddy resoplando como un barco de vapor y esta vez el zorro y los perros y cinco o seis troncos de leña salieron juntos de la cocina con Tío Buddy en medio de ellos golpeando en todas direcciones con un palo.

Fue una buena carrera.

Cuando él y Tío Buck corrieron a su habitación para coger la corbata de éste, el zorro se había escondido detrás del reloj sobre la repisa de la chimenea. Tío Buck sacó la corbata del cajón y echó a los perros a patadas y cogió al zorro por el cuello y lo metió en el cuévano debajo de la cama y fueron a la cocina, donde Tío Buddy estaba recogiendo el desayuno de entre las cenizas y limpiándolo con su delantal.

—¿En qué demonios estabas pensando —dijo— para dejar salir a ese zorro con todos los perros sueltos por la casa?

—No te preocupe el zorro —dijo Tío Buck—. Turl de Tomey se ha escapado de nuevo. Danos pronto algo de desayunar a Cass y a mí. Quizá podamos atraparlo antes de que llegue allí.

Porque ellos sabían exactamente a dónde había ido Turl de Tomey, a dónde siempre que podía escapar, lo que solía ocurrir un par de veces al año. Se dirigía hacia la propiedad de Mr. Hubert Beauchamp, apenas pasado el límite del distrito, que la hermana de Mr. Hubert, Miss Sophonsiba (Mr. Hubert era también soltero como Tío Buck y Tío Buddy) trataba aún de que la gente la llamase Warwick, por una localidad de Inglaterra de la que ella decía que Mr. Hubert hubiera sido el verdadero conde sólo con que hubiera tenido suficiente orgullo, para no hablar de energía, para tomarse el trabajo de hacer valer sus derechos. Turl de Tomey iba allí para rondar a una muchacha de Mr. Hubert, llamada Tennie, hasta que alguien iba a atraparlo. Ellos no podían retenerlo en casa comprando a Tennie a Mr. Hubert, porque Tío Buck decía que él y Tío Buddy tenían ya tantos negros que no podían andar libremente por sus tierras; y no podían vender Turl de Tomey a Mr. Hubert porque Mr. Hubert decía que no sólo no quería comprar a Turl de Tomey, sino que no le gustaría tener en sus tierras a aquel blanco medio McCaslin ni siquiera de regalo, ni aunque Tío Buck y Tío Buddy le pagaran la comida y el alojamiento. Y si alguien no iba pronto a buscar a Turl de Tomey, Mr. Hubert lo hubiera devuelto, llevándose tras

él a Miss Sophonsiba, y se hubieran quedado allí una semana o más, Miss Sophonsiba viviendo en la habitación de Tío Buddy y Tío Buddy enviado sin contemplaciones fuera de casa, a dormir a una cabaña donde solían dormir los negros en tiempos de su bisabuelo, hasta que éste murió y Tío Buck y Tío Buddy enviaron a todos los negros a la casa grande que el bisabuelo no tuvo tiempo de acabar y ni siquiera podían cocinar cuando aquéllos estaban allí, y sólo iban a casa para sentarse en la veranda después de cenar, entre Mr. Hubert y Tío Buck, hasta que pasado un rato incluso Mr. Hubert se cansaba de decir cuántas cabezas de negros y acres de tierra añadiría a lo que quería darle a Miss Sophonsiba cuando se casase, y se iban a la cama. Y una medianoche del pasado verano Tío Buddy estaba despierto por casualidad y oyó a Mr. Hubert que se iba y antes de que despertase a todos y Miss Sophonsiba se hubiera levantado y vestido y los animales enganchados a la carreta y alcanzando a Mr. Hubert, ya era casi de día. Por eso eran siempre él y Tío Buck los que iban a buscar a Turl de Tomey, porque Tío Buddy no iba nunca a ningún sitio, ni siquiera a la ciudad y tampoco a buscar a Turl de Tomey a casa de Mr. Hubert, aunque todos ellos supiesen que Tío Buddy hubiera podido correr ese riesgo con mucha más seguridad que Tío Buck.

Desayunaron de prisa. Tío Buck se puso la corbata mientras corrían hacia el cercado para coger los caballos. Las únicas veces que Tío Buck llevaba corbata se lo debía a Turl de Tomey, y no la había vuelto a sacar del cajón desde aquella noche del pasado verano en que Tío Buddy le despertó diciéndole:

—Levántate de la cama y date prisa.

Tío Buddy no poseía siquiera una corbata; Tío Buck decía que Tío Buddy no quería correr el riesgo ni siquiera en un distrito como aquél, donde las señoras eran tan escasas que un hombre podía cabalgar durante días enteros en línea recta sin encontrar ni una. Su abuela (era hermana de Tío Buck y de Tío Buddy y se hizo cargo de él cuando murió su madre. De ahí era de donde tomó su nombre: McCaslin, Carothers, McCaslin Edmonds) decía que Tío Buck y Tío Buddy usaban la corbata como uno de tantos sistemas para desafiar a la gente a que dijese que parecían gemelos, ya que aún a sus sesenta años estaban dispuestos a darse de puñetazos con cualquiera que se atreviese a decir que no podía distinguir a uno del otro; a lo que su padre respondió que quien jugase una vez al póquer con Tío Buddy no lo confundiría nunca más con Tío Buck ni con ninguna otra persona.

Jonas había ensillado los dos caballos y estaba esperando. Por su manera de montar a caballo Tío Buck no parecía un hombre de sesenta años, pues era delgado y ágil como un gato, con su cabeza redonda, blanca, con el pelo casi cortado al rape y sus ojillos duros y grises y los hirsutos pelos blancos en el mentón. Al poner el pie en el estribo el caballo ya se movía, corriendo hacia la tranquera abierta, antes de que Tío Buck cayera en la montura. También él se encaramó sobre el *poney*, antes de que Jonas pudiese izarlo a la silla, y a fuerza de talones lo dirigía fuera de la tranquera, detrás de Tío Buck, cuando Tío Buddy (él ni siquiera lo había advertido) se paró en la

tranquera y agarró el bocado.

—Vigíle —dijo Tío Buddy—. Vigila a Theophilus. En el minuto mismo que parezca que la cosa no marcha, ven corriendo a llamarme. ¿Oyes?

—Sí, señor —dijo él—. Pero ahora déjeme ir. No podré alcanzar a Tío Buck, y menos a Turl de Tomey...

Tío Buck montaba *Black John*, porque si consiguieran solamente ver a Turl de Tomey por lo menos a una milla de la tronquera de Mr. Hubert, *Black John* le alcanzaría en dos minutos. Cuando llegaron a la inmensa llanura a unas tres millas de la propiedad de Mr. Hubert, estaba Turl de Tomey sobre la mula *Jake* a cosa de una milla delante de ellos. Tío Buck echó el brazo hacia fuera y atrás, tirando de las riendas, agazapado sobre el gran caballo, con la pequeña cabeza redonda y el cuello nudoso echados hacia delante como los de una cerceta.

—¡Se escapó! —susurró—. Tú quédate atrás, no sea que te vea y eche a correr. Yo le rodearé a través del bosque y lo cogemos en medio del vado.

Él esperó hasta que Tío Buck desapareció en el bosque. Luego continuó. Pero Turl de Tomey le vio. Se había precipitado demasiado; quizá tenía miedo de no llegar allá a tiempo. Fue la mejor carrera que jamás viera. Nunca vio a la vieja *Jake* galopar tan de prisa, y nadie hubiera imaginado que Turl de Tomey pudiera andar más rápido de lo que era su paso normal, ni siquiera cuando montaba en mula. Tío Buck lanzó un grito de guerra, apareciendo a su vista, y *Black John* salió de entre los árboles, corriendo, rígido y plano como un halcón, con Tío Buck tieso detrás de las orejas y chillando tanto que parecía exactamente un gran halcón negro montado por un gorrión, a través de un campo y más allá del foso y a través del campo próximo, y él también corría y gritaba; la yegua se lanzó antes de que pudiera imaginárselo, y él también gritaba. Siendo negro, Turl de Tomey hubiera debido tirarse al suelo y correr a pie apenas los hubiese visto. Pero no lo hizo; quizá hubiese escapado de Tío Buck tantas veces que hasta había aprendido a hacerlo como los hombres blancos.

Fue como si él y la vieja *Jalee* hubieran agregado la velocidad del paso natural de Turl de Tomey al paso más rápido que la vieja *Jalee* tuviera en su vida, siendo esto suficiente para ganar a Tío Buck al llegar al vado. Por eso cuando él llegó con su *poney*, *Black John* se hallaba jadeante y cubierto de sudor y Tío Buck estaba desmontado y le hacía andar en círculo para calmarlo, oyéndose ya a una milla de distancia el cuerno que anunciaba la comida en la plantación de Mr. Hubert.

Solamente por cierto tiempo pareció que Turl de Tomey no se encontrase tampoco en la propiedad de Mr. Hubert. El muchacho estaba aún sentado en el palo de la tranquera tocando el cuerno, que no era una tranquera, sino sólo dos palos y encima de uno de ellos un muchacho negro, más o menos de la estatura de él, Cass, que tocaba un cuerno de caza; esto era lo que Miss Sophonsiba insistía en recordar a la gente que se llamaba Warwick, aunque supieran hacía ya tiempo que así hubiera querido llamarlo ella y hasta que no lo llamaba Warwick parecía como si ella no comprendiese de qué estaban hablando y le hacía el efecto de que ella y Mr. Hubert

poseyeran dos plantaciones diferentes sobre la misma superficie de tierra, la una encima de la otra. Mr. Hubert estaba sentado en el pabellón del jardín, sin botas y con los pies en el agua, bebiendo un *toddy*^[1]. Pero allí nadie había visto a Turl de Tomey; durante un momento hasta pareció que Mr. Hubert ni siquiera llegase a comprender de qué estaba hablando Tío Buck.

—¡Oh, ese negro! —dijo al fin—. Lo encontraremos después de comer.

Pero parecía que, por el momento tampoco se fuese a comer. Mr. Hubert y Tío Buck tomaron un *toddy*, luego Mr. Hubert mandó decir al muchacho de la puerta que podía dejar de tocar el cuerno, y él y Tío Buck tomaron otro *toddy* repitiendo Tío Buck:

—Sólo quiero mi negro. Tenemos que regresar.

—Después de comer —dijo Mr. Hubert—. Si no lo encontramos cerca de la cocina, le echaremos los perros. Ellos lo encontrarán.

Al fin una mano empezó a agitar un pañuelo, o alguna cosa blanca, a través de la rendija de un postigo en el primer piso. Entraron en la casa por la puerta de atrás, advirtiéndoles Mr. Hubert, como siempre lo hacía, que tuvieran cuidado con las tablas podridas del piso que aún no había podido arreglar.

Luego permanecieron en la antesala hasta que poco después oyeron un ruido confuso y unos pasos y empezaron a oler un perfume, y Miss Sophonsiba bajó por la escalera. Sus cabellos estaban recogidos en una cofia de encaje; llevaba el vestido de los domingos, y collares y un lazo rojo alrededor de la garganta, y una negrita le llevaba el abanico, quedándose él en silencio detrás de Tío Buck, observando sus labios hasta que ella los abrió, pudiendo ver el diente de caballo. Hasta entonces él no había visto a nadie con un diente de caballo y recordaba que una vez su abuela y su padre estaban hablando de Tío Buddy y Tío Buck y su abuela dijo que Miss Sophonsiba se había hecho una hermosa mujer. Pudiera ser. Él no lo sabía. El entonces sólo tenía nueve años.

—Caramba, Mr. Theophilus —dijo ella—. Y McCaslin. —Ella ni siquiera lo había mirado y no se dirigía a él y él lo sabía, aunque estaba preparado para echar el pie hacia atrás cuando Tío Buck lo hubiese hecho—. Bienvenidos a Warwick.

Él y Tío Buck echaron el pie hacia atrás.

—Sólo he venido a buscar mi negro —dijo Tío Buck—. Cuando lo hayamos cogido volveremos a casa.

Entonces Miss Sophonsiba dijo algo de un abejorro, pero él no podía recordar nada. Fue todo demasiado de prisa y eran demasiadas cosas, los pendientes y los collares entrechocando y tintineando como la cadenita de una mula de juguete al trote, hasta el perfume demasiado fuerte, como si los pendientes y los collares lo esparcieran a su alrededor cada vez que se movían y él observaba el amarillo diente caballuno aparecer y brillar entre los labios; algo acerca de que Tío Buck era una abeja libando de flor en flor que no se detenía mucho tiempo en ningún sitio y todo aquel dulce acumulado se desperdiciaba en la desierta atmósfera de Tío Buddy,

llamando a Tío Buddy señor Amodeus, como llamaba a Tío Buck señor Theophilus, o quizá toda aquella miel se estaba reservando para el advenimiento de una reina y ¿quién era la afortunada reina?

—¿Señora? —dijo Tío Buck.

Entonces Mr. Hubert dijo:

—Ah. Una abeja macho. Creo que ese negro creerá que es un abejorro, cuando le eche mano. Pero creo que en cuanto a libar Buck está pensando en este momento en una salsa de carne y unas galletas y una taza de café. Y yo también.

Fueron al comedor y comieron y Miss Sophonsiba dijo entonces con mucha seriedad que unos vecinos que se encontraban sólo a media jomada a caballo no debían estar tanto tiempo sin dejarse ver como Tío Buck, y Tío Buck dijo: «Sí, señora», y Miss Sophonsiba dijo que Tío Buck no era sino un solterón recalcitrante y vagabundo desde su nacimiento, y esta vez Tío Buck dejó de masticar y levantó los ojos y dijo que sí, señora, que sin duda lo era y que era ya demasiado tarde para cambiar, pero que al menos podía dar gracia a Dios porque ninguna mujer tendría que padecer el suplicio de vivir con él y con Tío Buddy, y Miss Sophonsiba dijo ah, quizá Tío Buck no había encontrado aún a la mujer que no sólo hubiera aceptado aquello que Tío Buck se complacía en llamar suplicio, sino que hiciera que Tío Buck considerase su libertad bien poca cosa, y Tío Buck dijo:

—No, señora; todavía no.

Luego él y Mr. Hubert y Tío Buck fueron a la veranda y se sentaron. Mr. Hubert no había acabado aún de quitarse las botas y de invitar a Tío Buck a quitarse las suyas, cuando Miss Sophonsiba salió por la puerta llevando una bandeja con otro *toddy*.

—Diablos, Sibbey —dijo Mr. Hubert—. Apenas acaba de comer. No quiere beber ahora.

Pero Miss Sophonsiba pareció como si ni siquiera le hubiese oído. Se quedó allí, el diente de caballo no se le veía porque no hablaba, ofreciendo el *toddy* a Tío Buck, hasta que, pasado un rato, dijo que su padre solía decir siempre que nada endulzaría un *toddy* del Mississippi como la mano de una señorita del Mississippi y ¿quería ver Tío Buck cómo acostumbraba ella a endulzar el *toddy* de su papá? Cogió el *toddy* y bebió un sorbo y se lo ofreció de nuevo a Tío Buck y esta vez Tío Buck lo cogió. Echó el pie hacia atrás y bebió el *toddy* y dijo que si Mr. Hubert se iba a descansar, también él se echaría un poco, ya que como se habían puesto las cosas todo hacía creer que Turl de Tomey se había propuesto brindarles una caza larga y fatigosa, a menos que los perros de Mr. Hubert no fuesen mucho mejores de lo que solían ser.

Mr. Hubert y Tío Buck entraron en la casa. Después de un rato también él se levantó y fue al patio de atrás a esperarles. La primera cosa que vio fue la cabeza de Turf de Tomey que se deslizaba a lo largo del seto del sendero. Pero cuando él atravesó el patio para cortarle el camino, Turf de Tomey ni siquiera estaba corriendo. Se había acurrucado tras unas matas, observando la casa, espiando a través del ramaje

la puerta posterior y las ventanas, y le dijo con una voz que no era un susurro pero tampoco fuerte:

—¿Qué están haciendo ahora?

—Están durmiendo la siesta —dijo él—. Pero esto no importa; apenas se levanten te echarán los perros encima.

—Ah —dijo Turf de Tomey—. Tampoco tú debes preocuparte por nada. Ahora tengo una protección. Lo que tengo que hacer es impedir al viejo Buck que me atrape hasta que yo reciba la palabra.

—¿Qué palabra? —dijo él—. ¿Una palabra de quién? ¿Va Mr. Hubert a comprarte a Tío Buck?

—Ah —dijo de nuevo Turf de Tomey—. Tengo una protección mejor que la que puede tener Mr. Hubert. —Se puso de pie—. Voy a decirle algo que debes recordar: cada vez que quieras que se haga una cosa, desde preparar una cosecha hasta casarte, encomienda el asunto a las mujeres. Luego todo lo que tienes que hacer es quedarte tranquilo y esperar. Recuerda esto.

Luego Turf de Tomey se fue. Y pasado un momento él volvió a entrar en la casa. Pero allí no había más que ronquidos que procedían de la habitación donde se hallaban Mr. Hubert y Tío Buck, y un ronquido más leve que llegaba del piso de arriba. Fue al pabellón y se sentó con los pies en el agua como había hecho Mr. Hubert, porque dentro de poco ya habría refrescado bastante para la caza. Y, en efecto, al poco rato Mr. Hubert y Tío Buck aparecieron en la veranda, y tras de ellos Miss Sophonsiba con la bandeja del *toddy*, sólo que esta vez Tío Buck bebió el suyo antes de que Miss Sophonsiba tuviese tiempo de endulzarlo, y Miss Sophonsiba les dijo que volviesen pronto, porque Tío Buck no conocía de Warwick sino perros y negros y ya que ella lo tenía allí, quería enseñarle su jardín, en el que no mandaba ni Mr. Hubert ni nadie.

—Sí, señora —dijo Tío Buck—. Yo sólo quiero atrapar mí negro. Cuando lo hayamos cogido nos volveremos a casa.

Cuatro o cinco negros acercaron los tres caballos. Ya se podían oír los perros que esperaban aún sujetos en trailla en el sendero, y ellos montaron los caballos y fueron senda abajo, hacia las casas de los negros, con Tío Buck a la cabeza de todos, hasta de los perros. Por eso él no supo bien en qué momento ni dónde apareció Turf de Tomey, ni si había o no brotado de una de las cabañas. Tío Buck se hallaba delante de todos sobre *Black John* y ellos todavía no habían soltado los perros cuando Tío Buck rugió:

¡Vamos! ¡Ya salió! —y *Black John* hizo resonar sus cascos cuatro veces como cuatro pistoletazos, mientras se disponía a lanzarse, luego él y Tío Buck desaparecieron detrás de la colina como si fuesen corriendo más allá del confuso límite del mundo. También Mr. Hubert rugía:

—¡Se ha ido! ¡Soltadlos!

Y todos a la vez se amontonaron al otro lado de la colina apenas a tiempo para ver

a Turl de Tomey lejos en la pradera, cerca del bosque, y el abigarrado enjambre de perros bajando la colina, siguiendo por la llanura. Y cuando tumultuosamente estuvieron alrededor de Turl de Tomey pareció como que trataban de saltarle encima con alegría y querían lamerle la cara, hasta que Turl de Tomey aflojó la marcha y él y los perros entraron juntos en el bosque, al paso como si regresasen de la caza del conejo. Y cuando alcanzaron a Tío Buck en el bosque, no estaban allí ni Turl de Tomey ni los perros, y no hallaron sino, al cabo de media hora, a la vieja *Jake* trabada en medio de un grupo de arbustos con la chaqueta de Turl de Tomey atada a la grupa como montura, y cerca de media arroba de la avena de Mr. Hubert desparramada por el suelo a su alrededor, porque la vieja *Jake* no tenía ya suficiente apetito para comérsela y la cogía y la volvía a escupir. No había sido una buena carrera.

—Lo cogemos esta noche —dijo Mr. Hubert—. Le tenderemos una trampa. Pondremos una guardia de negros y de perros en torno a la casa de Tennie a eso de la medianoche, y lo cogemos.

—Esta noche, un cuerno —dijo Tío Buck—. Yo y Cass y ese negro nos encontraremos a mitad de camino de casa cuando oscurezca. ¿No tiene ninguno de sus negros un perro bastardo que siga las huellas de los lebreles?

—¿Y dar vueltas como idiotas por el bosque en medio de la noche? —dijo Mr. Hubert—. Me apuesto quinientos dólares a que lo único que se debe hacer para coger a ese negro es ir despacio a la cabaña de Tennie, después de que oscurezca, y llamarle.

—¿Quinientos dólares? —dijo Tío Buck—. ¡Va! Porque ni yo ni él nos encontraremos de ningún modo cerca de la cabaña de Tennie cuando oscurezca. ¡Quinientos dólares! —Él y Mr. Hubert se miraron intensa y ferozmente.

—¡Va! —dijo Mr. Hubert.

Y se quedaron esperando mientras Mr. Hubert mandó a uno de los negros que volviera a casa montado en la vieja *Jake*, y al cabo de una media hora el negro volvió con un pequeño bastardo negro con la cola empenachada y una nueva botella de whisky. Luego se acercó a Tío Buck y le dio algo envuelto en un pedazo de papel.

—¿Qué es? —dijo Tío Buck.

—Es para usted —contestó el negro.

Entonces Tío Buck lo cogió y lo desenvolvió. Era la cinta roja que había estado alrededor del cuello de Miss Sophonsiba y Tío Buck permanecía allí con *Black John*, sosteniendo el lazo como si fuese una pequeña serpiente venenosa, sólo que no quería hacer ver que le tenía miedo, y parpadeaba rápidamente mirando al negro. Luego dejó de parpadear.

—¿Por qué? —dijo.

—Se lo manda día —repuso el negro—. Me mandó que le dijera «éxito».

—¿Qué dijo? —insistió Tío Buck.

—No lo sé, señor —dijo el negro—. Ella dijo sólo «éxito».

—¡Oh! —exclamó Tío Buck.

Y el bastardo encontró a los perros. Primero los oyeron desde una distancia considerable. Era precisamente antes de la puesta del sol y no seguían una pista, sino que hacían el ruido que hacen los perros cuando quieren salir de algún sitio. Descubrieron también de qué se trataba. Era una pequeña cabaña en un campo a unas dos millas de la casa de Mr. Hubert y los once perros estaban allí dentro y la puerta atrancada con un leño. Contemplaron a los perros salir alborotando cuando los negros abrieron la puerta.

Mr. Hubert estaba sentado en su caballo y miraba la nuca de Tío Buck.

—Bien, bien —dijo Mr. Hubert—. Esto es algo, de todos modos. Puedes volver a emplearlos otra vez. Parece que no le dan más trabajo al negro que el que él les da a ellos.

—No el suficiente —dijo Tío Buck—. Y esto va por todos ellos. Me quedaré con el bastardo.

—Muy bien —dijo Mr. Hubert. Luego prosiguió—: Diablos, Filus, vámonos. Vamos a cenar. Te lo repito, todo lo que tienes que hacer para coger a ese negro es...

—Quinientos dólares —dijo Tío Buck.

—¿Qué? —dijo Mr. Hubert.

Él y Tío Buck se miraron. Ahora no estaban furiosos. Tampoco bromeaban. Se miraban, a la luz del incipiente crepúsculo, parpadeando un poco.

—¿Qué quinientos dólares? —dijo Mr. Hubert.

—Que no podrás coger a ese negro a la medianoche en la cabaña de Tennie. Que ni yo ni ése negro estaremos cerca de ninguna casa que no sea la mía a medianoche.

Se miraron con indignación.

—Quinientos dólares —dijo Mr. Hubert—. Hecho.

—Hecho —dijo Tío Buck.

—Hecho —dijo Mr. Hubert.

—Hecho —dijo Tío Buck.

De modo que Mr. Hubert cogió los perros y algunos negros y volvió a la casa.

Entonces él y Tío Buck y el negro con el bastardo continuaron, y el negro llevaba con una mano a la vieja *Jake* y sostenía la traílla del bastardo (que era un pedazo usado de la cuerda de un arado) con la otra. Tío Buck hizo olfatear al bastardo la chaqueta de Turl de Tomey; fue como si el bastardo comprendiese entonces por primera vez que estaban buscando, y ellos le habrían soltado de la traílla y le habrían dejado atrás con los caballos, sólo que en aquel momento el muchacho negro empezó a tocar el cuerno para la cena y por eso no se arriesgaron.

Luego oscureció por completo. Y luego —él no sabía cuánto más tarde ni dónde se encontraban, ni a qué distancia de casa, salvo que se trataba de un buen trecho y ya hacía rato que estaba oscuro y ellos continuaban andando con Tío Buck que se agachaba de vez en cuando para que el bastardo le diera un buen olfateo a la chaqueta de Turl de Tomey mientras Tío Buck tomaba otro trago de la botella de whisky— descubrieron que Turl de Tomey había cambiado de dirección y estaba dando un gran

rodeo para volver a casa.

—¡Vaya, lo hemos cogido! —dijo Tío Buck—. Cortaremos hacia la casa y llegaremos antes de que se meta dentro.

Por eso dejaron al negro que soltara al bastardo y lo siguiera montado en la vieja *Jake*, y él y Tío Buck se dirigieron hacia la propiedad de Mr. Hubert, deteniéndose en la colina para dejar descansar a los caballos y para escuchar al bastardo allá abajo, en el fondo del torrente, donde Turl de Tomey estaba todavía haciendo su rodeo.

Pero no pudieron cogerle. Llegaron a las viviendas envueltas en la oscuridad; podían ver las luces encendidas en casa de Mr. Hubert y alguien estaba tocando el cuerno del zorro y no era un muchacho y él no había oído nunca un toque de cuerno tan loco, y él y Tío Buck se acomodaron sobre el declive más abajo de la cabaña de Tennie. Luego oyeron al bastardo, que no seguía la pista sino que ladraba, a eso de una milla de distancia, y luego oyeron el grito de reclamo del negro y supieron que el bastardo se había equivocado. Estaba sobre el torrente. Recorrieron las orillas de un lado y otro durante más de una hora, pero no consiguieron encontrar a Turl de Tomey. Por último, hasta Tío Buck renunció y se dirigieron hacia la casa, y el bastardo iba sobre la yegua delante del negro. Estaban precisamente volviendo a subir el sendero que llevaba a las viviendas; podían ver a lo largo de la colina la casa de Mr. Hubert ya a oscuras, cuando, de pronto, el bastardo ladró y se tiró al suelo, y se puso a correr ladrando a cada salto, y Tío Buck saltó a tierra también y le tiró del *poney* casi antes de que él pudiese libertar los pies de los estribos, y ellos también corrieron, entre las cabañas a oscuras, hacia aquella a la que se había lanzado el bastardo.

—¡Vamos a cogerle! —dijo Tío Buck—. Corre a la parte de atrás. No grites; coge un palo y pega fuerte a la puerta.

Después, Tío Buck admitió que había sido culpa suya, que había olvidado hasta lo que un niño debiera saber: no estar nunca delante o detrás de un negro cuando se le asusta, sino siempre a un lado. Tío Buck olvidó esto. Se paró delante de la puerta, precisamente enfrente, y delante tenía al bastardo que ladraba con todas sus fuerzas, como si quisiera matar a alguien; y dijo que de lo primero que se dio cuenta fue de que el bastardo lanzó un aullido y giró sobre sí mismo, y detrás de aquello estaba Turl de Tomey. Tío Buck dijo que ni siquiera vio abrirse la puerta; que el bastardo lanzó apenas un aullido y se refugió entre sus piernas y luego Turl de Tomey corrió limpiamente por encima de él. No se turbó siquiera; derribó a Tío Buck, y lo cogió en seguida antes de que pudiese caer al suelo, sin detenerse, lo agarró por un brazo, siempre corriendo, y lo arrastró un par de metros diciendo: «Busca otro sitio, viejo Buck. Busca en otro sitio, viejo Buck», antes de soltarlo y de continuar corriendo. Mientras tanto, no se oía al bastardo.

Tío Buck no se hizo daño; únicamente, dando con la espalda donde Turl de Tomey le había soltado, se quedó sin aliento. Pero llevaba en el bolsillo posterior del pantalón la botella de whisky y se había reservado un último trago para después de la captura de Turl de Tomey y se negó a moverse hasta que no estuvo completamente

seguro de que se trataba de whisky y no de sangre. De modo que Tío Buck permaneció echado sobre un costado, y él se arrodilló a su lado y le sacó del bolsillo los trozos de vidrio. Luego siguieron hacia la casa, a pie. El negro avanzó con los caballos, pero nadie dijo nada a Tío Buck referente a montar de nuevo. El bastardo no se oía ya.

—Iba de prisa, desde luego —dijo Tío Buck—. Pero no creo que ni siquiera él consiga alcanzar a ese bastardo. ¡Caramba, qué noche!

—Lo cogeremos mañana —dijo él.

—¡Mañana, un cuerno! —repuso Tío Buck—. Mañana estaremos en casa. Y la primera vez que Hubert Beauchamp o ese negro pongan los pies en mis tierras los haré arrestar por allanamiento y por vagabundos.

La casa estaba a oscuras. Podían oír a Mr. Hubert que roncaba convenientemente como si cumpliera una obligación, con un ritmo igual y constante. Pero no oyeron ningún ruido en el primer piso, ni siquiera cuando se hallaron en la oscura antesala al pie de la escalera.

—Probablemente su cuarto estará en la parte de atrás —dijo Tío Buck—. Desde donde pueda llamar a la gente de la cocina sin tener que levantarse. Además, una soltera seguramente tendrá la puerta cerrada con llave, con extraños en casa.

Y Tío Buck se sentó en el último escalón y él se arrodilló y le quitó las botas. Luego se quitó las suyas y las puso junto a la pared, y él y Tío Buck subieron la escalera, avanzando a tientas la galería del primer piso. También allí estaba todo a oscuras, y no se oía ruido por ningún sitio, sino los ronquidos de Mr. Hubert en el piso bajo, y así avanzaron a tientas por la galería hacia la parte delantera de la casa, hasta que por el tacto reconocieron una puerta. No se oía ningún ruido detrás de la puerta y, cuando Tío Buck giró el picaporte, se abrió.

—Muy bien —dijo Tío Buck—. Despacio.

Podían ver un poco, lo suficiente para distinguir las molduras de la cama y el mosquitero. Tío Buck se bajó los tirantes y se desabrochó los pantalones y se acercó a la cama y se sentó despacio en el borde y él se arrodilló de nuevo y le quitó los pantalones a Tío Buck y se estaba bajando los suyos cuando Tío Buck alzó el mosquitero, levantó los pies y se introdujo en la cama. Fue entonces cuando Miss Sophonsiba se sentó al otro lado de Tío Buck y lanzó el primer chillido.

CAPÍTULO 3

CUANDO llegó a casa al día siguiente, un poco antes de la cena, estaba verdaderamente exhausto. Estaba demasiado cansado para comer, aunque Tío Buddy esperaba que él comiese; y no hubiera podido mantenerse a caballo otra milla más sin dormirse. En realidad, debía haberse dormido mientras se lo estaba contando a Tío Buddy, porque lo primero que supo después es que estaba entrada la tarde y él echado sobre la paja en el fondo bamboleante del carro, Tío Buddy sentado en el banco encima de él, exactamente del mismo modo que se sentaba a caballo o en la mecedora delante del fogón de la cocina cuando guisaba, y sostenía en el puño la fusta exactamente como el tenedor o la cuchara para revolver y probar la comida. Tío Buddy tenía pan y carne fría y una jarra de suero de leche envuelta en un saco húmedo, todo preparado para cuando él despertara. Comió tarde, bebían haber andado de prisa porque no estaban a más de dos millas de la propiedad de Mr. Hubert. Tío Buddy esperó a que él comiese. Entonces dijo: «Cuéntamelo otra vez», y él se lo contó otra vez. Como él y Tío Buck encontraron por fin una habitación sin nadie dentro, y Tío Buck se sentó en el borde de la cama diciendo: «Caramba, Cass. Caramba, Cass», y luego oyeron los pasos de Mr. Hubert en la escalera y observaron la luz avanzando por la galería y a Mr. Hubert entrar, en camisón, y dejar la vela sobre la mesa y mirar a Tío Buck.

—Bien, Filus —dijo—. Te ha pescado al fin.

Ha sido un accidente —dijo Tío Buck—. Juro por Dios...

¡Ah! —dijo Mr. Hubert—. No me lo cuentes a mí. Cuéntaselo a ella.

Se lo he dicho —dijo Tío Buck—. Se lo he dicho. Juro por Dios...

—Claro —dijo Mr. Hubert—. Y ahora escucha.

Escucharon un minuto. Ella había estado oyendo todo el tiempo; no tan fuerte como al principio, pero constantemente.

—¿No quieres volver allí y decirle otra vez que ha sido un accidente, que tú no pretendías nada y te disculpas y se olvida todo? Muy bien.

—¿Muy bien, qué? —dijo Tío Buck.

—Vuelve allí y díselo otra vez —dijo Mr. Hubert.

Tío Buck miró a Mr. Hubert durante un minuto. Parpadeaba de prisa.

—¿Y cuando vuelva qué te digo? —dijo.

—¿A mí? —dijo Mr. Hubert—. Eso es harina de otro costal. ¿No te parece?

Tío Buck miraba a Mr. Hubert. De nuevo parpadeaba rápidamente. Luego se paró otra vez.

—Espera —dijo—. Sé razonable. Concedamos que entré en la alcoba de una señora, aunque fuera la de Miss Sophonsiba; concedamos, aunque sólo sea por hablar, que no hubiese en el mundo más mujer que ella y que por eso yo fui a su alcoba y traté de ir a la rama con ella. ¿Habría llevado conmigo a un niño de nueve

años?

—Estoy siendo razonable —dijo Mr. Hubert—. Tú fuiste al país del oso por tu libre y espontáneo deseo. Está bien; eres un hombre hecho y sabías que era el país del oso y conocías el camino de salida como conocías el de entrada, y podías elegir a tu antojo. Pero no. Tú tenías que deslizarte en su madriguera y echarte con el oso. Y que tú supieses o no que el oso estaba dentro no tiene nada que ver. Por consiguiente, si tú hubieras salido de aquella madriguera sin el menor rasguño, yo no sólo sería irrazonable, sino un maldito idiota. Después de todo, yo quería un poco de paz y tranquilidad y libertad para mí, y ahora se me presenta la ocasión de tenerlo. Sí, señor. Ella te ha pescado, Filus, y tú lo sabes. Hiciste una dura carrera y corriste bien, pero por una vez te acercaste demasiado al gallinero.

—Sí —dijo Tío Buck. Respiró y exhaló el aliento, despacio y sin ruido. Pero se le podía oír—. Bien —dijo—. Entonces me parece que tendré que encomendarme a la suerte.

—Ya lo hiciste —dijo Mr. Hubert—. Lo hiciste cuando volviste aquí. —Entonces se calló también. Luego parpadeó, pero sólo unas seis veces. Luego se detuvo y miró a Tío Buck durante más de medio minuto—. ¿Qué suerte? —dijo.

—Aquellos quinientos dólares —repuso Tío Buck.

—¿Qué quinientos dólares? —dijo Mr. Hubert. Él y Tío Buck se miraron. Esta vez fue Mr. Hubert quien parpadeó de nuevo y luego se paró otra vez—. Creía que habías dicho que lo encontraste en la cabaña de Tennie.

—Sí —dijo Tío Buck—. Pero lo que tú me apostaste era que lo cogería allí. Si allí hubiera habido diez como yo quietos delante de aquella puerta, no habiéramos podido cogerle.

Mr. Hubert miraba de reojo a Tío Buck, firme e insistente.

—Entonces tú pretendes obligarme a pagar esa idiota apuesta.

—Tú también aprovechaste tu oportunidad —dijo Tío Buck.

Mr. Hubert parpadeaba mirando a Tío Buck. Luego se detuvo. Entonces fue y cogió la vela de la mesa y salió. Ellos se sentaron en el borde de la rama y vieron como la luz bajaba al vestíbulo y oyeron los pasos de Mr. Hubert en la escalera. Pasado un momento empezaron de nuevo a ver la luz subir la escalera. Luego Mr. Hubert entró y se dirigió a la mesa y dejó en ella la vela y a su lado un mazo de cartas.

—Una mano —dijo—. Tira. Tú barajas, yo corto, este chico da. Quinientos dólares contra Sibbey. Y arreglaremos el asunto de ese negro de una vez para siempre. Si tú ganas compras a Tennie; si gano yo, compro a ese muchacho tuyo. El precio será él mismo para los dos: trescientos dólares.

—¿Ganar? —dijo Tío Buck—. ¿El que gane compara los negros?

—¡Gana Sibbey, maldición! —dijo Mr. Hubert—. ¡Gana Sibbey! ¿Por qué otra maldita cosa estamos discutiendo ahora? La mano más baja gana Sibbey y compra los negros.

—Está bien —dijo Tío Buck—. Compraré a esa maldita muchacha y pondremos fin a esta tontería.

—Ah —dijo Mr. Hubert—. Es la tontería más grande en que te has metido en toda tu vida. No. Tú dijiste que querías correr tu suerte, y ahora ahí la tienes. Aquí precisamente sobre esta mesa, esperándote.

Tío Buck barajó las cartas, y Mr. Hubert las cortó. Entonces él cogió las cartas y dio alternativamente hasta que Tío Buck y Mr. Hubert tuvieron cinco.

Y Tío Buck miró largo rato su mano y luego pidió dos cartas y él se las dio, y Mr. Hubert echó una rápida mirada a su mano y pidió una carta y él se la dio, y Mr. Hubert echó su carta de descarte sobre las dos que había descartado Tío Buck y deslizó la nueva carta en su mano y las abrió y les dio una rápida ojeada y volvió a cerrarlas y miró a Tío Buck y dijo:

—¿Bien? ¿Reforzaste tu trío?

—No —dijo Tío Buck.

—Bien, yo sí —dijo Mr. Hubert. Tiró sus cartas encima de la mesa de modo que cayeron descubiertas delante de Tío Buck, y eran tres reyes y dos cincos, y dijo:

—¡Por Dios, Buck McCaslin, ya encontraste la horma de tu zapato!

—¿Y eso es todo? —dijo Tío Buddy.

Era tarde ya, casi la puesta del sol; llegarían a casa de Mr. Hubert dentro de quince minutos.

—Sí, señor —dijo él, diciendo, además, cómo Tío Buck lo había despertado de madrugada y él bajó descolgándose por la ventana y había cogido el *poney* y se había ido, y cómo Tío Buck dijo que si ellos le acercaban demasiado entretanto, él bajaría por el canalón y se escondería en el bosque hasta que llegase Tío Buddy.

—Ah —dijo Tío Buddy—. ¿Estaba allí Turl de Tomey?

—Sí, señor —dijo—. Estaba esperando en la cuadra cuando fui a buscar el *poney*. Me dijo: «¿Han arreglado la cosa?».

—¿Y tú qué le dijiste? —dijo Tío Buddy.

—Yo le dije: «Tío Buck parece que está arreglado. Pero Tío Buddy no ha venido todavía».

—Ah —dijo Tío Buddy.

Y eso fue casi todo. Llegaron a la casa. Pudiera ser que Tío Buck les estuviese observando, pero si estaba no se hizo ver ni salió del bosque. Tampoco se veía a Miss Sophonsiba por ninguna parte, así por lo menos Tío Buck no se había comprometido del todo; por lo menos todavía no la había pedido. Y él y Tío Buddy y Mr. Hubert cenaron y fueron a la cocina y limpiaron la mesa, dejando sólo la lámpara y el mazo de cartas. Luego fue exactamente como la noche anterior, excepto que Tío Buddy no llevaba corbata y Mr. Hubert estaba vestido en vez de estar en camión, y había una lámpara con pantalla en la mesa en vez de una vela, y Mr. Hubert sentado en un extremo de la mesa con las cartas en las manos, haciendo correr el pulgar por el borde de las cartas y mirando a Tío Buddy. Entonces dio unos golpecitos a los bordes,

igualándolos, y dejó el mazo en medio de la mesa, debajo de la lámpara, y cruzó los brazos en el borde de la mesa y se echó un poco hacia delante, mirando a Tío Buddy, que estaba sentado en el otro extremo de la mesa con las manos en el regazo, todo de un color gris, parecido a una vieja roca gris o a un tronco con musgo gris, lo mismo de inmóvil, con su redonda cabeza blanca como la de Tío Buck, pero él no parpadeaba como Tío Buck, como si a fuerza de estar sentado vigilando la comida que se guisaba, como si las cosas que había cocinado le hubieran hecho algo más macizo de lo que hubiera sido y las cosas que él cocinó, la harina y todo eso, le hubieran hecho de un semejante y apagado color.

—¿Un poco de *toddy* antes de comenzar? —dijo Mr. Hubert.

—No bebo —dijo Tío Buddy.

—Está bien —dijo Mr. Hubert—. Yo sabía que había alguna otra cosa, aparte su debilidad por las mujeres, que hace parecer humano a Filus. Pero no importa. —Parpadeó dos veces mirando a Tío Buddy—. Buck McCaslin contra la tierra y los negros que tú me has oído prometer como dote de Sophonsiba el día de su boda. Si yo gano, Filus se casa con Sibbey sin dote. Si tú ganas, te llevas a Filus. Pero a mí me corresponden todavía los trescientos dólares que Filus me debe por Tennie. ¿Es justo?

—Es justo —dijo Tío Buddy.

—Vamos —dijo Mr. Hubert—. Una mano. Tú barajas, yo corto, este chico reparte.

—No —dijo Tío Buddy—. Cass, no. Es demasiado joven. No quiero mezclarle en estos juegos de azar.

—Ah —dijo Mr. Hubert—. Se dice que jugar a las cartas con Amodeus McCaslin no es un juego de azar. Pero no importa. —Pero él seguía mirando a Tío Buddy; ni siquiera volvió la cabeza cuando dijo: Vete a la puerta de servicio y llama. Tráete a la primera criatura que te conteste, sea animal o mula o ser humano, con tal que pueda dar diez cartas.

Entonces él fue a la puerta de servicio. Pero no tuvo que llamar porque Turl de Tomey estaba acurrucado contra el muro detrás de 3a puerta, y volvieron al comedor donde Mr. Hubert seguía sentado con los brazos cruzados sobre la mesa y Tío Buddy en el lado opuesto con las manos en el regazo, y en medio de ellos, bajo la lámpara, la baraja.

Ninguno levantó la vista cuando él y Turl de Tomey entraron.

—Baraja —dijo Mr. Hubert.

Tío Buddy barajó y dejó las cartas debajo de la lámpara y volvió a poner las manos en su regazo y Mr. Hubert cortó y volvió a cruzar los brazos en el borde de la mesa.

—Reparte —dijo.

Ni él ni Tío Buddy alzaron la vista. Permanecieron sentados inmóviles, mientras la mano de color de silla de montar de Turl de Tomey entró en el círculo de luz y cogió la baraja y repartió una carta cubierta a Mr. Hubert y otra cubierta a Tío Buddy

v una descubierta a Mr. Hubert y era un rey, y una descubierta a Tío Buddy y era un seis.

—Buck McCaslin contra la dote de Sibbey —dijo Mr. Hubert—. Da cartas.

Y la mano dio una carta a Mr. Hubert y era un dos.

Mister Hubert miró a Tío Buddy. Tío Buddy dio un golpe con los nudillos sobre la mesa.

—Da cartas —dijo Mr. Hubert.

Y la mano dio una carta a Mr. Hubert, y era otro tres, y otra a Tío Buddy y era un cuatro. Mr. Hubert miró las cartas de Tío Buddy. Entonces miró a Tío Buddy y Tío Buddy de nuevo golpeó la mesa con los nudillos.

—Da cartas —dijo Mr. Hubert.

Y la mano le dio un as y a Tío Buddy un cinco, entonces Mr. Hubert se quedó inmóvil. No miro nada y no se movió durante un minuto; seguía sentado y miraba a Tío Buddy poner una mano sobre la mesa por primera vez desde que había barajado y levantar una punta de su carta tapada y echarle un vistazo y volver a poner las manos sobre las rodillas.

—Servido —dijo Mr. Hubert.

—Te apuesto esos dos negros —dijo Tío Buddy.

Tampoco se movió. Estaba sentado como en el carro o sobre un caballo o en la mecedora delante del fogón.

—¿Contra qué? —dijo Mr. Hubert.

—Contra los trescientos dólares que Teophilus te debe por Tennie, y los trescientos que tú y Teophilus habéis convenido para Turl de Tomey —dijo Buddy.

—Ah —dijo Mr. Hubert, sólo que esta vez no lo dijo ruidosamente, ni con brusquedad. Entonces dijo. «Ah. Ah. Ah», y no muy alto. Luego dijo: «Bien». Luego dijo: «Bien, bien». Y después: «Aclaremos las cosas. Si yo gano, te quedas con Sibbey sin dote y los dos negros, y no le debo nada a Filus. Por el contrario, si tú ganas...».

—Teophilus es libre. Y tú le debes trescientos dólares por Turl de Tomey —dijo Tío Buddy.

—Eso es si hablo —dijo Mr. Hubert—. Si no hablo Filus no me deberá nada y yo no le deberé nada a Filus a menos que no me quede con ese negro al que durante años he tratado de explicar, y a vosotros también, que no lo quiero tener en mis tierras. Salvo esto nos encontraremos en el mismo punto en que se iniciaron todas estas tonterías. Así que todo se reduce a esto: o tengo que soltar una negra o corro el riesgo de comprar un negro que vosotros mismos habéis reconocido no poder sujetar en casa.

Entonces cesó de hablar. Casi durante un minuto pareció como si él y Tío Buddy se hubieran dormido.

Luego Mr. Hubert cogió su carta tapada y le dio la vuelta. Era otro tres, y Mr. Hubert permaneció sentado sin mirar nada, golpeando con los dedos, despacio y

acompañadamente, y no muy fuerte, sobre la mesa.

—Hum —dijo—. Y tú necesitas un tres y sólo hay cuatro de ellos y yo ahora tengo tres. Y tú acabas de barajar. Y yo corté después. Y si yo hablo tendré que comprar ese negro. ¿Quién dio las cartas, Amodeus?

Sólo que no esperó la respuesta. Avanzó e inclinó la lámpara, la luz se dirigió a los brazos de Turl de Tomey que suponía fuesen negros pero que eran casi blancos, iluminó la camisa de los domingos que era de suponer fuese blanca pero no lo era del todo, la que él se ponía cada vez que se escapaba, así como Tío Buck se ponía la corbata cada vez que iba a buscarlo, y sobre su cara; y Mr. Hubert allí sentado, sosteniendo la lámpara y mirando a Turl de Tomey. Luego dejó la lámpara en su sitio y cogió sus cartas y las puso boca arriba y las empujó hacia el centro de la mesa.

—Paso, Amodeus —dijo.

CAPÍTULO 4

ÉL estaba todavía demasiado cansado y falto de sueño para ir a caballo, por eso esta vez los tres, él, Tío Buddy y Tennie, iban en el carro, mientras que Turl de Tomey tiraba del *poney*, montado en la vieja *Jake*. Y cuando llegaron a casa poco después de amanecer, Tío Buddy ni siquiera tuvo tiempo de empezar a preparar el desayuno y el zorro tampoco lo tuvo para salir del cesto, porque los perros estaban precisamente en la habitación. El viejo Moses se metió directamente en el cuévano con el zorro, por lo que ambos se quedaron en el fondo. Esto es, el zorro lo estaba completamente, porque cuando Tío Buddy abrió la puerta para entrar, el viejo Moses aún llevaba la mayor parte del cuévano alrededor del cuello hasta que Tío Buddy lo sacó a patadas. Así ellos dieron sólo una carrera, a través de las galerías de delante y alrededores de la casa y pudieron oír los arañazos del zorro que quería encaramarse por el delgado poste hasta el techo. Fue una buena carrera mientras duró, pero terminó demasiado pronto.

—¿Cómo demonios se te ocurre —dijo Tío Buddy— soltar esa maldita cosa con todos los perros en el mismo cuarto?

—Maldito zorro —dijo Tío Buck—. Vete y prepáranos el desayuno. Me parece que he estado fuera de casa todo un mes.

EL FUEGO Y EL HOGAR

CAPITULO I

1

EN primer lugar, a fin de prevenirse de George Wilkins de una vez y para siempre, tenía que ocultar su propio alambique. Y no solamente esto, tenía que hacerlo él solo —desmontarlo de noche y transportarlo sin ayuda de nadie a algún sitio apartado, bastante lejos y oculto para eludir el subsiguiente alboroto y conmoción—, y esconderlo allí. Era esta perspectiva la que le había enfurecido, sintiendo anticipadamente el cansancio físico y el agotamiento que tendría después de aquella noche. No era la momentánea interrupción de sus negocios; su comercio ya fue intervenido otra vez, unos cinco años antes, y él afrontó aquella crisis tan rápida y eficazmente como estaba afrontando la presente y desde aquella vez ese otro competidor —cuyo ejemplo George Wilkins hubiera seguido, probablemente, siempre que Carothers Edmonds fuese tan exactamente informado acerca de sus intenciones como afirmaba estarlo acerca de su cuenta en el Banco— se encontraba arando y cortando y recogiendo algodón que no era suyo en la granja del penal de Parchman.

Y no era la pérdida de la ganancia que aquella interrupción llevaba consigo. Tenía sesenta y siete años y mucho dinero en el Banco, más de lo que hubiera podido gastar, más que el mismo Carothers Edmonds cuando trataba de conseguir en el economato algún suplemento en forma de dinero o en productos. El hecho era que tenía que hacerlo todo él solo, sin ayuda de nadie; debía volver al campo después de una larga jornada en plena estación de siembra, e ir al establo y dar de comer a las mulas de Edmonds, y comer también él y luego enganchar su yegua al carro y hacer tres millas hacia donde estaba el alambique y desmontarlo a tientas en la oscuridad y llevarlo durante otra milla al mejor sitio que se le ocurriese donde pareciese razonable estuviese fuera de peligro después de que estallase el escándalo, y volver a casa, tras lo cual la noche habría ya transcurrido por entero, y no valdría la pena irse a dormir antes de volver al trabajo en el campo hasta que llegase el momento de decirle a Edmonds aquella palabra; todo esto solo y sin ayuda, porque las dos únicas personas de las que hubiera podido, razonable y lógicamente, no sólo esperar ayuda sino pedírsela, le: estaban completamente vedadas: su mujer, que era demasiado vieja y débil, atraque él hubiera podido fiarse no de su fidelidad sino de su discreción; y en cuanto a su hija, sólo darle una idea de lo que él pensaba hacer hubiera sido como pedirle a George Wilkins que le ayudase a esconder el alambique. No es que personalmente tuviese nada contra George, a pesar del trabajo físico y mental al que debía someterse en vez de estar en su casa durmiendo en su cama. Si George se hubiese limitado a cultivar la tierra que Edmonds le había asignado, él hubiera casado a Nat con George antes que con ningún otro, antes que con cualquiera de los negros que él conocía. Pero no iba a permitir a George Wilkins ni a ningún otro que fuera no sólo adonde él había vivido durante casi setenta años, sino al mismo sitio donde había

nacido, a hacerle la competencia en un negocio que él había fundado y cultivado tan cuidadosa y discretamente durante veinte años, desde que lo había encendido en broma por primera vez a menos de una milla de la puerta de la encina de Zack Edmonds; ocultamente, claro, ya que no era necesario que nadie le dijese lo que Zack Edmonds o su hijo Carothers (o, para el caso, también el viejo Cass Edmonds) hubieran hecho si hubiesen descubierto aquello. No tenía miedo de que George pudiese perjudicarlo en su comercio, ni con su antigua y habitual clientela, con el sucio brebaje que George empezó a fabricar hacía unos dos meses, y al que llamaba whisky. Pero George Wilkins era un idiota imprudente, al que tarde o temprano descubrirían, después de lo cual por lo menos durante diez años tras cada arbusto de la propiedad de Edmonds se agazaparía todas las noches un agente de policía, desde la puesta a la salida del sol. Y él no sólo no quería a un idiota por yerno, sino que no deseaba tener a un idiota viviendo en el mismo sitio donde él vivía. Si George debía ir a la cárcel para solucionar este estado de cosas, el asunto estaba entre George y Roth Edmonds.

Pero ya estaba casi terminado. Otra hora más o menos y estaría de vuelta en su casa, podría dormir un poco en lo que quedaba de noche antes de que fuese la hora de volver al campamento y estar allí todo el día hasta que llegase el momento de hablar con Edmonds. Probablemente entonces se le habría pasado la rabia y sólo tendría que luchar contra el cansancio. Pero era su campo, aunque él no fuese el propietario ni desease ni tuviese necesidad de serlo. Él lo había cultivado durante cuarenta y cinco años, antes aun de que Carothers Edmonds hubiese nacido, y había arado y sembrado y trabajado cuándo y cómo le parecía (o incluso podía no hacerlo, podía estarse sentado durante toda la mañana en la galería mirándolo y pensando si sería ése el trabajo que le gustaría hacer), y Edmonds iba con su yegua unas tres veces a la semana a dar un vistazo al campo, y quizá una vez en la temporada se detenía lo bastante para darle un consejo sobre cosas que él ignoraba completamente, haciendo caso omiso no sólo al consejo sino incluso a la misma voz que se lo daba, como si el otro no hubiese hablado, tras lo que Edmonds volvía a montar y él continuaba con lo que estaba haciendo, el incidente ya olvidado, condonado y perdonado, satisfechos el tiempo y la necesidad. Así el día pasaría al fin. Entonces él se acercaría a Edmonds y le diría aquella palabra y sería como dejar caer una moneda en una máquina automática y apretar la palanca: entonces todo lo que tendría que hacer sería observarlo.

Aun en la oscuridad sabía exactamente a dónde tenía que ir. Había nacido en aquella tierra, veinticinco años antes que Edmonds que ahora era el propietario. La había trabajado desde que fue lo bastante grande para mantener derecho el arado; y la recorrió palmo a palmo, yendo de caza durante toda la infancia y la juventud y la edad viril, hasta que dejó de ir a cazar no porque no pudiese ir de caza durante todo el día y toda la noche, sino porque sentía que perseguir conejos y ardillas para comer no era muy compatible con su posición, no sólo de hombre más anciano, sino de criatura

viva más antigua de la plantación de Edmonds, el más viejo de los descendientes de McCaslin, aunque a los ojos del mundo él no descendiese de McCaslin sino de los esclavos de McCaslin, casi tan viejo como el viejo Isaac McCaslin que vivía en la ciudad, manteniéndose con lo que Roth Edmonds quisiera darle, y que hubiera sido propietario de aquella tierra y de todo lo que contenía si sus justos derechos hubieran sido conocidos, si la gente hubiese sabido cómo el viejo Cass Edmonds, el abuelo del actual, le privó de su patrimonio; casi tan viejo como el viejo Isaac, casi, al igual que el viejo Isaac, contemporáneo de los viejos Buck y Buddy McCaslin, que habían vivido cuando su padre. Carothers McCaslin, consiguió la tierra de los indios en los viejos tiempos, cuando los negros y los blancos eran hombres.

Se hallaba en el fondo del torrente. Era bastante extraño, la visibilidad parecía haber aumentado, como si las sombrías y espesas filas de los cipreses y los sauces y zarzas, en vez de intensificar la oscuridad, la hubiesen solidificado en la materia compacta de los troncos y las ramas, dejando libre el aire, el espacio, liberándolo y aclarándolo, y en comparación penetrable a la vista, al menos a la de la yegua, permitiendo a ésta ver adelante y atrás entre los troncos y los intransitables matorrales. Entonces vio el sitio que buscaba —un montecillo casi simétrico de aplastada cima, que brotaba sin ninguna razón del fondo liso del valle. Los blancos lo llamaban un baluarte indio. Un día, hacía cinco o seis años, un grupo de blancos, incluso dos mujeres, la mayoría de ellos con gafas y todos con trajes caquis que, evidentemente, se hallaban veinticuatro horas antes muy doblados en los estantes de una tienda, fueron con picos y palas y tinajas y redomas de insecticidas y pasaron el día cavando por allí, mientras la mayor parte de la gente, hombres, mujeres y niños, iban a cada momento durante el día y los observaban en silencio; más tarde— no más de dos o tres días en realidad —él había recordado casi con un espantado asombro la fría y desdeñosa curiosidad con que él mismo los observara.

Pero esto vendría después. Ahora simplemente estaba ocupado. No podía ver la esfera de su reloj, pero sabía que era casi medianoche. Detuvo el carro cerca del monte y descargó el alambique —la caldera de cobre que le había costado tanto que aún hoy prefería no pensar en ello a pesar del desprecio que toda su vida había sentido por las cosas de calidad inferior— y el serpentín y el pico y la pala. El lugar elegido era una ligera prominencia en un lado del monte; en cierto sentido una parte de la zanja estaba ya cavada por él, necesitando sólo ser un poco ensanchada, la tierra cedía fácilmente bajo el invisible pico y reflúa con un tenue murmullo sobre la pala invisible, hasta que la zanja fue bastante profunda para contener el caldero y el serpentín, cuando —y era probablemente sólo un suspiro pero a él le resonó tan ruidosamente como una avalancha, como si todo el monte se hubiera volcado hacia él — todo el saliente se derrumbó. Retembló sobre la caldera vacía, cubriéndola así como al serpentín, y bullendo alrededor de sus pies y, cuando él saltó hacia atrás y resbaló y cayó, alrededor de su cuerpo también, llenándole de terrones y basuras, golpeándole por último con algo más grande que un terrón que le dio justamente en la

cara —un golpe no malo sino simplemente pesado, una especie de última admonición cariñosa de los espíritus de las sombras y la soledad, de la vieja tierra, quizá de los mismos antepasados.

Sentándose, recobrando al fin el aliento, jadeando y mirando la línea aparentemente inalterada del monte que parecía perfilarse suspendida encima de él, en una larga y ruidosa ola de silencio como una explosión de risa sarcástica y prolongada, sus manos encontraron el objeto que le golpeó y en la sombría oscuridad reconoció en él un fragmento de una vasija de barro que, entera, debió haber sido tan grande como un odre y cuando él lo levantó se deshizo de nuevo y dejó en la palma de su mano, como si hubiese ido a llevársela, una moneda.

No hubiera podido decir cómo supo que era de oro. Pero no tuvo necesidad de encender un fósforo. No se atrevía a alumbrar, y con el cerebro que le hervía por todos los relatos de tesoros enterrados que había escuchado o de los que tenía noticia, en las siguientes cinco horas se arrastró con manos y rodillas por entre la tierra removida, buscando entre los escombros, completamente sucio, casi grano a grano, deteniéndose de vez en cuando calculando por las estrellas cuánto quedaba de la rápida y fugaz noche de primavera, entonces sondeando de nuevo en la árida e insensata tierra que había bostezado por un instante y le había permitido dar una rápida y cegadora mirada sobre lo absoluto, volviendo a cerrarse.

Cuando el oriente empezó a palidecer, se detuvo y se irguió, de rodillas, estirando sus entumecidos y doloridos músculos, hasta adoptar, por primera vez después de la medianoche, una postura que se acercaba a la erecta. No había encontrado nada más. Ni siquiera otros fragmentos del odre o dé la olla. Eso quería decir que los trozos restantes podían estar esparcidos por cualquier sitio debajo de la cueva. Hubiera debido extraer moneda por moneda, con pico y pala. Eso requería tiempo, pero más que nada soledad. Era indudable que no debía haber la más remota posibilidad de alguaciles ni de representantes de la ley que humearan por allí en busca de destilerías de whisky. Por eso George Wilkins fue perdonado sin conocer su suerte, precisamente, como estuvo en peligro sin conocer su riesgo. Por un momento, recordando el tremendo poder que hacía tres horas lo empujó de espaldas sin siquiera tocarle, incluso pensaba en tomar a George en sociedad, con una participación menor basada en la excavación; naturalmente, no sólo para hacer el trabajo sino como una especie de justicia, saldo, homenaje a la Suerte y la Fortuna, ya que si no hubiera sido por George, él no hubiera hallado la moneda. Pero descartó esto antes de que tuviera tiempo de convertirse en idea. Él, Lucas Beauchamp, el más viejo de los descendientes vivos de los McCaslin que aún existían en la tierra heredada, que en la actualidad recordaba al viejo Buck y al viejo Buddy cuando estaban en vida, más viejo que Zack Edmonds, aunque Zack estuviera aún vivo, casi tan viejo como el viejo Isaac quien, en cierto sentido, dígame lo que se quiera, había apostatado de su nombre y linaje por debilidad, abandonando la tierra que era legalmente suya para vivir en la ciudad de la caridad de su sobrino nieto —él, dividir un ápice, un penique

del dinero que los viejos Buck y Buddy enterraron hacía casi cien años, con un intruso sin freno y salido de quien sabe dónde y cuyo verdadero nombre veinticinco años antes era desconocido en el país— un torpe bufón que no pudo aprender cómo se hace el whisky, y que no sólo trató de interponerse y hacer peligrar sus negocios y arruinar su familia, sino que le hizo pasar una semana de furiosa ansiedad y rabia exasperada, culminando en aquella noche —o la última noche— y no acabada aún, ya que todavía tenía que esconder el serpentín y la caldera. Nunca. Que George tomase como recompensa el hecho de no tener que ir a la penitenciaría, donde Roth Edmonds le hubiera mandado probablemente aunque no lo hiciera la ley.

La luz había aumentado y ya podía ver. El alud había tapado el alambique. Bastaría con unas cuantas ramas amontonadas para que la tierra no fuese demasiado visible para quien pasara casualmente. Se puso en pie. Pero no podía estar completamente derecho. Con una mano oprimiéndose la espalda, y un poco agachado, empezó a andar rígido y dolorido hacía un grupo de álamos a unos cincuenta pies de distancia, cuando algo cruzó huyendo allí dentro o más allá y continuó precipitadamente, debilitándose el sonido que ya empezaba a desvanecerse a lo lejos hacia la linde del bosque, mientras él permanecía quieto durante unos diez segundos, con la boca abierta en un gesto de estupor e incredulidad, la cabeza vuelta como siguiendo la invisible carrera. Luego giró rápidamente y dio un salto, no hacía el ruido sino corriendo paralelo a él, saltando con increíble agilidad y velocidad entre los árboles y la maleza, saliendo del bosque a tiempo para ver, a la débil luz de la aurora creciente, la presa que huía como un ciervo a través de un campo y penetraba en el bosque siguiendo aún envuelto en la noche.

Él sabía quién era, aun antes de volver al matorral de dónde había surgido, y de permanecer mirando la huella que la hija imprimió en el fondo, conociendo aquella huella como hubiera conocido la de su yegua o su perro, y estuvo sobre ella, mirándola durante un rato sin verla en absoluto. Así pues era eso. En cierto modo, hasta simplificaba las cosas. Aunque hubiese habido tiempo (una hora más, y en cada campo a lo largo del valle habría un negro y una mula), aunque podía llegar a borrar todo rastro y señal de las removidas tierras cerca del monte, no sería conveniente llevar el alambique a otro escondite. Porque cuando fueran al monte a cavar, no sólo debían encontrar algo, sino que debían encontrarlo en seguida, inmediatamente, y algo cuyo descubrimiento y exhumación pudiera hacerles desistir e irse —esto es, enterrado sólo en parte y con suficiente hojarasca delante para que ellos no necesitaran ayuda sino que lo encontraran aun antes de que consiguieran remover completamente la hojarasca— porque era un asunto claro, admitido, nada de controversias, nada de discusiones. George Wilkins debía irse. Debía ponerse en camino antes de que pasase otra noche.

2

ECHÓ hacia atrás la silla de la mesa donde había cenado y se levantó. Dio una sola ojeada, no airada sino fría, a la impenetrable y ceñuda cara de su hija. Pero no dirigió la palabra directamente a ella ni a su mujer. Podía hablar a cualquiera de ellas, o a ambas o a ninguna:

—Voy camino abajo.

—¿Adónde vas a estas horas de la noche? —dijo su mujer—. Volviste a casa justo a la hora de levantarse y volviste al campo una hora después de amanecer. Necesitas descansar si vas a arar ese pedazo de tierra como el señor Roth...

Entonces ya él estaba fuera de casa y no tuvo necesidad de oírla más. Era noche de nuevo. El fangoso camino se deslizaba descolorido y oscuro bajo el cielo sin luna de la estación de la siembra. Luego se extendía a lo largo del campo que él tenía que preparar para plantar su algodón, cuando la chotacabra empezase a cantar. Si no hubiera sido por George Wilkins lo tendría ya roturado y preparado y dispuesto. Pero eso estaba casi terminado. Diez minutos más y sería como dejar caer una moneda dentro de la ranura de una máquina, no para que se desparramase una lluvia de oro a su alrededor, él no pedía eso, no lo necesitaba; él mismo se ocuparía de la olla, si le daban la paz y la soledad que le eran necesarias. Ya que el trabajo, aun de noche y sin ayuda, aunque tuviera que remover medio monte, no le molestaba. Sólo tenía sesenta y siete años, y era un hombre mucho mejor que muchos que tenían la mitad de su edad; diez años más joven y hubiera podido hacer ambos trabajos, el de noche y el de día. Pero ahora no hubiera podido intentarlo. De todos modos sentía renunciar a la agricultura. Le había gustado; le gustaban sus campos y le agradaba trabajarlos, sintiendo un hondo orgullo en poseer buenos aperos y usarlos bien, despreciando los instrumentos de calidad inferior y el trabajo mal hecho, de la misma manera que compró la mejor caldera que encontró cuando instaló su destilería —esa caldera revestida de cobre cuyo precio menos que nunca le gustaba recordar cuando no sólo estaba a punto de perderla, sino que él mismo, deliberadamente, se desprendía de ella. Incluso había urdido las frases, el diálogo con el que, después de arreglar el primer asunto, informaría a Edmonds que había decidido renunciar al trabajo del campo, ya era bastante viejo para retirarse, y Edmonds debía repartir sus tierras a algún otro que acabase la recolección. «Muy bien— diría Edmonds—. Pero no puedes esperar que yo suministre casa y leña y agua a una familia que no trabaja la tierra». Y él dina, si realmente llegaran a ese punto —y probablemente llegarían ya que él, Lucas, hubiera jurado por su muerte que Zack Edmonds había sido mucho mejor que su hijo, así como el viejo Cass Edmonds fue mejor que ambos juntos: «Está bien. Le alquilaré a usted la casa. Dígame el precio y yo le pagaré todos los sábados por la noche durante todo el tiempo que decida permanecer aquí».

Pero eso ya se arreglaría. El otro asunto era más importante. Al principio, al

volver a su casa por la mañana, su plan era notificárselo él mismo al sheriff, de modo que nada pasara inadvertido, no fuera que Edmonds se contentase únicamente con destruir el alambique y el escondrijo de George y echar a George de aquel sitio. En ese caso, George continuaría rondando por el lugar, sólo que manteniéndose lejos de la destilería, que le mantenía ocupado, estaría holgazaneando todo el día y por lo tanto arriba y abajo toda la noche, constituyendo más que nunca una amenaza. El informe debería venir de Edmonds, el hombre blanco, porque para el sheriff Lucas no era sino un negro cualquiera y ambos, el sheriff y Lucas, lo sabían, aunque sólo uno de ellos sabía que para Lucas el sheriff era un animal sin el menor motivo para enorgullecerse de sus antepasados ni esperanza de ello para sus descendientes. Y si Edmonds resolviera tratar el asunto privadamente, sin recurrir a la ley, habría alguien en Jefferson a quien Lucas podría informar que no sólo él y George Wilkins sabían de una destilería en las tierras de Carothers Edmonds, sino que también Carothers Edmonds lo sabía.

Penetró por la ancha puerta cochera ante la cual el camino hacía una curva subiendo hacia el bosque de encinas y cedros, desde donde podía ya ver, más luminoso que con petróleo, el resplandor de la electricidad en la casa donde hombres mejores se habían contentado con velones y hasta con velas. Había un tractor en el cobertizo que Zack Edmonds no hubiera admitido en sus tierras, y un automóvil en una caseta construida especialmente para él, en la que el viejo Cass nunca hubiera querido poner sus pies. Pero eran los viejos días, el tiempo antiguo, y hombres mejores que éstos; Lucas mismo era uno de ellos, él y el viejo Cass eran semejantes no sólo en espíritu, y su semejanza era tanto más estrecha cuanto más paradójica parecía: —el viejo Cass, McCaslin sólo por parte de madre, y por ello llevaba el nombre de su padre aunque poseyese las tierras y los beneficios y la responsabilidad; Lucas, McCaslin por parte de padre, aunque llevase el nombre de su madre y poseyese el uso y los beneficios de la tierra sin ninguna de las responsabilidades. Mejores hombres—. El viejo Cass, McCaslin sólo por parte de mujer, teniendo, sin embargo, bastante del viejo Carothers McCaslin en sus venas para quitar las tierras al verdadero heredero, simplemente porque las quería y sabía que podía hacer mejor uso de ellas y era bastante más fuerte, bastante endurecido, bastante viejo Carothers McCaslin; hasta Zack, que no era un hombre como lo fue su padre, pero a quien Lucas, el hombre McCaslin, había aceptado como a su igual hasta el punto de intentar matarlo, estuvo a la altura de las circunstancias cuando, con todos sus asuntos en orden como los de un hombre que se prepara a morir, se inclinó sobre el hombre blanco que estaba dormido aquella mañana, cuarenta y tres años antes, con la navaja de afeitar en la mano.

Se acercó a la casa —las dos alas de madera que Carothers McCaslin había construido y que habían bastado al viejo Buck y al viejo Buddy, unidas por un pasillo abierto que, como monumento y epitafio de su orgullo, el viejo Cass Edmonds había cerrado y construido encima un segundo piso de blancas vigas y haciendo delante un

pórtico—. No por la parte de atrás, por la puerta de la cocina. Sólo lo había hecho una vez cuando el actual Edmonds nació; no lo volvería a hacer en su vida. Tampoco subió la escalera. En cambio, se detuvo en la oscuridad al lado de la veranda y golpeó con los nudillos hasta que el hombre blanco se dirigió a la veranda y apareció en la puerta.

—¿Y bien? —dijo Edmonds—. ¿Quién es?

—Soy yo —dijo Lucas.

—Bien, entra —dijo el otro—. ¿Qué haces ahí fuera?

—Venga usted aquí —dijo Lucas—. Por lo que usted y yo sabemos, George puede estar por ahí escuchando.

—¿George? —dijo Edmonds—. ¿George Wilkins? —Salió a la veranda— todavía joven, soltero, de cuarenta y tres años cumplidos el pasado marzo. Lucas no necesitaba que se lo recordasen. Nunca podría olvidarlo —aquella noche prematuramente primaveral—, después de diez días de una lluvia tal que hasta los viejos no recordaban nada que se le pudiese comparar, y la mujer del hombre blanco con el tiempo que se le echaba encima y el torrente que se había desbordado hasta que todo el valle se transformó en un río rebosante de árboles arrancados y de bestias ahogadas, tanto que ni siquiera un caballo hubiera podido al atravesarlo en la oscuridad para llegar a donde estaba el teléfono y volver con el doctor. Y Molly, entonces una mujer joven y criando a su primer hijo, fue despertada a medianoche por el hombre blanco y ellos siguieron al hombre blanco a través del tórrenle y la oscuridad a su casa y Lucas esperó en la cocina, cuidando el fuego en el hornillo, y Molly ayudó a nacer al niño blanco sin más asistencia que la de Edmonds y entonces supieron que había que ir a buscar al doctor. Así antes de amanecer él estaba en medio del agua y la atravesó, nunca supo cómo, y estuvo de vuelta aquella noche con el doctor, saliendo de aquella muerte (en un momento dado se había creído perdido, acabado, y que pronto él y la mula serían dos cosas flotantes con las mandíbulas descoyuntadas y los ojos blancos, restos de un naufragio, localizados por los círculos de los cuervos, hinchados no muy identificables, de allí a un mes cuando el agua hubiera descendido) en lo que había entrado no por su gusto, sino a causa del viejo Carothers McCaslin quien le había engendrado a él y a Zack Edmonds, para encontrar a la esposa del hombre blanco muerta y a su propia esposa ya instalada en la casa del hombre blanco. Era como si aquel día oscuro y amenazador él hubiera pasado y vuelto a pasar de nuevo una especie de Leteo, surgiendo de él, siéndole permitido escapar, comprando como precio de su vida un mundo aparentemente igual pero sutil e irrevocablemente cambiado.

Fue como si la mujer blanca no sólo hubiera dejado nunca la casa, como si nunca hubiera existido —el objeto que ellos enterraron en el huerto, dos días después (no pudieron atravesar el valle para llegar al campo santo) una cosa sin importancia, profana, nada; su propia mujer, una negra, vivía sola en la casa que el viejo Cass había construido para ellos cuando se casaron, manteniendo vivo en el hogar el fuego

que él encendió el día de su boda y que desde entonces estuvo ardiendo, aunque ahora se cocinase bien poco—; así hasta que pasó casi medio año y un día fue a ver a Zack Edmonds y le dijo:

—Quiero mi mujer. La necesito en casa.

Entonces —y él no tuvo intención de decir esto—. Pero había pasado ese medio año y él sólo manteniendo vivo aquel fuego que debía arder en el hogar hasta que ni él ni Molly pudieran alimentarlo, dominó y volvió a dejar el cubo en su soporte, toda la primavera y el verano, hasta que una noche se sorprendió inclinado sobre él, furioso, loco, ciego, el cubo del agua de cedro ya en alto hasta que se dominó y volvió a dejar el cubo en su soporte, todavía temblando, incapaz de recordar siquiera que cogió el cubo —entonces dijo:

—Me imagino que usted pensaba que yo no quería llevármela ¿verdad?

El hombre blanco estaba sentado. Por la edad él y Lucas podían haber sido hermanos, más aún, casi mellizos. Se recostó lentamente de espaldas en la silla mirando a Lucas.

—Vaya por Dios —dijo sosegadamente—. Eso es lo que tú crees. ¿Qué clase de hombre crees que soy yo? ¿Qué clase de hombre te llamarías a ti mismo?

—Yo soy un negro —dijo Lucas—. Pero también soy un hombre. Y soy algo más que un hombre. La misma cosa que hizo mi padre hizo su abuela. Yo vengo a llevármela.

—Por Dios —dijo Edmonds—. Nunca pensé tener que jurar a un negro. Pero juraré...

Lucas se había dado vuelta, yéndose ya. Se volvió de nuevo. El otro estaba de pie. Permanecieron mirándose cara a cara, aunque por un momento Lucas ni siquiera pudo verlo.

—¡No a mí! —dijo Lucas—. La quiero tener en mi casa esta noche. ¿Me comprende?

Volvió al campo, al arado que seguía en el surco donde él lo había dejado cuando descubrió de repente que iba al economato, o a la casa o adonde estuviera el hombre blanco, hasta a su alcoba si fuese necesario, para enfrentarse con él. Había atado la mula bajo un árbol. Al volverse al final de cada surco hubiera podido ver su casa, pero nunca miraba hacia allí, ni siquiera cuando supo que ella estaba en ella de nuevo, en casa otra vez, ni siquiera cuando el humo de la leña fresca empezó a salir por la chimenea como no había salido a media mañana desde hacía casi seis meses; ni siquiera cuando al mediodía ella fue a lo largo de la cerca, llevando un bote y una cacerola tapada y permaneció mirándole durante un momento, antes de dejar el cubo y la cacerola en el suelo e irse. Entonces la campana de la plantación dio el toque de mediodía, amplio, musical, pausadamente sonoro. Desunció la mula y le dio de beber y de comer y sólo entonces fue al ángulo de la valla y allí estaba —la cacerola con la galleta todavía caliente, el bote medio lleno de leche, con el estaño desgastado y pulido por la limpieza y el largo uso hasta tener una pátina como de plata antigua—

exactamente como solía estar.

Luego, la tarde pasó también. Llevó la mula de Edmonds al establo y le dio de comer y colgó el arnés en un determinado gancho hasta el día siguiente. Luego, en el sendero, a la verde luz del crepúsculo estival mientras las luciérnagas centelleaban y se empujaban y las chotacabras se llamaban y se contestaban a coro y las ranas croaban a lo largo del torrente, él miró por primera vez hacia su casa, hacia el penacho recto y sutil del humo de la cena que se elevaba por encima de la chimenea, su respiración cada vez más fuerte y cada vez más honda, hasta que los botones de su descolorida camisa le oprimieron el pecho. Quizá cuando fuese viejo se resignara a ello. Pero él sabía que eso no sucedería nunca, ni siquiera aun cuando llegara a vivir cien años y olvidara la cara y el nombre de ella, y los del hombre blanco y hasta los suyos. Tendré que matarle, pensó, o tendré que cogerla e irme. Por un momento pensó en ir a ver al hombre blanco y decirle que se iban, aquella noche, en seguida. Sólo si lo viese otra vez, precisamente ahora, podría cambiar. *¡Y ése es un hombre! La tiene con él en su casa durante seis meses y yo no haga nada: me la devuelve y yo la mato. Sería como si lo dijese en voz alta a todo el mundo que él no me la había devuelto porque yo se lo dije sino que me la devolvió porque estaba cansado de ella.*

Entró por la puerta de la valla que él mismo había construido cuando el viejo Cass les dio la casa, así como había acarreado y colocado las piedras del campo para el sendero, a través del patio sin hierba que su mujer acostumbraba barrer todas las mañanas con un manojo de varas de sauce y retama, barriendo y limpiando el polvo por entre los curvilíneos y complicados dibujos de los jardincillos bordeados de ladrillos y botellas rotas y pedazos de porcelana y vidrios de colores. Ella había vuelto de vez en cuando durante la primavera a trabajar los cuadros de flores, de modo que florecieron como habitualmente —las robustas y presumidas flores queridas de ella y de su raza: plumas de príncipes y girasoles, cañas y malvas— pero hasta aquel día el sendero a lo largo de ellas no había barrido desde el año pasado. Sí, pensó. *Tengo que matarle o irme de aquí.*

Entró en la antesala, luego en la habitación donde dos años antes había encendido el fuego que debía haber durado más que ambos. Sin embargo, no pudo recordar después lo que había dicho, pero nunca olvidó la asombrada e incrédula rabia con que pensó: *Diablos, ella nunca supo hasta este momento que yo sospechara de ella.* Estaba sentada delante del hogar donde se estaba haciendo la comida, sostenía al niño, y con su mano le protegía la cara de la luz y del calor —una pequeña mujer todavía, años antes de que su carne, sus huesos en realidad, hubieran empezado a secarse y a contraerse interiormente, en sí mismos, y se acercó a ella, mirando no a su propio hijo sino a la cara del niño blanco que mamaba del seno oscuro y lleno de ella — no la mujer de Edmonds, sino la suya propia que él había perdido; no su hijo, sino el del hombre blanco que le había sido restituido, su voz alterada, su mano como una garra lanzándose hacia el niño, cuando la mano de ella saltó como un resorte y le cogió de la muñeca.

—¿Dónde está el nuestro? —gritó él—. ¿Dónde está el mío?

—¡Allí, en la cama, durmiendo! —dijo ella—. ¡Ve y mírale! —Él no se movió, inclinado sobre ella, su mano y su muñeca todavía sujetas por ella—. ¡No podía dejarlo! ¡Tú sabes que no podía! ¡Tenía que traérmelo!

—¡No mientas! —dijo él—. No me digas que Zack Edmonds sabe dónde está.

—¡Él lo sabe! ¡Yo se lo dije!

Liberó la muñeca, echando hacia atrás su mano y su brazo; oyó el débil entrecuchar de sus dientes cuando el dorso de su mano golpeó la barbilla de ella y vio que ella hizo por llevarse la mano a la boca, y luego la dejó caer.

—Está bien —dijo él—. ¡No es tu sangre la que intentó derramar y hacer correr!

—¡Idiota! —gritó ella—. ¡Oh, Dios! —dijo—. ¡Oh, Dios! Está bien. Lo llevaré allí. Pensaba hacerlo de todos modos. Tía Thisbe puede darle un biberón azucarado...

—Tú, no —dijo él—. Y tampoco yo. ¿Crees que Zack Edmonds va a quedarse en aquella casa cuando vuelva y encuentre que se ha ido? ¡No! Yo fui a casa de Zack Edmonds y le pedí mi mujer. ¡Que venga él a mi casa y me pida su hijo!

Esperó en la veranda. Podía ver, a través del valle, el resplandor de la luz en la otra casa. *Todavía no ha llegado a casa*, pensó. Respiraba despacio y acompasado. *No hay prisa. Él hará algo y entonces yo haré algo y todo se acabará. Y todo estará en orden.* Entonces la luz se apagó. Empezó a decir, sosegadamente, en voz alta: «Ahora. Ahora. Él tendrá tiempo de venir hacia aquí». Continuó repitiéndolo mucho rato aún después de darse cuenta de que el otro había tenido tiempo de cubrir el trayecto entre las dos casas diez veces por lo menos. Entonces le pareció que había sabido todo el tiempo que el otro no iba a ir, como si él estuviera en la casa blanco esperaba, vigilando a su vez su casa, la de Lucas, Entonces se dio cuenta de que el otro no siquiera estaba esperando, y fue como si él estuviera en la misma alcoba, sobre la lenta respiración del sueño, sobre la garganta indefensa y entregada, ya en su mano la navaja desnuda.

Volvió a entrar en la casa, al cuarto donde su mujer y los dos niños estaban dormidos en la cama. La cena que estaba cociendo en el bogar cuando él entró al atardecer, no había sido apartada, ya que fue dejada por un largo rato después de achicharrarse y consumirse, probablemente estaría ahora casi fría entre los rescoldos apagados. Puso a un lado la cazuela y el puchero del café y con un leño removió la ceniza a un lado del hogar, descubriendo los ladrillos, y tocando uno de ellos con el dedo húmedo. Estaba caliente, no quemante, no incandescente, pero tenía una tardía, profunda base de calor, una condensación de los dos años durante los cuales el fuego había ardido constantemente encima de ellos, una concentración, no de fuego, sino de tiempo, como si ni la extinción del fuego ni el agua pudiesen enfriarlo, sino únicamente el tiempo. Levantó el ladrillo con la hoja del cuchillo y rascó la tibia suciedad que tenía debajo y sacó una cajita de metal que su abuelo blanco, Carothers McCaslin en persona, poseyó hacía más de cien años, y sacó un trapo lleno de nudos muy apretados y sólidos por las monedas que contenía, algunas de las cuales databan

casi del tiempo de Carothers McCaslin, ya que él había empezado a ahorrar aún antes de tener diez años. Su mujer se había quitado sólo los zapatos (él los reconoció; habían pertenecido a la mujer blanca que no había muerto, ni siquiera había existido) antes de echarse. Dejó el trapo anudado dentro de uno de ellos y se dirigió al escritorio de nogal que Isaac McCaslin le había dado como regalo de bodas y del cajón sacó su navaja de afeitar.

Estaba esperando que amaneciera. No podía decir por qué. Se acurrucó contra un árbol a mitad de camino entre la entrada de los carros y la casa del hombre blanco, tan inmóvil como la oscuridad sin viento mientras las constelaciones giraban y las chotacabras cantaban cada vez más de prisa y se callaban y pautaron los primeros gallos y la falsa aurora vino y desapareció y empezaron los pájaros y la noche tuvo fin. Con las primeras luces subió las escaleras de la casa del hombre blanco y entró por la puerta delantera, que no estaba cerrada con llave, y cruzó el silencioso vestíbulo y entró en la alcoba en la que le pareció que ya había entrado y eso sólo un momento, permaneció con la navaja abierta sobre la respiración, sobre la débil e indefensa garganta, enfrentándose de nuevo con el acto que le parecía haber cumplido ya. Entonces encontró los ojos de la cara sobre la almohada que le miraban tranquilamente y supo por qué hubo de esperar hasta el amanecer.

—Porque también usted es un McCaslin —dijo él—. Aunque usted lo sea por línea de mujer. Quizá sea ésa la razón. Quizá por eso lo hizo usted: porque lo que usted y su padre tienen del viejo Carothers les ha venido a través de una mujer, una criatura no responsable como son responsables los hombres, no puede ser juzgada como los hombres son juzgados. Por esto quizá yo casi le he perdonado, salvo que no le puedo perdonar porque sólo se puede perdonar a aquéllos que hacen daño; incluso el mismo Libro no le pide a un hombre que perdone a aquéllos a Quienes ha decidido perjudicar porque hasta Jesús encontró al fin que esto era mucho pedir a un hombre.

—Deja la navaja y hablaré contigo —dijo Edmonds.

—Usted sabe que yo no tengo miedo, porque usted sabe que yo también soy un McCaslin y por línea de hombre. Y usted nunca pensó que, como soy también un McCaslin, no querría. Usted ni siquiera pensó nunca que, como también soy un negro, me atrevería. No. Usted pensó que como soy un negro ni siquiera haría caso. Tampoco yo pensé nunca en la navaja. Pero yo le di a usted una oportunidad. Tal vez yo no sabía lo que debía hacer cuando usted hubiera ido hasta mi puerta, pero sabía lo que yo quería hacer, lo que creía que haría, lo que Carothers McCaslin habría querido que hiciese. Pero usted no vino. Usted ni siquiera me dio nunca la oportunidad de hacer lo que el viejo Carothers me habría dicho que hiciese. Usted intentó ganarme. Y no lo conseguirá nunca, ni siquiera cuando yo esté muerto, ahorcado, suspendido por los miembros mañana a estas horas con el petróleo todavía ardiendo nunca lo conseguirá.

—Deja la navaja, Lucas —dijo Edmonds.

—¿Qué navaja? —dijo Lucas. Levantó la mano y la miró como si no supiera que

la tenía, como si nunca la hubiese visto antes, y con el mismo impulso la arrojó por la ventana abierta; antes de desaparecer la hoja desnuda giró casi teñida en sangre por el primer rayo de sol color cobre—. No necesito navaja. Mis manos desnudas lo harán. Ahora coja el revólver de debajo de su almohada.

Pero el otro no se movió, ni siquiera para sacar las manos de debajo de las sábanas.

—No está bajo la almohada. Está en ese cajón donde está siempre, y tú lo sabes. Ve y mira. No me voy a escapar. No puedo.

—Sé que no lo hará —dijo Lucas—. Y usted sabe que no lo hará. Porque usted sabe que todo lo que yo necesito, todo lo que quiero, es que usted intente correr, volverme la espalda y correr. Sé que no va a irse. Porque todo lo que usted debe vencer soy yo. Yo debo vencer al viejo Carothers. Coja su revólver.

—No —dijo el otro—. Vete a casa. Vete de aquí. Esta noche iré a tu casa...

—¿Después de esto? —dijo Lucas—. ¿Usted y yo en el mismo país, respirando hasta el mismo aire? No importa lo que usted pueda decir, lo que usted incluso pudiese demostrar para que yo lo creyese, después de esto. Coja el revólver.

El otro sacó las manos de debajo de las sábanas y las colocó encima.

—Está bien —dijo—. Estate contra aquel muro hasta que lo coja.

—Ah —dijo Lucas—. Ah.

El otro metió las manos bajo las sábanas.

—Entonces ve y recoge tu navaja —le dijo.

Lucas empezó a jadear, respirando con breves aspiraciones sin exhalar entre ellas. El hombre blanco podía ver la camisa descolorida que se ponía tensa por la presión del pecho.

—¿Después de ver que la tiraba fuera? —dijo Lucas—. ¿Cuándo usted sabe que si yo dejara ahora esta habitación no podría volver? —Fue hacia el muro y apoyó su espalda en él, sin dejar de mirar hacia la cama—. Porque yo ya le he vencido —aseguró—. Es el viejo Carothers. Coja su revólver, hombre blanco.

Permaneció jadeando con rápidas inhalaciones hasta parecer que sus pulmones no podían contener más aire. Observó al otro levantarse de la cama y arrastrarla de una pata lejos de la pared hasta que pudo acercarla al otro lado; observó al hombre blanco cruzar hacia el escritorio y coger el revólver del cajón. Lucas seguía sin moverse. Continuó apoyado contra el muro y observó al hombre blanco ir hasta la puerta y cerrarla y dar vuelta a la llave y volver hacia la cama y arrojar encima el revólver y sólo entonces mirar hacia él.

Lucas empezó a temblar.

—No —dijo.

—Tú en un lado; yo, en el otro —dijo el blanco—. Nos arrodillaremos agarrándonos las manos. No necesitamos contar.

—¡No! —dijo Lucas con voz estrangulada—. Por última vez, coja su revólver. Ya voy.

—Ven entonces. ¿Crees tú que yo soy menos McCaslin porque lo soy como tú dices por línea de mujer. O tal vez tú ni siquiera eres un McCaslin por línea de mujer, sino un negro desmandado?

Entonces, Lucas estuvo junto a la cama. No recordaba haberse movido. Estaba arrodillado, con las manos apretadas, mirando a través de la cama y del revólver al hombre que conocía desde su niñez, con el cual había vivido hasta que ambos crecieron casi como viven los hermanos. Habían pescado y cazado juntos, aprendido a nadar en la misma agua, comido en la misma mesa en la cocina del muchacho blanco y en la cabaña de la madre del negro, dormido bajo la misma manta delante del fuego en los bosques.

—Por última vez —dijo Lucas—. Le digo... —Entonces grito, y no al hombre blanco, y el hombre blanco lo sabía; él vio los blancos ojos del negro estriarse repentinamente de rojo como son los de un animal acorralado—: un oso, un zorro. ¡Se lo digo! ¡No me pida demasiado!

Me he equivocado, pensó el hombre blanco. *He ido demasiado lejos*. Pero ya era tarde. Aunque trató de liberar su mano del apretón, la mano de Lucas se cerró encima de ella. Impulsó la izquierda hacia revolver, pero Lucas la cogió por la muñeca también. Entonces no sé movieron salvó los antebrazos, las manos agarradas giraron gradualmente hasta que la del hombre blanco fue oprimida hacia bajo contra el revólver. Inmóvil, aprisionado, privado de movimiento, el hombre blanco clavó la vista en la consumida y furiosa cara frente a él.

—Le doy una oportunidad —dijo Lucas—. Luego, usted se echa a dormir con la puerta sin cerrar y me da una a mí. Luego, yo se la devuelvo arrojando lejos la navaja, y entonces usted me la devuelve. Es así, ¿no es verdad?

—Sí —dijo el hombre blanco.

—¡Ah! —dijo Lucas. Echó hacia atrás con violencia el brazo y la mano izquierda del blanco, empujándole de espaldas contra la cama de modo que del tirón su mano derecha quedó libre; con el mismo impulso se hizo con el revólver, poniéndose en pie de un salto y retrocediendo mientras el hombre blanco se levantaba también, la cama entre ellos. Abrió la recámara del revólver y miró rápidamente el tambor y le dio vueltas hasta que un cartucho con bala se halló bajo el percutor en cualquier dirección que el tambor girase.

—Porque necesitaré dos —dijo.

Cerró con un chasquido la recámara y se encaró con el hombre blanco. De nuevo el blanco vio girar sus ojos hasta que no presentaron ni córnea ni iris. *Esto es*, pensó el hombre blanco, con claridad inmediata y sin asombro, sobreponiéndose todo lo que podía. Lucas pareció no darse cuenta. *Ni siquiera puede verme ahora*, pensó el hombre blanco. Pero, además, es demasiado tarde. Lucas estaba mirándole.

—Usted pensaba que yo no podría, ¿verdad? —dijo Lucas—. Usted sabía que yo podría derrotarle, por eso usted pensaba derrotarme a mí con el viejo Carothers, como Cass Edmonds hizo con Isaac: se sirvió del viejo Carothers para inducir a Isaac a

renunciar a las tierras que eran suyas, porque Cass Edmonds era McCaslin por línea de mujer, la rama femenina, la hermana, y el viejo Carothers le diría a Isaac que renunciara a favor de la parte femenina, que no podía defenderse por sí misma. Y usted pensaba que yo iba a hacer lo mismo, ¿no es verdad? Pensaba que lo haría pronto, más pronto que Isaac, puesto que no había ninguna tierra a la que tuviera que renunciar. Yo no tengo ninguna hermosa y grande plantación McCaslin a la que renunciar. Todo a lo que yo puedo renunciar es a la sangre McCaslin que legalmente ni siquiera es mía, o al menos no vale mucho, ya que el viejo Carothers no pareció echar mucho de menos lo que le dio a Tomey la noche que hizo a mi padre. Y si es eso lo que la sangre McCaslin me ha traído, no lo quiero en absoluto. Y si la comente de esa sangre en mi sangre negra no le ha hecho más daño que el que me hará a mí al derramarse, ni siquiera será el viejo Carothers el que tendrá más satisfacción. ¡Oh, no! —gritó.

Otra vez no puede verme, pensó el hombre blanco. Ahora.

—¡No! —gritó Lucas—. Imagínese que yo ni siquiera use esta primera bala, imagínese que use la última y venza a usted y al viejo Carothers juntos, dejándole algo en qué pensar ahora y luego cuando no esté demasiado ocupado para tratar de pensar en lo que le dirá el viejo Carothers cuando usted vaya adonde él ya ha ido, mañana y el día siguiente y el otro después de ese mañana...

El hombre blanco saltó, lanzándose a través de la cama, agarrando el revólver y la mano que lo tenía. Lucas saltó también; se encontraron en el centro de la cama donde Lucas enganchó al otro con su brazo izquierdo casi como en un abrazo y apretó el gatillo y empujó al hombre blanco hacia él, todo en un solo movimiento, oyendo al hacer eso el leve, seco, increíblemente sonoro chasquido del disparo en el vacío.

Aquél había sido un buen año, aunque tardase en comenzar después de las lluvias y las inundaciones: el año del largo verano. Él hubiera hecho más este verano que lo que había hecho en mucho tiempo, aun cuando y estando en agosto una parte del maíz carecía del último arado. Lo estaba haciendo ahora, siguiendo a la mula entre las filas de los altos y fuertes tallos que llegaban hasta la cintura y las ricas, oscuras y brillantes hojas, deteniéndose al final de cada surco para sacar el arado y girar éste y la mula hasta el siguiente, hasta que al fin el humo de la comida se elevó impalpable en el aire luminoso por encima de su chimenea y luego, como antiguamente, ella vino por la cerca con la cazuela tapada y el bote. Él no la miró. Continuó arando hasta que la campana de la plantación dio él toqué de mediodía. Dio de beber y de comer a la mula y comió él, la leche, la galleta todavía caliente, y descansó a la sombra hasta que la campana sonó de nuevo. Entonces, sin levantarse, sacó el cartucho del bolsillo y lo miró de nuevo, pensativo —el cartucho con bala, no manchado, no corroído, con la marca de la puntiaguda aguja de percusión, penetrante y profunda en la no disparada cápsula el pequeño y romo cilindro de cobre menos largo que un fósforo, no más grueso que un lápiz, no mucho más pesado, suficientemente grande, sin embargo, para contener dos vidas. Esto es, para haberlas contenido. *Porqué yo no*

habría usado la segunda, pensó. Yo hubiera pagado. Hubiera esperado la soga, y hasta el petróleo. Hubiera pagado. Por esto pienso que después de todo por algo llevo la sangre del viejo Carothers. El viejo Carothers, pensó. Yo le necesitaba y él vino y habló por mí. Se puso a arar de nuevo. En seguida ella volvió por la cerca y cogió la cazuela y el bote, en vez de dejar que él los llevase a casa cuando regresase. Pero ella estaba ocupada; y le pareció que era todavía temprano cuando vio el humo de la cena, la cena que ella dejaría sobre el fogón para él cuando volviese a la casa grande con los niños—. Cuando ya anochecido llegó a la casa, ella estaba saliendo. Pero no llevaba los zapatos de la mujer blanca y su vestido era el mismo de percal descolorido y sin forma que había llevado puesto en la mañana.

—Tu cena está lista —dijo ella—. Pero no he tenido tiempo de ordeñar. Lo harás tú.

—Si yo puedo esperar esa leche, pienso que las vacas también pueden hacerlo —dijo él—. ¿Puedes llevar bien a los dos?

—Creo que puedo. He estado cuidando de los dos bastante tiempo sin ayuda de ningún hombre. —No se volvió a mirarle—. Volveré cuando los deje dormidos.

—Creo que es mejor dediques tu tiempo a ellos —dijo él ásperamente—. Puesto que es lo que has empezado a hacer.

Ella se fue sin contestar ni mirar hacia atrás, inaccesible, tranquila, en cierto modo serena. Tampoco él estuvo observándola mucho rato. Respiró lento y tranquilo. *Mujeres, pensó. Mujeres. Nunca las conoceré. Ni quiero conocerlas. Prefiero no saber a descubrir más tarde que he sido engañado.* Volvió a la habitación donde estaba su cena. Esta vez habló en voz alta: «¿Cómo, Dios —dijo— puede un hombre negro pedir por favor a un hombre blanco que no se acueste con su esposa negra? Y aún si pudiese pedirlo, ¿cómo, Dios, puede el hombre blanco prometer que no lo hará?».

—¿GERORGE WILKINS? —dijo Edmonds. Fue hasta el borde de la veranda, un hombre todavía joven, poseyendo ya, sin embargo, algo de aquella casi irascible cortedad de carácter que Lucas recordaba en el viejo Cass Edmonds, pero de la que había carecido Zack. Por la edad podía haber sido hijo de Lucas, pero de hecho era menor por más razón que ésa, ya que Lucas no tenía que pagar impuestos, seguros e intereses, ni poseía nada que tuviese que ser guardado, cavado, vallado, ahondando, ni perdido, excepto su sudor, y eso sólo cuando él lo juzgaba conveniente, con la ayuda de Dios para su mantenimiento anual—. ¿Qué diablos pasa con George Wilkins...?

Sin cambiar la inflexión de la voz y aparentemente sin esfuerzo ni intención, Lucas se convirtió no en el moreno, sino en el negro, no tan secreto cuanto impenetrable, no servil ni borroso, sino todo él envuelto en un aura de estúpida impasibilidad, casi como un olor.

—Está llevando una caldera a esa hondonada detrás del campo del Viejo Oeste. Si usted quiere, también el whisky, mire debajo del piso de su cocina.

—¿Un alambique? —dijo Edmonds—. ¿En mis tierras? —Empezó a gritar—. ¿No he dicho y repetido a todo hombre, mujer o niño lo que haría por la primera gota del maldito whisky que encontrase en mis tierras?

—No tenía usted necesidad de decírmelo a mí —dijo Lucas—. He vivido aquí desde que nací, antes aún de que naciese su padre. Y ni usted ni el viejo Cass, nadie ha oído nunca que yo haya andado con ninguna clase de whisky, excepto aquella botella de whisky de la ciudad que usted y él dieron a Molly por Navidad.

—Lo sé —dijo Edmonds—. Y habría creído George Wilkins... —Se interrumpió. Dijo—. Ah. ¿Mí equivoco o he oído algo de que George quería casarse con tu hija?

Por un momento Lucas no contestó. Luego dijo:

—Es verdad.

—Ah —dijo Edmonds otra vez—. Y por eso tú pensabas que diciéndome lo de George antes de que fuera atrapado, yo me contentaría con hacerle romper la caldera y tirar el whisky y luego olvidarme del asunto.

—No lo sabía —dijo Lucas.

—Bien, ahora lo sabes —dijo Edmonds—. Y George también lo sabrá cuando el sheriff...

Volvió a entrar en la casa, Lucas oyó las fuertes, rápidas, irritadas pisadas en el pavimento, luego el prolongado y violento sonido de la manivela del teléfono.

Luego, dejó de escuchar, se quedó inmóvil en la semioscuridad, parpadeando un poco. Pensó: *Toda aquella inquietud. Nunca pensé en ello.* Edmonds volvió.

—Muy bien —dijo—. Ya puedes irte a casa. Vete a dormir. Sé que no sirve de maldita la cosas que te lo diga, pero me gustaría ver tu campo del sur sembrado

mañana por la noche. Hoy parecías un sonámbulo dando vueltas por allí, como si no hubieras dormido en una semana. No sé lo que haces por la noche, pero eres demasiado viejo, lo creas o no, para trasnochar por los campos.

Volvió a casa. Cuando todo estaba acabado, hecho, se dio cuenta de lo cansado que realmente estaba. Era como si las alternativas olas de alarma y ofensa y cólera y miedo de los últimos diez últimos días, culminando en la frenética actividad de la última noche y en las últimas treinta y seis horas, durante las cuales no se había quitado la ropa de encima, le hubieran narcotizado, amortiguando su gran cansancio. Pero no todo estaba bien. Si un pequeño esfuerzo físico, durante otros diez días o dos semanas, fuera todo lo que se le pidiera a cambio de aquel momento de la pasada noche, no se hubiera quejado. Luego recordó que no había comunicado a Edmonds su decisión de dejar la agricultura, para que Edmonds dispusiera el arrendamiento de la tierra que él había estado trabajando a algún otro que acabase la cosecha, Pero tal vez estaba bien así; tal vez una sola noche más sería suficiente para encontrar todas las otras monedas que un odre de aquel turnado podía haber contenido, y él conservaría la tierra, la cosecha, por una vieja costumbre, para tener algo que lo tuviese ocupado. *Con tal que no necesite conservarla por un motivo todavía mejor, pensó, hosco. Puesto que probablemente no tuve todavía mía racha de esa clase de suerte que hasta yo que tengo sesenta y siete años puedo esperar, casi demasiado viejo hasta para quererla, para hacerme rico.*

La casa estaba oscura, excepto un débil resplandor del hogar en la habitación suya y de su mujer. La habitación al otro lado de la antesala donde dormía su hija también estaba a oscuras. Estaría vacía, además. Él esperaba eso. *Supongo que George Wilkins tiene derecho a una noche más de compañía femenina, pensó. Por lo que he oído decir, no encontrará ninguna donde va a ir mañana.*

Cuando se metió en la cama, su mujer dijo, sin despertarse:

—¿Dónde has estado? Vagabundeando anteanoche. Vagabundeando esta noche, mientras la tierra pide a gritos ser sembrada. Espero que el señor Roth... —y entonces cesó de hablar sin haberse despertado.

Más tarde, él se despertó. Era pasada la media noche. Permaneció echado bajo el edredón, sobre el colchón de hojas de maíz. Estaría sucediendo en aquel momento aproximadamente. Él sabía cómo lo hacían: el sheriff blanco y los agentes fiscales y los de la policía deslizándose y arrastrándose entre los matorrales pistola en mano, rodeando la caldera, olfateando y soplando como perros de caza ante cada tronco y deformidad del terreno, hasta que hallaron todos los cántaros y los barrilitos y los llevaron a donde estaba el coche esperando; tal vez incluso tomarían un trago o dos para preservarse del frío de la noche, antes de regresar a agazaparse junto al alambique hasta que George llegase tranquilamente. Él no estaba triunfante ni vengativo. Hasta sentía algo personal hacia George. *Todavía es joven, pensó. No lo tendrán allí para siempre.* En realidad, por lo que se refería a él, Lucas, dos semanas hubieran sido suficientes. *Él puede permitirse estar allí un año o dos. Y tal vez*

cuando salir será una lección para él respecto a con qué muchacha piensa tontear la próxima vez.

Luego, su mujer estaba inclinada sobre la cama, sacudiéndole y gritándole. Ya había amanecido. En camisa y calzoncillos corrió tras ella, hasta la veranda trasera. Depositado en el suelo allí delante estaba el alambique de George, remendado y estropeado; en la veranda había una colección de tarros para la fruta y cacharros de barro y un barrilito o algo así y una lata de gasolina herrumbrosa, de unos cinco galones, la que, a los ojos horrorizados y todavía empañados por el sueño de Lucas, parecía capaz de contener bastante líquido para llenar un abrevadero de caballo. Todavía podía ver en los cacharros de vidrio el líquido pálido e incoloro en el que flotaban aún las partículas de las hojas del maíz, que por décima vez George no había apartado.

—¿Dónde ha estado Nat esta noche? —gritó. Agarró a su mujer por el hombro, sacudiéndola—. ¿Dónde estuvo Nat, vieja?

—¡Salió detrás de ti! —gritó su mujer—. Ella te siguió de nuevo, como anteanoche. ¿No lo sabías?

—Ahora lo sé —dijo Lucas—. ¡Coge el hacha! ¡Rómpelo todo! No tenemos tiempo de llevarlo a otro sitio.

Pero tampoco hubo tiempo para eso. Ninguno de los dos se había movido cuando el sheriff del distrito, seguido por un agente, apareció en la esquina de la casa, un hombre tremendo, gordo, que, evidentemente, había estado en pie toda la noche y también evidentemente, no le había gustado nada.

—Maldición, Lucas —dijo—. Creía que tenías un poco más de juicio.

—Esto no es mío —dijo Lucas—. Usted sabe que no lo es. Aunque lo fuese, ¿lo habría dejado aquí? George Wilkins...

—No te ocupes de George Wilkins —dijo el sheriff—. También lo he cogido a él. Está ahí en el coche, con tu hija. Ponte los pantalones. Vamos a la ciudad.

Dos horas después estaba en el despacho del comisario en el palacio de justicia federal de Jefferson. Seguía con un semblante impenetrable, parpadeando un poco, oyendo la fuerte respiración de George Wilkins a su lado y las voces de los hombres blancos.

—Maldita sea, Carothers —dijo el comisario—. ¿Qué diablos de historia de Montescos y Capuletos es ésta?

—¡Pregúntales a ellos! —dijo Edmonds, violentamente—. ¡Pregúntales a ellos! Wilkins y esa muchacha de Lucas quieren casarse. Lucas no quería oír hablar de eso por alguna razón, y ahora me parece haber descubierto el porqué. Por eso, ayer noche, Lucas fue a mi casa y me dijo que George tenía una destilería en mi tierra, porque... —sin una pausa para respirar, Edmonds empezó a gritar de nuevo—, él sabía condenadamente bien lo que yo hubiera hecho, porque durante años he dicho a todos los negros de mi plantación lo que haría si alguna vez encontraba una gota de ese condenado...

—Sí, sí —dijo el comisario—; está bien, está bien. Luego, telefoneaste al sheriff...

—Y nosotros recibimos el aviso —era uno de los agentes, un hombre rollizo, aunque ni mucho menos tan voluminoso como el sheriff, voluble, con las piernas enfangadas y algo de tensión y cansancio en la cara— y fuimos allí, y Mr. Roth nos dijo dónde debíamos buscar. Pero no había ninguna caldera en la zanja que él nos dijo, entonces nos sentamos y nos pusimos a pensar dónde hubiéramos escondido un alambique si hubiéramos sido uno de los negros de Mr. Roth y fuimos y buscamos allí y allí estaba, todo lo limpia y cuidada que usted quiera, desmontada y medio enterrada y cubierta con ramajes, contra una especie de monte sobre el lecho del torrente. Como estaba amaneciendo, decidimos retomar a casa de George y buscar debajo del piso de la cocina como nos había dicho Roth, y tener entonces una pequeña charla con George. Volvimos, pues, a casa de George, pero allí, no estaba ni George, ni nadie más, ni había nada debajo del suelo de la cocina y entonces nos volvimos hacia la casa de Mr. Roth a preguntarle si acaso no nos había dado equivocadas las señas de la casa; era ya casi de día y estábamos a unas cien yardas de la casa de Lucas cuando vimos nada menos que a George y a la muchacha que marchaban por la colina hacia la cabaña de Lucas con un cántaro de un galón en cada mano, sólo que George rompió los cántaros contra unas raíces antes de que pudiésemos llegar. Y casi al mismo tiempo la esposa de Lucas empieza a gritar en la casa y nosotros corrimos a la parte de atrás y allí había otro alambique en el suelo del patio de Lucas y casi cuarenta galones de whisky depositados en la veranda de atrás, como si se hubiera propuesto instalar una subasta, y Lucas allí de pie, en camisa y calzoncillos, gritando: «¡Coge el hacha y rómpelo! ¡Coge el hacha y rómpelo!».

—Sí —dijo el comisario—. Pero, ¿a quién acusa? Ustedes han ido allí a coger a George, pero todas las pruebas están contra Lucas.

—Había dos alambiques —dijo el agente—. Y George y esa muchacha juran que Lucas ha estado haciendo y vendiendo whisky a espaldas de Edmonds durante veinte años.

Por un momento, Lucas levantó la vista y encontró la mirada de Edmonds, no de reproche ni tampoco de gran sorpresa, sino ceñuda y furiosamente ofendido. Entonces, miró a otro lado, parpadeando, oyendo a George Wilkins respirar fuerte a su lado como un hombre en lo más profundo del sueño, y las voces.

—Pero ustedes no pueden hacer que su propia hija declare contra él —dijo el comisario.

—Pero George puede —dijo el agente—. George no tiene parentesco con él. Sin contar con que se encuentra en una situación en la que George tiene que pensar algo bueno que decir y pensarlo pronto.

—Dejemos que el tribunal arregle todo esto, Tom —dijo el sheriff—. He estado en pie toda la noche y todavía no he podido desayunar. Le he traído un preso y treinta y cuatro galones de prueba y dos testigos. Arreglémoslo con esto.

—Creo que me ha traído dos presos —dijo el comisario. Empezó a escribir en el papel que tenía delante. Lucas observaba, parpadeando, el movimiento de la mano—. Voy a encerrar a los dos. George puede declarar contra Lucas, y esa muchacha puede declarar contra George. Ella no tiene ningún parentesco con George.

Él hubiera podido pagar su fianza y la de George para su presentación ante el tribunal sin alterar la primera cifra de su cuenta en el Banco. Cuando Edmonds extendió un cheque como garantía de ellos, volvieron al coche de Edmonds, Esta vez George conducía, y Nat iba delante con él. Eran diecisiete millas para volver a casa. Durante esas diecisiete millas él estuvo sentado al lado del ceñudo y agitado hombre blanco en el asiento de atrás, sin ver nada sino esas dos cabezas: La de su hija, que se apartaba de George todo lo posible, en su rincón, sin mirar ni una vez hacia atrás; y la de George, con el destrozado panamá inclinado sobre la oreja derecha, que todavía parecía fanfarronear aun estando sentado. Al menos, su cara no estaba toda llena de dientes como solía estar cada vez que se hallaba alguien que la mirase, pensó con malignidad. Pero tampoco importaba eso, precisamente en aquel momento. Así, pues, él estaba sentado en el auto cuando se paró en la entrada de carros y vio a Nat saltar del coche y correr por el sendero hacia su casa, como una gacela asustada, sin mirar hacia atrás, sin mirarle ni una vez. Luego, continuaron al patio de las mulas, al establo, y él y George bajaron y de nuevo pudo oír la respiración de George a su espalda, mientras Edmonds, al volante, apoyaba el codo en la ventanilla y les miraba ferozmente.

—¡Coge tus mulas! —dijo Edmonds—. ¿Qué demonios estás esperando?

—Pensaba que usted tenía que decir algo —dijo Lucas—. Así, pues, ¿los parientes de un hombre no pueden delatarle en el tribunal?

—¡No te preocupes por eso! —dijo Edmonds—. George puede contar muchas cosas, y no es pariente tuyo. Y si él empezara a olvidarse, Nat no es pariente de George y ella puede decir mucho. Yo sé lo que estás pensando. Pero has esperado demasiado. Si George y Nat intentaran comprar ahora su licencia de matrimonio, probablemente os colgarían a ti y a George. Además, al diablo todo esto. Voy a llevaros a los dos a la cárcel en cuanto hayáis descansado. Ahora, vete a tu parcela del sur. Por Dios, esta vez seguirás mi consejo. Y es éste: no lo dejes hasta que no hayas acabado. Si te sorprende la noche, no te preocupes por eso. Mandaré a alguien allá abajo con una linterna.

Él había terminado con la parcela del Sur antes del oscurecer; se había propuesto acabarlo de todos modos.

Volvió al establo, dio de beber a las mulas y las limpió de arriba abajo, las metió en las cuadras y les dio de comer mientras que Geo aun quitando los arneses a las suyas. Luego, se caminó por el sendero y en el incipiente crepúsculo, andando hacia su casa, en lo alto de cuya chimenea se erguía el humo de la cena. No andaba de prisa, ni tampoco miró hacia atrás cuando habló.

—George Wilkins —dijo.

—Señor —dijo George, a su espalda. Caminaban en fila y casi paso a paso, a unos cinco pies de distancia.

—¿Qué idea tuviste?

—No lo sé bien, señor —dijo George—. Ha sido más cosa de Nat. Nosotros no queríamos ponerle en apuros. Ella decía que si cogíamos aquella caldera de donde usted y Mr. Roth les dijeron a aquéllos que estaba y usted se la encontraba en la veranda del patio, tal vez cuando le ofreciésemos ayudarle a quitarla de allí cuando ellos llegasen, usted hubiera podido cambiar de pensamiento acerca de prestarnos el dinero para..., quiero decir, nos dejaría casarnos.

—Ah —dijo Lucas. Siguiendo andando. Podía oler la comida que se estaba cocinando. Llegó a la entrada y se volvió. George se detuvo también, delgado, de cintura de avispa, presumiendo hasta con el descolorido mono y la jactanciosa inclinación del sombrero—. Hay otras personas además de mí en este lío.

—Sí, señor —dijo George—. Parece que es así. Espero que me servirá de lección.

—Así lo espero también —dijo Lucas—. Cuando te manden a Parchman tendrás mucho tiempo, entre la faena del algodón y la del maíz de los que no recibirás ni siquiera un tercio ni un cuarto, para pensar en ello.

Se miraron mutuamente.

—Sí, señor —dijo George—. Especialmente con usted allí ayudándome a quitarme la preocupación.

—Ah —dijo Lucas. No se movió; apenas elevó la voz cuando dijo—: Nat.

Tampoco miró hacia la casa después, cuando la muchacha bajó por el sendero, descalza, con una linterna y desteñido vestido de percal y un pañuelo de vivos colores en Ja cabeza. Su cara estaba abotagada por el llanto, pero su voz era provocativa sin ser histérica.

—¡No fui yo quien dijo a Mr. Roth que telefonease a esos agentes! —gritó.

Él la miró por primera vez. La miró hasta que el gesto de desafío empezó a desvanecerse, para ser sustituido por otro de alerta y reflexión. La vio lanzar una rápida mirada por encima de su hombro hacia donde se hallaba George.

—He cambiado de idea —dijo—. Voy a dejar que tú y George os caséis.

Ella le miró fijamente. De nuevo él observó su mirada ir rápidamente hacia George y volver.

—El cambio ha sido rápido —dijo ella. Le miró fijamente. Su mano, la larga, flexible, estrecha mano de su raza, de palma clara, se alzó y tocó por un momento el alegre pañuelo que ceñía su cabeza. La inflexión, el verdadero tono y el timbre de su voz habían cambiado—. ¿Casarme yo con Wilkins e irme a vivir a una casa donde toda la veranda de atrás está caída y dónde tengo que andar media milla para buscar el agua de la fuente? ¡Ni siquiera tiene hornillo!

—En mi chimenea se cocina bien —dijo George—. Y puedo apuntalar la veranda.

—Y yo puedo acostumbrarme a andar una milla con dos grandes cubos llenos de agua —dijo ella—. No quiero una veranda apuntalada. Quiero una veranda nueva en

la casa de George y una cocina con hornillo y un pozo. ¿Y cómo podrías hacerlo? ¿Con qué vas a pagar un hornillo, y una nueva veranda, y alguien que te ayude a cavar un pozo?

Seguía mirando a Lucas, y su voz alta y clara de soprano cesó sin extinguirse, observando la cara de su padre como si estuvieran esgrimiendo. El semblante de él no estaba ceñudo ni tampoco frío o enfadado. Carecía absolutamente de expresión, impenetrable. Podía haber estado durmiendo de pie, como duermen los caballos. Cuando habló, era como si hablase consigo mismo.

—Una cocina con hornillo —dijo—. La veranda asegurada. Un pozo.

—Una veranda nueva —dijo ella.

Fue como si él no la hubiese oído. Como si ella ni siquiera hubiese hablado.

—La veranda asegurada —repitió. Ella ya no le miraba. De nuevo la mano se elevó, fina y delicada y sin huella de ningún trabajo, y se tocó la parte de atrás del pañuelo dé la cabeza. Lucas se movió—, George Wilkins —dijo.

—Señor —dijo George.

—Ven a casa —dijo Lucas.

Y así, a su debido tiempo, el otro día llegó al fin. Con sus trajes de los domingos él y Nat y George estaban junto a la puerta de los carros cuando llegó el auto y se detuvo.

—Buenos días, Nat —dijo Edmonds—. ¿Cuándo volviste a casa?

—Volví a casa ayer, Mr. Roth.

—Has estado en Vicksburg bastante tiempo. No supe que te hubieras ido hasta que tía Molly me dijo que ya te habías marchado.

—Sí, señor —dijo ella—. Me fui el día siguiente después que los agentes estuvieron aquí... Yo no sabía nada de eso —dijo—. Yo no tenía muchos deseos de ir. Fue una idea de papá que fuese a ver a mi tía...

—Calla y sube al coche —dijo Lucas—. Si voy a terminar de segar este campo o a terminar alguna otra cosecha en el campo de Parchman, me gustaría saberlo lo antes posible.

—Sí —dijo Edmonds. Habló a Nat de nuevo—. Tú y George idos un momento. Quiero hablar con Lucas.

Nat y George se adelantaron. Lucas permaneció junto al auto mientras Edmonds le miraba. Era la primera vez que Edmonds le hablaba desde aquella mañana tres semanas antes, como si hubiera necesitado aquellas tres semanas para que su rabia se disipara por sí misma, o se aplacara al menos. Ahora el hombre blanco apoyado en la ventanilla miraba aquella cara impenetrable con su definido rastro de sangre blanca, la misma sangre que corría por sus propias venas, que no sólo había ido al negro por la línea de varón mientras que a él fue por línea de mujer, sino que llegó al negro una generación antes: una cara tranquila, inescrutable, algo altanera, plasmada hasta en la expresión en el molde de la cara de su bisabuelo McCaslin.

—Me imagino que sabes lo que te va a pasar —dijo—. Cuando ese fiscal federal

acabe con Nat, y Nat con George, y George contigo y el juez Gowan con todos vosotros. Tú has estado aquí toda la vida, casi el doble más que yo. Has conocido a todos los McCaslin y a todos los Edmonds que Kan vivido aquí, excepto al viejo Carothers. ¿Eran tuyos el alambique y el whisky que estaban en tu patio?

—Usted sabe que no —dijo Lucas.

—Está bien —dijo Edmonds—. ¿Era tuyo el alambique que encontraron en el lecho del torrente?

Se miraron.

—No voy a ser procesado por eso —dijo Lucas.

—¿Era tuyo ese alambique, Lucas? —dijo Edmonds.

Se miraron. Pero el rostro que Edmonds veía seguía siendo absolutamente vacío, impenetrable. Incluso los ojos parecían no tener nada detrás. Pensó, y no por primera vez: *No sólo estoy viendo una cara más vieja que la mía y que ha visto y ha analizado más, sino a un hombre cuya sangre en su mayor parte era pura hace diez mil años, cuando mis anónimos antepasados se mezclaron lo bastante para producirme a mí.*

—¿Quiere usted que conteste a eso? —dijo Lucas.

—¡No! —dijo Edmonds, violentamente—. ¡Sube al coche!

Cuando llegaron a la ciudad, las calles principales y la plaza misma estaban atestadas de autos y carros; la bandera ondeaba y flotaba sobre el tribunal federal en el aire luminoso de mayo. Siguiendo a Edmonds, él, y Nat y George atravesaron la acera llena de gente, marchando por el estrecho sendero de caras que ellos conocían —otras gentes de su mismo lugar, y gentes de otros parajes a lo largo de la ribera y de las cercanías, que también habían hecho aquellas diecisiete millas no con la esperanza de entrar en la sala del juzgado, sino para esperar en la calle y verles pasar a ellos— y caras que solo conocían de oídas: los ricos abogados blancos y jueces y alguaciles hablando entre sí, fumando magníficos cigarros, los grandes y poderosos de la tierra. Entraron en el vestíbulo de mármol, lleno también de gente y resonante de voces, donde George empezó a andar cuidadosamente con los pesados tacones de sus zapatos domingueros. Entonces Lucas sacó de la chaqueta el grueso documento, sucio y plegado que había estado escondido debajo del ladrillo suelto de su hornillo desde hacía tres semanas y tocó el brazo de Edmonds con él —el papel, bastante grueso y bastante sucio, a pesar de todo pareció abrirse por su cuenta a este roce, rígida, pero también fácilmente a lo largo de los viejos y manoseados pliegos, mostrando, presentando entre el disparatado e ignorante escrito en medio del encabezamiento y la firma las tres frases en la apretada escritura de cualquier innominado amanuense, el cual solamente juntó todo lo que Lucas había conseguido leer al menos: *George Wilkins y Nathalie Beauchamp* y una fecha del pasado octubre.

—¿Quiere decirse —dijo Edmonds— que has tenido esto todo el tiempo? ¿Todas estas tres semanas?

Pero la cara que él miraba con rabia seguía impenetrable, casi parecía dormida.

—Déselo al juez Gowan —dijo Lucas.

Él y Nat y George se sentaron calladamente en un duro banco de madera en un pequeño despacho, donde estaba un avejentado blanco —Lucas lo conoto aunque ignoraba que fuese un alguacil— masticando un mondadientes y leyendo un periódico de Memphis. Luego un hombre blanco, joven, enérgico, algo inquieto, con gafas, abrió la puerta y reflejó sus gafas por un momento y desapareció; luego, siguiendo al anciano blanco atravesaron de nuevo el vestíbulo, la caverna de mármol resonante de murmullos por las constantes pisadas y las voces, las caras les observaron de nuevo al subir la escalera. Atravesaron la sala del juzgado sin detenerse, y entraron en otro despacho más amplio, más hermoso, más tranquilo. Allí estaba un hombre de aspecto enojado a quien Lucas no conocía —el Fiscal del Estado, que había ido a Jefferson sólo después que la administración cambió, ocho años antes, después de que Lucas cesara de ir a la ciudad con mucha frecuencia Pero Edmonds estaba allí, y detrás de la mesa se hallaba sentado un hombre a quien Lucas conocía que acostumbraba ir en los tiempos del viejo Cass, hacía cuarenta o cincuenta años y permanecer allí durante algunas semanas en la época de la codorniz, yendo a cazar con Zack, y Lucas se ocupaba de los caballos cuando ellos bajaban a disparar donde los perros señalaban. Siempre era difícil lograrlas.

—¿Lucas Beauchamp? —dijo el juez—. ¿Con treinta galones de whisky y un alambique colocados en la veranda de su patio en pleno día? Tonterías.

—Así es —dijo el hombre enfadado, extendiendo las manos—. Yo no sabía nada de todo eso hasta que Edmonds...

Pero el juez ni siquiera le oía. Miraba a Nat.

—Ven, muchacha —dijo.

Nat dio unos pasos adelante y se detuvo. Lucas podía ver que ella temblaba. Parecía pequeña, delgada como un junco, joven; era la más joven y la última. Diecisiete años, nacida cuando su esposa era ya vieja y, algunas veces lo creía así, cuando también él era viejo. Era demasiado joven para casarse y hacer frente a todos los inconvenientes que la gente casada tiene que atravesar hasta hacerse vieja y encontrar por sí misma el gusto y el sabor de la paz. Un hornillo y una nueva veranda y un pozo no eran suficientes.

—¿Eres la hija de Lucas? —dijo el juez.

—Sí, señor —dijo Nat, con su voz alta, dulce, cantarina, de soprano—. Me llamo Nat. Nat Wilkins esposa de George Wilkins. El papel que lo dice está en su mano.

—Lo he visto —dijo el juez—. Tiene fecha del pasado octubre.

—Sí, señor juez —dijo George—. Lo hemos tenido desde que vendí mi algodón el pasado otoño. Nos casamos entonces, sólo que ella no quiso ir a vivir a mi casa hasta que el señor Lu... quiero decir hasta que no puse un hornillo y una veranda estable y cavé un pozo.

—¿Has hecho todo esto ahora?

—Sí, señor juez —dijo George—. Ahora tengo el dinero para todo esto y

arreglaré todo lo demás tan pronto pueda disponer el trabajo de martillo y azada.

—Comprendo —asintió el juez—. Henry —dijo al otro anciano, al del mondadientes—, ¿ha llevado el whisky adonde pueda verterlo?

—Sí, señor juez —dijo el otro.

—¿Y los dos alambiques adonde puedan hacerlos pedazos y destrozarlos completamente?

—Sí, señor juez.

—Entonces, despejen la habitación. Llévense a éstos de aquí. Llévense de aquí al menos a ese bufón charlatán.

—Está hablando de ti, George Wilkins —murmuró Lucas.

—Sí, señor —dijo George—. Así parece.

AL principio pensó que dos o tres días a lo sumo serían suficientes —o noches, claro, ya que George hubiera tenido que estar segando durante el día, y luego disponiéndose él y Nat a establecerse en su casa propia. Pero pasó una semana, y aunque Nat iba a casa de sus padres al menos una vez al día, generalmente para hacerse prestar algo, no había vuelto a ver a George. Se daba cuenta de la raíz de su impaciencia— el monte y sus secretos que cualquiera, cualquier otro, hubiera podido descubrir por casualidad como él, la rápida y diaria disminución del período en el que no sólo tenía que encontrar el tesoro, sino sacar algún beneficio y placer del mismo, y todo en espera de poder poner fin a aquella mezquina tarea en la que había intervenido, y nada con lo que pasar el período de espera —el buen año, la buena estación temprana, y el algodón y el maíz brotando casi bajo los pies del colono, de modo que no había otra cosa que hacer sino apoyarse en la cerca y verlo crecer—; por un lado, lo que había querido hacer y no había podido; por el otro, lo que podía haber hecho y no era necesario. Pero al fin, la segunda semana, cuando sintió que un día más y su paciencia se acabaría por completo, permaneció precisamente detrás de la puerta de su cocina y vio a George entrar y cruzar el solar en la oscuridad y entrar en el establo y aparecer con su yegua y engancharla al carro y salir disparado. Así, pues, a la mañana siguiente no fue más allá de su primera parcela y apoyado en la cerca miró su algodón bajo el brillante rocío hasta que su mujer empezó a gritarle desde la casa.

Cuando entró, Nat estaba sentada en su silla cerca del hogar, inclinada hacia delante, con sus largas y delgadas manos colgando inertes entre las rodillas, y la cara de nuevo hinchada y abotagada por las lágrimas.

—¡Tú y tu George Wilkins! —dijo Molly—. Anda, díselo.

—No ha empezado a hacer el pozo ni nada —dijo Nat—. Ni siquiera ha apuntalado la veranda. Con todo el dinero que le diste, ni siquiera ha empezado.

Y se lo dije, y él dice únicamente que no va a hacerlo todavía, y yo esperé y se lo dije otra vez, y él dice siempre que no va a hacerlo todavía. Hasta que al fin le dije que si no iba a comenzar como había prometido, yo iba a cambiar de idea sobre todo lo que había visto aquella noche cuando los agentes vinieron aquí y entonces ayer noche él dijo que tenía que hacer un buen trecho de camino y si yo quería venir aquí y quedarme porque él no volvería hasta tarde y yo le dije que podía atrancar la puerta, porque pensé que él iba a disponer el comienzo del pozo.

Y cuando lo vi coger la yegua y el carro de papá, pensé que eso era. Y casi no era de día cuando volvió, y no trajo nada. Nada con qué cavar, ni los maderos para arreglar la veranda, y había gastado el dinero que papá le dio. Y yo le dije lo que iba a hacer y estuve esperando delante de la casa hasta que Mr. Roth se levantó y le dije que había cambiado de idea sobre lo que había visto aquella noche y Mr. Roth

empezó a maldecir y dijo que yo había esperado demasiado, porque ahora era la mujer de George y la Ley no quiere escucharme y que viniera y te dijera a ti y a George que los dos dejarais este lugar antes de la puesta del sol.

—¡Esto además! —gritó Molly—. ¡Mira tu George Wilkins! —Lucas estaba ya dirigiéndose hacia la puerta. —¿Adónde vas?— le dijo—. ¿Adónde vamos a ir?

—Espera a preocuparte acerca de dónde iremos cuando Roth Edmonds empiece a preocuparse por qué no nos hemos ido —dijo Lucas.

El sol estaba bastante alto ya. Iba a hacer calor; había que ocuparse del algodón y del maíz antes de que el sol se pusiese. Cuando llegó a casa de George, éste permaneció silencioso detrás de una esquina. Lucas atravesó el patio allanado y sin hierba, que lucía barrido y limpio entre los intrincados y curvos dibujos que Molly había enseñado a Nat.

—¿Dónde está? —dijo Lucas.

—Atiné a esconderlo en la hondonada donde solía estar el mío —dijo George—. Como aquellos agentes no encontraron nada la otra vez, pensarán que no sirve de nada miran allí de nuevo.

—Idiota —dijo Lucas—. ¿No sabes que no pasará una semana desde hoy hasta las próximas elecciones sin que uno de ellos mire en esa hondonada pi mente porque Roth Edmonds les dijo que una había un alambique? Y cuando te cojan esta vez tendrás un testigo con quien estés ya casado desde el pasado otoño.

—No me cogerán esta vez —dijo George—. He aprendido mi lección. Yo haré esta vez lo que usted me diga.

—Harás bien —dijo Lucas—. Tan pronto como oscurezca coge el carro y llévate esa cosa de la hondonada. Yo te indicaré dónde ponerla. Ah —dijo—, y me imagino que ésta se parezca bastante a la que estabas antes en esa hondonada y que no valía siquiera la pena de moverla.

—No, señor —dijo George—. Ésta es buena. El serpentín es casi nuevo. Es por eso por lo que no pude hacer que él bajase el precio que pedía. Para la veranda y el pozo faltaban unos dos dólares, pero los puse yo, sin necesidad de molestarle a usted. Pero no es la preocupación de ser cogido lo que me apura. Lo que no puedo dejar de meditar es lo que vamos a decir a Nat a propósito de esa veranda y ese pozo.

—¿Lo que nosotros diremos? —preguntó Lucas.

—Lo que yo, entonces —dijo George.

Lucas le miró durante un momento.

—George Wilkins —dijo.

—Señor —dijo George.

—No doy consejos a un hombre referente a su mujer —dijo Lucas.

CAPITULO II

1

UNAS cien yardas antes de llegar al economato, Lucas habló por encima de su hombro, sin detenerse. —Espere aquí— dijo.

—No, no —dijo el viajante—. Le hablaré yo mismo. Si no puedo vendérselo yo, entonces...

Se detuvo. Realmente, retrocedió; otro paso y hubiera caldo sobre Lucas. Era joven, aún no tenía treinta años, con el aplomo, ligeramente descuidado, energía y empuje de su oficio, y era un blanco. Sin embargo, cesó de hablar y miró al negro con su mono deteriorado que permanecía mirándole no sólo con dignidad, sino autoritariamente.

—Espere aquí —dijo Lucas.

El viajante se apoyó en la cerca, en la luminosa mañana de agosto, mientras Lucas entraba en el economato. Subió la escalera, al lado de la cual estaba una potranca de brillante pelaje con un lucero y tres calzas, firme bajo una ancha montea de campo, y entró en la larga habitación, con sus hileras de estantes con latas de víveres y tabaco, medicinas, y ganchos de los que colgaban cadenas y colleras y bridas. Edmonds se hallaba sentado ante un escritorio de cierre enrollable junto a la ventana del frente, escribiendo en un libro mayor. Lucas permaneció callado a espaldas de Edmonds, mirando su cuello, hasta que se volvió.

—Ha venido —dijo Lucas.

Edmonds se volvió de golpe con un movimiento de la silla giratoria. Aún no había acabado de girar, y ya Edmonds fulminaba a Lucas con la mirada; con sorprendente violencia dijo:

—¡No!

—¡Sí! —dijo Lucas.

—¡No!

—La ha traído consigo —dijo Lucas—. Yo vi con mis propios ojos...

—¿Quiere decirse que les has escrito que venga aquí después que yo te dije que no te adelantaría, no ya trescientos dólares, sino ni trescientos centavos, ni siquiera tres centavos...?

—Le digo que la he visto —dijo Lucas—. La he visto trabajar con mis propios ojos. Esta mañana enterré un dólar de plata en mi patio interior, y esa máquina fue directamente donde estaba y lo encontró. Esta noche encontraremos ese dinero y le pagaré a usted por la mañana.

—¡Bien! —dijo Edmonds—. ¡Estupendo! Tú tienes más de tres mil dolores en el Banco. Anticipa tú mismo el dinero. Así, ni siquiera tienes que devolverlo. —Lucas le miraba. Ni siquiera parpadeaba—. ¡Ah! —prosiguió Edmonds—. ¿Y por qué no? Porque tú sabes tan condenadamente bien como yo que no hay ningún tesoro oculto por aquí. Vives aquí desde hace sesenta y siete años. ¿Has oído hablar de alguien de

la región con bastante dinero para enterrarlo? ¿Puedes imaginarte a alguien de esta tierra enterrando algo que valga dos centavos sin que alguno de sus parientes o amigos vecinos lo hayan desenterrado y gastado antes de que él tuviera tiempo de llegar a su casa y poner la pala en su sitio?

—Usted se equivoca —dijo Lucas—. Hay gente que lo encuentra. ¿No le hablé de aquellos dos forasteros blancos que vinieron aquí después de oscurecer, aquella noche, hace tres o cuatro años, y desenterraron veintidós mil dólares en un odre viejo y se marcharon antes de que nadie los viese? Yo he visto el hoyo que ellos volvieron a rellenar. Y el odre.

—Sí —dijo Edmonds—. Me lo contaste. Y entonces tampoco Je creías tú. Pero ahora has cambiado de idea. ¿No es así?

—Ellos Jo encontraron —dijo Lucas—. Se fueron limpiamente antes de que nadie lo supiese, antes siquiera que supiesen que habían estado aquí.

—¿Entonces, cómo sabes tú que eran veintidós mil dólares?

Pero Lucas se limitó a mirarle. No con obstinación, sino con una paciencia infinita, casi como la de Jehová, como si estuviera contemplando las extravagancias de un niño loco.

—Su padre me hubiera prestado los trescientos dólares si estuviera aquí —dijo.

—Pero yo, no —dijo Edmonds—. Y si pudiera prohibirte que gastaras nada de tu dinero en esa maldita máquina e ir a la caza de tesoros ocultos, también lo haría. Pero, vamos, tú no piensas emplear tu dinero, ¿verdad? Por eso has venido a mí. Tú tienes más juicio. Y esperabas que yo no lo tuviese. ¿No es verdad?

—Parece que tendrá que emplear mi dinero —dijo Lucas—. Le pido una vez más...

—¡No! —dijo Edmonds.

Esta vez Lucas le miró por un minuto largo. Ni siquiera suspiró.

—Está bien —dijo.

Cuando salió de la administración, vio también a George, el brillo del sucio y destrozado panamá allá donde George y el viajante, agachados a la sombra de un árbol, estaban en cuclillas sobre los talones sin ningún otro apoyo. ¡Ah!, pensó, *puede hablar como un hombre de la ciudad, y hasta puede pensar que lo es. Pero yo sé dónde ha nacido*. El viajante alzó la vista al acercarse Lucas. Lanzó sobre Lucas una mirada y se levantó, encaminándose hacia el economato.

—Diablos —dijo— le he estado diciendo todo el tiempo que me deje hablar con él.

—No —dijo Lucas—. Usted no entra en esto.

—¿Qué va usted a hacer entonces? —dijo el viajante—. He venido aquí desde Memphis... Y cómo consiguió usted persuadir a los de Saint Louis para que le mandasen esta máquina sin hacérsela pagar al contado allí, todavía no lo comprendo. Y le diré en seguida que si tengo que volvérmela a llevar, y presentar una cuenta de gastos por este viaje, y sin maldita la cosa que mostrar en cambio, algo...

—Por lo menos, no hacemos nada útil estando aquí —dijo Lucas.

Seguido por los otros, se dirigió a la puerta, a la carretera donde esperaba el auto del viajante. La máquina adivina estaba sobre el asiento posterior y Lucas se quedó ante la portezuela abierta, mirándola: una caja oblonga de metal, con un asa en cada lado para ser transportada, maciza y sólida, eficaz y práctica y un conjunto de interruptores y cuadrantes. No la tocó. Se apoyó en la portezuela y permaneció allí, parpadeando, atónito. Habló sin dirigirse a nadie.

—Yo la he visto funcionar —dijo—. La he visto con mis propios ojos.

—¿Qué se creía usted? —dijo el viajante—. Eso es lo que pretendieron hacer. Por eso es por lo que pedíamos trescientos dólares por ella. ¿Bien? ¿Qué es lo que va usted a hacer? Necesito saberlo, así podré saber lo que haré yo. ¿No consiguió los trescientos dólares? ¿Y alguno de sus parientes? ¿No tendrá su esposa esos trescientos dólares escondidos en algún sitio, debajo del colchón?

Lucas miró atónito la máquina. Aún no había levantado los ojos.

—Encontraremos ese dinero esta noche —dijo—. Usted se pone a la máquina y yo le enseñaré dónde buscar, e iremos a medias.

—Ah, ah, ah —dijo el viajante con aspereza, pero no se movió ni un músculo de su rostro, excepto los que le separaban los labios—. Ahora me muestre un cuento.

Lucas seguía mirando, absorto, la caja.

—Estoy seguro de que lo encontraremos, capitán —dijo George de pronto—. Dos blancos vinieron a escondidas hace tres años y una noche sacaron veintidós mil dólares en un odre viejo, y se fueron tranquilamente antes del amanecer.

—Claro —dijo el viajante—. Y tú crees que había exactamente veintidós billetes grandes porque encontraste tirados unos centavos que no supieron qué hacer con ellos.

—No, señor —dijo George—. Puede ser que hubiera más de veintidós mil dólares. Era un odre muy grande.

—George Wilkins —dijo Lucas.

Todavía estaba a medias dentro del auto. Ni siquiera volvió la cabeza.

—Señor —dijo George.

—Calla —dijo Lucas. Sacó la cabeza y medio cuerpo, se volvió y miró al viajante. De nuevo el joven blanco vio un rostro absolutamente impenetrable, incluso un poco frío—. Le daré en cambio una mula —dijo Lucas.

—¿Una mula?

—Cuando encontremos el dinero esta noche, le volveré a comprar la mula por los trescientos dólares.

George suspiró con un ruido débil y silbante. El viajante lanzó una rápida ojeada a su sombrero ladeado, al veloz parpadeo. Luego miró otra vez a Lucas. Se miraron el uno al otro: la cara astuta, repentinamente seria, repentinamente atenta del joven blanco, y la completamente privada, de expresión del negro.

—¿Es suya la mula?

—¿Cómo podría cambiársela si no lo fuese? —dijo Lucas.
—Vamos a verla —dijo el viajante.
—¡George Wilkins! —dijo Lucas.
—Señor —dijo George.
—Ve a mi cuadra y coge el cabestro.

EDMONDS descubrió que faltaba la mula tan pronto como los pastores Dan y Oscar llevaron aquella tarde el ganado que estaba pastando. Era una mula de tres años, que pesaba mil cien libras, llamada *Alice Ben Bolt*, y había rechazado en la primavera trescientos dólares que le ofrecieron por ella. Ni siquiera soltó un taco, simplemente entregó la yegua a Dan y esperó a un lado de la valla mientras las rápidas pisadas de la yegua se extinguían gradualmente en la oscuridad y luego volvieron a oírse y Dan saltó a tierra y le entregó la linterna y la pistola. Entonces, él montado en la yegua y los dos negros en mulas sin silla, volvieron a través de los pastos, vadeando el torrente por la brecha en la cerca por la que había pasado la mula. Desde allí siguieron las huellas de la mula y el hombre sobre la tierra blanda por el borde de un campo de algodón, hasta la carretera. Y allí también pudieron seguirlos, Dan a pie y llevando la linterna, por donde el hombre había llevado a la mula sin herrar, en el blando cieno que bordeaba la grava.

—Son las pisadas de *Alice* —dijo Dan—. Las conocería en cualquier parte.

Más tarde, Edmonds se daría cuenta de que los dos negros también habían reconocido las huellas del hombre. Pero en este momento toda su ira y su preocupación establecieron como un cortocircuito en su normal sensibilidad sobre el comportamiento de los negros. No le hubieran dicho quién dejó las huellas, aunque él se lo hubiera preguntado, pero el conocimiento que ellos sabían le hubiera facilitado adivinar con justeza y se evitaría las cuatro o cinco horas de agitación mental y de esfuerzo físico en el que casi estaba por entrar.

Perdieron el rastro. Confiaba en encontrar las huellas allí donde la mula habría sido cargada en un camión que estuviese a la espera; tras lo cual volvería a casa y telefonaría al sheriff de Jefferson y a la policía de Memphis para que al día siguiente vigilasen el mercado de caballos y mulas. Pero allí no había tales huellas. Les costó casi una hora hallar dónde había desaparecido el rastro sobre la grava, atravesarla, descender entre las malezas del lado puesto de la carretera y reaparecer en otro campo trescientas yardas más allá. Sin haber cenado, furioso, sobre la yegua que había estado ensillada todo el día y sin comer también, seguía la sombra indefinida de las dos mulas, maldiciendo a *Alice* y a la oscuridad, y a aquella única luz mezquina, a la que estaban obligados a someterse.

Dos horas más tarde se hallaban en el lecho del torrente, a cuatro millas de la casa. También él iba a pie ahora, para no romperse la cabeza contra cualquier rama, y tropezaba y se hería entre espinos y matojos, y troncos podridos y árboles desmochados, llevando la yegua con una mano y resguardándose la cara con el otro brazo y tratando de ver dónde ponía los pies, pero anduvo hacia una de las mulas, saltando instintivamente hacia la dirección justa, mientras ésta le tiraba una coza, antes de descubrir que los negros se habían parado. Entonces, maldiciendo en voz alta, y

saltando de nuevo rápidamente para evitar al invisible segundo mulo que debía estar en algún sitio en ese lado, comprobó que la linterna estaba apagada y vio también el débil y humeante reflejo de una antorcha de pino allá enfrente, entre los árboles. Se estaba moviendo.

—Está bien —dijo de prisa—. No encienda la luz. —Llamó a Oscar—. Dale los mulos a Dan y vuelve aquí y coge la yegua.

Esperó, mirando la luz, hasta que la mano del negro tocó la suya. Dejó las riendas y anduvo alrededor de los mulos, sacando la pistola, sin dejar de observar la luz que se movía.

—Dame la linterna —dijo—. Tú y Oscar esperad aquí.

—Mejor será que vaya con usted —dijo Dan.

—Está bien —dijo Edmonds, observando la luz—. Deja los mulos a Oscar.

Se adelantó sin esperar, aunque en seguida oyó al negro a su espalda, y los dos marchaban lo más de prisa que podían. La rabia no se había enfriado. Estaba caliente y sentía una ansiedad dentro de él, una especie de alborozo vengativo donde él se zambullía, sin reparar en la maleza ni en los troncos, la linterna en su mano izquierda y la pistola en la derecha, avanzando rápidamente hacia la antorcha.

—Es el baluarte del Viejo Indio —murmuró Dan detrás de él—. Por eso esa luz parecía venir de lo alto. Él y George Wilkins deben haber cavado bastante.

—¿Él y George Wilkins? —dijo Edmonds. Se detuvo súbitamente. Se volvió. No sólo estaba a punto de percibir toda la situación en su completa e instantánea integridad, como cuando la bombilla del fotógrafo se enciende, sino que sabía que lo había comprendido todo el tiempo y que se había negado a creerlo pura y simplemente porque sabía que cuando lo hubiera aceptado, su cerebro estallaría—. ¿Lucas y George?

—Están cavando en el baluarte —dijo Dan—. Vienen todas las noches desde que Tío Lucas encontró aquella moneda de oro de mil dólares la primavera pasada.

—¿Y tú lo sabías?

—Todos nosotros lo sabemos. Los hemos estado observando. Una moneda de oro de mil dólares la encontró Tío Lucas la noche que estaba tratando de esconder su...

La voz se apagó. Edmonds no podía oírla ya, sofocado por un agolpamiento de sangre en su cerebro, que si hubiera sido irnos años más viejo le hubiera ocasionado una apoplejía. Por un momento no pudo ni respirar ni ver. Luego se volvió de nuevo. Dijo algo con voz ronca y sofocada y se abalanzó, tirándose al fin desde el matorral al calvero donde se alzaba el achaparrado montículo, con la bostezante abertura de sus entrañas a un lado, como la manga de una cámara fotográfica, delante de la cual las dos sorprendidas figuras le miraban con la boca abierta. Una de ellas llevaba delante de sí lo que Edmonds podía haber tomado por un recipiente conteniendo comida, salvo que él todavía no sabía que ninguno de éstos había tenido tiempo de dar de comer a *Alice* ni a ninguna otra mula desde el oscurecer, la otra sostenía el humeante leño de pino en lo alto del ladeado y viejo panamá, y...

—¡Tú, Lucas! —gritó.

George tiró lejos la antorcha, pero la linterna de Edmonds ya los tenía ensartados. Luego vio al hombre blanco, al viajante, por primera vez, el sombrero de ala dura, la corbata y todo, precisamente surgiendo al lado de un árbol, con los pantalones enrollados hasta la rodilla y los pies invisibles en el fango endurecido.

—Está bien —dijo Edmonds—. Vete, George. Corre. Creo que puedo acertar a ese sombrero sin siquiera tocarlo...

Se aproximó dirigiendo la luz de la linterna a la caja de metal que tenía Lucas, brillante y resplandeciente entre interruptores y cuadrantes.

—Con que es esto —dijo—. Trescientos dólares. Quisiera que alguien trajese a esta tierra una simiente que tuviese que ser trabajada todos los días desde primero de año hasta Navidad. En cuanto a vosotros los negros se os deja de lado, empiezan los trastornos. Pero dejemos eso. No quiero preocuparme por *Altee* esta noche. Y si tú y George queréis pasaros el resto de la noche dando vueltas con esta maldita máquina, es asunto vuestro. Pero esta mula estará en su sitio en mi cuadra al salir el sol. ¿Has oído?

De pronto el viajante apareció repentinamente al lado de Lucas.

—¿Qué mula es ésta? —dijo.

Edmonds le iluminó por un momento.

—Mi mula, señor —dijo.

—¿De veras? —dijo el otro—. Yo tengo el recibo de venta de esta mula. Firmado por Lucas.

—¿Lo tiene usted? —dijo Edmonds—. Puede usted encender la pipa con él cuando esté en su casa.

—¿De veras? Oiga, señor Cómo Se Llame...

Pero ya Edmonds había vuelto a dirigir la luz sobre Lucas, que seguía teniendo la máquina adivina ante sí como si fuese algún objeto simbólico y consagrado para una ceremonia, para un rito.

—Pensándolo bien —dijo Edmonds— no quiero preocuparme en absoluto por esa mula. Te dije esta mañana lo que pensaba acerca de estos asuntos. Pero tú eres un hombre hecho; si quieres hacer el tonto, yo no puedo impedirte. Por Dios, ni siquiera deseo impedirte. Pero si esta mula no está en su puesto mañana al salir el sol, telefonaré al sheriff. ¿Me has oído?

—Le he oído —dijo Lucas con hosquedad.

El viajante habló de nuevo.

—Está bien, muchacho —dijo—. Si esta mula se mueve de aquí antes de que yo pueda cargarla y llevármela, iré a telefonar al sheriff. ¿Ha oído también esto?

Edmonds lanzó, de golpe, el rayo de luz a la cara del viajante.

—¿Me hablaba usted, señor? —dijo.

—No —dijo el viajante—. Le decía a él. Y él me ha oído.

Durante un rato. Edmonds mantuvo la luz sobre el otro.

Luego la dejó caer, de modo que solo se veían sus piernas y sus pies clavados en el fango y su refracción como si se hallaran en el agua. Volvió a guardarse la pistola en el bolsillo.

—Bien, usted y Lucas tienen hasta el amanecer para arreglar esto. Porque esta mula tiene que estar de vuelta a mi cuadra al salir el sol.

Se volvió. Lucas le observó ir a donde Dan le esperaba en el borde del calvero. Luego los dos continuaron, la luz oscilaba y vacilaba entre los árboles y los matorrales. En seguida desapareció.

—George Wilkins —dijo Lucas.

—Señor —dijo George.

—Busca la antorcha y enciéndela otra vez.

George lo hizo así; una vez más el rojo resplandor flameó y siguió apestando con su humo denso, elevándose hacia las estrellas de agosto de la medianoche ya pasada. Lucas dejó la máquina en el suelo y cogió la antorcha.

—Coge aquella cosa —dijo—. Voy a encontrarlo ahora.

Pero cuando despuntó el día no lo habían encontrado. La antorcha palidecía a la débil luz, cargada de rocío. El viajante estaba dormido sobre la tierra húmeda, hecho una pelota para defenderse del frío del amanecer, con la barba crecida, el pretencioso sombrero de la ciudad aplastado contra una mejilla, la corbata torcida sobre el cuello de la sucia camisa blanca, los enfangados pantalones enrollados bajo las rodillas, los zapatos el día antes tan brillantes convertidos en dos informes masas de fango endurecido. Cuando al fin le despertaron se incorporó renegando. Pero en seguida se dio cuenta de dónde se hallaba y por qué.

—Está bien —dijo—. Si esa mula se aleja un solo paso de la cabaña donde la hemos dejado, iré a buscar al sheriff.

—Sólo necesito una noche más —dijo Lucas—. Ese dinero está aquí.

—Tómese una más —dijo el viajante—. Tómese cien. Pásese aquí el resto de su vida, si así lo desea.

Pero ¿quiere primeramente decirme algo acerca de aquel tipo que sostiene que la mula es suya?

—De eso me ocupo yo —dijo Lucas—. Me ocuparé de él esta mañana. No debe usted preocuparse por eso. Además, si usted intenta llevarse la mula hoy, el sheriff se la quitará. Déjela donde está y no se angustie usted ni me angustie a mí. Déjeme sólo una noche más con esta cosa y yo lo arreglaré todo.

—Está bien —dijo el viajante—. Pero ¿sabe usted lo que le va a costar otra noche? Le va a costar exactamente veinticinco dólares más. Ahora me voy al pueblo a dormir.

Volvieron al coche del viajante. Él puso la máquina adivinadora dentro del portaequipajes y cerró con llave. Dejó a Lucas y George frente a la casa de Lucas. El auto prosiguió veloz, camino abajo. George parpadeó rápidamente mirándole.

—¿Qué haremos ahora? —dijo.

—Toma tu desayuno lo más pronto que puedas y vuelve aquí —dijo Lucas—. Tienes que ir al pueblo y volver al mediodía.

—Necesito también ir a la cama. Estoy enfermo de no dormir.

—Puedes dormir mañana. Tal vez una parte de esta noche.

—Podía haber ido y vuelto con él, si esto me lo hubiera dicho antes —dijo George.

—¡Ah! —repuso Lucas—. Pero no te lo dije. Vete a tomar tu desayuno lo más pronto que puedas. O si piensas que tal vez no encontrarás una montura para ir al pueblo, quizá es mejor que te vayas ahora sin esperar a desayunar. Porque serán unas treinta y cuatro millas a pie, y tienes que estar de vuelta al mediodía.

Cuando George llegó a la puerta de Lucas diez minutos más tarde, Lucas fue a su encuentro, con el cheque llenado ya con su caligrafía trabajosa, apretada, aunque perfectamente legible. Era por cincuenta dólares.

—Que te los den en plata —dijo Lucas—. Y estás de vuelta al mediodía.

Empezaba a oscurecer cuando el auto del viajante se detuvo de nuevo a la puerta de Lucas, donde Lucas y George estaban esperando. George llevaba un pico y una pala. El viajante estaba recién afeitado y su semblante reposado; el sombrero de ala dura había sido cepillado y la camisa estaba limpia. Pero llevaba unos pantalones caquis de algodón que aún tenían la etiqueta de la fábrica y mostraban la señal por dónde estuvieron doblados en el estante de la tienda hasta que ésta abrió para la venta aquella mañana.

Dirigió a Lucas una dura y burlona mirada cuando Lucas y George se acercaban.

—No voy a preguntar si mi mula está bien —dijo—. Porque no hay necesidad. ¿Verdad?

—Está bien —dijo Lucas.

Él y George se sentaron detrás. La máquina adivina estaba sobre el asiento delantero, al lado del viajante. George se detuvo un momento y la miró, parpadeando rápidamente.

—Se me ocurre pensar lo rico que yo sería si supiera lo que ella sabe adivinar —dijo—. Todos nosotros lo seríamos. No tendríamos necesidad de desperdiciar noche tras noche a la caza del dinero enterrado, ¿no es verdad? —Se dirigía al viajante, afable, deferente, parlanchín—: Entonces a usted y al señor Lucas no les importaría nada de quién era la mula, ni siquiera si había una mula, ¿no es verdad?

—Calla, y sube al coche —dijo Lucas.

El viajante conectó el motor, pero no lo puso en marcha. Se sentó de medio lado, mirando hacia atrás, a Lucas.

—¿Bien? —dijo—. ¿Adónde quiere ir a dar su paseo esta noche? ¿Al mismo sitio?

—Allí no —dijo Lucas—. Yo le mostraré dónde. Estuvimos mirando en el sitio equivocado. Había leído mal el papel.

—Desde luego —dijo el viajante—. Haberlo descubierto bien vale el gasto de

veinticinco dólares.

Puso en marcha el auto, pero lo detuvo tan de prisa que Lucas y George, sentados cautamente en el borde del asiento, fueron proyectados contra el respaldo del asiento delantero.

—¿Qué es lo que ha dicho? —dijo el viajante—. ¿Qué pasa con el papel?

—Lo interpreté mal —dijo Lucas.

—¿Interpretar qué?

—El papel.

—¿Quiere decir que tiene una carta o algo así que dice dónde está enterrado?

—Eso es —dijo Lucas—. Ayer lo interpreté mal.

—¿Dónde está?

—Lo dejé en casa.

—Vaya a buscarlo.

—No importa —dijo Lucas—. No lo necesitaremos.

Durante un largo rato el viajante miró a Lucas por encima del hombro. Luego volvió la cabeza y llevó la mano al contacto, pero el contacto estaba puesto ya.

—Está bien —dijo—. ¿Dónde es ese sitio?

—Vaya adelante —dijo Lucas—. Yo se lo indicaré.

Necesitaron casi dos horas para llegar. El camino no era siquiera un camino sino una hondonada ancha que serpenteaba por entre las colinas, y el sitio que ellos buscaban no estaba en el fondo sino en lo alto de una colina que dominaba el torrente —un grupo de cedros desmochados, las ruinas de viejas chimeneas sin cimientos, una depresión que debía haber sido alguna vez un pozo o cisterna, el viejo caduco secadero— y los campos apretados de brezos extendiéndose a lo lejos y unos cuantos troncos de árboles en lo que había sido un huerto, oscuro y lleno de sombras bajo el cielo sin luna en el que flotaban las vehementes estrellas de últimos de verano.

—Es en el huerto —dijo Lucas—. Está dividido, enterrado en dos sitios separados. Uno de ellos en el huerto.

—Con tal de que el tipo que le escribió la carta no haya vuelto y lo haya reunido otra vez —dijo el viajante—. ¿Qué estamos esperando? Vamos, Jack —dijo a George—. Saca esto.

George sacó del coche la máquina adivina. El viajante tenía una linterna, completamente nueva, y sin encenderla la metió en el bolsillo posterior del pantalón. Miró a su alrededor al oscuro horizonte de las otras colinas, visibles millas y millas aún en la oscuridad.

—Por Dios, es mejor que lo encuentren en seguida esta vez. Probablemente no hay en diez millas hombre capaz de caminar que no esté aquí dentro de una hora, mirándoles.

—No me diga eso a mí —dijo Lucas—. Dígaselo a esta máquina parlante de trescientos veinticinco dólares que he comprado que no parece saber decir sino No.

—Todavía no la ha comprado —dijo el viajante—. Dice usted que uno de los

sitios es entre estos árboles. Está bien. ¿Dónde?

Lucas, llevando la pala, entró en el huerto. Los otros le siguieron. El viajante observó a Lucas, que se paraba atisbando los árboles y el cielo como para orientarse, continuando luego. Al fin se detuvo.

—Podemos empezar aquí —dijo.

El viajante alumbró con la linterna, cubriendo la luz con su mano de modo que diese sobre la máquina en manos de George.

—Está bien, Jack —dijo—. Andando.

—Es mejor que la cargue yo —dijo Lucas.

—No —dijo el viajante—. Usted es demasiado viejo. Aún no sé si podrá aguantar con nosotros.

—Aguanté anoche —dijo Lucas.

—Ahora no es anoche —dijo el viajante—. ¡Vamos, Jack!

Empezaron a andar, George en medio, llevando la máquina, mientras los tres observaban los pequeños cuadrantes bajo el rayo concentrado de la linterna, a la vez que avanzaban y retrocedían en el huerto en líneas paralelas, los tres observando cuando las agujas de los cuadrantes de pronto se animaron, oscilaron girando ampliamente, y luego se detuvieron, temblorosas. Entonces Lucas sostuvo la máquina y observó a George que cavaba bajo el haz de luz de la lámpara y vio al fin salir la lata herrumbrosa y una cascada de dólares de plata brillar y afluir en las manos del viajante y oyó la voz de éste:

—Vaya, por Dios. Vaya, por Dios.

También Lucas se puso en cuclillas. Él y el viajante estaban en cuclillas uno frente al otro a cada lado del hoyo.

—Bien, yo he encontrado esto ahora —dijo Lucas.

El viajante, con una mano extendida sobre las monedas esparcidas, hizo con la otra un rápido movimiento como si Lucas hubiese intentado tocar el dinero. En cuclillas, rió ronca y prolongadamente hacia Lucas.

—¿Usted lo ha encontrado? Esta máquina no le pertenece, jefe.

—Yo se la he comprado a usted —dijo Lucas.

—¿Con qué?

—Con una mula —dijo Lucas. El otro se rió de él al otro lado del hoyo, con risa ronca y sostenida—. Le he dado un vale de venta —dijo Lucas.

—Que maldito lo que vale —dijo el viajante—. Está allí, en mi auto. Vaya y cójalo cuando quiera. Ni siquiera me he tomado la molestia de romperlo; de todos modos no valía la pena.

Volvió a meter las monedas en la lata. La linterna permanecía en tierra, allí donde él la había dejado caer, donde la había tirado, todavía encendida. El hombre se levantó de golpe y en el rayo de luz quedaban sólo sus pantorrillas, bajo los pantalones nuevos de algodón con el pliegue bien marcado, y los zapatos negros que no habían sido cepillados sino simplemente lavados.

—Está bien —dijo—. Esto es sólo una parte mínima. Usted ha dicho que estaba dividido, enterrado en dos sitios aparte. ¿Dónde está el otro?

—Pregúnteselo a su máquina adivina —dijo Lucas—. ¿No es ella la que debe saberlo? ¿No es por eso que usted quería trescientos dólares por ella? —Estaban frente a frente, en la oscuridad, dos sombras sin rostro. Lucas empezó a andar—. Creo que podemos irnos a casa —dijo—. George Wilkins.

—Señor —dijo George.

—Espere —dijo el viajante. Lucas se detuvo. De nuevo se encontraron frente a frente, invisibles el uno al otro—. Aquí no había sino un centenar —dijo el viajante—. La mayor parte está en el otro sitio. Le daré el diez por ciento.

—Yo tenía la carta —dijo Lucas—. No es bastante.

—El veinte —dijo el viajante—. Y eso es todo.

—Quiero la mitad —dijo Lucas.

—¿La mitad?

—Y el papel de la mula, y otro papel diciendo que esta máquina es mía.

—Ja, ja —dijo el viajante—. Y ja, ja, ja. Usted dice que la carta decía en el huerto. El huerto no es muy grande. Y con la mayor parte de la noche por delante sin contar con mañana...

—He dicho que decía que una parte estaba en la huerta —dijo Lucas.

Se enfrentaban en la oscuridad.

—Mañana —dijo el viajante.

—Ahora —dijo Lucas.

—Mañana.

En rostro invisible miraba su propio invisible. Ambos él y George, parecían sentir el aire estancado del verano moverse al temblor del hombre.

—Jack —dijo el viajante—, ¿cuánto dices que encontraron aquellos hombres?

Pero Lucas contestó antes de que George pudiera hablar.

—Veintidós mil dólares.

—Podían ser más de veintidós mil —dijo George—. Era un gran...

—Está bien —dijo el viajante—. Le daré el recibo de venta de la máquina en cuanto hayamos terminado.

—Lo quiero ahora —dijo Lucas.

Volvieron al auto. Lucas mantuvo la linterna. Observando al viajante mientras abría su carpeta de impresos y sacaba y le arrojaba a Lucas el recibo de venta de la mula. Luego observaron su temblorosa mano llenar el largo formulario duplicado con papel carbón y firmarlo y arrancar una de las dos.

—Entrará en posesión mañana por la mañana —dijo—. Hasta entonces me pertenece. —Salto del coche—. Vamos.

—Y la mitad de lo que se encuentre es mío —dijo Lucas.

—¿Cómo diablos va a ser una mitad ni nada mientras está usted ahí moviendo la boca? —dijo el viajante—. Vamos.

Pero Lucas no se movió.

—¿Qué hay de esos cincuenta dólares que ya hemos encontrado? —dijo—. ¿No me corresponden la mitad?

Esta vez el viajante se limitó a mirarle riendo, con una risa ronca e igual, pero sin alegría. Luego, se alejó. Ni siquiera había cerrado la carpeta. Arrancó la máquina a George y la linterna a Lucas y volvió corriendo hacia el huerto, y la luz oscilaba y saltaba según corría.

—George Wilkins —dijo Lucas.

—Señor —dijo George.

—Lleva la mula a donde la cogiste. Luego ve a decirle a Roth Edmonds que puede dejar de inquietar a la gente acerca de esto.

SUBIÓ la carcomida escalera, junto a la cual estaba la yegua lustrosa con su ancha silla y penetró en la larga habitación con sus filas de estantes de víveres en conserva, de garfios de los que colgaban colleras y jaeces y horcates y útiles de labranza, con su olor de melaza y de queso y de cuero y de petróleo. Edmonds giró la silla de espaldas al escritorio.

—¿Dónde has estado? —dijo—. Te mandé decir hace dos días que quería verte. ¿Por qué no has venido?

—Estaba en cama, me parece —dijo Lucas—. He estado en pie durante estas tres últimas noches. No puedo hacerlo ya como cuando era joven. Tampoco podrá usted cuando tenga mi edad.

—Y yo tengo bastante más criterio, teniendo la mitad de tus años, para intentarlo. Y tal vez 15 tendrás tú también cuando tengas el doble de los míos. Pero no es esto lo que yo quería. Quería saber de ese condenado viajante de Saint Louis. Dan dice que aún está aquí. ¿Qué es lo que está haciendo?

—A la caza de dinero enterrado —dijo Lucas.

Por un momento Edmonds no habló. Luego dijo:

—¿Qué? ¿A la caza de qué? ¿Qué has dicho?

—A la caza de dinero enterrado —dijo Lucas.

Se apoyó cómodamente en el borde del mostrador. Sacó del bolsillo del chaleco una pequeña cajita de hojalata con rapé y la destapó y llenó la tapa cuidadosa y fielmente con rapé y sacando el labio inferior entre el pulgar y el índice, volcó el rapé dentro y tapó la lata y la volvió a guardar en el chaleco.

—Emplea mi máquina adivinadora. Me la alquila por la noche. Es por eso que he tenido que estar levantado toda la noche, para que me devuelva la máquina. Pero la noche pasada no se presentó, por eso he podido dormir bien una noche, para variar. Por eso imagino que ha regresado al lugar de donde había venido.

Edmonds estaba sentado en la silla giratoria y miraba fijamente a Lucas.

—¿Te la alquila a ti? La misma máquina por la que robaste mi... que tú... la misma máquina...

—Por veinticinco dólares por noche —dijo Lucas—. Eso es lo que él me cobró por usarla una noche. Por eso calculé que es el alquiler corriente. Él las vende; debe saberlo. Por lo menos, eso es lo que yo cobro.

Edmonds colocó las manos en los brazos de la silla, pero no hizo ningún otro movimiento. Permaneció sentado perfectamente inmóvil, un poco inclinado hacia delante, mirando fijamente al negro apoyado contra el mostrador, en el que sólo las ligeras arrugas en tomo de la boca revelaban al hombre viejo, con unos raídos pantalones de pelo de camello tales como Grover Cleveland o el presidente Taft hubieran podido ponerse en verano, una camisa blanca, sin cuello, de pechera

almidonada, bajo una chaqueta de fustán amarillenta por el tiempo, y cruzada por una pesada cadena de oro, y el sombrero de castor de sesenta dólares que el abuelo de Edmonds le dio hacía cincuenta años, en la alto de la cara que no estaba ni seria ni pensativa, sino simplemente privada de expresión.

—Porque él estaba buscando en el sitio equivocado —dijo—. Ha estado buscando allí en la colina. Ese dinero está enterrado allá abajo, en cualquier parte junto al riachuelo. Aquellos dos blancos que vinieron aquí aquella noche hace cuatro años y se largaron con veintidós mil dólares...

Edmonds saltó de la silla y se quedó en pie. Respiró profundamente y empezó a andar con firmeza hacia Lucas.

—Y ahora que nos hemos librado de él, yo y George Wilkins...

Marchando con firmeza hacia él, Edmonds exhaló la respiración. Creía que sería un grito pero apenas si fue un susurro.

—Vete de aquí —dijo—. Vete a casa. Y no vuelvas. No vuelvas jamás. Cuando necesites provisiones, manda a Tía Molly por ellas.

CAPITULO III

1

CUANDO Edmonds levantó la vista del libro mayor y vio a la vieja que subía por el camino, no la reconoció. Volvió a sus cuentas y sólo cuando la oyó subir con dificultad las escaleras y la vio entrar en el economato supo quién era. Porque hacía como cuatro o cinco años que no la había visto fuera de la puerta de su casa. Pasaba a caballo delante de la casa cuando iba a ver las cosechas y la veía sentada en la veranda, la arrugada cara inclinada sobre la boquilla de una pipa de barro, o moviéndose en torno al lavadero y al tendedero en el patio de atrás moviéndose lenta y dolorosamente, como se mueven las personas muy viejas, aparentando ser mucho más vieja, aún para Edmonds, cuando él pensaba en todo eso, de lo que Edmonds con toda seguridad sabía que era. Y regularmente una vez al mes él desmontaba y ataba la yegua a la valla y entraba en la casa con una lata de tabaco y una bolsita de confites blandos y baratos como a ella le gustaban, y le hacía una visita de una media hora. Él lo llamaba una libación al azar, como el centurión derramaba antes un poco de vino que bebía, aunque era a sus antepasados y a la conciencia de los cuales probablemente él hubiera afirmado no haber poseído, en la forma, en la persona, de la negra que fue la única madre que jamás conoció, que no sólo le ayudó a venir al mundo aquella noche de lluvia e inundación, cuando su marido había estado muy cerca de perder la vida al ir a buscar al doctor que llegó demasiado tarde, sino que se trasladó a la verdadera casa, llevando a su propia criatura, y el niño blanco y el negro durmieron en la misma habitación con ella, de modo que ella amamantó a los dos hasta que él fue destetado, y nunca se alejó por mucho tiempo de la casa hasta que él fue a la escuela a los doce años. Una mujer pequeña, casi minúscula, que en los siguientes cuarenta años parecía haberse hecho aún más pequeña, con el mismo pañuelo de cabeza y el mismo delantal blanco y limpio con los que él la recordaba de siempre, que él sabía que era más joven que Lucas pero que parecía más vieja, increíblemente vieja, que en los últimos años había empezado a llamarle por el nombre de su padre, e incluso por el título con el que los negros más viejos se referían a su abuelo.

—Buen Dios —dijo—. ¿Qué has venido a hacer aquí? ¿Por qué no has enviado a Lucas? Él debía tener cuidado y no permitir que tú...

—Él está ahora en la cama, durmiendo —dijo ella, jadeando un poco por la marcha—. Por eso he tenido una oportunidad para venir. No quiero nada. He venido a hablarle a usted.

Se volvió un poco hacia la ventana. Entonces él vio su cara cubierta por miles de arrugas.

—Bien ¿qué pasa? —dijo. Se levantó de la silla giratoria y cogió otra, una silla corriente, con las patas atadas con alambre, de detrás del escritorio—. Aquí —dijo.

Pero ella sólo llevó la vista de él a la silla con la misma mirada ciega hasta que él

la cogió por el brazo que, bajo dos o tres capas de ropas debajo del descolorido pero perfectamente limpio vestido, se notaba no más ancho que la cánula de la pipa que ella fumaba. La llevó de la mano hasta la silla y la sentó, y las voluminosas capas y sobrecargas de sus faldas y enaguas se desparramaron. Inmediatamente ella agachó la cabeza y la volvió a un lado y se llevó a los ojos una mano nudosa, como un exiguo montoncito de secas y ennegrecidas raíces.

—La luz les hace daño —dijo.

Él la ayudó a levantarse, y dio vuelta a la silla hasta que quedó con el respaldo hacia la ventana. Esta vez la encontró ella sola y se sentó. Edmonds volvió a su silla giratoria.

—Muy bien —dijo—. ¿Qué hay?

—Quiero dejar a Lucas —dijo ella—. Quiero uno de esos..., uno de esos...

Edmonds estaba sentado sin moverse, mirando fijamente el rostro que no podía ver distintamente.

—¿Cómo? —dijo él—. ¿Un divorcio? ¿Después de cuarenta y cinco años, a tu edad? ¿Y qué harás? ¿Cómo te las arreglarás en adelante, sin nadie...?

—Puedo trabajar. Haré...

—Maldita sea —dijo Edmonds—. Tú sabes que no quise decir eso. Aunque mi padre no hubiese ordenado en su testamento tener cuidado de ti durante toda su vida. Quiero decir ¿qué harás? ¿Dejar la casa que os pertenece a ti y a Lucas e ir a vivir con Nat y George?

—Eso sería igual de malo —dijo ella—. Quiero irme del todo, lejos. Porque él está loco. Desde que ha cogido esa máquina, se ha vuelto loco. Él y..., y...

Aunque él acababa de nombrarlo, se dio cuenta de que ella ni siquiera podía recordar el nombre de George. Ella habló de nuevo, inmóvil, sin mirar nada por lo que él veía, sus manos como dos retorcidas manchas de tinta sobre el immaculado delantal.

—... permanecen fuera toda la noche, todas las noches con eso, buscando ese dinero enterrado. Ni siquiera se cuida de su ganado como es debido. Y doy de comer a la yegua y a los cerdos y trato de ordeñar. Pero eso no importa. Yo puedo hacerlo. Me gusta hacerlo cuando él está enfermo del cuerpo. Pero ahora está enfermo de la mente. Mala enfermedad. Ni siquiera se levanta para ir a la iglesia el domingo. Él tiene mala enfermedad, amo. Está haciendo una cosa que el Señor no quiere que hagan las gentes. Y yo tengo miedo.

—¿Miedo de qué? —dijo Edmonds—. Lucas es fuerte como un caballo. En la actualidad está mejor que yo. Ahora está descansando, sin nada que hacer hasta que esté la cosecha. No le hará daño estar en pie toda la noche andando arriba y abajo del riachuelo con George, por un tiempo. Tendrá que dejarlo el mes próximo para recoger su algodón.

—No es de eso que tengo miedo.

—¿De qué entonces? —dijo él—. ¿Qué pasa?

—Tengo miedo de que lo encuentre.

De nuevo Edmonds estaba sentado en su silla, mirándola.

—¿Miedo de que vaya a encontrarlo?

Ella continuaba mirando al vacío, inmóvil, minúscula, como una muñeca, un adorno.

—Porque Dios dice: «Lo que está puesto en Mi tierra me pertenece a Mí hasta que Yo lo desentierre. Y quien lo toque, esté en guardia». Y yo tengo mucho miedo. Quiero irme. Quiero librarme de él.

—No hay ningún dinero enterrado en esta región —dijo Edmonds—. ¿No ha estado hurgando por el suelo desde la primavera pasada, buscándolo? Y esa máquina tampoco se lo va a encontrar. Yo hice todo lo posible para que no la comprase. Hice todo lo que pude, salvo que ese maldito agente fuera arrestado por allanamiento. Ahora me gustaría haberlo hecho. Si yo hubiera previsto... Pero eso no habría servido para nada. Lucas se lo habría encontrado camino abajo, en algún sitio y la habría comprado. Pero no va a encontrar más dinero enterrado que el que ha encontrado andando arriba y abajo del riachuelo, haciendo que George Wilkins cavara donde él pensaba que debía estar. También él se convencerá pronto. Lo dejará. Entonces se pondrá bien.

—No —dijo ella—. Lucas es un viejo. No lo parece, pero tiene sesenta y siete años. Y cuando un viejo de esa edad se mete a buscar tesoros, es como cuando se da al juego, o al whisky o a las mujeres. No va a tener tiempo de abandonarlo. Y entonces se va a ver perdido, perdido... —Se interrumpió.

No se movió de la dura silla, ni tampoco se movieron las manchas de las manos nudosas en la extendida blancura del delantal. *Diablos, diablos, diablos*, pensó Edmonds.

—Te diría cómo curarle en dos días —dijo—. Si tú fueras veinte años más joven. Pero no podrías hacerlo ahora.

—Dígamelo. Puedo hacerlo.

—No —dijo él—. Ahora eres demasiado vieja.

—Dígamelo. Puedo hacerlo.

—Espera a que él vuelva con eso mañana por la mañana; luego la coges tú y bajas al riachuelo y ponte a buscar el dinero enterrado. Hazlo la mañana siguiente y la otra. Deja que él se entere de lo que estás haciendo —usando su máquina mientras él duerme, durante todo el tiempo que él está dormido y no puede velar, no puede ir de caza él mismo. Déjale que vuelva y encuentre que no está preparado su almuerzo, que se despierte y halle que no está preparada la cena porque tú estás todavía en el lecho del riachuelo, buscando con su máquina el dinero oculto. Eso le curará. Pero eres demasiado vieja. Tú no puedes aguantarlo. Vuelve a casa y cuando Lucas se despierte, tú y él... No, es demasiado lejos para que des ese paseo dos veces en el mismo día. Dile que yo he dicho que me espere. Después de cenar iré y le hablaré.

—Hablarle no le cambiará. Yo no he podido. Y usted tampoco podrá. Todo lo que

puedo hacer es alejarme de él.

—Puede que no sirva —dijo Edmonds—. Pero: puedo intentarlo, maldita sea. Y él me escuchará, maldita sea. Estaré allí después de cenar. Dile que me espere.

Entonces ella se levantó. La observó emprender trabajosamente el camino hacia su casa, minúscula, casi como una muñeca. No era precisamente preocupación, y, si se hubiera confesado a sí mismo la verdad, no era en absoluto preocupación por ella. Estaba furioso. Un súbito borbotar de injurias y ofensas acumuladas que cubrían no sólo sus días sino toda la vida de su padre también, y llegaban hasta el tiempo de su abuelo McCaslin Edmonds. Lucas era no sólo la persona viviente más vieja del lugar, más viejo de lo que el padre de Edmonds hubiera sido, era ese cuarto de estirpe no sólo de sangre blanca y ni siquiera de sangre de Edmonds, sino del viejo Carothers McCaslin mismo, de quien Lucas descendía no sólo por línea de varón, pero únicamente de dos generaciones, mientras que Edmonds descendía de línea femenina y de cinco generaciones; hasta desde niño había notado que Lucas siempre se refería a su padre llamándole Mr. Edmonds, nunca Mr. Zack, como le llamaban los demás negros, y cómo con un frío y deliberado cálculo eludía siempre tener que dirigirse al blanco por ningún nombre cuando hablaba directamente con él.

Sin embargo, Lucas no daba importancia a su sangre blanca o al menos a su sangre de McCaslin, sino al contrario. Era como si él fuese no sólo impermeable a esa sangre, sino indiferente. No tenía necesidad de competir con ella. No tenía siquiera que molestarse en luchar con ella. La resistía siendo la mezcla de las dos razas que le habían formado, simplemente poseyéndola. En vez de ser a la vez el campo de batalla y la víctima de los dos linajes, era un recipiente permanente, sin estirpe, no conductor, en el que las toxinas y las antitoxinas se daban mate mutuamente, sin que se notara al exterior. Una vez habían sido tres: James, luego una hermana llamada Fonsiba; luego, Lucas, hijos de Turl de la tía Tomey, hijo del viejo Carothers McCaslin, y de Tennie Beauchamp, que el tío abuelo de Edmonds, Amodeus McCaslin, le ganó a un vecino jugando al póquer en 1859. Fonsiba se casó y se fue a vivir a Arkansas y no volvió nunca, aunque Lucas continuó teniendo noticias de ella hasta su muerte. Pero James, el mayor, escapó antes de llegar a ser mayor de edad, y no se detuvo hasta haber atravesado el río Ohio y no volvieron a saber nada de él — esto es, que sus parientes blancos supieran—. Era como si no sólo (como su hermana hizo más tarde) hubiera puesto agua entre él y la tierra donde su abuela fue seducida y su padre nació sin nombre, sino que hubiese interpuesto también latitud y geografía, sacudiendo para siempre de sus pies el polvo de la tierra donde sus antepasados blancos podían reconocerlo o repudiarlo de un día a otro, de acuerdo con su capricho, pero donde él ni siquiera se hubiera atrevido a repudiar al antepasado blanco, salvo cuando esto conviniera al momentáneo humor del hombre blanco.

Pero Lucas se quedó. No tenía por qué quedarse. De los tres hijos, él no sólo no tenía cadenas materiales (ni, como Carothers Edmonds empezó a comprender más tarde, tampoco morales) que lo sujetaran allí, sino que estaba dotado de antemano con

independencia económica para poder partir para siempre en cuanto quisiera después de cumplir los veintiún años. Era sabido de padres a hijos entre los Edmonds, hasta que a su vez llegó a los Carothers, que cuando por el cincuenta los hijos gemelos del viejo Carothers McCaslin, Amodeus y Theophilus, por primera vez pusieron en vigor su proyecto de liberación de los esclavos de su padre, hicieron una cláusula especial (por consiguiente un reconocimiento formal, aunque sólo de un modo implícito y sólo por parte de sus hermanastros blancos) para el hijo negro de su padre. Era una suma de dinero, con los intereses acumulados, que debía ir al hijo negro a su requerimiento verbal, pero de la que Turl de Tomey, que eligió quedarse aún después de haber sido constitucionalmente liberado, nunca se sirvió. Y él murió, y el viejo Carothers McCaslin había muerto hacía más de cincuenta años, y Amodeus y Theophilus habían muerto también, de setenta y tantos años, el mismo año, lo mismo que nacieron en el mismo año, y McCaslin Edmonds tenía la tierra, la plantación, en dominio y propiedad ambas, renunciadas a su favor por Isaac McCaslin, hijo de Theophilus, y por qué razón o motivo otro que la pensión que McCaslin y su hijo Zachary y su hijo Carothers pagaban aún a Isaac en su pequeño y modesto *bungalow* en Jefferson, nadie lo sabía con certeza. Pero ciertamente había sido renunciada, de algún modo y en algún sitio lejano, en aquellos tiempos oscuros en el Mississippi, cuando un hombre que tenía que ser duro y despiadado para lograr un patrimonio que dejar a su muerte, y fuerte y duro para conservarlo hasta que pudiera legarlos; abandonada, repudiada incluso por su verdadero heredero (Isaac, «Tío Ike», sin hijos, viudo, viviendo en la casa de su difunta esposa, la propiedad de la cual también se negó a asumir, nacido cuando su padre era viejo y nacido viejo él también, y haciéndose constantemente cada vez más joven hasta que, pasados los setenta y al menos más cerca de los ochenta de los que de ningún modo hubiera admitido, había adquirido algo de la profunda y altruista inocencia de un muchacho) que del patrimonio había retenido, y por su propia instancia, sólo la administración del legado que su tío negro parecía no comprender aún que era suyo sólo con pedirlo.

No lo pidió nunca. Murió. Luego su primer hijo, James, escapó, dejó la cabaña donde había nacido, la plantación, el Mississippi, por la noche y sólo con la ropa que llevaba puesta. Cuando Isaac McCaslin se enteró de ello en el pueblo, retiró un tercio del dinero del legado, con los intereses acumulados, y partió también él y estuvo fuera una semana y regresó y volvió a poner el dinero en el Banco. Luego la hija, Fonsiba, se casó y se fue a vivir a Arkansas. Esta vez Isaac marchó con ellos y transfirió un tercio del legado a un Banco de Arkansas y lo dispuso de modo que Fonsiba pudiese recibir tres dólares a la semana, ni más ni menos, y se volvió a su casa. Luego una mañana estaba Isaac en casa, mirando un periódico, no leyéndolo, sino mirándolo, cuando se dio cuenta de lo que era y por qué. Era la fecha. *Es el cumpleaños de alguien*, pensó. Dijo en voz alta: «Es el de Lucas. Hoy cumple veintiuno», cuando entraba su esposa. Entonces era una mujer joven; se habían casado hacía pocos años, pero él ya había aprendido a conocer la expresión de su cara

mirándola como lo hacía ahora: sosegadamente y con lástima de ella y con remordimiento por ella, por los dos, conociendo la amarga tensión indómita de aquella voz, tanto como conocía la expresión:

—Lucas Beauchamp está en la cocina. Quiere verte. Tal vez tu primo te manda decir que ha decidido no pagarte más ni siquiera esos cincuenta dólares al mes que te daba a cambio de la hacienda de tu padre.

Pero estaba bien. No importaba. Él podía pedirle perdón tan fuerte como si gritase, manifestarle su piedad y su dolor; marido y mujer no necesitaban hablarse con palabras uno al otro, no tanto por la vieja costumbre de vivir juntos, sino porque en ese único y lejano instante del largo y mezquino período de sus vidas, aunque ellos sabían en ese momento que no duraría ni podría durar, habían llegado a imitar a Dios cuando voluntariamente y por adelantado se perdonaban mutuamente todo aquello que cada uno de ellos sabía que el otro no podría ser nunca. Luego Lucas apareció en la habitación, se quedó de pie junto a la puerta, el sombrero en una mano contra la pierna. La cara del color de una silla de montar usada, los rasgos sirios, no en un sentido racial, sino como heredero de diez siglos de jinetes del desierto. No era en absoluto la cara de la generación que les precedía: la composición fotográfica de los rostros de diez mil soldados no derrotados de la Confederación, casi imperceptiblemente caricaturizada, serena, fría, más fría que la de él, más cruel que la de él, con más profundidad que la de él había tenido.

—¡Por muchos años! —dijo Isaac—. Caramba, estaba precisamente...

—Sí —dijo Lucas—. El resto de ese dinero. Lo quiero.

—¿Dinero? —dijo Isaac—. ¿Dinero?

—Ese que el amo viejo dejó a papá. Si es todavía nuestro. Si usted va a dárnoslo.

—No es cosa mía darlo o negarlo. Era de vuestro padre. Todo lo que teníais que hacer era pedirlo. He tratado de encontrar a Jim después que él...

—Lo estoy pidiendo ahora —dijo Lucas.

—¿Todo? La mitad es de Jim.

—Yo puedo guardárselo igual que usted ha estado haciendo.

—Sí —dijo Isaac—. También te vas tú. También te marchas.

—Aún no lo he decidido —dijo Lucas—. Podría. Ahora soy un hombre. Puedo hacer lo que quiera. Me gusta saber que puedo irme cuando lo decida.

—Podías hacerlo en cualquier momento. Aunque el abuelo no hubiera dejado dinero a Turl de Tomey. Todo lo que vosotros, cualquiera de vosotros, hubiera tenido que hacer era venir a verme... —Su voz se apagó. Pensaba: *Cincuenta dólares al mes. Él lo sabe todo. Que yo he renunciado, chillado como un becerro atado, vendido mi primogenitura, traicionado mi sangre, por lo que él llama, además, no paz sino obliteración, y un poco de comida*—. Está en el Banco —dijo—. Vamos a buscarlo.

Sólo Zachary Edmonds y, a su tiempo, su hijo Carothers supieron todo esto. Pero casi toda la ciudad de Jefferson supo lo que siguió, de modo que la anécdota no sólo se asentó en los anales de la familia Edmonds, sino también en los más secundarios

de la ciudad: cómo los primos, el blanco y el negro, fueron juntos al Banco aquella mañana y Lucas dijo:

—Espere. Es un montón de dinero.

—Es demasiado —dijo el blanco—. Demasiado para tenerlo escondido bajo un ladrillo del fogón. Deja que te lo guarde. Deja que te lo guarde.

—Espere —dijo Lucas—. ¿Lo guardará el Banco a un negro lo mismo que a un blanco?

—Sí —dijo el blanco—. Yo se lo pediré.

—¿Cómo puedo recobrarlo? —dijo Lucas.

El blanco le explicó el manejo de los cheques.

—Está bien —dijo Lucas. Permanecieron uno al lado del otro junto a la ventanilla, mientras el blanco hacía transferir la cuenta y preparar una nueva libreta de cheques; de nuevo Lucas dijo—: Espere —y entonces uno al lado del otro se inclinaron sobre la repisa de madera llena de manchas de tinta, mientras Lucas extendía un cheque, escribiéndolo asesorado bajo la dirección del blanco con aquella caligrafía apretada, aunque perfectamente legible, que la madre del hombre blanco le había enseñado a él y a su hermano y a su hermana también. Luego, permanecieron de nuevo ante la ventanilla enrejada mientras el cajero pagaba el cheque y Lucas, cerrando la ventanilla, contaba el dinero aburrida y deliberadamente por dos veces y lo empujaba al cajero al otro lado de la reja.

—Ahora puede volver a guardarlo —dijo—. Y deme mi papel.

Pero no se fue. Dentro del año se casó, no con una mujer del campo, una labradora, sino con una mujer de la ciudad, y McCaslin Edmonds construyó una casa para ellos, y concedió a Lucas un campo para que lo cultivase como a él le pareciese durante todo el tiempo que viviera o que permaneciese en el lugar. Luego, McCaslin Edmonds murió y su hijo se casó y en aquella noche de primavera de aluvión y aislamiento había nacido el muchacho Carothers. Desde la infancia aceptó al negro como un atributo de la mujer que era la sola madre que él podía recordar, con la misma sencillez con que aceptaba a su negro hermano de leche, con la misma sencillez con que aceptaba a su padre como un atributo de su existencia. Aun antes de salir de la infancia, las dos casas se habían hecho intercambiables: su hermano de leche y él dormían sobre el mismo jergón en la casa del hombre blanco o en la misma cama en la del negro y comían la misma comida en la misma mesa en cualquiera de las dos, y realmente prefería la casa del negro, en cuya chimenea aun en verano, siempre estaba encendido un pequeño fuego, centrando la vida en él, en sí mismo. Ni siquiera fue necesario que llegase a él como parte de la crónica familiar que su padre blanco y el padre de su hermano de leche negro habían hecho lo mismo; ni nunca se le ocurrió que a ellos a su vez y simultáneamente hubieran tenido sus primeros recuerdos proyectados sobre una única mujer cuya piel era oscura. Un día supo, sin detenerse a recordar cuándo o cómo lo había sabido, que la mujer negra no era su madre, y no lo sintió; supo que su verdadera madre había muerto y no se entristeció.

Quedaba todavía la mujer negra, constante, adicta, y el hombre negro a quien veía tanto y aún más que a su propio padre, y la casa del negro, el olor fuerte y caliente del negro, la chimenea de noche y su fuego incluso en verano, que él prefería a la suya propia. Y, además, él ya no era un niño. Él y su hermano de leche cabalgaban por la plantación sobre caballos y mulas, tenían una trailla de pequeños perros para ir a cazar y la promesa de una escopeta para dentro de un año poco más o menos; se bastaban a sí mismos, completos, esperando, como todos los niños, no ser comprendidos, defendiéndose mutuamente en orden de batalla ante cualquier amenaza a su intimidad, sino únicamente amar, preguntar y examinar sin cortapisas, y que los dejaran solos.

Luego, un día, la vieja maldición de sus padres, el viejo, altanero y ancestral orgullo basado no en ningún mérito sino en un accidente geográfico, manteniéndose no por el valor y el honor sino por la injusticia y la vergüenza, descendió sobre él. Entonces no lo comprendió. Él y su hermano de leche, Henry, tenía siete años. Acababan de cenar en casa de Henry y Molly estaba mandándolos a la cama en la habitación del otro lado de la antesala donde ellos dormían cuando estaban allí, cuando de pronto él dijo:

—Me voy a casa.

—Quedémonos aquí —dijo Henry—. Creía que nos levantaríamos a la misma hora que papá y que iríamos de caza.

—Quédate tú —dijo. Ya se dirigía hacia la puerta—. Yo me voy a casa.

—Está bien —dijo Henry siguiéndole.

Y él recordaba cómo anduvieron aquella media milla hasta su casa, en las primeras sombras de la noche estival, andando él muy de prisa para que el chico negro no pudiese ir a su lado, entraron en la casa uno detrás del otro y subieron la escalera y en la habitación con la cama y en el suelo el jergón sobre el que ellos dormían cuando pasaban la noche allí, y como él se desnudó con la suficiente lentitud para que Henry se dejara caer sobre el jergón y se echara en él. Entonces él se fue a la cama y se echó, rígido, mirando con fijeza el techo oscuro aun después de oír a Henry incorporarse sobre un codo, mirando hacia la cama con lento y apacible asombro.

—¿Vas a dormir ahí arriba? —dijo Henry—. Bueno, está bien. Yo duermo bien en el jergón, pero creo que lo dejaré si quieres —y se levantó y se acercó a la cama y se quedó de pie junto al niño blanco, esperando que se moviese y le dejase sitio, hasta que el niño dijo, áspero y violento pero no en voz alta:

—¡No!

Henry no se movió.

—¿Quieres decir que no quieres que yo duerma en la cama? —Tampoco se movió el niño. No contestó, rígido boca arriba, mirando fijo a lo alto—. Está bien —dijo Henry tranquilamente y se volvió al jergón y se echó de nuevo. El muchacho le oía, le escuchaba; no podía evitarlo, yaciendo firme y rígido con los ojos abiertos, oyendo la lenta y apacible voz—: Me parece que una noche de calor como ésta dormiríamos

más frescos si...

—¡Cállate! —dijo el niño—. ¿Cómo podemos dormir ninguno de los dos si sigues hablando?

Henry se calló entonces. Pero el niño no dormía mucho tiempo después de haber empezado a oírse la tranquila y sedante respiración de Henry, y seguía echado con un rígido furor por un dolor que no podía explicar, por una vergüenza que no quería reconocer. Luego se durmió y le pareció que todavía estaba despierto, y cuando despertó no supo que había dormido hasta que vio a la luz gris del amanecer el jergón vacío en el suelo. Aquella mañana no fueron de caza. Nunca más durmieron en la misma habitación y nunca más comieron en la misma mesa, porque él se había confesado a sí mismo que era una vergüenza, y no fue a casa de Henry y durante un mes sólo vio a Henry de lejos, en el campo de Lucas, andando junto a su padre y llevando las riendas de la yegua mientras Lucas araba. Luego un día supo que era dolor y estaba pronto a admitir que también era vergüenza, deseaba admitirlo sólo que ya era demasiado tarde, para siempre demasiado tarde.

Fue a casa de Molly. La tarde estaba avanzada; Henry y Lucas volverían del campo de un momento a otro. Molly estaba allí, mirándole desde la puerta de la cocina, mientras él atravesaba el patio. La cara de ella no transparentaba nada; él le dijo lo mejor que pudo por el momento, ya que más tarde hubiera podido decirlo como es debido, decirlo de una vez y para siempre de modo que fuera para siempre, encarándose con ella antes de entrar en su casa, deteniéndose, sus pies ligeramente separados, temblando un poco, altivo, perentorio:

—Esta noche voy a cenar con todos vosotros.

Estuvo bien. La cara de ella no transparentaba nada. Ahora podría decirlo en cualquier momento, cuando se presentase la ocasión.

—Tu cubierto está —dijo ella—. Te prepararé un pollo.

Luego fue como si no hubiera pasado nada. Henry llegó casi en seguida; debía haberle visto desde el campo y Henry y él mataron y desplumaron el pollo. Luego, llegó Lucas y él fue al establo con Henry y con Lucas mientras Henry ordeñaba. Luego estuvieron atareados en el patio, que ya estaba oscuro, sintiendo el olor del pollo que se guisaba, hasta que Molly llamó a Henry y luego un poco más tarde también a él, con la voz que siempre tuvo, serena y resuelta:

—Ven a comer tu cena.

Pero era demasiado tarde. La mesa estaba como siempre preparada en la cocina y Molly estaba de pie al lado del hornillo sacando las galletas como siempre lo había hecho, pero Lucas no estaba allí y no había sino una silla, un plato, su vaso de leche al lado, la bandeja llena de pollo todavía intocado, y cuando él reculaba, jadeando, por un momento ciego mientras el cuarto se precipitaba y se deslizaba, Henry se volvía hacia la puerta para salir.

—¿Tienes vergüenza de comer dónde como yo? —gritó.

Henry se detuvo, volvió un poco la cabeza para hablar con voz lenta y sin calor:

—No tengo vergüenza de nadie —dijo tranquilamente—. Ni siquiera de mí.

Así entró en posesión de su herencia. Comió su amargo fruto. Escuchó a Lucas referirse a su padre como a Mr. Edmonds, nunca como Mr. Zack; observó cómo evitaba dirigirse al hombre blanco directamente por ningún nombre, con un cálculo tan frío y constantemente alerta, con una astucia tan deliberada y tenaz, que por un tiempo no pudo decirse si siquiera su padre sabía que el negro se negaba a llamarle señor. Por fin, habló a su padre de ello. Éste le escuchó gravemente, con alguna cosa en su cara que el muchacho no podía leer y a lo que entonces prestó poca atención, porque era todavía demasiado joven, todavía un niño; él no había adivinado aún que había algo entre su padre y Lucas, algo más que lo que podía explicar la diferencia de raza y que eso no existía entre Lucas y cualquier otro hombre blanco, algo más que la sangre blanca, ni aún la sangre McCaslin, podía explicar ya que eso no existía entre su tío Isaac McCaslin y Lucas.

—¿Tú crees que por ser Lucas más viejo que yo, lo bastante viejo para recordar un poco a Tío Buck y a tío Buddy, y descender de aquéllos que vivieron en este lugar donde nosotros los Edmonds somos unos usurpadores, piojos resucitados ayer, no es suficiente razón para que él no quiera llamarnos señor? —dijo su padre—. Crecimos juntos, comimos y dormimos juntos y cazamos y pescamos juntos, como tú y Henry. Lo hicimos hasta que fuimos hombres. Salvo que siempre le he vencido disparando, excepto una vez. Y de la forma en que se desenvolvió el asunto, también le gané entonces. ¿Crees que no es suficiente razón?

—Nosotros no somos usurpadores —dijo el muchacho, casi lo gritó—. Nuestra abuela McCaslin era tan parienta del viejo Carothers como el Tío Buck y el Tío Buddy. El mismo Tío Isaac dio... Tío Isaac dice... —Se interrumpió. Su padre le observaba—. No, señor —dijo severamente—. No es suficiente razón.

—Ah —dijo el padre.

Entonces el muchacho pudo leer lo que había en su cara. Él lo había visto antes, como lo ven los niños —ese momento en que, envuelto y rodeado aún por el fervor y la confianza, descubre que la reserva que había creído haber rebasado, simplemente había retrocedido y levantado una nueva barrera, todavía inexpugnable—; ese momento en que el niño se da cuenta con un sentimiento conjunto de dolor y afrenta que el padre lo ha precedido, ha experimentado cosas, vergüenza y triunfos, en los cuales no puede tener parte.

—Hagamos un trato. Deja que Lucas y yo arreglemos cómo debe tratarme él, y yo dejaré que tú y él arregléis cómo debe tratarle él.

Después, en la adolescencia, supo lo que había visto en el rostro de su padre aquella mañana, qué sombra, qué mancha, qué marca —algo que había pasado entre Lucas y su padre, que nadie sino ellos sabía, ni lo sabrían si decirlo dependía de ellos — alguna cosa que había pasado ya que ellos eran hombres, no proviniendo de una diferencia de raza ni porque una sangre del mismo linaje corriera en ambos. Luego, en sus últimos años de adolescente, casi un hombre, supo lo que había sido. *Hubo*

una mujer, pensó. Mi padre y un negro, tras una mujer. Mi padre y un hombre negro tras una mujer negra, ya que él simplemente evitó incluso darse cuenta de que hasta había rechazado pensar en una mujer blanca. Ni siquiera pensó en el nombre de Molly. Eso no importa. Y, por Dios, Lucas le pegó, pensó. Edmonds, pensó, áspera y rencorosamente. Edmonds. Hasta un negro McCaslin es más hombre, mejor que todos nosotros. El viejo Carothers se hacía sus bastardos negros en el patio y yo hubiera querido ver al marido o a cualquier otro decirle que no. Sí, Lucas le pegó, sino Lucas no estaría aquí. Si padre hubiera pegado a Lucas, no hubiera permitido a Lucas quedarse aquí ni siquiera para perdonarle. Sólo Lucas podía quedarse, porque Lucas es inaccesible a todos, hasta para perdonarles, hasta para perjudicarles.

INACCESIBLE al tiempo también. Zachary Edmonds murió, y a su vez él heredó la plantación, cuyo verdadero heredero, por descendencia masculina y desde luego moralmente y, si la verdad fuese sabida, probablemente legalmente también, estaba todavía vivo, viviendo de la ración de limosna que su sobrino nieto, a su vez, le enviaba todos los meses. Hacía veinte años que dirigía la plantación, tratando de estar a la altura de los tiempos, como su padre y su abuelo y su bisabuelo lo hicieron antes que él. Sin embargo, cuando volvía la mirada sobre aquellos veinte años, le parecían una larga e ininterrumpida serie de disgustos y conflictos injuriosos, no con la tierra o con el tiempo (ni siquiera, luego, con el Gobierno federal) sino con el viejo negro que por sí o por no, ni siquiera se acordaba de que debía llamarle amo o patrón, y le llamaba Mr. Edmonds y I Mr. Carothers o Roth o hijo, o le hablaba en un grupo de negros más jóvenes englobándolos a todos al decir «vosotros, muchachos». Fueron los años durante los cuales Lucas había continuado cultivando su campo con los mismos rudimentarios y anticuados sistemas que probablemente había seguido el mismo Carothers McCaslin, rehuyendo consejos, oponiéndose a usar modernos aperos, oponiéndose a dejar que el tractor atravesara la tierra que sus antepasados McCaslin le habían concedido en usufructo de por vida, negándose incluso a permitir que el piloto que espolvoreaba todo el algodón con veneno contra el gorgojo, pasara con el aeroplano por encima de sus campos, y sin embargo retiraba del economato sus provisiones como si cultivase, con un provecho vergonzoso e increíble, un millar de acres, y en los libros de la administración tenía una cuenta que databa de treinta años atrás, que Edmonds sabía que no pagaría nunca, por la sencillísima razón de que Lucas no sólo sobreviviría al actual Edmonds, como había sobrevivido a los dos que le precedieron, sino que probablemente viviría más que los libros mayores que registraban su cuenta. Luego el alambique que Lucas estuvo explotando casi en su patio, en el de Edmonds, por lo menos durante veinte años, según su hija, hasta que su propia avaricia le descubrió, y la mula de trescientos dólares que había robado a quien no sólo era su socio y fiador sino realmente ligado a él por su propia sangre y la había malbaratado por una máquina que adivinaba el sitio oculto donde estaba enterrado el dinero; y ahora esto: destrozarse después de cuarenta y cinco años el hogar de la mujer que había sido la única madre de él, Edmonds, había conocido, que le

había criado, que le habían dado el pecho lo mismo que si fuera su propio hijo, que le había rodeado de atenciones lo mismo para su cuerpo que para su espíritu, enseñándole buenos modales, cómo debía comportarse —ser amable con sus inferiores, digno de sus iguales, generoso con el débil y considerado con el anciano, cortés, sincero y valeroso con todos— que le había dado a él, huérfano de madre, sin restricciones y sin esperar recompensa, esa constante y continua devoción y amor que no había existido en ninguna otra parte del mundo para él destrozarle su hogar, a ella, que no tenía pariente excepto un hermano viejo en Jefferson, a quien no había visto desde hacía diez años, y su hija, de dieciocho años, casada, con quien sin duda se negaría a vivir, ya que el marido de su hija también estaba expuesto a la maldición en que ella creía que su propio marido había incurrido.

Inaccesible al tiempo también. Le parecía a Edmonds, sentado ante su cena solitaria, que no podía comer, como si realmente pudiera ver a Lucas allí en la habitación, de pie ante él —la cara que a los sesenta y siete años parecía verdaderamente más joven que la suya a los cuarenta y tres, mostrando menos que la suya propia los estragos de las pasiones y los pensamientos y las satisfacciones y los desengaños— la cara que no era en absoluto una réplica, ni siquiera en caricatura, de su abuelo McCaslin, sino que había heredado y reproducía con absoluta y espantosa fidelidad toda la generación y el pensamiento del viejo antepasado —la cara que, como había visto el viejo Isaac McCaslin aquella mañana hacía cuarenta y cinco años, era una mezcla de toda una generación de fieros e invencibles jóvenes soldados de la Confederación, embalsamada y ligeramente momificada— y pensó con asombro y algo muy parecido al horror: *Es más viejo Carothers que todos nosotros juntos, incluyendo al viejo Carothers. Él es a la vez heredero y prototipo simultáneamente de toda la geografía y el clima y la biología que engendró el viejo Carothers y a todo el resto de nosotros y de nuestra especie, miríadas de seres, innumerables, sin rostro, hasta sin nombre ahora, excepto él que ha sido su propio padre, intacto y completo, despectivo, como debe haber sido el viejo Carothers, con todas las sangres negra, blanca, amarilla o roja, incluso la suya propia.*

ERA noche cerrada cuando ató la yegua a la cerca de Lucas y subió el sendero de piedras, primorosamente bordeado con ladrillos rotos y botellas clavadas en la tierra y ascendió las escaleras y entró. Lucas estaba esperando, de pie en la puerta con el sombrero puesto, recortándose su figura contra la llama del hogar. La vieja no se levantó. Estaba sentada como por la tarde en el economato, inmóvil, sólo un poco inclinada hacia delante, con las diminutas y retorcidas manos quietas sobre el delantal blanco, la arrugada y trágica máscara lamida aquí y allá por la luz del fuego y, por primera vez en sus recuerdos, dentro o fuera de su casa sin la pipa de barro en la boca. Lucas le alcanzó una silla. Pero Lucas no se sentó. Fue al otro lado de la chimenea y se quedó de pie, la llama iluminándole también a él la ancha ala del sombrero de castor que él abuelo de Edmonds le había dado hacía cincuenta años, las facciones ligeramente sirias, la pesada cadena de oro del reloj cruzándole el chaleco desabrochado.

—Bien, ¿qué es lo que pasa? —preguntó Edmonds.

—Ella quiere un divorcio —dijo Lucas—. Está bien.

—¿Está bien? —dijo Edmonds—. ¿Está bien?

—Sí. ¿Cuánto me costará?

—Ya comprendo —dijo Edmonds—. Si tuvieras que pagar dinero por ello, no la dejarías. Bien, éste es un asunto en el que no vas a tenernos al retortero. Ahora no estás comprando ni vendiendo una máquina para buscar oro, viejo. Ella no quiere ninguna mula.

—Puede tenerla —dijo Lucas—. Sólo quiero saber cuánto me costará. ¿Por qué no puede usted declararnos divorciados como hizo usted con Oscar y aquella puerca amarilla que él se trajo de Memphis el verano pasado? No sólo los declaró usted divorciados, sino que usted mismo la llevó a la ciudad y le compró el billete del tren para Memphis.

—Porque ellos no estaban casados en serio —dijo Edmonds—. Y tarde o temprano ella le hubiera hecho una caricia con la navaja que llevaba. Y si ella hubiera faltado o enredado, Oscar le hubiera roto la cabeza. Él estaba esperando una ocasión para ello. Por eso lo hice. Pero tú no eres Oscar. Esto es diferente. Escúchame, Lucas. Eres un hombre más viejo que yo; lo reconozco. Puede que tengas más dinero que yo, como creo que lo tienes, y puede que tengas más juicio que yo, como tú crees que lo tienes. Pero tú no puedes hacer esto.

—No me lo diga a mí —dijo Lucas—. Dígaselo a ella. Yo no quiero hacerlo. Yo estoy satisfecho así.

—Sí. Seguramente. Mientras puedas hacer lo que quieras —pasando todo el tiempo sin dormir ni comer, haciendo que George Wilkins ande arriba y abajo en el lecho del río, cargado con esa maldita... maldita...— Entonces se interrumpió y

empezó de nuevo, manteniendo la voz no sólo baja, sino moderada, por un momento al menos: —Te he dicho y repetido que no hay ningún dinero enterrado por los alrededores. Que estás perdiendo el tiempo. Pero esto no importa. Tú y George Wilkins podéis dar vueltas por allí abajo hasta que caigáis reventados, por lo que a mí respecta. Pero tía Molly...

—Yo soy un hombre —dijo Lucas—. Yo soy el hombre aquí. Soy el único que habla en mi casa, como usted y su padre y el padre de su padre fueron los únicos en la suya. Usted no tiene ninguna queja sobre el modo de cultivar mi tierra y hacer mi cosecha, ¿no es verdad?

—¿Ninguna queja? —dijo Edmonds—. ¿Ninguna queja?

El otro continuó:

—Mientras yo haga esto, soy el único que puede hablar de mis asuntos privados, y su padre sería el primero en decirle a usted esto, si estuviese aquí. Además, tendré que dejar de ir de caza todas las noches ahora pronto, para recoger mi algodón. Entonces iré de caza sólo el sábado y el domingo por la noche. —Hasta este momento había estado hablando al techo, en apariencia. Miró a Edmonds—. Pero estas dos noches no trabajaré la tierra de nadie, ni me importa quién se proclame propietario de ella.

—Bien —dijo Edmonds—. Dos noches a la semana. Tendrás que empezar la semana próxima, porque parte de tu algodón está en condiciones de ser recogido. —Se volvió hacia la vieja—. Vamos, tía Molly —dijo—. Dos joches a la semana, y al fin, aun siendo Lucas volverá pronto a su juicio...

—Yo no le he pedido que deje de ir de caza salvo dos noches a la semana —dijo ella. No se había movido, hablando con una monótona cantilena, sin mirar a ninguno de ellos—. No le he pedido que deje de ir de caza del todo. Porque ahora es demasiado tarde. No lo puede evitar ya. Y yo quiero ser libre.

Edmonds alzó la vista sobre la impasible, la impenetrable cara bajo el ancho, anticuado sombrero.

—¿Quieres que ella se vaya? —dijo—. ¿Lo quieres?

—Yo soy el hombre en esta casa —dijo Lucas. No había testarudez, sino serenidad: era definitivo. Su mirada era firme como la de Edmonds, pero infinitamente más fría.

—Escucha —dijo Edmonds—. Tú vas tirando. No tienes mucho tiempo para vivir aquí. Hace un momento has dicho algo sobre mi padre. Está bien. Pero cuando le llegó su hora y él se acostó para morir, pudo hacerlo en paz. —Porque nunca *tenía nada*, Jesús, casi dijo en voz alta. *Maldición, maldición, maldición*, pensó *no había tenido nada a propósito de su mujer, en su ancianidad, para tener que decirle a Dios perdóname por haber hecho esto*. Casi en voz alta; se detuvo a tiempo—. Y se avecina el tiempo en que querrás descansar en paz, y no sabes cuándo llegará.

—Tampoco usted.

—Tienes razón. Pero yo tengo cuarenta y tres años. Tú tienes sesenta y siete.

Se miraron uno a otro. El semblante bajo el sombrero seguía siendo impenetrable, impenetrable. Entonces Lucas se movió. Se volvió y escupió en el fuego.

—Está bien —dijo quedamente—. También yo quiero reposar en paz. Me desprenderé de la máquina. Se la daré a George Wilkins...

Fue entonces cuando la vieja se movió. Cuando Edmonds miró hacia ella, estaba tratando de levantarse de la silla, de darse impulso con una mano, el otro brazo extendido, no para evitar a Lucas, sino hacia él, Edmonds.

—¡No! —gritó—. ¡Señor Zack! ¿No lo ve usted? No sólo quería continuar usándola como la ha estado usando, sino querría hacer caer sobre Nat, la última y la menor, la maldición de Dios que está destinada a destruir a cualquiera, hombre o mujer, que toque aquello que ha sido devuelto a Él. ¡Yo quiero que él la conserve! Es por eso que quiero irme, así él puede conservarla y no tiene siquiera que pensar en dársela a George. ¿No lo comprende?

Edmonds se había levantado también, cayendo su silla con estrépito. Temblaba, mirando ferozmente a Lucas.

—De modo que estabas tratando de engañarme a mí también. A mí —dijo con voz temblorosa—. Está bien. No vas a conseguir ningún divorcio. Y vas a deshacerte de esa máquina. Y lo primero que harás, mañana por la mañana, es llevármela a casa. ¿Me has oído?

Volvió a casa, es decir a la cuadra. La luna había salido, lanzando su pálida luz sobre el algodón abierto, casi pronto para ser recogido. La maldición de Dios. Supo lo que ella pensaba, lo que había querido decir. Admitiendo la casi increíble circunstancia de que allí hubiera tanto como un millar de dólares enterrados y olvidados en algún sitio en el radio de Lucas, y admitiendo la circunstancia aún más increíble de que Lucas lo encontrase, ¿de qué podía servirle a él, a un hombre de sesenta y siete años, que tenía, como sabía Edmonds, tres veces esa suma en el Banco de Jefferson? Incluso mil dólares, que no había ganado con el sudor, al menos con su sudor, Y a George, el marido de su hija, que rió tenía aún veinticinco años y con una esposa de veinte que esperaba un hijo la primavera próxima.

No había nadie para recogerle la yegua; había dicho a Dan que no esperase. Le quitó la silla, le frotó el pelo y abrió la tranquera del prado, le quitó las bridas y le dio una palmada en la grupa iluminada por la luna, mientras ella se precipitaba rápidamente galopando un momento a la luz de la luna al darse vuelta.

—Maldita sea —dijo—. Desearía con toda mi alma que uno de los dos, yo o Lucas Beauchamp, fuésemos un caballo. O una mula.

Lucas no apareció al día siguiente con la máquina adivina. Cuando Edmonds salió de casa a las nueve de la mañana (era domingo) aún no había aparecido. Edmonds conducía su automóvil; por un momento pensó ir a casa de Lucas, detenerse allí. Pero era domingo; le parecía haber estado preocupándose y angustiándose de los asuntos de Lucas durante seis días a la semana desde el pasado mayo, y muy probablemente tendría que reanudar preocupaciones y molestias al amanecer del día siguiente, y

como Lucas mismo había dicho que al comenzar la semana próxima dedicaría sólo los sábados y los domingos a la máquina, era probable que hasta entonces se considerara por su propia cuenta libre de abstenerse en esos dos días. Por lo tanto, continuó. Estuvo fuera todo el día —a la iglesia a cinco millas de distancia, luego a la comida de los domingos con algunos amigos tres millas más allá, donde pasó la tarde viendo el algodón de los otros y sumando su voz a las imprecaciones por las interferencias del Gobierno en el cultivo y mercado del algodón—. Había ya oscurecido cuando llegó de nuevo a la puerta de su casa y recordó una vez más a Lucas y a Molly y a la máquina adivina. Lucas no la hubiera dejado en la casa vacía en su ausencia, de modo que retrocedió y se dirigió a la de Lucas. Estaba a oscuras; cuando gritó no le respondieron. Entonces condujo el coche un cuarto de milla hasta la casa de George y Nat, pero también estaba a oscuras, y nadie respondió a su voz. *Tal vez esté todo bien ahora, pensó. Tal vez hayan ido juntos a la iglesia. De todos modos, mañana, dentro de doce horas, tendré que empezar a preocuparme de Lucas y otras cosas y por ello puede muy bien ser esto, con lo que al menos estoy familiarizado, acostumbrado.*

Luego, a la mañana siguiente, lunes, estuvo en la cuadra casi durante una hora sin que apareciese nadie, ni Dan ni Oscar. Él mismo abrió las cuadras y sacó las mulas al prado y estaba saliendo de la cuadra de la yegua con la cesta del pienso cuando entró Oscar en el patio, no corriendo, sino trotando, cansada y regularmente. Entonces, Edmonds vio que todavía llevaba el traje de los domingos: una camisa flamante y una corbata, pantalones de sarga con un gran desgarrón en una pierna, y salpicado de barro hasta las rodillas.

—La tía Molly Beauchamp —dijo Oscar—. Ha desaparecido desde ayer. La hemos estado buscando toda la noche. Descubrimos por dónde había bajado al torrente y seguimos su rastro. Pero es tan pequeña y ligera que su pie no deja mucha huella en el terreno. Tío Luke, y George, y Nat y Dan están buscándola todavía.

—Yo ensillaré la yegua —dijo Edmonds—. Ya saqué las mulas; vete al prado y coge una. Corre.

Las mulas, libres en el gran prado, eran difíciles de coger; pasó casi una hora antes de que Oscar volviese montado en una de ellas. Y fueron precisas dos horas más antes de que se reunieran con Lucas y George, y Nat, y Dan y otro hombre allí donde habían seguido y perdido y buscado y encontrado y seguido de nuevo las débiles y ligeras huellas de los pies de la anciana que parecía haber errado sin objeto entre la maraña de espinos y troncos podridos que bordea el torrente. Era casi mediodía cuando la encontraron, yaciendo con la cara en el fango, el immaculado delantal y las limpias y descoloridas sayas manchadas y rasgadas, una mano todavía agarrada a la manilla de la máquina adivinadora, como si hubiera caído con ella. No estaba muerta. Cuando Oscar la alzó abrió los ojos, sin mirar a ninguno, sin mirar nada, y los cerró otra vez.

—Corre —dijo Edmonds a Dan—. Coge la yegua. Ve por el auto y trae al doctor

Rideout. Pronto.

—¿Podrías llevarla en brazos?

—Puedo llevarla —dijo Oscar—. No pesa casi nada. No tanto como esa máquina buscadora.

—Yo la llevaré —dijo George—. Siendo ella la madre de Nat...

Edmonds se volvió hacia él y también hacia Lucas.

—Lleva tú esa máquina —dijo—. Llévala los dos. Espero que encuentre algo de aquí a la casa. Porque si esas agujas vuelven a moverse sobre mis tierras, ninguno de vosotros estará para contemplarlas... Me ocuparé de ese divorcio —dijo a Lucas—. Antes de que ella se mate. Antes de que entre tú y esa máquina la matéis. Por Dios que me alegro de no encontrarme en tu pellejo. Me alegra no tener que acostarme esta noche en tu cama, pensando en lo que vas a tener que pensar tú.

Se hizo de día. El algodón estaba todo dentro y desmotado, y embalado y había caído una helada, acabando de quemar el maíz que estaba siendo recogido y medido en las cribas. Con Lucas y Molly en el asiento de atrás condujo el coche hacia Jefferson y se paró delante del Palacio de Justicia del distrito donde se hallaba el juez.

—No hace falta que entres —dijo a Lucas—. Probablemente no te harán entrar. Pero permanece por aquí. No voy a esperarte. Y recuerda. Tía Molly se quedará con la casa y la mitad de la cosecha de este año y la mitad de la de todos los años mientras permanezcas en mis tierras.

—Usted quiere decir todos los años en que yo siga cultivando mi tierra.

—Quiero decir todos los malditos años que permanezcas en mis tierras. Justamente lo que he dicho.

—Cass Edmonds me dio esa tierra para que fuese mía hasta que yo...

—Ya me has oído —dijo Edmonds.

Lucas le miró. Parpadeó.

—¿Quiere usted que me vaya? —preguntó.

—¿Por qué? —dijo Edmonds—. ¿Para qué? ¿Dónde vas a estar cada noche y durante toda la noche buscando dinero enterrado? Lo mismo te daría pasarte todo el día durmiendo. Además, tendrás que quedarte para recoger la media cosecha de tía Molly. Y no quiero decir precisamente este año. Quiero decir todos...

—Ella puede quedárselo todo —dijo Lucas—. Yo lo cultivaré como es debido. Y ella puede quedarse con todo. Yo tengo esos tres mil dólares que el viejo Carothers me dejó, ahí precisamente, en ese Banco. Me bastarán y me sobrarán para los días de mi vida, a menos que usted no haya decidido darle la mitad a alguien. Y cuando yo y George Wilkins encontremos ese dinero...

—Baja del coche —dijo Edmonds—. Vamos.

El juez estaba sentado en su despacho, en un pequeño edificio aparte, junto al tribunal propiamente dicho. Cuando se dirigía hacia allí, Edmonds cogió repentinamente a la vieja por el brazo, justo a tiempo de sostenerla, sintiendo de nuevo el delgado y casi descarnado brazo bajo la tela de la manga, seco e ingrátido,

quebradizo y endeble como un leño podrido. Se detuvo, sosteniéndola.

—Tía Molly —dijo—. ¿Quieres todavía hacer esto? No tienes necesidad de hacerlo. Yo le apartaré de esa cosa. Por Dios, yo...

Ella pretendió avanzar, tirándole de la mano.

—Quiero hacerlo —dijo—. Él conseguirá otra. Luego, él se la dará a George en seguida, para evitar que usted la coja. Y ellos lo encontrarán algún día y puede que yo me haya ido entonces y no podré ayudarle. Y Nat era mi pequeña y mi última. Nunca veré a los otros antes de morir.

—Vamos —dijo Edmonds—. Vamos, pues.

Algunas personas entraban y salían del despacho; en el interior había unas pocas, no muchas. Esperaron tranquilamente en el extremo de la habitación hasta que llegó su turno. Entonces, se dio cuenta de que realmente estaba sosteniéndola. La encaminó hacia delante, siempre ayudándola, sintiendo que si la hubiese soltado por un momento siquiera se habría derrumbado a sus pies como un manojo de astillas secas y sin vida, cubierta con sus ropas viejas, desteñidas y perfectamente limpias.

—Ah, señor Edmonds —dijo el juez—. ¿Es ésta la demandante?

—Sí, señor —dijo Edmonds.

El juez (era bastante viejo) bajó la cabeza para mirar a Molly por encima de sus gafas. Luego, se las ajustó sobre la nariz y la miró a través de los cristales. Emitió un ruido chocante.

—Después de cuarenta y cinco años, ¿no puede usted hacer nada?

—No, señor —dijo Edmonds—. Ya lo intenté. Yo...

El juez hizo de nuevo el ruido de cloqueo. Bajó la vista sobre el escrito que el escribiente había dejado delante de él.

—A ella se le suministrará lo necesario, naturalmente.

—Sí, señor. Me cuidaré de eso.

El juez meditaba, mirando el escrito.

—No hay oposición, supongo.

—No, señor —dijo Edmonds.

Y entonces —y él ni siquiera se había enterado de que Lucas los había seguido hasta que vio al juez bajar otra vez la cabeza y mirar detrás de ellos, esta vez a través de las gafas, y vio al escribiente levantar la vista y oyó decir:

—¡Eh, negro! ¡Quítate el sombrero!

Luego, Lucas apartó a Molly a un lado y llegó hasta la mesa, quitándose el sombrero al mismo tiempo que decía:

—No vamos a tener ni oposición ni divorcio tampoco.

—¿Cómo dice? —preguntó el juez—. ¿Quién es este hombre...?

Lucas no había mirado una sola vez a Edmonds. Por lo que a Edmonds le parecía, tampoco estaba mirando al juez. Edmonds pensó estúpidamente que debían haber pasado muchos años desde que había visto a Lucas descubierto; en realidad, no podía recordar en absoluto haber notado antes que el cabello de Lucas era gris.

—Nosotros no queremos ningún divorcio —dijo Lucas—. He cambiado de idea.

—¿Es usted el marido? —dijo el juez.

—Eso es —dijo Lucas.

—¡Conteste en debida forma al tribunal! —dijo el escribiente.

Lucas miró de soslayo al escribiente.

—¿Qué...? —dijo—. Yo no quiero ningún tribunal. He cambiado de...

—¡Cómo, atrevido...! —empezó el escribiente.

—Espere —dijo el juez. Miró a Lucas—. Usted ha tardado demasiado. Esta demanda ha sido presentada en debida forma y en regla. Estoy dispuesto a dar mi fallo.

—No ahora —dijo Lucas—. No queremos ningún divorcio. Roth Edmonds sabe lo que pienso.

—¿Cómo? ¿Quién?

—¡Vamos, atrevido...! —dijo el escribiente—. Vuestra Señoría...

De nuevo el juez levantó la mano levemente hacia el escribiente. Seguía mirando a Lucas.

—Mr. Roth Edmonds —dijo Lucas.

Edmonds avanzó rápidamente, sin dejar de sostener a la vieja por el brazo. El juez le miró.

—¿Sí, Mr. Edmonds?

—Sí, señor —dijo Edmonds—. Está en razón. No lo queremos ahora.

—¿Desea usted retirar la demanda?

—Sí, señor; por favor.

—Ah —dijo el juez. Dobló el escrito y lo extendió al escribiente—. Borre esto de la orden del día, Mr. Hulett —dijo.

Cuando estuvieron fuera del despacho, casi tuvo que transportarla, aunque ella procuraba andar.

—Vamos —dijo casi con aspereza—, ahora todo está en orden. ¿No has oído al juez? ¿No has oído a Lucas decirle al juez que Roth Edmonds sabía lo que él pensaba?

Casi la cogió en vilo para meterla en el auto, Lucas estaba detrás de ellos. Pero en vez de subir, Lucas dijo:

—Espere un momento.

—¿Esperar un momento? —dijo Edmonds—. ¡Ah! —dijo—. Has agotado tus esperas. Ya has gastado...

Pero Lucas se había ido. Y Edmonds esperó. Permaneció de pie junto al auto y vio a Lucas cruzar la plaza, hacia las tiendas, erguido bajo el viejo, elegante y bien conservado sombrero, andando con esa segura y digna decisión que de vez en cuando, y con algo como una punzada en el corazón, Edmonds reconocía que le venía de sus propios antepasados, como el sombrero. No se detuvo mucho. Volvió, sin prisas, y subió al coche. Llevaba una bolsita —evidentemente caramelos, por valor de

un níquel—. La puso en manos de Molly.

—Toma —dijo—. Ya no te quedan dientes, pero todavía puedes chuparlos.

HACÍA fresco aquella noche. Tenía un pequeño fuego y, para cenar, el primer jamón curado en el ahumadero, y estaba sentado ante su solitaria mesa, comiendo con más apetito del que le parecía haber tenido durante meses y meses, cuando oyó llamar a la entrada de la casa —y el ruido de los nudillos en el borde de la veranda, no fuerte, no apresurado, sencillamente perentorio. Se dirigió al cocinero a través de la puerta de la cocina:

—Dile que entre aquí —dijo.

Continuó comiendo. Estaba comiendo cuando Lucas entró y pasó a donde estaba él y depositó la máquina adivina en el otro extremo de la mesa. Estaba limpia de barro; parecía como si le hubieran sacado brillo, y de una apariencia a la vez compacta, complicada y eficiente con sus brillantes y secretos cuadrantes y sus relucientes interruptores. Lucas permaneció mirándola durante un momento. Luego, se volvió hacia otro lado. Hasta que salió de la habitación, ni una sola vez volvió a mirar hacia ella.

—Aquí está —dijo—. Deshágase de ella.

—Muy bien. La llevaré al desván. Puede ser que la primavera próxima tía Molly se haya olvidado de eso y tú podrás...

—No. Deshágase de ella.

—¿Definitivamente?

—Sí. Llévesela de aquí, donde yo no pueda volverla a ver. No me diga dónde. Véndala si puede y guarde el dinero. Pero véndala lejos de aquí, donde yo no la vea nunca ni vuelva a oír hablar de ella.

—Bien —dijo Edmonds—. Bien.

Echó hacia atrás la silla, separándola de la mesa y se quedó sentado mirando al otro, al viejo que había surgido del trágico complejo de su infancia sin madre, como el marido de la mujer que había sido la única madre que había conocido, que ni una sola vez había dicho «señor» a su piel blanca y que sabía que le llamaba Roth a sus espaldas, por no decir en su casa.

—Vamos a ver —le dijo—. No tienes por qué hacer esto. Tía Molly es vieja, y tiene algunas ideas raras. Pero lo que ella no sabe... Porque no vas a encontrar ningún dinero, enterrado o no, alrededor de aquí ni en ningún otro sitio. Y si tú quieres coger esa maldita cosa alguna vez que otra, digamos una o dos veces al mes, y pasar la noche arriba y abajo de ese maldito torrente...

—No —dijo Lucas—. Deshágase de ella. Yo no quiero verla nunca más. El hombre tiene tres veces veinte y diez años en esta tierra, dice el Libro. Él puede querer un montón de cosas en ese tiempo y un montón de lo que él puede querer debe ir a él, si él empieza bastante pronto. Yo he esperado demasiado para empezar. Ese dinero está allí. Aquellos dos blancos que vinieron a escondidas aquella noche hace

tres años y desenterraron veintidós mil dólares y se largaron con ellos antes de que nadie los viese. Yo lo sé. Yo vi el hoyo que ellos rellenaron de nuevo, y el cántaro que estaba enterrado allí. Pero yo estoy cerca del fin de mis tres veces veinte años y diez años, y pienso que ese dinero no es para mí.

SONATA EN NEGRO

Capítulo 1

1

ESTABA de pie, llevando puesto el raído, descolorido y limpio «mono» que Mannie le había lavado hacía sólo una semana, y oyó la primera gleba golpear la caja de pino. Pronto tuvo él una de las palas, que en sus manos (medía más de seis pies y pesaba más de doscientas libras) parecía una de las palas de juguete con la que los niños juegan en la playa, y con ella lanzó medio pie cúbico de tierra como una palita de niño hubiera lanzado un poquito de arena. Uno de los trabajadores del aserradero le tocó un brazo y dijo:

—Déjamela, Rider.

No dudó siquiera. Soltó una mano en mitad del movimiento y la impulsó de revés, golpeando al otro en pleno pecho, empujándole un paso atrás, y volvió a llevar la mano a la pala que seguía en movimiento, echando tierra con una furia tan sin esfuerzo que el montículo parecía elevarse por su propio impulso, no construido desde arriba, sino irrumpiendo visiblemente de la misma tierra, hasta que al fin la fosa, salvo por ser nueva, se pareció a todas las otras señaladas, sin orden en aquel terreno estéril por trozos de barro cocido y botellas rotas y ladrillos viejos y otras cosas insignificantes a la vista, pero realmente con un profundo significado y fatales si se tocaban, que ningún blanco podría interpretar. Entonces se enderezó y con una mano lanzó la pala vibrante como una jabalina a plomo sobre el montículo y se volvió y empezó a alejarse, siguió andando aun cuando una vieja salió del escaso grupo de sus parientes y amigos y de unos pocos viejos que le conocían a él desde su nacimiento, y a su esposa muerta y se aferró a su brazo.

Era su tía. Ella le había criado. A sus padres no los recordaba en absoluto.

—¿Adónde vas? —le dijo.

—Voy a casa —dijo él.

—No debes volver allí solo —le dijo—. Necesitas comer. Ven a nuestra casa a comer.

—Voy a casa —repitió él, liberándose de la mano de ella, su antebrazo como de hierro, como si el peso de la mano de ella no fuera superior al de una mosca, los otros miembros del aserradero cuyo capataz era él, se apartaban en silencio para dejarle pasar. Pero antes de que llegase a la cerca, uno de ellos le alcanzó; no necesitaba decir que era un mensajero de la tía.

—Espera, Rider —dijo el otro—. Tenemos una jarra entre las matas... —Luego, el otro dijo lo que no pretendía decir, lo que nunca había imaginado decir en circunstancias como ésa, aunque todos lo supieran— los muertos que no quieren o no pueden dejar la tierra todavía aunque la carne en la que han vivido una vez haya vuelto a ella, digan lo que quieran los predicadores, y reiteren y afirmen que ellos la dejen no sólo sin pena sino con alegría, al ascender a la gloria:

—No debes volver de noche. Estará ella.

Él no se detuvo, bajó la vista hacia el otro, los ojos rojos en el interior de los ángulos en su alta cabeza, ligeramente echada hacia atrás.

—Déjame solo, Acey —dijo—. No me molestes ahora.

Y continuó, pasando por encima de los tres cables de alambre de la cerca sin interrumpir sus zancadas, y atravesó el camino y entró en los bosques. Era ya casi anochecido cuando salió de ellos y atravesó el último campo, pasando también por encima de aquella cerca de un tranco a la senda. Estaba desierta a aquella hora del atardecer del domingo —ninguna familia en carro, ningún jinete ni peatón que se dirigiese a la iglesia que hablase con él y cuidadosamente se contuviese de mirarle después de haber pasado— el pálido y seco polvo de agosto, del que las huellas de los cascos y las ruedas de una larga semana habían sido borrados por el paso ocioso y sin premura de los zapatos domingueros, con algo por debajo, desvanecido pero no ido, fijado y mantenido en polvo recocado, la marca estrecha de los dedos del pie descalzo de su mujer cuando los sábados por la tarde se dirigía al economato para comprar las provisiones para la semana próxima mientras él se bañaba; las de él, sus propias huellas, fijaban el período en que pasaba ahora, caminando casi tan de prisa como un hombre más pequeño hubiera ido trotando, su cuerpo arremetía contra el aire que el cuerpo de ella había dejado libre, sus ojos tocaban los objetos —el poste y el árbol y el campo y la casa y la colina— que los ojos de ella habían perdido.

La casa era la última del sendero, no suya, sino alquilada a Carothers Edmonds, el terrateniente blanco de la región. Pero el alquiler se pagaba puntualmente y por adelantado, y en seis meses apenas había arreglado el piso de la entrada y reconstruyó y techó la cocina, haciendo el trabajo él mismo los sábados por la tarde y los domingos con la ayuda de su mujer, y compró el hornillo. Porque ganaba bastante: trabajando en el aserradero desde que empezó a ser hombre a los quince o dieciséis años y ahora, a los veinticuatro, capataz de la cuadrilla ya que el grupo que él capitaneaba transportaba un tercio más de madera entre la salida y la puesta del sol que lo que ningún otro transportaba, y él mismo a veces, como una vanidosa demostración de su fuerza, manejaba troncos que corrientemente hubieran necesitado dos hombres con los ganchos; nunca sin trabajo ni siquiera en los viejos días cuando en realidad no tenía necesidad de dinero, cuando mucho de lo que quería, de lo que necesitaba quizá, no le costaba dinero —las mujeres, lustrosas y oscuras y que para todos los designios innominados no tenía necesidad de pagar y no tenía importancia para él la ropa que se ponía y siempre había comida para él a cualquier hora del día o de la noche en la casa de su tía que ni siquiera quería coger los dos dólares que él le daba todos los sábados— de modo que sólo tenía que gastar los sábados y los domingos en los dados y en el whisky hasta aquel día hacía seis meses cuando por primera vez vio a Mannie, a quien había conocido toda su vida, y se dijo a sí mismo: «Basta con todo esto», y se casaron y él alquiló la cabaña a Carothers Edmonds y en su noche de bodas encendió el fuego en la chimenea como se contaba que el tío Lucas Beauchamp, el más viejo inquilino de Edmonds, había hecho en la suya hacía

cuarenta y cinco años y que estaba encendido desde entonces; y se levantaba y se vestía y tomaba su desayuno a la luz de la lámpara para hacer a pie las cuatro millas y llegar al aserradero a la salida del sol, y exactamente una hora después del ocaso entraba en la casa de nuevo, cinco días a la semana, hasta el sábado. Entonces, no había pasado una hora del mediodía cuando él subía las escaleras y llamaba, no en el poste o en la puerta, sino en la parte interior del techo de la veranda, y entraba y hacía resonar la cascada luminosa de los dólares de plata sobre la fregada mesa en la cocina, donde su comida hervía a fuego lento sobre la hornilla y le esperaba la bañera de agua caliente y el bote con el suave jabón y la toalla hecho con sacos de harina abiertos y cosidos juntos y su «mono» y su camisa limpios, y Mannie recogía el dinero y marchaba durante media milla hasta el economato y compraba el suministro para la semana siguiente y depositaba el resto en la caja fuerte de Edmonds y volvía y ellos comían otra vez sin prisas ni carreras después de cinco días —la carne de falda, la verdura, el pan de trigo, el suero de mantequilla de la casa grande, y la torta que ella cocía todos los sábados, ya que tenía una cocina con homo.

Pero cuando puso la mano en la puerta le pareció de pronto que detrás no había nada. De todos modos, la casa nunca fue suya, pero hasta el nuevo entarimado y las traviesas del umbral y del techo, la chimenea y la cocina y la cama, eran todos parte del recuerdo de algún otro, por eso se detuvo en la puerta entreabierta.

—¿Qué estoy haciendo aquí? —dijo en voz alta, como si se hubiese dormido en un sitio y luego se hubiese despertado repentinamente para encontrarse en otro.

Entonces vio al perro. Lo había olvidado. No recordaba haberlo visto ni oído desde que empezó a aullar precisamente antes de amanecer el día anterior, un perro grande, un perro de caza con algo de sangre de mastín (él le había dicho a Mannie un mes después de casados: «Necesito un perro grande. Tú eres la única, cosa que podrás estar a mi lado siempre, no un día, ni sólo unas semanas») salió de debajo de la veranda y se acercaba, no corriendo, sino como si anduviese a la deriva en la luz del crepúsculo hasta que se apoyó ligeramente en su pierna, levantó la cabeza hasta que él la tocó con la punta de los dedos, mirando hacia la casa y sin hacer ningún ruido; entonces, como si el animal la hubiera hecho guardia frente a ella durante su ausencia y sólo en ese momento la abandonase, el armazón de madera y travesaños delante de él se solidificó, se rellenó y, por un momento le pareció que no le sería posible entrar.

—Pero yo necesito comer. Los dos necesitamos comer —dijo avanzando aunque el perro no le seguía hasta que él se volvió maldiciéndole—. ¡Ven aquí! —dijo—. ¿De qué tienes miedo? Ella te quería a ti también, como a mí.

Y subieron los escalones y atravesaron la veranda y entraron en la casa —la única habitación llena de oscuridad en la que todos aquellos seis meses estaban ahora repletos y hacinados en un instante de tiempo hasta no dejar en el aire espacio para respirar, repletos y hacinados en torno a la chimenea donde el fuego que hubiera debido durar hasta el fin de ellos dos, delante de la cual en los días antes de haber

podido comprar la hornilla él entraba después de haber cubierto las cuatro millas a pie desde el aserradero y la encontraba, el contorno de su espalda estrecha y sus caderas, acurrucada, una pequeña mano extendida resguardando su casa del fuego sobre el que la otra mano sostenía la cacerola, cuando el sol salió el día anterior se había convertido ya en su seco, leve y tentador abono de cenizas muertas— y él estaba allí mientras el último rayo de luz se apagaba en tomo al fuerte e indomable latido de su corazón y el profundo y regular movimiento del tórax que la rápida marcha por el accidentado camino de los bosques y los campos no habían aumentado y la permanencia en la tranquila borrosa habitación no había moderado.

Luego el perro se apartó de él. La leve presión cesó en su costado: oyó el golpe y el rasguño de sus uñas en el piso de madera cuando se alejó y de pronto le pareció que estaba huyendo. Pero se detuvo precisamente fuera de la puerta, donde podía verlo, y levantando la cabeza empezó a aullar, y entonces la vio a ella también. Ella estaba de pie en la puerta de la cocina, mirándole. Él no se movió. No respiró ni habló hasta estar seguro de que su voz sería normal, su semblante compuesto también para no sobresaltarla.

—Mannie —dijo—. Todo está bien. No tengo miedo.

Luego dio un paso hacia ella, sin siquiera alzar la mano todavía, y se detuvo. Luego dio otro paso. Pero esta vez cuando él se movió ella empezó a desvanecerse. Él se detuvo, sin respirar de nuevo, inmóvil, deseando que sus ojos vieran que ella se había detenido también. Pero ella no se había detenido. Ella se desvanecía, se iba.

—Espera —dijo, hablando tan dulcemente como nunca había oído su voz al hablar a una mujer—: Déjame ir contigo, amor mío.

Pero ella se iba. Se iba de prisa, él podía sentir realmente entre ellos la insuperable barrera de aquella misma fuerza que levantaba un tronco que hubiera necesitado dos hombres para manejarlo, de la sangre y los huesos y la carne demasiado fuertes, insuperable para la vida, habiendo aprendido al menos una vez con sus propios ojos lo resistente que era, hasta en la muerte súbita y violenta, no los huesos y la carne de un hombre joven, quizá, sino la voluntad de aquellos huesos y aquella carne de permanecer vivo, como en efecto estaba.

Luego ella se fue. Cruzó la puerta donde ella había estado, y se dirigió al hornillo. No encendió la lámpara. No necesitaba ninguna luz. Él había colocado el fogón y construido los estantes para los platos; de entre ellos cogió dos a tientas y de la olla que se apoyaba fría sobre la fría homilía vació en los platos la comida que su tía le había llevado el día antes y de la cual había comido aunque no recordaba cuándo la había comido ni lo que era, y llevó los platos a la desnuda y restregada mesa bajo la sola y pequeña ventana y acercó dos sillas y se sentó, esperando de nuevo hasta que estuvo seguro de que su voz sería lo que él quería que fueses.

—Ven aquí, ahora —dijo ásperamente—. Ven aquí y come tu cena. No quiero tener ningún...

Se interrumpió, mirando su plato, respirando con fuerza, jadeando

profundamente, su pecho se arqueaba y se hundía hasta que se detuvo de pronto y se mantuvo inmóvil tal vez por medio minuto, y se llevó a la boca una cucharada de los fríos y pegajosos guisantes. La masa congelada y seca pareció rebotar al contacto de sus labios. Ni siquiera entibiados por el calor de su boca, guisantes y cuchara y se esparcieron y resonaron en el plato; su silla cayó hacia atrás y se encontró de pie, sintiendo los músculos de la mandíbula que empezaban a abrirle la boca, tirando con fuerza hacia arriba de la parte superior de la cabeza. Pero detuvo eso también antes de que formase el sonido, se dominó de nuevo mientras rápidamente vaciaba la comida de su plato en el otro y cogió éste y salió de la cocina, atravesó el otro cuarto y la veranda y dejó el plato en el escalón más bajo y fue hacia la valla.

El perro no estaba allí, pero lo alcanzó cuando no había cubierto media milla. Había luna entonces, y sus dos sombras saltaban rotas a intervalos entre los árboles o se extendían largas e intactas a través de los declives de los prados o los viejos campos abandonados sobre las colinas, avanzando el hombre casi tan de prisa como hubiera avanzado un caballo sobre ese terreno, cambiando de dirección cada vez que aparecía una ventana iluminada, el perro trotando a sus talones mientras sus sombras se acortaban según la posición de la luna hasta que al fin las hollaron y la última lámpara lejana se desvaneció y las sombras empezaron a alargarse por el otro lado, siguiendo a sus talones hasta cuando un conejo saltó casi tan bajo los pies del hombre, y luego echándose a la grisácea luz del alba junto al cuerpo extendido del hombre, cerca de la masa fatigada y abatida del tórax, del ronquido áspero y estrepitoso que sonaba no como un gemido de dolor sino como alguien sin armas empeñado en singular combate.

Cuando llegó al aserradero no había sino el fogonero. Un hombre mayor que él que en aquel momento volvía la espalda a la hoguera, observándole silenciosamente mientras él atravesaba el calvero, marchando como si tuviese que pasar no sólo a través del techado de la caldera sino a través (o por encima) de la misma caldera, con el «mono» ayer limpio ahora sucio, manchado y empapado hasta las rodillas por el rocío, la gorra echada a un lado de la cabeza, pendiente de lo alto sobre la oreja como siempre la llevaba, el blanco de los ojos bordeado de rojo y un algo apremiante y esforzado en ellos.

—¿Dónde está tu tartera? —dijo. Pero antes de que el fogonero pudiese responderle él había pasado y descolgado la tartera de un clavo en un poste—. Sólo quiero una galleta —dijo.

—Cómetelo todo —dijo el fogonero—. Yo me serviré de las otras tarteras para el almuerzo. Luego vete a casa y métete en la cama. No tienes buen aspecto.

—No he venido a que me vean —dijo, sentándose en el suelo, la espalda contra el poste, la tartera abierta entre las rodillas.

Con las manos se atiborraba la boca de comida, devorándola —guisantes de nuevo, también helados, un trozo de pollo frito de ayer domingo, algunos pedazos duros de carne frita esta mañana, una galleta del tamaño de la gorra de un chico— sin

distinguir, sin saborear. El resto del personal estaba congregado, con un ruido de voces y movimientos, fuera del cobertizo de la caldera; en seguida el capataz se presentó a caballo en el calvero. Pero él no alzó la vista, puso a un lado la tartera vacía, se enderezó sin mirar a nadie, se fue al riachuelo y se echó boca abajo, inclinó la cabeza sobre el agua, sorbiéndola con el mismo ritmo profundo, fuerte, con la misma respiración turbada con la que había roncado, o como cuando había estado en la casa vacía ayer al atardecer, tratando de respirar.

Entonces las carretillas empezaron a rodar. El aire vibró con el rápido latido de los émbolos y el quejido y el rechino de la sierra, las carretillas rodaban una a una sobre los rodillos, y él saltaba sobre las carretillas en movimiento, manteniéndose en equilibrio sobre la carga que debía descargar, quitando de un golpe las cuñas y soltando la cadena de sujeción y con el gancho acomodaba los troncos de ciprés y de abeto y de encina, uno a uno, hacía el plano inclinado de los rodillos, los sostenía hasta que otros dos hombres de su cuadrilla estaban preparados para recibirlos y guiarlos, hasta que la descarga de cada carretilla llegó a ser un largo y retumbante bramido acentuado por gruñidos vociferantes y, a medida que la mañana avanzaba y se empezaba a sudar, frases de canciones lanzadas de un lado al otro. Él no cantaba con los demás. Raramente lo hacía, y esa mañana podía haber sido igual a cualquier otra —él mismo, con su altura por encima de las cabezas de los que cuidadosamente evitaban mirarle, desnudo hasta la cintura, sin camisa, y el «mono» atado en torno a sus caderas con los tirantes, la parte superior de su cuerpo desnudo excepto el pañuelo al cuello y la gorra pegada a la cabeza cayendo sobre la oreja derecha, el sol cada vez más alto daba reflejos de acero sobre los grupos y sus manojos de músculos color de medianoche, hasta que llegó el pitido de mediodía y él dijo a los dos hombres que estaban a la cabeza de los rodillos:

—Cuidado. Quitaos de en medio —y guió el tronco por el declive abajo, manteniéndose en equilibrio sobre él con cortos y rápidos pasos hacia atrás mientras se precipitaba retumbando.

El marido de su tía estaba esperándole. Un hombre viejo, tan alto como él, pero flaco, casi endeble, llevaba un balde de hojalata en una mano y un plato cubierto en la otra, se sentaron los dos a las sombra cerca del riachuelo a poca distancia de donde los otros estaban abriendo las tarteras de su almuerzo. El balde contenía un jarro de fruta y suero de leche bien envuelto en un trozo de saco húmedo y limpio. El plato cubierto era una torta de melocotón, aún caliente.

—La ha hecho para ti esta mañana —dijo el tío—. Te manda decir que vengas a casa.

Él no contestó, un poco inclinado hacia delante, los codos sobre las rodillas, manteniendo la torta con las dos manos, comiendo ávidamente, el almíbar le rebosaba ensuciándole y escurriéndole por la barbilla, parpadeando rápidamente mientras masticaba, un poco más cubierto el blanco de los ojos de rayitas rojas.

—Yo fui a tu casa ayer noche, pero no estabas allí. Ella me ha mandado. Quiere

que vayas a casa. Ha dejado encendida la lámpara toda la noche por ti.

—Yo estoy bien —dijo él.

—Tú no estás bien. El Señor da y Él lo quita. Pon tu fe y cree en Él. Y ella te ayudará.

—¿Qué fe y qué creencia? —dijo él—. ¿Qué le había hecho Mannie a Él? Él quiso venir y meterse conmigo y...

—¡Calla! —dijo el viejo—. ¡Calla!

Luego las carretillas rodaron de nuevo. Entonces pudo dejar de sentir la necesidad de inventarse a sí mismo razones para su jadear, hasta que después de un rato empezó a creer que había olvidado lo referente a su jadear ya que no podía oírlo ni siquiera él sobre el continuo retumbar de los troncos rodando; apenas descubrió que lo había olvidado, se dio cuenta de que no, por lo que en vez de impulsar el último tronco en el rodillo se irguió y tiró el gancho como si fuera una cerilla quemada y en la apagada repercusión del último tronco que rodaba por la pendiente se inclinó entre los dos carriles sesgados del rodillo, haciendo frente al tronco que todavía se hallaba en la carretilla. Lo había hecho ya otras veces —coger con sus manos un tronco de la carretilla, balancearlo, y volverse con él y lanzarlo dentro del rodillo, pero jamás con un madero de ese peso, de modo que en una completa suspensión de todos los ruidos salvo la vibración de los tubos de escape y el leve gemido de la sierra que se movía de vacío puesto que todos los ojos hasta los del capataz blanco, estaban sobre él, empujó suavemente el tronco hasta el borde de la carretilla y se agachó y puso sus palmas contra el tronco. Durante un momento no hubo ningún movimiento. Fue como si la irracional e inerte madera hubiese investido, hipnotizado al hombre con algo de su propia inercia. Luego una voz dijo quedamente:

Lo ha cogido. Lo tiene fuera de la carretilla y vieron la grieta y un espacio vacío, observando el infinitesimal estiramiento de las piernas hasta que las rodillas estuvieron firmes, el infinitesimal movimiento ascendiendo a través del vientre, absorbiéndolo, por el arco del tórax, por las cuerdas del cuello, levantando, al pasar, el labio de sobre el blanco nacimiento de los dientes, impulsando toda la cabeza hacia atrás salvo el permanente ensangrentado de los ojos, inaccesible a todo, y subía por los brazos y estiraba los codos hasta que el tronco en equilibrio estuvo más alto que la cabeza.

—Pero no podrá volverse con eso —dijo la misma voz—. Y cuando trate de ponerlo en la carretilla lo matará.

Pero nadie se movió. Luego —no hubo el menor acopio de supremo esfuerzo— el tronco pareció brincar rápidamente hacia atrás por encima de su cabeza como de propio impulso, girando, precipitándose y retumbando pendiente abajo; él se volvió y pasó sobre las vías de una sola zancada y pasó en medio de ellos que retrocedían haciéndole calle y se fue atravesando el calvero hacia los bosques mientras el capataz le llamaba:

—¡Rider! —y de nuevo—: ¡Eh, Rider!

A la puesta del sol el perro y él estaban en el pantanoso río cuatro millas más allá, en otro claro, no mucho más grande que una habitación, un tugurio en parte de madera y en parte de lona, un blanco sin afeitar que estaba de pie en la puerta junto a la cual estaba apoyada una escopeta, le observaban mientras se acercaba con cuatro dólares de plata en la palma de la mano extendida.

—Quiero una jarra —dijo.

—¿Una jarra? —dijo el blanco—. Querrás decir una pinta. Hoy es lunes. ¿No tienes que trabajar toda esta semana?

Esperaba, sin mirar nada en apariencia, con los enrojecidos ojos que parpadeaban rápidamente, la cabeza alta y algo echada hacia atrás, se volvió luego, la jarra le colgaba del dedo medio contra la pierna, en ese momento el blanco le miró repentinamente y con fijeza a los ojos como si le viese por primera vez —los ojos que aquella mañana habían tenido algo forzado y ansioso y que ahora parecían privados de vista y sin mostrar nada blanco— y dijo:

—Oye. Dame esa jarra. Tú no necesitas ningún galón. Yo te daré una pinta, yo te la daré. Luego te vas de aquí y permaneces lejos. No vuelvas hasta...

Entonces el hombre blanco extendió el brazo y acarró la jarra, y entonces el otro se la puso detrás de su cuerpo y adelantó el otro brazo y golpeó al blanco en medio del pecho.

—Cuidado, blanco —dijo—. Es mía. Te la he pagado.

El blanco renegó contra él.

—No es tuya. Toma tu dinero. Suelta esa jarra, negro.

—Es mía —dijo él, su voz era tranquila, hasta amable, su semblante sereno excepto el rápido parpadeo de sus ojos enrojecidos—. La he pagado para tenerla se volvió, volvió la espalda al hombre y a la escopeta, y atravesó el claro donde le esperaba el perro al lado del camino para seguir tras sus talones de nuevo.

Anduvieron de prisa entre las apretadas paredes de las cañas que daban cierta rubicundez al crepúsculo y poseían algo de aquella opresión, de aquella falta de espacio para respirar que habían tenido los muros de su casa.

Pero esta vez, en vez de huir de ello, se detuvo y alzó la jarra y quitó el tapón que refrenaba el violento y oscuro vapor del alcohol no purificado y bebió, tragando el líquido sólido y frío como agua helada, sin saborearlo ni sentir su calor hasta que bajó la jarra y respiró.

—Ah —dijo—. Esto está bien. Prueba, muchacho. Ahora tengo algo que puede levantarte.

Y una vez libre de la incomunicada oscuridad de la hondonada, la luna otra vez, la larga sombra de él y de la jarra inclinada mientras él bebía y luego, la mantenía en equilibrio, sorbiendo con la garganta el aire de plata hasta que podía volver a respirar, hablando a la jarra.

—Ven ahora. Siempre has dicho que eres más hombre que yo. Ven ahora. Pruébalo.

Bebió de nuevo, tragando el líquido frío, insípido de sabor o color mientras duraba el trago, sintiéndolo fluir sólido, de un frío abrasador, y luego envolverle los pulmones en su fuerte y persistente jadeo hasta que de pronto empezaron a moverse libremente lo mismo que su cuerpo en movimiento corría en el sólido muro de plata del aire que respiraba. Y se sentía bien, su sombra que avanzaba a grandes trancos y el paso trotador del perro marchaban ligeras como aquellas dos nubes sobre la colina: la larga forma de su sombra inmóvil y de la jarra levantada atravesaban el talud cuando vio la frágil figura del marido de su tía subir fatigosamente la colina.

—Me han dicho en el aserradero que te habías ido —dijo el viejo—. Yo sabía dónde encontrarte. Vamos a casa, hijo. Eso no puede ayudarte.

—Ya me ha hecho bien —dijo él—. Ya estoy en casa. Me ha mordido la serpiente y el veneno ya no me puede hacer mal.

—Deja eso y ven a verla. Deja que te vea. Es todo lo que quiere: sólo verte... — Pero ya él se alejaba—. ¡Espera! —gritó el viejo—. ¡Espera!

—Tú no puedes seguirme —dijo él, hablando en el aire de plata, arremetiendo contra el sólido aire de plata que empezó a flotar detrás de él casi tan de prisa como hubiera flotado tras un caballo de carrera.

La voz débil y frágil se había perdido ya en la inmensidad de la noche, su sombra y la del perro corrían rápidamente las millas en descampado, y el profundo y fuerte jadeo de su pecho se deslizaba libre como el aire porque él se sentía bien.

Luego, bebiendo, descubrió de pronto que el líquido no entraba en su boca. Al querer tragarlo, no pasaba más allá de su garganta, su garganta y su boca estaban llenas de una columna sólida e inamovible que saltaba sin reflejos ni revulsiones, columnaria e intacta y manteniendo, sin embargo, la forma de la garganta, se reflejaba en la luz lunar, deshaciéndose, desvaneciéndose en las miríadas de murmullos de la hierba húmeda. Bebió de nuevo. De nuevo su garganta se limitó a llenarse de algo sólido hasta que dos chorros helados corrieron de los ángulos de su boca; de nuevo la intacta columna saltó plateada, brillante, vibrante, mientras él respiraba con la garganta el aire fresco, la jarra suspendida delante de su boca a la vez que decía:

—Está bien. Voy a probar otra vez contigo. En cuanto te decidas a quedarte donde yo te ponga, te dejaré en paz.

Bebió, llenándose la garganta por tercera vez, y bajó la jarra un instante antes de que se repitiese el fenómeno, resollando, sorbiendo el aire frío todo lo que podía. Puso cuidadosamente el tapón a la jarra y se quedó quieto, anhelante, parpadeando, la larga forma de su sombra solitaria sesgando a través de la colina y más allá, a través de la intrincada inmensidad de los confines de la noche en la tierra.

—Está bien —dijo—. Sólo he equivocado la señal. Esto me ha dado toda la ayuda que yo necesitaba. Ahora estoy bien. No lo necesito más.

Pudo ver la lámpara en la ventana según atravesaba el prado, pasando por la negra y plateada abertura de la arenosa zanja donde de niño había jugado con latas vacías

de rapé y herrumbrosas hebillas de arneses y trozos pequeños de cadenas y de vez en cuando con una rueda de verdad, cruzó la parte del jardín donde había cavado los días de primavera mientras su tía le observaba desde la ventana de la cocina, y atravesó el patio sin hierba sobre cuyo J polvo se había caído y gateado antes de aprender a andar. Entró en la casa, en la habitación, en la luz misma, y se detuvo en la puerta, la cabeza un poco ladeada hacia atrás como si no pudiera ver al lado de su pierna la jarra colgando de su dedo curvado.

—No sólo verte —dijo su tía—. Sino que vengas a casa, donde nosotros podemos ayudarte.

—Yo estoy bien —dijo él—. No necesito ninguna ayuda.

—No —dijo ella. Se levantó de la silla y fue y se aferró a su brazo como se aferró el día antes junto a la tumba. Igual que entonces, otra vez su antebrazo era como de hierro bajo la mano de ella—. ¡No! Cuando Alee volvió y me dijo que te habías ido del aserradero y el sol no se había puesto aún, yo supe por qué y la razón. Y eso no puede ayudarte.

—Ya me ha hecho bien. Ahora estoy bien.

—No mientas —dijo ella—. Tú nunca me has mentado. No mientas ahora.

Entonces él lo dijo. Era su propia voz, sin nada de pena o de asombro, hablando apaciblemente, aparte el tremendo jadeo de su pecho que en seguida empezaría también a chocar contra las paredes del cuarto.

Pero él se iría en seguida.

—No —dijo—, no me ha hecho ningún bien.

—¡No puede hacértelo! ¡Nada puede ayudarte sino Él! ¡Ruégale a Él! ¡Cuéntaselo a Él! ¡Él quiere oírte y ayudarte!

—Si Él es Dios no necesito decírselo. Si Él es Dios, Él ya lo sabe. Está bien. Yo estoy aquí. Que El baje y me haga algún bien.

—¡De rodillas! —gritó ella—. ¡De rodillas y rézale!

Pero sobre el suelo no estaban sus rodillas, estaban sus pies. Y durante un momento pudo oír los pies de ella en el pavimento de la entrada detrás de él, y su voz gritaba tras él, desde la puerta:

—¡Spoot! ¡Spoot! —gritando tras él a través del patio bañado por la luna el nombre que él había tenido en su infancia y en la adolescencia, antes de que los hombres con quienes trabajaba y las brillantes y oscuras mujeres sin nombre que había tenido y olvidado hasta que vio a Mannie aquel día y dijo: «Basta con todo esto», empezaron a llamarle Rider.

Ya era pasada la medianoche cuando llegó al aserradero. El perro se había ido. Esta vez no pudo recordar cuándo ni dónde. Al principio, le pareció recordar que le había arrojado la jarra vacía. Pero más tarde la jarra estaba todavía en su mano y no estaba vacía, aunque cada vez que bebía los dos chorros helados le corriesen por los ángulos de la boca, empapándole la camisa y el «mono» hasta que marchó constantemente sumido en el violento frío de aquel líquido insípido de sabor y de

calor y hasta de olor, aun cuando había cesado de beberlo.

—Además —dijo—, yo no le hubiera tirado nada. Le podría dar una patada, si la merecía y estaba cerca. Pero yo no reventaría a ningún perro tirándole nada.

La jarra estaba aún en su mano cuando entró en el calvero y se detuvo entre el montón de maderos que se elevaba silencioso a la luz de la luna. Se hallaba en el centro de su sombra que se extendía sin obstáculos, y la estaba pisoteando de nuevo como la había pisoteado la noche anterior, oscilando un poco, parpadeando hacia el montón de maderos, el rodillo, los troncos apilados para el día siguiente, el cobertizo de la caldera silencioso y blanqueado por la lima. Y luego todo fue como es debido. Él se movía otra vez. Pero no se movía, estaba bebiendo el líquido frío y sin sabor que no necesitaba ser tragado, de modo que él no podía decir si iba dentro o fuera. Pero eso estaba bien. Y se estaba moviendo, la jarra había desaparecido, y él no sabía cuándo ni dónde tampoco. Atravesó el cuadro y entró en el cobertizo de la caldera y fue de un lado a otro, cruzando las curvas de atrás de la rueda de trepanar, sin empalmes, hacia la puerta del cuarto de las herramientas, el débil resplandor de la linterna tras las juntas de la madera, el nacimiento y la caída de las sombras vivas, el murmullo de las voces, el golpe seco y apagado y el escurrimiento de los dados, su mano que golpeaba fuerte en la puerta cerrada con la barra, su voz también fuerte:

—Abrid. Soy yo. Me ha mordido una serpiente y voy a morir.

Luego, cruzó el umbral y estuvo dentro del cuarto de las herramientas. Eran las mismas caras —tres miembros de su cuadrilla, otros tres o cuatro del aserradero—, el blanco que hacía la guardia nocturna con la pesada pistola en el bolsillo de la cadera y el montoncito de monedas y billetes en el suelo delante de él, y uno llamado Rider y era Rider de pie sobre el círculo en cuclillas, balanceándose algo, parpadeando, los muertos músculos de su cara formando una sonrisa mientras el blanco elevaba la vista hacia él.

—Hacedme sitios, jugadores —dijo—. Hacedme sitio. Me ha mordido una serpiente y la picadura no puede hacerme daño.

—Estás borracho —dijo el blanco—. Vete de aquí. Uno de vosotros, negros, abrid la puerta y echadlo de aquí.

—Yo estoy bien, patrón —dijo él, con voz plácida, su rostro aún contraído en la débil y rígida sonrisa bajo el parpadeo de los ojos enrojecidos—. No estoy borracho. Sólo que no puedo andar derecho porque esas monedas me empujan.

También él estaba arrodillado, los otros seis dólares de la paga de su última semana en el suelo delante de él, parpadeaba, seguía sonriendo, observando los dados pasar de mano en mano por todo el círculo mientras el blanco aceptaba las apuestas, observando los sucios y manoseados billetes gradual y constantemente aumentando delante del blanco, observando al blanco tirar y ganar dos apuestas dobles sucesivamente y luego perder una de veinticinco centavos, finalmente los dados llegaron a él y se agitaron en su puño entreabierto. Echó una moneda en el centro.

—Pongo un dólar —dijo, y observó al blanco, que recogía los dados y los tiraba

hacia él—. Dejo la apuesta —dijo—. Me ha mordido una serpiente. Puedo pasar por encima de todo —y tiró, y esta vez uno de los negros rechazó los dados—. Dejo la apuesta —dijo y tiró, y se movió cuando se movió el blanco, agarrando la muñeca del blanco antes de que su mano alcanzase los dados, los dos en cuclillas, mirándose uno a otro por encima de los dados y el dinero, su mano izquierda aferrando la muñeca del blanco, en su cara siempre fija la rígida y mortecina sonrisa, su voz plácida, casi respetuosa—: Yo puedo pasar por alto una equivocación. Pero estos otros muchachos... —hasta que la mano del blanco se abrió y otro par de dados cayó resonando el suelo junto a los dos primeros y el blanco se soltó a la fuerza y saltó de pie y retrocedió y echó la mano atrás hacia el bolsillo donde tenía la pistola.

Por dentro de la camisa, la navaja le colgaba entre los omoplatos de un cordoncillo de algodón atado al cuello. El mismo movimiento de la mano que sacó la navaja por encima de sus hombros abrió la hoja y la libertó del cordón, la hoja abierta hasta que el dorso apoyó contra los nudillos del puño, el pulgar oprimiendo el mango entre sus dedos apretados, de modo que un segundo antes de que la pistola hiciese fuego él hirió la garganta del blanco, no con la hoja, sino con el amplio movimiento del puño que continuó su impulso de modo que ni siquiera el primer chorro de sangre le tocó la mano ni el brazo.

DESPUÉS sé acabó —no hizo falta mucho; al día siguiente encontraron al preso, colgado de la cuerda de la campana de una escuela de negros a unas dos millas del aserradero, y el juez pronunció su veredicto de muerte a manos de persona o personas desconocidas y se entregó el cuerpo a los parientes más próximos, todo en cinco minutos— el agente del sheriff que había sido encargado oficialmente del caso estaba hablando a su esposa del mismo. Se hallaban en la cocina. La esposa estaba haciendo la cena. El agente estaba en pie y en movimiento desde la huida de la cárcel bastante antes de la medianoche de ayer, y desde entonces había recorrido mucho camino, y estaba agotado por la falta de sueño y por las comidas apresuradas y en horas extrañas, sentado en una silla cerca del hornillo, un poco histérico también.

—Estos malditos negros —dijo—. Juro por Dios que es asombroso que tengamos con ellos tan pocos disturbios como tenemos. ¿Y por qué? Porque no son humanos. Tienen aspecto de hombres y andan con las patas de atrás como los hombres, y pueden hablar y tú les entiendes y crees que ellos te han entendido, al menos de vez en cuando. Pero cuando se llega a los normales sentimientos humanos y a los sentimientos del alma, son iguales que un maldito rebaño de búfalos salvajes. Fíjate en esto de hoy...

—Me gustaría que tú te fijases —dijo la esposa, bruscamente.

Era una mujer robusta, antaño hermosa, que encanecía y con mi cuello decididamente demasiado corto, que no parecía en absoluto turbada sino realmente tranquila, aunque colérica. Además, había estado por la tarde jugando en el club y había ganado la primera partida, de cincuenta centavos, hasta que otro miembro insistió en un recuento de los tantos y finalmente se anuló todo el juego.

—Llévatelo de mi cocina, sin embargo. ¡Vosotros, los sheriffs! Todo el día sentados en la comisaría, hablando. No es extraño que dos o tres hombres puedan entrar y sacar a los prisioneros debajo de vuestras propias narices. Se llevarían las sillas y las mesas y los antepechos de las ventanas si tuvierais vuestros pies y vuestros traseros un poco apartados de ellos.

—Esos Birdsong no son dos o tres —dijo el agente—. Tienen cuarenta y dos votos. Maydew y yo cogimos un día la lista electoral y lo contamos. Pero, oye...

La mujer se apartó del hornillo, llevando un plato. Él quitó rápidamente sus pies por donde tenía que pasar ella, y casi pasó por encima de él y entró en el comedor. Él aumentó un poco la voz para superar la distancia:

—Se le murió la mujer. Está bien. Pero, ¿se apena él? Es el hombre más grande y más atareado del funeral. Coge la pala antes de que hayan metido la caja dentro de la fosa, según me dicen, y empieza a echar tierra sobre ella como si hubiera sido una draga. Pero eso está bien...

La mujer volvió. Él movió sus pies de nuevo y de nuevo cambió la voz en

relación con la distancia disminuida:

—... tal vez así es como la sentía él. No hay ninguna ley en contra de quien tenga prisa en meter a su mujer bajo tierra, con tal de que no haya hecho nada para apresurar su ida al cementerio también. Pero he aquí que al día siguiente él es el primero en llegar al trabajo excepto el fogonero, llegando al aserradero antes de que el fogonero hubiera encendido y levantado la presión; cinco minutos antes y hubiera podido ayudar al fogonero a despertar a Birdsong y Birdsong se hubiera podido ir a su casa y acostarse, o pudo cortarle el cuello a Birdsong entonces y evitarnos molestias a todos.

»De modo que llega al trabajo, el primero de todos, cuando McAndrews y todos los demás esperaban que se tomase un día de descanso, ya que hasta un negro no podría desear mejor excusa para un día de fiesta que acabar de enterrar a su mujer, cuando un blanco se hubiera tomado el día de asueto por puro respeto humano aparte lo que podía sentir respecto a su mujer, cuando hasta un niño hubiera tenido suficiente juicio para tomarse un día de descanso cuando además se le pagaba lo mismo. Pero él no. Es el primero allí, haciendo saltar un tronco de una carretilla a la otra antes de que la sirena haya acabado de silbar, y aferra con las manos troncos de ciprés de diez pies de largo y los arroja como si fueran cerillas. Y luego, cuando al fin todos se habían convencido de que ésa era la manera de tomarle, la manera como él quería ser tomado, se va del trabajo a mitad de la tarde sin un “con permiso” o “muchas gracias” o “hasta la vista” a McAndrews ni a ningún otro, consigue un galón entero de whisky corriente, vuelve al aserradero y entra en juego con el que Birdsong ha estado explotando a los negros del aserradero durante quince años con los dados amañados, entra en el mismo juego en el que ha estado perdiendo tranquila y continuamente un promedio del noventa por ciento de su paga desde que fue lo bastante mayor para interpretar las manchas en los dados falsos, y cinco minutos después corta la garganta a Birdsong, separándole casi la cabeza del cuerpo.

La mujer pasó de nuevo ante él y se dirigió al comedor. De nuevo él retiró los pies y alzó la voz:

—Por eso yo y Maydew fuimos allá. No es que esperásemos hacer nada, ya que probablemente él había cruzado Jackson en Tennessee, al amanecer; y, además, el modo más sencillo para encontrarlo sería permanecer cerca de los Birdsong. Naturalmente, no quedaría casi nada que valiese la pena de volver a llevar a la ciudad después que ellos le encontrasen, pero se cerraría el caso. De modo que por pura casualidad fuimos a su casa; no puedo recordar por qué fuimos, pero fuimos; y allí estaba. ¿Sentado acaso detrás de una barricada delante de la puerta con una navaja abierta sobre una rodilla? No. Estaba durmiendo. Una gran olla de guisantes completamente vacía sobre el hornillo, y él echado en el patio durmiendo a pleno sol con sólo la cabeza a la sombra bajo el borde del porche y un perro que parecía un cruce de oso y de Polled Angus aullaba rabiosamente desde la puerta de atrás. Y nosotros le despertamos y él se levantó y dijo:

»Está bien, gente blanca. Yo lo hice. Pero no me cierren con llave. Y Maydew dijo—: Los parientes del señor Birdsong no van a encerrarte con llave. Tendrás todo el aire fresco que quieras cuando ellos logren atraparte —y él dijo—: Yo lo hice. Pero no me cierren con llave —aconsejando, advirtiendo al sheriff que no le encerrase bajo llave—; él lo hizo, desde luego, y también está mal, pero no le conviene por el momento que le priven del aire puro. Así, que lo cargamos en el auto, cuando he aquí que llega la vieja —su madre o su tía o algo así— jadeando por el camino con un trotecillo de perro, queriendo ir con nosotros también, y Maydew tratando de explicarle lo que también podría sucederle si la familia Birdsong nos cogía antes de que pudiéramos encerrarle, sólo que ella vino de todos modos, y como dice Maydew, que ella vaya en el auto puede ser también una buena cosa si nos tropezamos con los Birdsong, porque después de todo, obstaculizar a la ley no puede perdonarse aunque el apoyo de los Birdsong hizo que fuera elegido Maydew el pasado verano.

»Así que acarreamos también con ella y le llevamos a la ciudad y a la cárcel como es debido y lo transferimos a Ketcham y Ketcham lo llevó al piso de arriba y la vieja fue también, directamente a la celda, diciéndole a Ketcham: Yo he tratado de criarle bien. Él era un buen muchacho. Nunca había estado en un apuro como ahora. Sufirá por lo que ha hecho. Pero no permita que los blancos lo cojan —hasta que Ketcham le dice—: Él y tú debíais haber pensado en eso de que él empezara a afeitarse a los blancos sin enjabonarles antes—. Así que los encerró a ambos en la celda porque pensó lo mismo que Maydew, que al estar ella con él podía ejercer una buena influencia sobre los muchachos Birdsong si pasase algo y a él le podía suceder tener que ir corriendo a buscar al sheriff o cualquier otra cosa cuando Maydew saliese de la sesión. Así que Ketcham volvió al piso de abajo y poco después llegaron los presos y subieron al toril y él pensó que las cosas se habían arreglado un poco cuando de repente empezó a oír gritos, no alaridos: gritos, aunque sin palabras, y cogió la pistola y subió corriendo al primer piso, al toril, donde estaban los presos, y Ketcham pudo ver dentro de la celda donde la vieja estaba como aplastada en un rincón y el negro había arrancado el catre de hierro que estaba atornillado en el suelo y estaba en medio de la celda, sosteniendo el catre sobre la cabeza como si se tratase de la cuna de un niño, gritando, y diciéndole a la vieja—: Yo no te haré daño —y lanza el catre contra el muro y se adelanta y agarra la puerta de barras de acero y la arranca del muro, con ladrillos, goznes y todo, y sale de la celda llevando la puerta sobre su cabeza como si fuese el enrejado de una ventana, gritando—: Está bien. Está bien. No trato de escaparme.

»Naturalmente, Ketcham hubiera podido dispararle allí mismo, pero como él dijo, si no iba a ser la ley, entonces aquellos muchachos Birdsong podían darle el primer golpe. Por eso Ketcham no disparaba. En cambio, saltó tras los presos que estaban retrocediendo ante la puerta de acero, gritando—: ¡Cogedle! ¡Derribadle! —salvo que los negros vacilaban demasiado al principio hasta que Ketcham llegó donde podía emprenderla a patadas con irnos y a golpes de culata con otros hasta que se

abalanzaron. Y Ketcham dice que durante un minuto ese negro los cogía y los estrellaba a través del cuarto como si fuesen muñecos de trapo, diciendo—: No trato de escapar —hasta que al fin lo derribaron— una gran masa de cabezas y brazos y piernas de negro rebullendo sobre el suelo y todavía, según dice Ketcham, de vez en cuando un negro salía volando y se iba navegando por el aire a través de la habitación, con brazos y piernas abiertos como un muñeco de trapo, y con los ojos que le salían de la cabeza como los faros de un auto, hasta que al fin lo tuvieron bajo ellos y Ketcham avanzó y empezó a apartar negros hasta que pudo verle tirado bajo el montón de negros, riendo, con gruesas lágrimas como de cristal jaspeado que le corrían por la cara y se deslizaban por debajo de las orejas y hacían un ruido sordo sobre el piso como el que deja caer huevos de pájaro, riendo y riendo y diciendo:

—Parece que no puedo dejar de pensar. Parece que no puedo. ¿Qué le parece?

—Pienso que si quieres cenar en esta casa, tendrás que hacerlo en cinco minutos —dijo su esposa desde el comedor—. Quitaré la mesa y luego me iré al cine.

GENTE DE ANTES

Capítulo 1

Al principio no había nada. Había la lluvia fina, fría, persistente, la luz gris y constante del amanecer de aquel avanzado noviembre, con las voces de los perros de caza que convergían en ella y a su alrededor. Luego, Sam Fathers, permaneciendo detrás del muchacho como había estado cuando el muchacho disparó a su primer conejo en plena carrera con su primera escopeta y casi con el primer cartucho con que la había cargado, le tocó en el hombro y él empezó a temblar, y no de frío. Luego, el ciervo estuvo allí. No se había puesto a la vista; estaba allí, no parecía un fantasma sino como si toda la luz se hubiera condensado en él y él fuese la causa, no sólo moviéndose en ella, sino en ella diseminado, corriendo ya, visto como siempre se ve al ciervo, en esa fracción de segundo después de que él nos ha visto, lanzándose ya en ese primer salto hacia lo alto, y las astas en aquella luz opaca parecían pequeñas mecedoras balanceándose sobre su cabeza.

—Ahora —dijo Sam Fathers— dispara rápido, y con calma.

El muchacho no recordó el disparo en absoluto. Hubiera vivido hasta los ochenta, como su padre y el hermano gemelo de su padre y a su vez el padre de ellos, pero nunca oiría ese disparo ni recordaría jamás la sacudida de la culata. No recordó siquiera lo que después hizo con la escopeta. Corría. Luego se encontró al lado del ciervo, que yacía en posición de correr sobre la hierba húmeda aún, y sin que en absoluto pareciese muerto, seguía allí temblando y tiritando, con Sam Fathers de nuevo a su lado, alargándole el cuchillo.

—No vayas hacia él de frente —dijo Sam—. Si no está muerto, te hará pedazos con las patas. Acércate por la espalda y cógele primero por las astas, de modo que le mantengan la cabeza baja hasta que puedas saltar al otro lado. Luego, baja una mano y engancha con los dedos las ventanas de la nariz.

El muchacho lo hizo. Le echó la cabeza hacia atrás y por el cuello tenso le pasó el cuchillo de Sam Fathers y Sam se agachó y empapó sus manos en la sangre caliente y humeante y las restregó sobre la cara del muchacho. Luego, el cuerno de Sam se hizo oír en los bosques húmedos y otra vez y otra vez; alrededor de ellos hubo una ola tumultuosa de perros, con Jim de Tennie y Boon Hogganbeck que los echaban a latigazos después de que cada uno había probado la sangre, luego los hombres, los verdaderos cazadores— Walter Ewell cuyo rifle no fallaba nunca, y el mayor de Spain y el viejo general Compson y el primo del muchacho, McCaslin Edmonds, nieto de la hermana de su padre, que le llevaba a él dieciséis años, y como él y McCaslin eran sólo unos niños y el padre del muchacho tenía casi setenta años cuando él nació, más hermano que primo y más padre que otra cosa. Sentados en sus caballos y mirándoles a ellos: al viejo de setenta años que había sido negro por dos generaciones, pero cuya cara y modales seguían siendo los del jefe Chickasaw que había sido su padre; y al muchacho blanco de doce años con las manos

ensangrentadas en la cara, que no tenía nada que hacer sino mantenerse erguido y no dejar traslucir su temblor.

—¿Lo hizo como es debido, Sam? —preguntó el primo McCaslin.

—Lo ha hecho como es debido —dijo Sam Fathers.

Eran el muchacho blanco, marcado para siempre, y el viejo negro engendrado por ambas partes por reyes salvajes, que le habían marcado, cuyas manos ensangrentadas le habían dado la simple y formal consagración para aquello que, bajo la tutela del hombre, él había aceptado ya, humilde y alegremente, con abnegación y también con orgullo; las manos, el toque, la primera sangre digna que él había sido al fin juzgado digno de verter, unían a él y al hombre para siempre, de modo que el hombre continuaría viviendo pasados los setenta años del muchacho y luego los ochenta años, mucho después de que el hombre mismo hubiera entrado en la tierra como los jefes y los reyes entraron en ella; el niño, no hombre todavía, cuyo abuelo había vivido en el mismo país y casi de la misma manera como al muchacho se le enseñaría a vivir, dejando a su vez a sus descendientes en la tierra como su abuelo había hecho, y el viejo de más de setenta años cuyos abuelos habían poseído la tierra mucho antes de que los blancos la viesan siquiera y ya que se habían desvanecido de ella con todos los de su especie, que la sangre que dejaron detrás de ellos corría en otra raza y por un tiempo hasta en la esclavitud y arrastrándose hacia el fin de su ajeno e irrevocable curso, estéril, ya que Sam Fathers no tenía hijos.

Su padre fue *Ikkemotubbe*, que a sí mismo se había bautizado Doom. Sam le contó eso al muchacho —cómo *Ikkemotubbe*, hijo de la hermana del viejo *Issetibbeha*, se había escapado a Nueva Orleans en su juventud y regresó siete años más tarde con su compañero francés que se hacía llamar *Chevalier Soeur-Blonde de Vitry*, que debía haber sido el *Ikkemotubbe* de su familia también y que ya se dirigía a *Ikkemotubbe* llamándole *Du Homme*—; volvió, fue a casa de nuevo, con su *Aramis* extranjero y la esclava mulata que iba a ser la madre de Sam, y un sombrero y una casaca con los galones de oro y una cesta de mimbre de *damajuana* conteniendo una camada de cachorros de un mes y una tabaquera de oro llena de un polvo blanco parecido al azúcar refinado. Y como en el atracadero del río fueron a su encuentro tres o cuatro compañeros de su juventud, mientras la luz de una antorcha humeante centelleaba sobre los resplandecientes galones del sombrero y la casaca *Doom* se agachó sobre el terreno fangoso y sacó uno de los cachorros de la cesta y le puso una pizca de polvo blanco en la lengua y el cachorro murió antes de que el que lo tema en la mano pudiera tirarlo lejos. Y cómo ellos volvieron a la plantación donde *Issetibbeha*, ya muerto, había sido sucedido por su hijo, el gordo primo de *Doom*, *Moketubbe*, y al día siguiente el hijo de *Moketubbe* que tenía ocho años murió repentinamente y esa tarde en presencia de *Moketubbe* y de muchos otros (*Sam Fathers* los llamaba *la Gente*). *Doom* exhibió otro cachorro sacado de la cesta de la *damajuana* y le puso una pizca de polvo blanco en la lengua y *Moketubbe* abdicó y *Doom* se hizo de hecho *El Hombre* como su amigo francés le llamaba ya. Y cómo al

siguiente día, durante la ceremonia de adhesión, Doom declaró un matrimonio entre la mulata encinta y uno de los esclavos que acababa de heredar (que era por lo que Sam Fathers llevaba su nombre, que en Chickasaw había sido Tenía-Dos-Padres) y dos años después vendió el hombre, la mujer y el niño que era su propio hijo a su vecino blanco, Carothers McCaslin.

Eso era setenta años antes. El Sam Fathers que conoció el muchacho tenía ya setenta —un hombre no alto, más bien rechoncho, casi sedentario, de aspecto blando aunque en realidad no lo era, con el pelo como crines de caballo y que a los setenta años no mostraba rastro de blanco y una cara que no demostraba la edad hasta que sonreía, en quien el único vestigio de sangre negra era una leve opacidad del cabello y de las uñas, y alguna otra cosa que se le notaba en los ojos, que se notaba pero que no estaba siempre, sólo en reposo y aun entonces no siempre— algo no en su forma o pigmento sino en la expresión, y McCaslin, el primo del muchacho, le dijo a éste lo que era: no la herencia de Cam, no la marca de la servidumbre sino de la esclavitud; el conocimiento de que por cierto tiempo esa parte de su sangre fue sangre de esclavos.

—Como un viejo león o un oso en una jaula —dijo McCaslin—. Nació en una jaula y ha estado en ella toda su vida; no conoce otra cosa. Luego olfatea algo. Puede ser cualquier cosa, cualquier brisa que al pasar roce cualquier cosa y se introduce en sus narices. Pero durante un segundo fue la arena cálida o el cañaveral que él ni siquiera ha visto nunca, al que tal vez ni siquiera reconocería si lo viese y que probablemente sabe que no podría considerar como suyo si pudiese volver. Pero, además, no es esto lo que él olfatea. Es la jaula lo que él huele. Él no había olido la jaula hasta ese momento. Luego la arena caliente o el cañaveral sopla en sus narices y sopla más allá, y todo lo que él pudo oler era la jaula. Eso es lo que hace que sus ojos parezcan así.

—¡Entonces, déjale irse! —gritó el muchacho—. ¡Déjale irse!

Su primo rió brevemente. Luego dejó de reír, haciendo el sonido solamente. No había sido una risa.

—Su jaula no son los McCaslin —dijo—. Él era un salvaje. Cuando nació, toda su sangre por ambos lados, excepto la pequeña parte blanca, conocía cosas que han sido eliminadas de nuestra sangre hace tanto tiempo que no sólo las hemos olvidado, sino que hemos tenido que vivir en grupos para defendernos de nuestro propio origen. Él era el hijo directo no sólo de un guerrero sino de un jefe. Luego creció y empezó a aprender cosas, y de repente un día descubrió que había sido traicionado, que la sangre de los guerreros y de los jefes había sido traicionada. No por su padre —añadió de prisa—. Probablemente nunca opinó en contra del viejo Doom por venderlos a él y a su madre como esclavos, porque probablemente creyó que el daño ya estaba hecho antes de entonces y era la sangre de los guerreros y los jefes lo mismo en él que en Doom la que había sido traicionada a través de la sangre negra que su madre le dio. No traicionado por la sangre negra ni tampoco

premeditadamente traicionado por su madre, pero traicionado por ella de todos modos, ya que le había legado no sólo la sangre de los esclavos sino hasta un poco de la misma sangre que le había puesto en esclavitud; él mismo su propio campo de batalla, la escena de su propia rendición y el mausoleo de su propia derrota. Nosotros no somos su jaula —dijo McCaslin—. ¿Has conocido a alguien, aunque fuese tu padre o Tío Buddy, que le haya dicho de hacer o no hacer cualquier cosa y que él haya prestado la menor atención?

Eso era verdad. El muchacho en sus primeros recuerdos le veía sentado a la puerta de la herrería de la plantación, donde afilaba las rejas del arado y reparaba las herramientas y hasta hacía algún tosco trabajo de carpintero cuando no se hallaba en los bosques. Y algunas veces, aun cuando los bosques no lo hubieran atraído, aun con la herrería atiborrada de trabajo que el campo estaba esperando, Sam seguía sentado allí, sin hacer nada en absoluto durante medio día o un día entero, y nadie, ni los gemelos, su padre y su tío, en el tiempo de ellos ni su primo McCaslin después, cuando se convirtió de hecho, aunque no todavía de nombre, en el patrón, le habían dicho nunca: «Quiero que esto esté acabado por la puesta del sol» o «¿por qué no se hizo esto ayer?».

Y antiguamente todos los años, a últimos de otoño, en noviembre, el muchacho quería contemplar el carro, con su toldo de lona con arcos, mientras lo cargaban —la comida, jamones y embutidos del ahumadero, café y harina y melaza del economato, un buey entero que se había sacrificado la noche antes para los perros hasta que encontraran carne donde acamparan, el canasto donde iban los mismos perros, luego las colchonetas y las mantas, las escopetas, los cuernos y las linternas y las hachas, y su primo McCaslin y Sam Fathers con sus trajes de caza que subían al asiento y con Jim de Hennie sentado sobre el cesto de los perros se ponían en marcha hacia Jefferson, para reunirse con el mayor de Spain y el general Campson y Boon Hogganbeck y Walter Ewell y dirigirse al gran valle del Tallahatchie donde estaban el ciervo y el oso, y pasar allí dos semanas. Pero antes de que el carro estuviese cargado del todo, el muchacho se daba cuenta de que no podía mirar más. Se iba a otro lado, casi corriendo, y se quedaba detrás de la esquina desde donde no podía ver el carro ni nadie podía verle a él, sin llorar, manteniéndose rígido, salvo un cierto temblor, murmurándose a sí mismo: «Ya pronto. Ya pronto. Apenas tres años más (o dos más o uno más) y tendré diez. Entonces dice Cass que podré ir».

Era un trabajo de blanco el que hacía Sam, cuando trabajaba. Porque no hacía ningún otro: no cultivaba los terrenos que le habían concedido, como hacían los demás antiguos esclavos del viejo Carothers McCaslin, no desempeñaba trabajos en el campo por una paga diaria como hacían los negros más jóvenes y los recién llegados —y el muchacho nunca supo bien cómo había sido arreglado aquello entre Sam y el viejo Carothers, o tal vez después con los hijos gemelos del viejo Carothers. Ya que, aunque Sam vivía entre los negros, en una cabaña entre las otras cabañas donde ellos se alojaban, y se reunía con los negros (todo lo que Sam podía reunirse

con nadie después de que el muchacho fue lo bastante grande para andar solo desde la casa a la herrería y luego para llevar una escopeta) y se vestía como ellos y hablaba como ellos y hasta iba con ellos de vez en cuando a la iglesia de los negros, seguía siendo el hijo de aquel jefe Chickasaw y los negros lo sabían. Y, creía el muchacho, no sólo los negros. También la abuela de Boon Hogganbeck había sido una mujer Chickasaw, y aunque desde entonces la sangre corriera blanca y Boon era un hombre blanco, no era sangre de jefe. Para el muchacho al menos la diferencia era evidente en cuanto se veía juntos a Boon y a Sam, y hasta Boon parecía darse cuenta— hasta Boon, a quien en su tradición nunca se le ocurrió que nadie pudiera ser mejor nacido que él mismo. Un hombre podía ser más listo, esto lo admitía, o más rico (más afortunado, lo llamaba él) pero no mejor nacido. Boon era un mastín, absolutamente leal, dividiendo su fidelidad equitativamente entre el mayor de Spain y McCaslin, el primo del muchacho, dependiendo de ambos su pan y dividiendo esto también imparcialmente entre el mayor de Spain y McCaslin, intrépido, generoso, muy valiente, esclavo de todos los apetitos y casi privado de raciocinio. A los ojos del muchacho al menos era Sam Fathers, el negro, el que se comportaba no sólo con su primo McCaslin y con el mayor Spain, sino con todos los blancos, con gravedad y dignidad y sin servilismo ni recurrir a ese impenetrable muro de pronta y fácil jovialidad que los negros levantan entre ellos y los blancos, comportándose con su primo McCaslin no sólo como un hombre con otro, sino como un anciano con un joven.

Enseñó al muchacho los bosques, a cazar, cuándo disparar y cuándo no disparar, cuándo matar y cuándo no matar, y mejor aún, lo que hacer con ello después. Luego acostumbraba hablar al muchacho, los dos sentados bajo las compactas y ardientes estrellas, en el verano, en lo alto de una colina mientras esperaban que los perros llevaran al zorro al alcance de su oído, o cerca de un fuego en el bosque, en noviembre o diciembre, mientras los perros buscaban el rastro de un animal a lo largo del torrente, o sin fuego en la cerrada oscuridad y el pesado relente de las mañanas le hacía preguntas; Sam era reacio a las preguntas. El muchacho sólo terna que esperar y luego escuchar y Sam empezaría, hablando de los viejos días y de la gente a quien él no había tenido siquiera tiempo de conocer, y por eso no podía recordar (ni siquiera podía recordar haber visto la cara de su padre), y en el puesto de quienes la otra raza en la cual había corrido su sangre no le ofrecía ningún sustituto.

Mientras él hablaba de aquellos viejos tiempos y de aquellos muertos y desaparecidos hombres de otra raza, de las dos razas que el muchacho conocía, gradualmente para el muchacho aquellos viejos tiempos cesaban de ser viejos tiempos y era como una parte del presente, no sólo como si hubieran sucedido ayer, sino como si estuvieran todavía sucediendo, y los hombres que marchaban a través de ellos realmente andaban y respiraban y daban una verdadera sombra sobre la tierra que no habían abandonado. Y más aún: como si alguno de aquellos hechos no hubiesen sucedido ya, sino que fuese a acaecer mañana, hasta que al final le parecía

que él mismo no existía todavía, que ninguno de su raza ni de la otra raza sojuzgada que su gente había traído con ella a esa tierra, habían venido todavía; que aunque ésa hubiese sido la tierra de su abuelo y luego de su padre y de su tío y ahora fuese la de su primo y algún día sería su propia tierra, en la que él y Sam iban de caza, el derecho de ellos sobre esa tierra, era realmente insignificante y sin consistencia, como la descolorida y arcaica escritura en el libro del registro de la propiedad de Jefferson que se la asignaba a ellos y que era él, el muchacho, a quien era allí el huésped y la voz de Sam Fathers el intérprete del anfitrión.

Hasta hacía tres años habían sido dos, el otro un pura sangre Chickasaw, en cierto sentido aún más increíblemente perdido que Sam Fathers. Se hacía llamar Jobaker, como si fuese una sola palabra. Nadie sabía nada de su historia. Era un ermitaño, que vivía en una pequeña e inmunda cabaña en la bifurcación del torrente, a cinco millas de la plantación, y casi tan distante de cualquier otra morada. Era un cazador y un pescador notable y no se reunía con nadie, ni negro ni blanco; ningún negro hubiera cruzado su camino y ningún hombre se hubiera atrevido a acercarse a su choza, excepto Sam. Y tal vez una vez al mes, el muchacho los encontraba en la tienda de Sam. Los dos viejos en cuclillas sobre sus talones sobre el sucio suelo, hablando en una mezcla de inglés negroide y dialecto llano de la colina y de vez en cuando una frase de aquella vieja lengua que el muchacho, con el tiempo, en cuclillas también él, escuchando, empezó a aprender. Luego murió Jobaker. Esto es, nadie le vio durante algún tiempo. Luego, una mañana Sam estuvo perdido, nadie, ni siquiera el muchacho, sabía adonde había ido, hasta que aquella noche algunos negros que estaban de caza en el fondo del torrente vieron repentinamente elevarse una llama y se acercaron. Era la choza de Jobaker, pero antes de que ellos pudieran acercarse, alguien les disparó desde las sombras, al otro lado de ella. Fue Sam el que disparó, pero nadie encontró nunca la tumba de Jobaker.

A la mañana siguiente, mientras estaba desayunando con su primo, el muchacho vio pasar a Sam por delante de la ventana del comedor y recordó que lo más cerca de la casa que en su vida había visto a Sam era en la herrería. Hasta cesó de comer; siguió sentado allí y él y su primo oyeron las voces que venían del otro lado de la puerta de la despensa; luego se abrió la puerta y entró Sam, llevando el sombrero en la mano, pero sin llamar, como hubiera hecho otro cualquiera del lugar, excepto un sirviente de la casa. Entró justo lo bastante para cerrar la puerta detrás de él y se detuvo sin mirar a ninguno de los dos. El rostro indio sobre las ropas del negro miraba alguna cosa más allá de sus cabezas, o alguna cosa que ni siquiera estaba en la habitación.

—Quiero irme —dijo—. Quiero irme a vivir al Gran Valle.

—¿A vivir? —dijo el primo del muchacho.

—Al campamento de usted y del mayor Spain, donde ustedes van a cazar —dijo Sam—. Podría cuidar de aquello mientras ustedes no van allí. Me construiré una casita en el bosque, si usted prefiere que no esté en la casa grande.

—Y ¿qué haremos con Isaac? —dijo su primo—. ¿Cómo podrás dejarlo? ¿Vas a llevarlo contigo?

Pero Sam continuaba sin mirar a ninguno de los dos, permaneciendo apenas dentro del cuarto con aquella cara que no manifestaba nada, que probaba que él era un viejo sólo cuando sonreía.

—Quiero irme —dijo—. Déjeme ir.

—Sí —dijo el primo tranquilamente—. Desde luego. Lo arreglaré con el mayor de Spain. ¿Quieres irte pronto?

—Me voy ahora —dijo Sam.

Se marchó. Y eso fue todo. El muchacho tenía entonces nueve años; le pareció perfectamente natural que nadie, ni siquiera su primo McCaslin, discutiese con Sam. Además, como ya tenía nueve años, comprendía que Sam podía dejarle a él los días y las noches pasadas juntos en el bosque sin ningún esfuerzo. Él creía que ambos, él y Sam, sabían que ello no era sólo momentáneo sino que era una necesidad de su madurez, de aquello para lo que Sam le había estado adiestrando toda su vida, para que un día se consagrara él mismo, requerido por ello. Ellos lo habían arreglado así una noche del pasado verano mientras oían a los perros que acorralaban a un zorro en el fondo del torrente; el muchacho vislumbraba en aquella charla bajo las altas y ardientes estrellas de agosto un presagio, una advertencia, de lo que acababa de suceder.

—Te he enseñado todo lo referente a esta región colonizada —dijo Sam—. Ya puedes cazar tan bien como yo. Ahora ya estás pronto para el Gran Valle, para el oso y el ciervo. Carne de cazador —dijo—. El año que viene tendrás diez años. Escribirás tu edad con dos números y estarás listo para ser un hombre. Tu padre (Sam siempre se refería al primo del muchacho como si fuese su padre, estableciendo entre ellos, aun antes de que el muchacho quedase huérfano, esa relación no de pupilo con su tutor y pariente y jefe y cabeza de su sangre, sino del niño hacia el hombre que había engendrado su carne y hasta sus pensamientos) ha prometido que entonces podrás ir con nosotros.

De modo que el muchacho pudo comprobar la marcha de Sam. Pero no podía comprender por qué ahora, en marzo, seis meses antes de la luna para ir de caza.

—Si, como dicen, Jobaker está muerto —dijo— y Sam no tiene a nadie de familia sino a nosotros, ¿por qué quiere irse al Gran Valle ahora, cuando faltan seis meses para que nosotros vayamos allí?

—Tal vez sea eso lo que él quiere —dijo McCaslin—. Tal vez quiere alejarse de ti algún tiempo.

Pero eso estaba bien. McCaslin y las otras personas mayores decían a menudo cosas como ésa y él no les prestaba ninguna atención, lo mismo que no prestó ninguna atención a Sam cuando dijo que quería irse a vivir al Gran Valle. Después de todo, tendría que vivir allí durante seis meses, porque no tendría la mayor utilidad ir, si iba sólo a dar una vuelta y regresar. Y, como el mismo Sam le había dicho, él ya

sabía acerca de la caza en aquella región colonizada todo lo que Sam o cualquier otro pudiera enseñarle. Así que todo estaría bien. El verano, luego los días claros tras los primeros hielos, luego el frío y esta vez él mismo en el carro con McCaslin y llegaría el momento y él derramaría la sangre, la gran sangre que haría de él un hombre, un cazador, y Sam volvería a casa con ellos, y él también habría sobrepasado la edad infantil en que se persigue a los conejos y las ardillas. Luego también él sería alguien alrededor del fuego invernal, hablando de antiguas cacerías y de cacerías por venir como hablan los cazadores.

Así que Sam se fue. Poseía tan poco que podía llevarlo consigo. Fue a pie. No consintió que McCaslin lo enviase con el carro, ni quiso coger una mula para ir montado. Nadie le vio irse. Se fue una mañana, la cabaña que nunca había contenido gran cosa, desocupada y vacía, el almacén en el que nunca había hecho mucho permanecía ocioso. Luego llegó al fin, y el muchacho ya era alguien. Él y su primo McCaslin y Jim de Tennie, y el mayor de Spain, y el general Compson, y Walter Ewell, y Boon, y el viejo tío Ash para cocinar, aguardándole en Jefferson con el otro carro, y el coche en el que irían él y McCaslin, y el general Compson y el mayor de Spain.

Sam estaba esperando en el campamento para encontrarse con ellos. Si se alegró de verles, no lo demostró. Y si, cuando dos semanas más tarde dejaron el campamento para regresar a casa, estaba triste al verles partir, no lo manifestó tampoco. Porque no regresó con ellos. Fue sólo el muchacho quien regresó, silencioso y solo, a la familiar tierra colonizada, a continuar durante once meses las infantiles tareas de cazar conejos y tal, mientras esperaba volver, habiendo traído consigo, aun de aquella breve estancia, una inolvidable sensación de los grandes bosques. No una cualidad peligrosa o particularmente hostil, sino profunda, sensible, gigantesca y acariciante, en medio de la cual le habían permitido ir de un lado a otro a su antojo, indemne, él no sabía por qué, pero empequeñecido y, hasta que hubo derramado honorablemente la sangre digna de ser derramada, extraño.

Luego noviembre, y volverían. Todas las mañanas Sam llevaría al muchacho al puesto que se le había asignado. Sería uno de los puestos más pobres, naturalmente, ya que él tenía sólo diez y once y doce años y aún no había visto nunca un ciervo comen o. Pero permanecerían allí, Sam un poco detrás de e, y sin escopeta, como había estado cuando el muchacho disparó al conejo en plena carrera, cuando tenía ocho años. Estarían allí en los amaneceres de noviembre, y después de un momento oirían a los perros. Algunas veces la pieza subía precipitadamente y pasaba bastante cerca, sonora e invisible; una vez oyeron los dos densos disparos de la vieja escopeta de Boon Hogganbeck con la que nunca mató nada mayor que una ardilla y para eso sentada, y por dos veces sintieron el golpe seco y raso y apagado de rifle de Walter Ewell, tras el que ni siquiera era necesario esperar a oír el cuerno.

—Nunca podré disparar —decía el muchacho—. Nunca podré matar nada.

—Sí, podrás —decía Sam—. Espera. Serás un cazador. Serás un hombre.

Pero Sam no quería retomar. Lo dejaban allí. Iba hasta el camino donde esperaba el coche, para llevar los caballos atrás, y eso era todo. Los hombres montaban los caballos y el tío Ash y Jim Tenme y el muchacho les seguían en el carro con Sam, con el equipo de campaña y los trofeos, la carne, las cabezas, las astas, las cosas buenas, y el carro proseguía tortuosamente por entre los tremendos abetos y los cipreses y las encinas donde no había resonado más hacha que la de los cazadores, entre los impenetrables muros de cañas y espinos. Los dos muros cambiantes y, sin embargo, inmutables tras los cuales el desierto, cuyo sello él se había llevado para siempre en su espíritu desde aquellas dos semanas, parecía encorvarse, agachándose un poco, observándolos y escuchando, no del todo enemigo porque ellos eran demasiado pequeños, hasta aquéllos como Walter y el mayor de Spain y el viejo general Compson que habían matado muchos ciervos y osos, y su estancia demasiado breve y demasiado inofensiva para provocar su enemistad, sino apenas pensativo, secreto, tremendo, casi indiferente.

Luego resurgían, salían de allí, la raya era tan definida como la demarcación de un muro con una puerta. Repentinamente, esqueletos de campos de algodón y sembrados de maíz se extendían a ambos lados, pobres y yertos bajo la lluvia gris; allí habría una casa, graneros, cercas, donde la mano del hombre se engarfió por un momento, sosteniéndose, el muro del desierto detrás de ellos, tremendo y aún y aparentemente impenetrable a la luz gris que se desvanecía, y la minúscula abertura por la que habían surgido evidentemente absorbida. El coche estaría esperando, su primo McCaslin y el mayor de Spain y el general Compson y Walter Boon, desmontaban a su lado. Entonces Sam bajaba del carro y montaba uno de los caballos, con los otros atados a una cuerda detrás de él, y retrocedería. El muchacho le seguiría con la mirada durante un rato junto al muro alto y misterioso, haciéndose cada vez más pequeño a su lado, sin mirar nunca hacia atrás. Luego entraba en él, volviendo a lo que el muchacho creía, y pensaba que su primo McCaslin creía, era su aislamiento y soledad.

Capítulo 2

ASÍ llegó el momento. Apretó el gatillo y Sam Fathers marcó su cara con la sangre caliente que él había vertido y dejó de ser un niño y se convirtió en un cazador y en un hombre. Era el último día. Dejaron aquella tarde el campamento y se fueron, su primo y el mayor de Spain y el general Compson y Boon a caballo. Walter Ewell y los negros en el carro con él y con Sam y su piel y las astas. Podía haber habido (y había) otros trofeos en el carro. Pero para él no existían, lo mismo que por un virtual propósito él y Sam Fathers seguían estando solos como lo estuvieron por la mañana. El carro avanzaba culebreando y con traqueteos entre los lentos y cambiantes aunque invariables muros detrás y por encima de los cuales el desierto vigilaba su paso, menos hostil ya y no volvería a serlo otra vez, ya que el ciervo estaba quieto y había saltado para siempre, el tembloroso cañón de la escopeta se hacía constantemente más firme al fin, restallante, y todavía en aquél su momento de inmortalidad el ciervo saltó, inmortal para siempre. El carro traqueteando y brincando sin cesar, el momento del ciervo, el disparo, Sam Fathers y él y la sangre con la cual Sam le había marcado para siempre uniéndole con él desierto que lo había acogido, ya que Sam dijo que se había portado bien, cuando de repente Sam tiró de las riendas y paró el carro y todos ellos oyeron el inconfundible e inolvidable rumor de un ciervo que sale de su escondite.

Entonces Boon gritó desde el otro lado del recodo del sendero y mientras ellos permanecían inmóviles, sentados en el carro parado, Walter y el muchacho cogiendo ya sus escopetas, Boon retrocedió galopando, azotando a su mula con el sombrero, el rostro feroz y asombrado mientras les gritaba que se bajasen. Luego los otros jinetes aparecieron por la curva, galopando también.

—¡Bajen los perros! —gritó Boon—. ¡Bajen los perros! ¡Tiene un bosque en la cabeza, tiene catorce astas! ¡Está justo ahí, cerca de la carretera, en el bosquecillo de papayos! ¡Si hubiera sabido que estaba allí, podría haberle cortado el cuello con mi cuchillo!

—Quizá por eso ha escapado —dijo Walter—. Vio que no llevabas la escopeta.

Ya había saltado del carro con el rifle. Luego el muchacho estuvo fuera también con su escopeta, y los otros jinetes avanzaron y Boon saltó del mulo de cualquier modo y se puso a escarbar y a gatear entre los pertrechos del carro, sin dejar de gritar:

—¡Bajen los perros! ¡Bajen los perros!

Y al muchacho le pareció, además, que les llevaría eternamente decidir lo que había que hacer. Los viejos en quienes la sangre corría fría y lenta, en quienes durante los años que mediaban entre ellos y él la sangre se había convertido en una sustancia distinta y más fría que aquella que corría en él y hasta en Boon y Walter.

¿Qué dices tú, Sam? —dijo el mayor de Spain—. ¿Podrían traerlo los perros?

—No tenemos necesidad de los perros —dijo Sam—. Si no tiene a los perros

detrás, dará una vuelta y volverá aquí hacia la puesta del sol para dormir.

—Está bien —dijo el mayor de Spain—. Vosotros, muchachos, coged los caballos. Nosotros continuaremos hasta la carretera en el carro y esperaremos allí.

Él y el general Compson y McCaslin subieron al carro y Boon y Walter y Sam y el muchacho montaron los caballos y volvieron la espalda dejando el sendero.

Sam les guió durante una hora aquella tarde gris y borrosa, cuya luz no se diferenciaba mucho de la que había al amanecer y que se transformaría en oscuridad sin ninguna graduación intermedia.

Entonces Sam los detuvo.

—Esto está bastante lejos —dijo—. Vendrá a contra viento, y no le gusta el olor de las mulas.

Ataron las mulas en un bosquecillo. Sam les guiaba ahora a pie fuera de las sendas en aquella tarde borrosa, el muchacho se apresuraba para ir con él, y los otros dos, o al menos eso le parecía al muchacho, seguían tras sus talones. Pero no era así. Por dos veces volvió Sam la cabeza ligeramente y le dijo por encima del hombro, sin dejar de andar:

—Hay tiempo. Llegaremos allí antes que él.

De modo que él trató de ir más despacio. Trató deliberadamente de disminuir la vertiginosa prisa del tiempo, en el cual el ciervo que él ni siquiera había visto se estaba moviendo, y que le parecía que debía estar llevándose al ciervo cada vez más lejos y más irremisiblemente lejos de ellos aunque ni siquiera había perros detrás de él que le hicieran correr, aun cuando, según Sam, ya debía haber acabado su rodeo y estaba volviendo hacia ellos. Continuaron; podía haber sido por una o dos horas o por menos de media, el muchacho no podía decirlo. Luego se hallaron sobre una loma. Nunca había estado allí y no podía ver qué era una loma. Sólo se dio cuenta de que la tierra se había elevado ligeramente porque la maleza era más clara y el terreno se deslizaba invisiblemente hacia un espeso muro de cañas. Sam se detuvo.

—Esto es —dijo. Se dirigió a Walter y a Boon—. Sigán esa loma y llegarán a los dos cruces. Verán las huellas. Si pasa será por uno de estos tres puntos.

Walter miró a su alrededor durante un momento.

—Lo sé —dijo—. Hasta he visto a tu ciervo. Estuve aquí el lunes pasado. No tiene más de un año.

—¿Un año? —dijo Boon. Jadeaba por la caminata. Su cara parecía aún algo feroz—. Si el que yo vi no tenía más que un año, yo estoy todavía en la escuela.

—Entonces habré visto un conejo —dijo Walter—. Siempre oí decir que habías dejado la escuela dos años antes del primer grado.

Boon miró furioso a Walter.

—Si no quieres dispararle, quítate de en medio —dijo—. Siéntate en cualquier sitio. Por Dios, yo...

—Nadie ya a dispararle si seguimos aquí —dijo Sam con calma.

—Sam tiene razón —dijo Walter.

Se volvió inclinado hacia el suelo el gastado y casi plateado cañón de su rifle, y empezó a andar.

—Un poco más de movimiento y de silencio también. Hogganbeck llega hasta cinco millas, aunque no estemos con el viento a favor.

Continuaron. El muchacho podía aún oír a Boon que hablaba, aunque en seguida aquello cesó. Luego una vez más él y Sam se quedaron juntos, inmóviles contra un enorme roble en un pequeño matorral, y de nuevo no hubo nada. Había sólo la profunda y lúgubre soledad en la luz opaca, el tenue murmullo de la lluvia ligera y fría que no cesó en todo el día. Luego, como si hubiera esperado a que ellos se acomodaran y estuvieran quietos, el desierto respiró de nuevo. Pareció que se doblase en sí mismo por encima de ellos, por encima de él y de Sam y Walter y de Boon en sus apartados escondites, tremendo curioso, imparcial, omnisciente y el ciervo moviéndose dentro de él, en cualquier parte dentro de él, no corriendo, sin embargo, ya que no era perseguido, tampoco espantado ni menos asustado sino únicamente en guardia igual que ellos estaban en guardia, tal vez ya regresando de su rodeo, quizá bastante cerca, acaso también consciente de la mirada del antiguo e inmortal Arbitro. Porque él tenía apenas doce años, y esa mañana le había sucedido algo: en menos de un segundo había dejado de ser para siempre el niño que hasta el día antes fuera. O tal vez aquello no constituía ninguna diferencia, tal vez ni siquiera un hombre criado en la ciudad, por no decir un niño, podía comprenderlo; tal vez sólo alguien criado en el campo podía entender el amor por la vida que se vierte. Empezó a temblar de nuevo.

—Me alegro de que haya empezado ahora —susurró. No se movió para hablar; sólo sus labios formaron las palabras—: Así se me habrá pasado cuando levante la escopeta...

Tampoco se movió Sam.

—Silencio —dijo.

—¿Está tan cerca? —preguntó quedamente el muchacho—. ¿Crees que...?

—Silencio —dijo Sam.

Así, pues, se calló. Pero no podía reprimir el temblor. Tampoco lo intentó, porque sabía que desaparecería cuando necesitase firmeza —¿no le había Sam Fathers consagrado ya y absuelto de la debilidad y hasta del remordimiento?— no del amor y la piedad por todo lo que vive y corre y luego en un segundo deja de vivir justo en medio del esplendor y la velocidad, sino de la debilidad y el remordimiento. De modo que permanecieron inmóviles, respirando hondo y despacio y constantes. De haber habido sol, estaría ya cerca del ocaso; hubo una condensación, una densificación de lo que él creyó que fuese la luz gris e inmutable hasta que se dio cuenta de pronto de que era su misma respiración, su corazón, su sangre, alguna cosa, todas las cosas, y que Sam le había marcado verdaderamente, no como a un simple cazador, sino con algo que Sam había recibido a su vez de su desaparecido y olvidado pueblo. Entonces contuvo la respiración; sólo hubo su corazón, su sangre, y en el silencio que siguió el

desierto dejó de respirar también, inclinándose, curvándose sobre él, conteniendo la respiración, tremendo e imparcial y en espera. Luego el temblor cesó también como él sabía que sucedería, hizo retroceder los dos pesados percutores de la escopeta.

Luego había pasado. Se había acabado. El desierto no volvió a respirar; simplemente había dejado de observarle y estaba mirando a cualquier otra parte, incluso volviéndole la espalda, miraba lejos por encima de la loma hacia otro punto, y el muchacho supo cómo si lo hubiese visto que el ciervo había ido hasta el borde del cañaveral y le había visto u olfateado y volvió a desvanecerse en el interior. Pero el desierto no había respirado de nuevo. Debía haber suspirado en seguida, otra vez, pero no lo hizo. Estaba todavía mirando, observando, lo que había estado observando y no estaba allí, no donde él y Sam estaban; rígido, conteniendo la respiración, pensó, gritó: ¡No! ¡No!, sabiendo ya que era demasiado tarde pensando con la antigua desesperación de dos o tres años antes: *Nunca podré disparar*, Luego lo oyó el tiro sofocado del rifle de Walter Ewell que no fallaba nunca. Después el blando sonido del cuerno bajó por la loma y algo se extinguió en él y se dio cuenta entonces de que nunca había esperado poder hacer aquel disparo.

—Me parece que ya está —dijo—. Walter lo ha cogido.

Sin querer había levantado ligeramente la escopeta. La bajó de nuevo y había bajado uno de los percutores y ya iba a salir del bosquecillo cuando Sam habló:

—Espera.

—¿Espera? —exclamó el muchacho. Y él recordaría aquello, cómo se revolvió contra Sam con la crueldad de un muchacho agraviado por la oportunidad perdida, por la suerte desaprovechada—. ¿Para qué? ¿No has oído ese cuerno?

Y recordaría cómo estaba Sam. Sam no se había movido. No era alto, más bien achaparrado y membrudo, y el muchacho creció de prisa en aquel último año y no había entre ellos mucha diferencia de estatura, sin embargo, Sam estaba mirando por encima de la cabeza del muchacho y a lo largo de la loma hacia el sonido del cuerno, y el muchacho comprendió que Sam ni siquiera le veía; que Sam sabía que él estaba aún allí, a su lado, pero que ni siquiera le veía. Luego el muchacho vio al ciervo. Bajaba por la loma, como si saliera del sonido del cuerno que anunciaba su muerte. No iba corriendo, sino andando, formidable, sin prisa, bajando y ladeando la cabeza para poder pasar las astas a través de la maleza, y el muchacho permaneció al lado de Sam en vez de detrás de él como Sam estaba siempre, y la escopeta todavía en parte apuntando y uno de los percutores aún alzado.

Luego los vio. Y no obstante no empezó a correr. Sólo se detuvo un momento, más alto que cualquier hombre, mirándoles; luego los músculos se le distendieron y se le contrajeron. No modificó su rumbo, no huyó, ni siquiera corrió, simplemente se movió con aquella soltura alada y sin esfuerzo con la que se mueven los ciervos, pasando a menos de veinte pies de ellos, la cabeza alta y la mirada no orgullosa ni altanera sino pura y salvaje y sin temor, y Sam estaba al lado del muchacho, el brazo derecho completamente en alto, la palma hacia fuera, hablando en aquella lengua que

el muchacho había aprendido de oírsele a él y a Joe Baker en la herrería, mientras sobre la loma y el cuerno de Walter Ewell estaba aún anunciándoles la muerte de un ciervo.

—Salud, jefe —dijo Sam—. Abuelo.

Cuando se reunieron con Walter, estaba de pie dándoles la espalda, inmóvil, pasmado, mirando algo a sus pies. Ni siquiera levantó la vista.

—Ven, Sam —dijo en voz baja. Cuando se acercaron a él, tampoco levantó la vista, y tenía a sus pies un ciervo pequeño y espigado que la primavera pasada debía ser aún cervatillo—. Es tan pequeño que casi lo dejé irse —dijo Walter—. Pero fíjate qué huellas ha dejado. Son casi tan grandes como las de una vaca. Si hubiera otras huellas al lado de las que él ha dejado, juraría que había otro ciervo que no he visto.

Capítulo 3

HABÍA oscurecido cuando llegaron a la carretera donde esperaba el coche. Estaba haciendo frío, la lluvia había cesado, y el cielo empezaba a aclararse. Su primo y el mayor de Spain y el general Compson habían hecho fuego.

—¿Lo habéis cogido? —preguntó el mayor de Spain.

—Hemos cogido un regular conejo de pantano con unos cuernos como estaquillas —dijo Walter, deslizándose el pequeño ciervo desde lo alto de la mula. McCaslin, el primo del muchacho, lo miró.

—¿Nadie vio al grande? —dijo.

—Ni siquiera creo que lo haya visto Boon —dijo Walter—. Probablemente se habrá confundido con alguna vaca extraviada en aquel matorral. —Boon empezó a blasfemar, renegando de Walter y de Sam por no haber soltado los perros al principio, y contra el ciervo y contra todos.

—No importa —dijo el mayor de Spain—. Lo encontraremos el próximo otoño. Vámonos.

Era pasada la medianoche cuando dejaron a Walter en la puerta de su casa a dos millas de Jefferson y todavía más tarde cuando depositaron al general Compson en su casa y luego volvieron a la casa del mayor de Spain donde él y McCaslin pasarían el resto de la noche, porque faltaban todavía diecisiete millas para llegar a su casa. Hacía frío, el cielo estaba sereno; caería una buena helada al amanecer y el terreno estaba ya helado bajo las patas de los caballos y bajo las ruedas y bajo sus mismos pies cuando atravesaron el patio y entraron en la casa del mayor de Spain, en la casa oscura y caliente, subiendo las escaleras a tientas hasta que el mayor de Spain encontró una vela y la encendió, y entraron en la habitación extraña y en el lecho grande y profundo, con las sábanas frías hasta que empezaron a calentarlas con sus cuerpos y al fin cesó el temblor y de pronto él estaba contándole a McCaslin todo aquello mientras McCaslin le escuchaba silencioso hasta que hubo acabado.

—Tú no lo crees —dijo el muchacho—. Yo sé que no...

—¿Por qué no? —dijo McCaslin—. Piensa en todo lo que ha pasado aquí, en esta tierra. En toda la sangre ardiente y fuerte que para vivir, por placer, se ha derramado en ella. Para la aflicción y el sufrimiento también, naturalmente, pero siempre sacando algo de todo eso, sacando mucho, porque después de todo nada te obliga a continuar soportando lo que tú consideras sea dolor; siempre puedes optar porque cese, poner un fin a eso. Y hasta el sufrimiento y la aflicción son mejores que nada: sólo hay una cosa peor que no estar vivo, y es la vergüenza. Pero no se puede vivir eternamente y siempre se consume la vida mucho antes de que se hayan agotado las posibilidades de vivirla. Y todo eso debe estar en alguna parte; todo eso no pudo haber sido inventado y creado sólo para tirarlo. Y la tierra es poco profunda; no hay mucha antes de llegar a la roca. Y la tierra no quiere simplemente guardar cosas,

acumularlas; quiere usarlas de nuevo. Mira las simientes, las bellotas, lo que sucede hasta a la carroña cuando tratas de enterrarla: se opone también, se agita y forcejea, hasta que alcanza de nuevo la luz y el aire, siempre a la caza del sol... Y ellos... el muchacho, por un momento, vio su mano recortada contra la ventana tras la cual, habituado ya a la oscuridad, podía ver el cielo donde resplandecían las estrellas nítidas y frías... Ellos no lo quieren, no lo necesitan. Además, ¿quién querría, por su propio gusto, estar dando vueltas allí, cuando no ha tenido suficiente tiempo en la tierra dónde estaba, cuando hay tantos sitios sobre la tierra, una cantidad de lugares todavía inalterados desde que ellos estaban, cuando la sangre les daba provecho y placer, mientras seguía siendo sangre?

—Pero nosotros los queremos —dijo el muchacho—. Nosotros los queremos también. Hay mucho sitio para nosotros y para ellos también.

—Es justo —dijo McCaslin—. Supón que no tienen sustancia, que no pueden hacer sombra...

—¡Pero yo lo vi! —exclamó el muchacho—. ¡Yo lo vi!

—Calma —dijo McCaslin. Por un momento su mano tocó el costado del muchacho por debajo de las mantas—. Calma. Yo sé que lo has visto. También yo. Sam me llevó allí una vez después de haber matado mi primer ciervo.

EL OSO

Capítulo 1

TAMBIÉN esta vez éranse un hombre y un perro. Dos bestias contando con *Old Ben*, el oso y dos hombres, contando con Boon Hogganbeck, en cuyas venas corría parte de la misma sangre que corría en Sam Fathers, si bien la de Boon era de la rama plebeya y únicamente Sam y *Old Ben* y el mestizo *Lion* eran puros e incorruptibles.

Él tenía dieciséis años. Ya hacía seis que era un cazador. Ya hacía seis años que escuchaba la mejor de todas las charlas. La del desierto, la de los grandes bosques, más grande y antigua que ningún documento registrado: —por los hombres blancos bastante fatuos para creer que habían comprado algún fragmento de ella; más grande que el mayor de Spain y las migajas de que alardeaba, sabiendo lo que se hacía; más vieja que el viejo Ikkemotubbe, el jefe Chickasaw, de quien el viejo Sutpen la había habido y que a su vez sabía más. Era de los hombres, no de los blancos, ni de los negros, ni de los rojos, sino de los hombres, de los cazadores, con la voluntad y la osadía de resistir y la humildad y el arte de sobrevivir, y los perros y el oso y el ciervo yuxtapuestos y en relieve contra ellos, ordenados y constreñidos por y en la selva en la antigua e incesante disputa de acuerdo con la antigua e implacable ley que anula todo remordimiento y no daba cuartel— el mejor juego de todos, el mejor de todos para respirarlo y desde luego el mejor de todos para escucharlo, las voces tranquilas y graves y circunspectas en la retrospectiva y en los recuerdos y en la exactitud entre los concretos trofeos —las escopetas en el armero y las cabezas y las pieles— en las bibliotecas de las casas de la ciudad o en los despachos de las casas de las plantaciones o (y mejor que nada) en los mismos campamentos donde está colgada la carne intacta y todavía caliente, y los hombres que la han matado sentados delante de los leños que arden en la chimenea donde hay casas y chimeneas o en tomo al resplandor humeante de la leña amontonada delante de las lonas tensas, donde no las hay. Siempre había presente una botella, por eso le parecía que aquellos hermosos y ardientes instantes del corazón y del cerebro y del valor y de la astucia y de la presteza estuvieran concentrados y destilados en aquel oscuro licor que no las mujeres, no los muchachos ni los niños, sino sólo los cazadores bebían, bebiendo no la sangre vertida por ellos sino alguna condensación del inmortal espíritu selvático, bebiéndolo con moderación, hasta con humildad, no con la baja e infundada esperanza del pagano de adquirir con ello las virtudes de la astucia y la fuerza y la rapidez sino el homenaje a éstas. Así le parecía en esa mañana de diciembre no sólo natural sino realmente conveniente que ello debía empezar con whisky.

Más tarde se dio cuenta de que la cosa había empezado mucho antes. No había empezado ya aquel día en que él escribió su edad en dos cifras y su primo McCaslin le llevó por primera vez al campamento, a los grandes bosques, para lograr por sí mismo en la selva el nombre y la condición de cazador siempre que él a su vez fuese suficientemente humilde y perseverante. Ya había heredado, pues, sin siquiera

haberlo visto, el viejo y grande oso con una pata rota en una trampa, que en una superficie de unas cien millas cuadradas se había ganado un nombre, un título determinado igual que un hombre viviente: —la extensa leyenda de los graneros destrozados y saqueados, de cochinitos y cerdos grandes y hasta becerros llevados en vilo a los bosques y devorados, y trampas y armadijos derribados y perros despedazados y muertos, y tiros de escopeta y hasta de rifle disparados a quemarropa sin más efecto que el que harían irnos guisantes a través de un canuto soplado por un niño— una galería de ruina y destrucción que se remontaba al tiempo en que el muchacho aún no había nacido, y a través de la cual avanzaba, no de prisa sino más bien y con la cruel e irresistible decisión de una locomotora, la tremenda figura hirsuta. Estuvo en su conocimiento antes aún de que lo hubiese visto. Se aparecía y resaltaba en sus sueños antes aún de haber visto los bosques vírgenes donde había dejado su ganchuda huella, peludo, tremendo, con los ojos rojos no maligno sino grande, demasiado grande para los perros que trataban de acorralarle, para los caballos que intentaban arrollarle, para los hombres y las balas que éstos le disparaban; demasiado grande para la misma región donde se circunscribían sus actividades. Era como si el muchacho hubiera adivinado ya lo que sus sentimientos y su entendimiento no habían comprendido aún: aquella selva condenada a muerte cuyos bordes eran constante y ferozmente mordisqueados por los arados y las hachas de los hombres que la temían porque era la selva, miles de hombres incluso desconocidos entre sí en la tierra donde el viejo oso se había ganado un nombre, y a través de la cual no corría siquiera como una bestia mortal sino como un anacronismo indomable e invencible surgido de un tiempo antiguo y muerto, un fantasma, compendio y apoteosis de la antigua vida salvaje que los pequeños y mezquinos humanos acuchillaban en caterva con una furia de odio y temor, como pigmeos en tomo a las patas de un elefante dormido; —el viejo oso, solitario, indomable, y único; viudo sin hijos y absuelto por la muerte— viejo Príamo privado de la vieja esposa y sobreviviendo a todos sus hijos.

Todavía un niño, con tres años y luego dos años y luego un año aún antes de que él pudiera ser también uno de ellos, cada noviembre quería contemplar el carro que llevaba los perros y las hamacas y la comida y las escopetas y a su primo McCaslin y a Jim de Tennie y a Sam Fathers también hasta que Sam se fue a vivir al campamento, partir para el Gran Valle, los grandes bosques. Para él, ellos no iban a la caza del oso y del ciervo sino a mantener una cita anual con el oso al que no pretendían matar. Dos semanas más tarde estaban de regreso sin el trofeo, sin la piel. Él lo esperaba así. Ni siquiera había temido que pudiera estar en el carro con las otras pieles y cabezas. Ni siquiera se había dicho a sí mismo que dentro de tres años, o dos años, o un año más, él podía estar presente y que podía ser su escopeta.

Creía que sólo después de haber hecho su aprendizaje en los bosques y haberse mostrado digno de ser un cazador, le sería permitido distinguir las ganchudas huellas, y que hasta entonces durante aquellas dos semanas de noviembre él sería

simplemente otra figura secundaria, junto a su primo y el mayor de Spain y el general Compson y Walter Ewell y Boon y los perros que temían ladrarle y las escopetas y los rifles que erraban la puntería sin lograr herirle, en la anual y espectacular ceremonia de la fiera inmortalidad del viejo oso.

Su día llegó al fin. En el coche con su primo y el mayor de Spain y el general Compson, vio la selva a través de una lenta llovizna de noviembre, casi helada, como le pareció después que siempre la había visto o al menos como siempre la recordó: el muro alto y sin fin, de los tupidos bosques de noviembre bajo la tarde que se desleía y la muerte d año, tétrica, impenetrable (ni siquiera podía discernir como, hasta qué punto consideraban ellos posible poder entrar, aunque él sabía que Sam Fathers les estaba esperando allí con el carro), el coche avanzando a través de los esqueléticos taños de algodón y maíz en el último trecho de campo abierto, los últimos vestigios del mezquino roído del hombre en el flanco inmemorial, hasta que, achicado por aquella perspectiva hasta una punta de casi ridícula reducción, el coche mismo pareció haber cesado de moverse (también esto se complementaría más tarde, años más tarde, después que hubo sido un hombre y hubo visto el mar) como una solitaria y pequeña barca suspendida en una retraída inmovilidad, sólo meciéndose arriba y abajo, en la infinita inmensidad del océano mientras el agua y luego la tierra aparentemente impenetrable a la cual se acerca sin perceptible avance se mece lentamente y abre la ensenada donde está el fondeadero. Él entró. Sam estaba esperando, envuelto en una manta sentado en el carro detrás de las pacientes y humeantes mulas. Él entró en el noviciado de la verdadera selva con Sam a su lado, los dos envueltos en la manta húmeda, caliente, con olor de negro mientras la selva cerraba detrás de ellos la puerta que había abierto momentáneamente para recibirle, abriéndose según avanzaba como se cerraba tras su paso, y el carro no seguía una senda determinada sino un paso que no existía diez metros delante de él y dejaba de existir diez metros después que había pasado, y avanzaba no por su propia voluntad sino por la atracción del ambiente, intacta y, sin embargo, fluida, soñolienta, sorda, casi sin luz.

Le pareció que a la edad de diez años estaba asistiendo a su propio nacimiento. Ni siquiera le era extraño. Había sentido todo eso antes, y no sólo en sueños. Vio el campamento —un bungalow sin pintar de seis habitaciones montado sobre rimeros de leña fuera del alcance de las lluvias de la primavera— y él ya sabía cómo era lo que estaba viendo. Ayudó a arreglar rápidamente el desorden de la llegada y hasta sus movimientos le eran familiares, previstos. Luego durante dos semanas comió la mística, rápida comida —el pan amargo y sin forma, la extraña carne silvestre, venado, y oso, y pavo y coatí, que nunca había probado antes— lo que los hombres comen, cocinado por hombres que eran primero cazadores y cocineros después; durmió sin sábanas bajo las ásperas mantas como duermen los cazadores. Todas las mañanas el gris del alba los encontraba a él y a Sam Fathers en el puesto, en la encrucijada, que les había sido asignada. Era el más pobre, el más improductivo. Así

lo había esperado; ni siquiera consigo mismo se había atrevido a esperar que esta primera vez hubiera oído siquiera la carrera de los perros. Pero los había oído. Fue a la tercera mañana —un murmullo sin origen, casi inaudible, si bien reconoció lo que era aunque nunca lo había oído antes, que eran muchos perros corriendo a la vez, el murmullo aumentó en voces separadas y distintas hasta que pudo distinguir entre otros a los cinco perros de su primo.

—Ahora —dijo Sam— levanta un poco la escopeta y monta los gatillos y luego permanece quieto.

Pero no le tocaba a él, todavía no. Era el momento de la humildad; él había aprendido eso. Y podía aprender la paciencia. Tenía sólo diez años, sólo una semana. El momento había pasado. Le pareció que realmente podía ver al ciervo, al macho, color de humo, alargado por la velocidad, desvanecido, y los bosques, la gris soledad resonando todavía aun cuando las voces de los perros se habían extinguido; desde muy lejos a través de los lúgubres bosques y de la gris y casi límpida mañana llegaron dos disparos.

—Ahora puedes bajar los gatillos —dijo Sam.

Así lo hizo.

—Tú ya lo sabías —dijo él.

—Sí —dijo Sam—. Quiero que aprendas lo que debes hacer cuando no disparas. Es justo cuando la oportunidad para el oso y el ciervo ha venido y pasado que los hombres y los perros son muertos.

—De todos modos, yo no lo quería —dijo el muchacho—. Ni siquiera era un oso. Era sólo un gamo.

—Sí —dijo Sam—. Era sólo un gamo.

Luego una mañana, fue en la segunda semana, de nuevo oyó a los perros. Esta vez antes aún de que Sam hablase, él preparó la escopeta, demasiado larga, demasiado pesada, para un hombre, como Sam le había enseñado, aunque esta vez supiese que los perros y el gamo se habrían acercado menos que nunca, apenas si se les habría oído. Nunca hasta entonces había oído a los perros hacer un ruido de esa clase cuando corrían. Luego se dio cuenta de que Sam, que le había enseñado lo primero de todo a armar una escopeta y a tomar una posición en la que pudiese ver en todas direcciones lo mejor posible y no moverse más, se había movido acercándosele.

—Allí —le dijo—; escucha.

El muchacho escuchó, no un resonante coro fuerte y presuroso sobre el rastro libre, sino unos ladridos afanosos una octava demasiado altos y con algo más que indecisión y aún cobardía en ellos que él no podía reconocer, reacia, algo que ni siquiera se movía muy de prisa, que se tomaba mucho tiempo para desvanecerse en el oído, dejando luego en el aire ese eco de sutil y casi humano histerismo, despreciable, casi lastimero, y con nada por delante, ninguna sensación de una forma color de humo en fuga e inadvertido. Podía oír a Sam respirando sobre su hombro. Vio la curva dilatada de las narices del viejo.

—¡Es *Old Ben*! —exclamó en un susurro.

Sam no se movía, excepto el lento y paulatino gesto de la cabeza hacia las voces que se desvanecían y el leve, y constante y rápido arqueado y contraimiento de las narices.

—Ah —dijo—. Ni siquiera corre. Camina.

—¡Pero aquí arriba! —exclamó el muchacho—. ¡Por esta parte!

—Lo hace todos los años —dijo Sam—. Una vez. Ash y Boon dicen que sube para echar lejos de aquí a todos los osos. Para decirles que se vayan al infierno, fuera de aquí, y que permanezcan alejados hasta que los cazadores se hayan ido. Quizá.

El muchacho no le oía en absoluto, no obstante la cabeza de Sam continuaba girando gradual y constantemente hasta que él volvió la nuca. Luego, se volvió y le miró. La misma cara, grave, familiar, sin expresión hasta que sonreía, los mismos ojos de viejo de los que, a medida que él los observaba, se desvanecía lentamente un algo oscuro y rabiosamente rutilante, apasionado y orgulloso.

—Se preocupaba tanto de los osos como de los perros o los hombres. Viene a ver quién está aquí, quién hay de nuevo este año en el campamento, si puede matar o no, si puede quedarse o no. Si hemos conseguido el perro que al menos pueda acorralarlo y contenerle hasta que llegue un hombre con un fusil. Porque él es el oso jefe. Es el macho. —Se desvaneció, se fue; de nuevo eran los ojos que él había conocido toda su vida—. Les permitirá que le sigan hasta el río. Luego, los mandará a casa. Podemos irnos también nosotros; veremos qué aspecto tienen cuando vuelvan al campamento.

Los perros fueron los primeros, diez de ellos se arracimaron bajo la cocina, y él y Sam se agacharon para escudriñar dentro de la oscuridad donde estaban acurrucados, quietos, los ojos inquietos y luminosos, desapareciendo, y ningún ruido, sólo aquel hálito que el muchacho no podía identificar, de algo más que de un perro, más fuerte que de un perro y no precisamente animal, no precisamente de bestia. Porque no había habido nada delante de aquel abyecto y acongojado ladrido sino la soledad, la selva, así que cuando el onceavo regresó a eso de la media tarde y él y Jim de Tennie sujetaron a la perra pasiva y todavía temblorosa mientras Sam le untaba con trementina y grasa de enebro la oreja desgarrada y el lomo despellejado, no fue, sin embargo, ninguna criatura viviente, sino sólo la selva la que, incorporándose por un momento, la había golpeado ligeramente por su temeridad.

—Igual que un hombre —dijo Sam—. Igual que las personas. Se ha mantenido todo lo que ha podido teniendo que ser valiente una vez para poder continuar llamándose perro, y sabiendo de antemano lo que iba a suceder cuando lo fuese.

No supo cuándo los dejó Sam. Sólo supo que se había ido. Las tres mañanas siguientes se levantó y tomó su desayuno y Sam no estaba esperándole. Fue a su puesto solo; lo encontró sin ayuda y permaneció allí como Sam le había enseñado. A la tercera mañana oyó los perros de nuevo, corriendo otra vez, impetuosos y desenfrenados, tras una pista segura, y él armó la escopeta como había aprendido a

hacer y oyó la caza pasar rápidamente más allá, ya que él no estaba preparado a pesar de todo, y todavía no merecía otra cosa en sólo un corto espacio de dos semanas en comparación con toda la vida que ya había consagrado a la selva con paciencia y humildad; oyó el disparo de nuevo, un disparo, singular y retumbante estampido del rifle de Walter Ewell. Ahora no sólo podía encontrar su puesto y volver luego al campamento sin guía, sino que usando la brújula que su primo le había dado, llegó al lugar donde Walter estaba esperando junto al ciervo y los perros se afanaban en torno a las entrañas, antes que ninguno de los otros, excepto el mayor de Spain y Jim de Tennie a caballo, antes siquiera de que llegase tío Ash con una mula del carro, tuerta, a la que no le importaba el olor de la sangre, ni siquiera, a lo que se decía, el del oso.

No iba el tío Ash sobre la mula. Iba Sam, de regreso. Y Sam estaba esperando cuando él terminó de almorzar y él sobre la mula tuerta y Sam sobre la otra pareja del carro, marcharon durante más de tres horas a través de la corta tarde sin sol, sin seguir ningún sendero, ningún rastro que él pudiese reconocer, por una parte de la región que nunca había visto antes. Luego comprendió por qué Sam había hecho montar la mula tuerta que no se espantaba del olor de la sangre, de los animales salvajes. La otra, la cabal, se paró de golpe y trató de girar y salir como una exhalación mientras Sam se bajó, tirando y arrancando las riendas a la vez que la sujetaba, haciéndola avanzar con la dulzura de su voz, ya que no se atrevía a atarla, tirando de ella hacia delante mientras el muchacho desmontaba de la mutilada que estaba quieta. Luego, de pie junto a Sam en la densa y profunda tenebrosidad del viejo bosque y de la mortecina tarde invernal, miró en silencio el tronco podrido marcado y surcado de estrías de garras y, a su lado, en la tierra húmeda, las huellas de la enorme pata torcida, con dos dedos solamente. Entonces comprendió lo que había oído en las voces de los perros aquella mañana en el bosque y lo que había oído cuando escudriñó debajo de la cocina donde se habían acurrucado. Estaba en él también, con una pequeña diferencia porque ellos eran bestias y él no, pero sólo una pequeña diferencia. Una ansiedad; una abyección, una sensación de su propia fragilidad e impotencia frente a los bosques sin tiempo, y también sin incertidumbre o temor; un sabor como de cobre en el repentino fluir de la saliva en la boca, una penosa y aguda contracción en el cerebro o en el estómago, no podía decir en dónde y no importaba; supo únicamente que por primera vez se había corrido en sus oídos y aparecido en sus sueños desde mucho antes de lo que podía recordar, y, por lo tanto, debía haber existido en los oídos y en los sueños de su primo y del mayor de Spain y hasta del viejo general Compson antes de lo que ellos a su vez pudieran recordar, era una bestia mortal y que ellos partían para el campamento todos los noviembrés, no con la verdadera intención de matarlo, no porque no pudiera ser muerto, sino porque hasta este punto no tenían real esperanza de ser capaces de ello.

—Será mañana —dijo.

—Quieres decir que lo intentaremos mañana —dijo Sam—. No tenemos el perro todavía.

—Tenemos once —dijo—. Le corrieron el lunes.

—Y tú los oíste —dijo Sam—. Los viste, también. No tenemos el perro todavía. Sólo hacía falta uno. Pero no está aquí. Tal vez no esté en ninguna parte. El otro único medio sería que tropezase por casualidad con alguien que tuviera una escopeta y supiera cómo disparar con ella.

—Ése no sería yo —dijo el muchacho—. Sería Walter o el mayor o...

—Quizá —dijo Sam—. Mira muy atento mañana. Porque es listo. Es por eso por lo que ha llegado a vivir tanto tiempo. Si se encuentra cercado y tiene que elegir a alguien para pasar por encima, te elegirá a ti.

—¿Cómo? —dijo él—. ¿Cómo sabrá...? —Se interrumpió—. Quieres decir que él ya me conoce, a mí, que no he estado nunca en el Gran Valle, antes de ahora, y no ha tenido tiempo todavía de descubrir si yo... —Se interrumpió otra vez, mirando fijamente a Sam; dijo humildemente, ni siquiera asombrado—: Sería a mí a quien él miraría. Creo que no necesitaría venir sino una vez.

—Observa mañana —dijo Sam—. Creo que es mejor que regresemos. Va a oscurecer antes de que lleguemos al campamento.

A la mañana siguiente se pusieron en marcha tres horas antes de lo que nunca lo habían hecho. Fue hasta el tío Ash, el cocinero, el que se designaba a sí mismo cocinero de campaña y que hacía poco más que ser cocinero en las partidas de caza y campo del mayor de Spain, quien, sin embargo, había sido marcado por la selva por su simple yuxtaposición hasta que él correspondió como hicieron todos ellos, hasta el muchacho que dos semanas antes no había visto nunca la selva, ni las orejas y el lomo desgarrado de un perro, ni las huellas de una pata retorcida en un espacio de tierra húmeda. Cabalgaron. Era demasiado lejos para ir andando: el muchacho y Sam y tío Ash en el carro con los perros, su primo y el mayor de Spain y el general Compson y Boon y Walter y Jim de Tennie montando en parejas los caballos; de nuevo la primera luz gris lo halló, como en aquella primera mañana hacía dos semanas, en el puesto donde Sam lo había instalado y lo había dejado. Con la escopeta que era demasiado grande para él, el fusil de retrocarga que ni siquiera le pertenecía a él sino al mayor de Spain y que él había disparado una sola vez, tirando el primer día contra un tronco para aprender la reculada y cómo cargarlo de nuevo con cartuchos de cartón, se quedó de pie apoyado contra un gran árbol resinoso junto a un pequeño riachuelo pantanoso cuya agua siempre negra se deslizaba sin corriente fuera de un cañaveral, a través de un pequeño claro y de nuevo dentro del cañaveral, donde, invisible, un pájaro, el gran pájaro carpintero llamado por los negros «Señor de Dios», repiqueteaba en un tronco muerto. Era un puesto como otro puesto cualquiera, diferenciándose sólo en pequeños detalles de aquél en que él había estado todas las mañanas durante dos semanas; una comarca nueva para él aunque no menos familiar que aquella otra a la que después de dos semanas había llegado a creer que conocía un poco. La misma soledad, el mismo aislamiento a través del cual el hombre débil y temeroso había pasado simplemente sin alterarlo, sin dejar ni señal ni cicatriz,

que parecía exactamente cómo debía parecer cuando los primeros antepasados de los ascendientes Chickasaw de Sam Fathers se introdujeron allí y miraron a su alrededor, garrotes o hachas de piedra, o arcos y flechas preparados, diferente únicamente porque, agachado al lado de la cocina, había olfateado a los perros amontonados e indignos y vio la oreja y el lomo despellejados de la perra que, como Sam había dicho, tuvo que ser valiente una vez para seguir llamándose perro, y vio ayer en la tierra, al lado del tronco surcado de arañazos, la huella de una pata viviente. No oía a los perros. Realmente no los oía ya. Sólo oyó el martilleo del pájaro carpintero cesar de repente, y supo que el oso le estaba mirando. Él no lo veía. No sabía desde dónde le estaba mirando, si desde el cañaveral o detrás de él. No se movió, sosteniendo la inútil escopeta con la que ya sabía que no le dispararía nunca, notando en su saliva aquel sabor a cobre que había percibido en los perros amontonados cuando había escudriñado debajo de la cocina.

Luego se había ido. Tan bruscamente como se había parado, el seco martilleo del pájaro carpintero comenzó de nuevo, y pasado un momento creyó incluso que oía a los perros. Un murmullo, apenas ni siquiera un sonido, que probablemente había oído por un momento, tal vez uno o dos minutos, antes de notarlo, introduciéndose en los oídos y saliendo en seguida después, extinguiéndose lejos. No se acercaron a él, ni mucho menos. Si eran perros lo que él oía, no hubiera podido jurarlo; si era un oso el que ellos corrían, era otro oso. Fue Sam quien surgió del cañaveral y cruzó el riachuelo, la perra herida pegada a sus talones como un perro debe andar. La perra llegóse y se acurrucó temblando contra sus piernas.

—Yo no lo he visto —dijo—. No lo he visto, Sam.

—Lo sé —dijo Sam—. Ha sido él el que ha mirado. Tú ni siquiera le has oído, ¿verdad?

—No —dijo el muchacho—. Yo...

—Es listo —dijo Sam—. Muy listo.

De nuevo el muchacho vio en sus ojos aquella calidad de oscuro y acariciador y radiante mientras Sam miraba a la perra que se apoyaba con un ligero y persistente temblor contra la pierna del muchacho. De su lomo herido brotaban algunas gotas de sangre fresca como bayas brillantes.

—Demasiado grande. No tenemos aún el perro. Pero quizá algún día.

Porque estarían allí una próxima vez, y otra y otra. Él sólo tenía diez años. Le parecía que podía verse a ellos, a ellos dos, como sombras en el limbo del que el tiempo había surgido y se había convertido en tiempo: el viejo oso absuelto por la muerte y él mismo que compartía una pequeña parte de ello. Porque él reconocía lo que había olfateado en los perros arracimados y probado en su propia saliva, y reconocía el miedo como un muchacho joven, reconoce la existencia del amor y la pasión y la experiencia que es su herencia, pero su patrimonio todavía, al encontrarse por casualidad en presencia o tal vez hasta sencillamente al entrar en la alcoba de una mujer que ha amado y ha sido amada por muchos hombres. *Así, pues, tendré que*

verle, pensó, sin temor ni esperanza. *Tendré que verle*. De modo que fue en junio del verano siguiente. Se hallaban de nuevo en el campamento celebrando los cumpleaños del mayor de Spain y del general Compson. Aunque uno había nacido en setiembre y el otro en pleno invierno y casi treinta años antes, cada mes de jumo ellos dos y McCaslin, y Boon y Walter Ewell (y el muchacho también, en adelante) pasaban dos semanas en el campamento, pescando y disparando a las ardillas y a los pavos y persiguiendo coatíes y gatos salvajes de noche con los perros. Esto es, Boon y los negros (y también el muchacho) pescaban y disparaban a las ardillas y perseguían a los coatíes, no sólo el mayor de Spain y el viejo general Compson (quienes pasaban las dos semanas sentados en unas mecedoras delante de una enorme olla de hierro de estofado o de Brunswick, meneando y probando, disputando con tío Ash por cómo lo estaba haciendo y Jim de Tennie sirviéndose whisky en un cucharón de estaño y bebiéndoselo) sino hasta McCaslin y Walter Ewell que todavía eran bastante jóvenes despreciaban tanto esos pensamientos que sólo disparaban a los pavos silvestres por apuesta o por probar su buena puntería.

Esto es, su primo McCaslin y los otros creían que él estaba cazando ardillas. Hasta la tercera noche creyó que Sam Fathers pensaba lo mismo. Todas las mañanas dejaba el campamento inmediatamente después de desayunar. Tenía un fusil propio que se cargaba por detrás, un regalo de Navidad; lo conservaría y dispararía con él durante casi setenta años, llegando al fin con dos nuevos pares de cañones y los gatillos y la culata, hasta que todo lo que quedase del fusil original fuese la guarnición incrustada de plata con los nombres de él y de McCaslin grabados y la fecha, 1878. Encontró el árbol cerca del pequeño riachuelo junto al que había estado esa mañana. Sirviéndose de la brújula amplió su exploración desde aquel punto; se estaba enseñando a sí mismo a ser algo más que un vulgar guarda bosque sin saber siquiera lo que estaba haciendo. Al tercer día encontró el tronco hendido donde por primera vez había visto la huella. Estaba ya casi completamente desmoronado, acoplándose con increíble rapidez, con una apasionada y casi visible renuncia, al retorno a la tierra donde el árbol había crecido. Recorría los bosques en verano, en una verde penumbra, realmente más oscuros de lo que habían estado en el gris diluido de noviembre, donde hasta mediodía el sol caía sin fuerza salpicando la tierra que no estaba nunca completamente seca y en la que se arrastraban las serpientes mocasines y serpientes de agua y serpientes de cascabel del mismo color de la sombra moteada de sol de modo que no siempre las veía hasta que se movían; volvía al campamento tarde, y cada vez más tarde, el primer día, el segundo, y pasó el crepúsculo del tercer día por el cercado que rodeaba el establo donde Sam guardaba las bestias por la noche.

—Todavía no has mirado como es debido —dijo Sam.

Él se detuvo. Por un momento no contestó. Luego dijo tranquilamente, con una súbita y tranquila embestida, como cuando un embalse en miniatura construido por un niño en un arroyuelo se rompe:

Está bien. Sí. Pero, ¿por qué? Fui al riachuelo.

Hasta encontré aquel tronco. Yo...

—Me parece que eso está bien. Probablemente ha estado observándote. ¿Has visto sus huellas?

—Yo... —dijo el muchacho—. No... No pensé...

—Es el fusil —dijo Sam.

Estaban de pie al lado de la valla, inmóviles, el viejo, hijo de una esclava negra y de un jefe Chickasaw, con sus deteriorados y desteñidos pantalones y el deshilachado sombrero de paja de cincuenta centavos que había sido el distintivo de los esclavos negros y era entonces la insignia de su independencia. El campamento —el claro, la casa, el establo y las pequeñas porciones que el mayor de Spain a su vez había roído mezquina e inestablemente a la selva— desdibujándose en la oscuridad, en la oscuridad inmemorial de los bosques. *El fusil*— pensó el muchacho. *El fusil*.

—Tendrás que elegir —dijo Sam.

Partió la mañana siguiente antes de amanecer, sin desayunar, mucho antes de que tío Ash se hubiera despertado bajo sus cobertores sobre el piso de la cocina y hubiera encendido el fuego. Llevaba sólo la brújula y un bastón para las serpientes. Podía andar casi una milla sin necesidad de mirar la brújula. Se sentó en un tronco, con la invisible brújula en la mano, mientras los misteriosos ruidos de la noche que habían cesado a su paso, se deslizaban de nuevo, y luego cesaron definitivamente y las lechuzas enmudecieron y cedieron el puesto a los pájaros del día que se estaban despertando y se hizo la luz en el bosque húmedo y gris y él pudo ver la brújula. Continuó de prisa aunque en silencio, siendo cada vez más y constantemente como un hombre de los bosques sin ni siquiera tener tiempo para darse cuenta de ello; saltaron un gamo y un cervatillo, que salían del lecho, bastante cerca para verles —el crujido de la maleza, la cola blanca, el cervatillo corriendo detrás, más de prisa de lo que él creía que podía correr. Seguía derecho la cara al viento, como Sam le había enseñado, pero eso ya no importaba. Había dejado el fusil; por su propia voluntad y a elección suya había aceptado no un cambio, no una lección, sino una condición en la que no sólo el anónimo hasta entonces inviolable del oso sino todas las antiguas normas y el equilibrio entre cazador y el cazado, habían sido abolidas. Él no tendría miedo, ni siquiera en el momento en que el miedo se apoderara de él por completo: sangre, piel, entrañas, huesos, recuerdos de mucho antes de que ni siquiera llegaran a ser recuerdos— todo salvo aquella fina, clara, inextinguible lucidez que era lo único que le diferenciaba de ese oso y de todos los otros osos y ciervos que habrían perseguido durante casi setenta años, a lo que Sam había dicho: *Asústate. No puedes evitarlo. Pero no tengas miedo. No hay nada en los bosques que pueda hacerte daño si tú no lo acorralas o si no olfatea que tú tienes miedo. Un oso o un ciervo llegan a asustarse de un cobarde, lo mismo que un hombre valiente puede llegar a sentir miedo.*

Al mediodía había sobrepasado el cruce del pequeño riachuelo, y se hallaba en

una zona nueva y desconocida, más allá de lo que había ido nunca, y avanzaba sirviéndose no sólo de la brújula sino del viejo, pesado, macizo reloj de plata que había sido de su padre. Había dejado el campamento hacía nueve horas, cuando regresara haría ya más de una que habría oscurecido. Se detuvo, por primera vez desde que se había levantado del tronco después de haber podido al fin ver la brújula, y miró a su alrededor, enjugándose con la manga la cara sudada. Ya había dejado tras sí, por su voluntad, obedeciendo a su deseo, con plena humildad y en paz y sin remordimiento, el fusil; y, sin embargo, el hecho de haber dejado el fusil no era suficiente. Permaneció quieto durante un momento: un niño, extraño y perdido en la penumbra verde y empinada de la selva virgen. Luego se entregó totalmente a ella. Era el reloj y la brújula. Todavía estaba infectado. Desprendió de sus pantalones la cadena del uno y la correa de la otra y los colgó de un arbusto y apoyó el bastón contra éste y avanzó.

Cuando se dio cuenta de que se había perdido, hizo lo que Sam le había enseñado e inculcado: recorrió un círculo que cortase el camino recorrido. No había andado muy de prisa en las últimas dos o tres horas, y hasta había ido menos de prisa desde que dejó la brújula y el reloj en el arbusto. De modo que fue todavía más despacio, ya que el árbol no podía estar muy lejos; en efecto, lo encontró antes de lo que verdaderamente esperaba y se volvió y fue hacia él. Pero no había ningún arbusto debajo del árbol, ni la brújula ni el reloj, y así hizo de nuevo como Sam le había enseñado e inculcado; hizo el nuevo círculo en dirección opuesta y mucho más grande, de modo que el dibujo de los dos formara una bisectriz de lo que había andado, pero al atravesar no halló rastro ni huellas de sus pies ni de ningún pie, y entonces empezó a andar más de prisa aunque sin miedo todavía, su corazón palpitaba un poco más acelerado, pero bastante fuerte y rítmicamente, y esta vez ni siquiera estaba el árbol, sino que había un tronco derribado que no había visto antes y al otro lado del tronco un pequeño pantano, una filtración de humedad que era algo entre tierra y agua, y él hizo como última cosa lo que Sam le había enseñado e inculcado, y al sentarse en el tronco vio la huella deforme, la muesca retorcida en el terreno húmedo y mientras él la miraba continuaba llenándose de agua hasta que estuvo completamente llena y el agua empezaba a rebosar y los bordes de la huella empezaron a derretirse. Según levantó la vista, vio otra, y, al moverse, otra al lado; anduvo, no apresurándose, no corriendo, sino simplemente ajustando el paso con aquéllas según iban apareciendo delante de él como si meras formadas por el aire sutil apenas un paso antes de donde él las hubiera perdido para siempre y se hubiera perdido para siempre él mismo, infatigable, ansioso, sin dudas ni temor, con un ligero janean que cubría el repiqueteo de su corazón, surgiendo repentinamente en un pequeño calvero donde la selva se había fundido. Se precipitaba, sorda y sólida. El árbol, el arbusto, la brújula y el reloj, brillando donde un rayo de sol les tocaba. Luego vio al oso. No surgió, apareció: estaba allí, inmóvil, estampado en la cálida luz moteada del mediodía verde y sin viento, no tan grande como lo había soñado, pero

tan grande como lo esperaba, más grande, sin dimensiones contra la moteada oscuridad, mirándole. Luego, se movió. Atravesó el calvero sin prisa, andando por un instante dentro de la plena luz del sol y saliendo de ella, y se detuvo otra vez y miró hacia atrás, hacia él, por encima del hombro. Se desapareció en la selva sin un gesto, como él había visto a un pez, un enorme y viejo róbalo, sumergirse dentro de las oscuras profundidades de una alberca y evaporarse sin el menor movimiento de aletas.

Capítulo 2

ASÍ pues, él debía haber odiado y temido a *Lion*. Tenía entonces trece años. Había matado su ciervo y Sam Fathers había marcado su cara con la sangre caliente, y en noviembre siguiente mató un oso. Pero antes de esa consagración había llegado a ser tan competente en el conocimiento de los bosques como muchos hombres mayores con más experiencia. No había región a veinticinco millas del campamento que él no conociera. Riachuelos, sierras, mojones, árboles y sendas; hubiera podido guiar a cualquiera directamente a cualquier sitio y traerlo de vuelta. Conocía rastros de caza que ni siquiera Sam Fathers había visto nunca; en el tercer otoño encontró él solo el sitio donde dormía un ciervo y sin que lo supiese su primo le pidió prestado a Walter Ewell su rifle, y permaneció a la espera al amanecer y lo mató cuando éste volvía para acostarse, como Sam le había dicho que hacían los viejos Chickasaw.

Ya conocía las huellas del viejo oso mejor que las suyas propias, y no sólo la retorcida. Podía ver la huella de cualquiera de las tres patas sanas y distinguirlas en seguida de cualquier otra, y no solo por su tamaño. Había otros osos en aquellas cincuenta millas que dejaban huellas casi tan grandes, o al menos tan exactas que hubiera sido necesario yuxtaponerlas para saber cuál era mayor. Era más que eso. Si Sam Fathers había sido su mentor y la caza de conejos y ardillas su jardín de infancia, luego la selva recorrida por el viejo oso era su instituto y el viejo oso, tanto tiempo viudo y sin hijos que se estaba convirtiendo en su propio no engendrado progenitor, era su universidad.

Podía encontrar la huella retorcida siempre que lo desease, a diez millas o a cinco millas y algunas veces más cerca del campamento. Dos veces mientras estaba en el puesto durante los últimos tres años oyó a los perros que tropezaban con aquella pista y una vez por casualidad hasta saltar sobre él las voces altas, abyectas, casi humanas en su histeria. Una vez, también cazando con el rifle de Walter Ewell, lo vio atravesar un largo pasadizo de árboles derribados por los que había pasado un tornado. Avanzaba precipitadamente a través de la maraña de troncos y ramas como hubiera hecho una locomotora, moviéndose más de prisa de lo que él hubiera creído posible, más veloz que un ciervo incluso porque un ciervo hubiera pasado la mayor parte de esa distancia en el aire; entonces se dio cuenta de por qué se necesitaría un perro, no sólo de valor excepcional, sino de tamaño y rapidez también excepcionales que le pudiese hacer frente. Él tenía un perrito en casa, un cruzado, de esa clase que los negros llaman «fyce», un ratonero, él mismo no mucho mayor que una rata, y que poseía esa especie de valor que deja de ser valentía para convertirse en temeridad. Lo llevó con él un mes de junio y, cronometrándose como fuera a una cita con otro ser humano, él mismo llevaba al «fyce» con la cabeza envuelta en un saco y Sam Fathers una pareja de perros de caza sujetos a una trailla, se apostaron con el viento a favor del rastro y realmente sorprendieron al oso. Estaban tan cerca que se volvió haciendo

frente, aunque él comprendió más tarde que eso podía haber sido por la sorpresa y el asombro frente al agudo y frenético aullar del «fyce». Acorralado, se volvió apoyándose contra el tronco de un gran ciprés, sobre sus patas posteriores; le parecía que nunca iba a cesar de elevarse, cada vez más alto, y hasta los dos perros de caza parecían haber tomado del «fyce» una especie de desesperado y desesperante valor. Luego se dio cuenta de que el «fyce» no iba a detenerse. Tiró la escopeta y corrió. Cuando alcanzó y cogió al perrillo que alborotaba aguda y frenéticamente, le pareció que estaba directamente debajo del oso. Pudo sentir su olor, fuerte, y caliente y exuberante. Agachándose, miró hacia arriba donde descollaba y resaltaba sobre él como un trueno. Era bastante familiar, según podía recordar; estaba como siempre había soñado con él.

Luego se había ido. No lo vio irse. Permaneció de rodillas, sujetando con ambas manos al perrito frenético, escuchando el humilde quejido de los dos perros de caza cada vez más lejos, hasta que apareció Sam trayendo la escopeta. La colocó en silencio al lado del muchacho y se quedó de pie, mirándole.

—Ya lo has visto dos veces con el fusil en las manos —dijo—. Esta vez no hubieras podido fallar.

El muchacho se levantó. Todavía sostenía al «fyce». Aún en sus brazos éste seguía ladrando desesperadamente, agitándose y ladeándose hacia el rumor cada vez más apagado de los perros, como un manojo de nervios. El muchacho jadeaba un poco.

—Tampoco tú has podido —dijo—. Tú tenías la escopeta. ¿Por qué no has disparado?

Sam pareció no oírle. Extendió la mano y tocó al perro que estaba en los brazos del muchacho y que seguía ladrando y retorciéndose aunque los dos perros de caza no se oyesen ya.

—Se ha ido —dijo Sam—. Puedes tranquilizarte y descansar ahora, hasta la próxima vez. —Acarició al perrito hasta que empezó a calmarse bajo su mano—. Tú eres casi lo que queremos —dijo—. Pero no eres bastante grande. Todavía no hemos logrado el que queremos. Debe ser algo más grande que listo, y algo más valiente que todos los demás. —Apartó la mano de la cabeza del «fyce» y se quedó mirando hacia el bosque donde el oso y los perros habían desaparecido—. Alguien estará aquí algún día.

—Lo sé —dijo el muchacho—. Por eso debe ser uno de nosotros. Así no será hasta el último día. Cuando incluso él no quiera que dure más tiempo.

Por eso debía haber odiado y temido a *Lion*. Fue el cuarto verano, la cuarta vez que tomó parte en la celebración del cumpleaños del mayor de Spain y del general Compson. A principios de la primavera la yegua del mayor de Spain parió un potro. Una tarde, cuando Sam llevó los caballos y las mulas al establo para la noche, se echó de menos al potro y todo lo que él pudo hacer fue encerrar a la yegua enfurecida con los otros. Había pensado al principio hacer que la yegua le llevase hacia donde había

debido separarse del potro. Pero ella no quería. No quiso siquiera señalar hacia alguna parte especial de los bosques, ni siquiera hacia cualquier dirección. Corría, simplemente, como si no viese, furiosa por el terror. Una vez se revolvió y se lanzó sobre Sam, como si le acometiese en un último gesto de desesperación, como si por el momento no pudiera darse cuenta de que era un hombre muy conocido de ella. Al fin pudo hacerla entrar con las demás. Estaba demasiado oscuro para rehacer el camino recorrido por ella, para descubrir la caprichosa ruta que sin duda ella habría seguido.

Fue a la casa y se lo contó al mayor de Spain. Era un animal, naturalmente, un gran animal, y el potro ahora estaba muerto, donde fuera que estuviese. Esto lo sabían todos.

—Es una pantera —dijo el general Compson en seguida—. La misma. La de la gama y el cervatillo del pasado marzo.

Sam se lo había mandado decir al mayor de Spain cuando Boon Hogganbeck fue al campamento en su visita acostumbrada para ver cómo había pasado el invierno el ganado. Destrozado el cuello de la gama, y la bestia persiguiendo al desvalido cervatillo y matándolo también.

—Sam nunca dijo que fuera una pantera —dijo el mayor de Spain.

Sam no decía nada, permanecía detrás del mayor de Spain mientras todos estaban sentados cenando, inescrutable, como si estuviera esperando que ellos dejaran de hablar para poder irse a su casa. Ni siquiera parecía que mirase nada.

—Una pantera podría saltar sobre una cierva, y no tendría mucha dificultad en atrapar después al cervatillo. Pero ninguna pantera se abalanzaría sobre ese potro con la madre allí junto a él. Ha sido *Old Ben* —dijo el mayor de Spain—. Me ha defraudado. Ha violado las reglas. No creía que hubiese hecho esto. Ha matado mis perros y los de Mac Caslin, pero eso era justo. Apostamos los perros contra él; nos avisamos mutuamente. Pero ahora ha venido a mi casa y ha destrozado mi propiedad, y fuera de estación además. El viola las reglas. Ha sido *Old Ben*, Sam. —Sam seguía sin decir nada, continuaba de pie hasta que el mayor de Spain hubiera acabado de hablar—. Mañana volveremos a hacer el recorrido de la yegua y veremos —dijo el mayor de Spain.

Sam se marchó. No quería vivir en el campamento, se había construido él mismo una cabaña parecida a la de Joe Baker, sólo que más sólida, más firme, junto al riachuelo, un cuarto de milla más allá, y una casucha de fuertes troncos donde guardaba un poco de maíz para los cochinitos que criaba todos los años. Al día siguiente cuando se levantaron, Sam les estaba esperando. Ya había encontrado el potro. Ni siquiera esperaron a desayunar. No estaba lejos, a menos de quinientas yardas del establo el potro de tres meses estaba echado de lado, el cuello desgarrado y las entrañas y un anca devorada en parte. Yacía, no como si hubiera caído, sino como si hubiese sido golpeado y arrojado, y ningún arañazo, ni ninguna señal de garras donde la pantera se hubiera aferrado mientras buscaba la garganta. Reconocieron las huellas de la yegua desesperada cuando se había vuelto y se había lanzado con la

misma postrera desesperación con que se había precipitado sobre Sam Fathers el día antes por la tarde, y el largo rastro donde corrían el terror y la muerte, y el de la bestia que ni siquiera se había abalanzado sobre la yegua según ella avanzaba, sino que simplemente había andado tres o cuatro pasos hacia ella hasta que ella huyó, y el general Compson dijo:

—¡Buen Dios, qué lobo!

Sin embargo, Sam no dijo nada. El muchacho le observaba mientras los hombres se arrodillaban midiendo las huellas. Algo había en el rostro de Sam. No era ni triunfo, ni alegría, ni esperanza. Más tarde, ya hombre, el muchacho comprendió lo que era, y que Sam había sabido todo el tiempo quién había hecho las huellas y quién había desgarrado la garganta de la cierva en la primavera y quién había matado al cervatillo. En el rostro de Sam aquella mañana había un conocimiento previo. *Y él estaba contento* —se dijo a sí mismo—. *Era viejo. No tenía hijos, parientes, nadie de su sangre en ninguna parte de la tierra con quien hubiera podido encontrarse de nuevo. Y aunque esto hubiera sido, no hubiera podido tocarles ni hablarles porque durante sesenta años ya había tenido que ser un negro. Ahora ya estaba casi acabado, y estaba contento.*

Volvieron al campamento y desayunaron y salieron otra vez con las escopetas y los perros. Después, el muchacho comprendió que también ellos debían saber lo mismo que Sam Fathers quién había atacado al potro. Pero no fue aquélla la primera ni la última vez en que había visto a los hombres razonar y hasta actuar basándose en sus errores. Después, Boon, a horcajadas sobre el potro, alejó a los perros fustigándolos con su correa, y éstos empezaron a olfatear la pista. Uno de ellos, un joven perro de caza sin juicio todavía, ladró una vez, y todos corrieron unos pocos pasos por donde parecía ser una pista. Luego se detuvieron, volvieron la cabeza hacia los hombres, anhelantes, no chasqueados, sino simplemente interrogativos, como si estuvieran preguntando: «¿Y ahora, qué?». Después volvieron a precipitarse sobre el potro, donde Boon, todavía a horcajadas sobre él, les dio de latigazos con su correa.

—Nunca supe que una pista pudiera enfriarse tan de prisa —dijo el general Compson.

—Tal vez un lobo lo bastante grande para matar a un potro con la madre al lado no deje rastro —dijo el mayor de Spain.

—Tal vez fuera un aparecido —dijo Walter Ewell. Miró a Jim de Tennie—. ¿Eh, Jim?

Como los perros no querían seguir el rastro, el mayor de Spain hizo que Sam buscase y hallase la pista cien yardas más allá e impulsó a los perros de nuevo y de nuevo el perro joven ladró y ninguno de ellos se dio cuenta entonces de que no ladraba como un perro que levanta la caza, sino furiosamente como un perro de campo cuando en su patio entra un extraño. El general Compson se dirigió al muchacho y a Boon y a Jim de Tennie: a los cazadores de ardillas.

—Muchachos, esta mañana tened a los perros con vosotros. Probablemente está

rondando por algún sitio, esperando desayunarse el potro. Podéis tropezar con él.

Pero no tropezaron. El muchacho recordó cómo Sam se quedó observándolos cuando penetraron en el bosque con los perros en trailla —el rostro indio en el que él nunca había visto nada hasta que sonreía, salvo el leve arqueado de las narices aquella primera mañana cuando los perros habían encontrado a *Old Ben*. Se llevaron los perros con ellos al día siguiente, pero cuando llegaron al sitio donde esperaban dar con una pista fresca, el cadáver del potro había desaparecido. Luego, la tercera mañana, Sam estaba esperándoles de nuevo, esa vez hasta que ellos acabaron de desayunar. Dijo:

—Vengan.

Los condujo a su casa, a su pequeña cabaña, al granero que estaba detrás de ella. Había quitado el maíz y había hecho una trampa de la puerta, poniendo como cebo la carroña del potro; escudriñando por entre los troncos, vieron un animal casi del color del cañón de una escopeta o una pistola, el poco tiempo que pudieron examinar su color o su forma. No estaba acurrucado ni tampoco de pie. Estaba moviéndose, en el aire, moviéndose hacia ellos un cuerpo pesado estrellándose con una fuerza tremenda contra la puerta, tanto que la pesada puerta saltaba y se estremecía en su armazón, y el animal, cualquiera que fuese, se arrojaba él mismo de nuevo contra la puerta antes de que aparentemente hubiera podido tocar el suelo y tomar un nuevo impulso.

—Apártense —dijo Sam— antes de que se rompa el cuello.

Aún después de haberse retirado los fuertes y acompasados golpes continuaron, la sólida puerta estremeciéndose y entrechocando cada vez, y, sin embargo, ningún sonido salía de la bestia, ningún gruñido, ningún aullido.

—¿Cómo diablos se llama eso? —dijo el mayor de Spain.

—Es un perro —dijo Sam, y sus narices se arqueaban y se contraían tenue y constantemente y en sus ojos de nuevo esa tenue y vehemente blancura lechosa como en aquella primera mañana cuando los perros habían tropezado con el viejo oso—. Es el perro.

—¿El perro? —dijo el mayor de Spain.

—El que acabará con *Oíd Ben*.

—Perro del diablo —dijo el mayor de Spain—. Preferiría tener al propio *Old Ben* en mi jauría que ese bruto. Mátalo.

—No —dijo Sam.

—Nunca lo domarás. ¿Cómo esperar lograr que un animal como ése se asuste de ti?

—No lo quiero domado —dijo Sam; nuevamente el muchacho miró las ventanas de su nariz y la fiera luz lechosa de sus ojos—. Pero casi lo preferiría domado a temeroso, asustado de mí o de otro hombre o de cualquier cosa. Pero no se asustará de nada ni de nadie.

—¿Qué vas a hacer de él, entonces?

—Ya lo verá —dijo Sam.

Cada mañana, durante la segunda semana iban al granero de Sam. Había quitado algunas tejas del techo y pasado una cuerda por el caballete y tirado de ella cuando la trampa cayó. Cada mañana le veían bajar un balde de agua al granero mientras el perro se lanzaba incansablemente contra la puerta y volvía inmediatamente al ataque al ser rechazado. Nunca hacía ningún sonido y no había en sus acciones nada frenético, sino sólo una fría e inquebrantable determinación. Hacia fines de la semana dejó de lanzarse contra la puerta. Pero no se había debilitado apreciablemente y no era como si hubiera racionalizado el hecho de que la puerta no cedería. Fue como si por ese tiempo hubiera desdeñado seguir saltando. No estaba echado. Nadie lo había jamás visto echado. Estaba de pie y ellos podían verlo. En parte mastín, en parte Airedale y algo de una docena de razas probablemente, con una anchura superior a treinta pulgadas en las espaldas y con un peso de quizá noventa libras, con fríos ojos amarillos y un pecho tremendo y sobre todo su color azul como el del cañón de un rifle.

Transcurrieron las dos semanas. Se prepararon para levantar el campamento. El muchacho rogó que le dejaran quedar y su primo consintió. Cada mañana contemplaba a Sam bajar el cubo de agua en el granero. Hacia el fin de la semana el perro estaba echado. Se levantaba y medio tambaleándose y medio arrastrándose iba hasta el agua y bebía y caía de nuevo. Una mañana ni siquiera pudo llegar hasta el agua ni levantar las manos del suelo. Sam cogió un palo corto y se dispuso a entrar en el granero.

—Espera —dijo el muchacho—. Deja que coja el fusil...

—No —dijo Sam—. Ahora no puede moverse.

No podía. Estaba echado de costado cuando Sam le tocó la cabeza y el cuerpo enflaquecido, el perro yacía inmóvil, los amarillos ojos abiertos. No eran feroces y no había nada de mezquina malignidad como una fuerza natural. No miraba siquiera a Sam ni hacia el muchacho, que le espiaba a través de los troncos.

Sam empezó otra vez a darle de comer. La primera vez tuvo que levantarle la cabeza para que pudiera lamer el caldo. Esa noche le dejó una escudilla de caldo con trozos de carne donde el perro pudiera alcanzarla. A la mañana siguiente la escudilla estaba vacía y el perro estaba echado sobre la barriga, la cabeza erguida, los ojos amarillos y fríos observando la puerta cuando Sam entró, ningún cambio en absoluto en los ojos amarillos y fríos y tampoco hizo ningún ruido cuando saltó, pero la precisión y la coordinación de los movimientos todavía escasas por la debilidad, de modo que Sam tuvo tiempo de derribarle con el garrote y salir corriendo del granero y cerrar la puerta de golpe mientras el perro, aun no habiendo tenido aparentemente tiempo para apoyar las patas y lanzarse de nuevo, se arrojaba contra la puerta como si las dos semanas de ayuno no hubieran existido nunca.

Al mediodía alguien llegó dando gritos a través de los bosques como si viniera del campamento. Era Boon. Se acercó y miró durante un rato por entre los troncos al tremendo perro que estaba otra vez extendido sobre la barriga, la cabeza alta, los ojos

amarillos parpadeando soñolientos sin mirar nada: el espíritu indómito y entero.

—Lo mejor que podemos hacer —dijo Boon— es dejar que este hijo de perra vaya a sorprender a *Old Ben* y lanzar a éste contra el perro. —Volvió hacia el muchacho su cara adusta enrojecida por la intemperie—. Recoge tus bártulos. Cass dice que vuelvas a casa. Ya has perdido bastante tiempo con ese sinvergüenza devorador de caballos.

Boon había cogido una mula del campamento; el coche estaba esperando al borde del valle. Esa noche llegó a casa. Se lo contó a McCaslin.

—Sam va a tenerlo muerto de hambre otra vez hasta que pueda entrar y tocarle. Luego, le dará comida de nuevo. Después, si es necesario, lo dejará sin comer otra vez.

—Pero, ¿por qué? —dijo McCaslin—. ¿Para qué? Ni siquiera Sam podrá nunca domesticar a ese animal.

—Nosotros no queremos domesticarle. Lo queremos como es. Queremos sólo que él descubra al fin que el único medio de salir de aquella jaula y permanecer fuera es hacer lo que Sam u otro le digan que haga. Es el perro que va a seguir a *Old Ben* y a enfrentarse con él. Ya le hemos puesto nombre. Su nombre es *Lion*.

Luego, al fin, llegó noviembre. Volvieron al campamento. Con el general Compson y el mayor de Spain y su primo Walter y Boon permaneció en el patio entre los fusiles y las mantas y las cajas de comida y contempló a Sam Fathers y a *Lion* subir la senda desde la parcela —el indio, el viejo con los pantalones gastados y botas de goma y una raída zamarra y un sombrero que había sido del padre del muchacho; el tremendo perro marchando gravemente a su lado. Los perros de caza se precipitaron a su encuentro y se detuvieron, excepto aquel joven que todavía terna muy poco juicio. Éste corrió hacia *Lion*, zalamero. *Lion* no trató de morderle. Ni siquiera se detuvo. Lo mandó rodando y aullando a unos cinco o seis pies con el golpe de una sola pata, como hubiera podido hacer un oso y avanzó por el patio y se paró, entornando los ojos soñolientos sin mirar nada, sin mirar a nadie, mientras Boon decía:

—Jesús, Jesús... ¿Me permitirá que le toque?

—Puede tocarle —dijo Sam—. No le importa. No le importa nada ni nadie.

El muchacho observó esto también. Lo observó durante los dos años siguientes desde el momento en que Boon tocó la cabeza de *Lion* y luego se arrodilló a su lado, palpando los huesos y los músculos, la pujanza. Era como si *Lion* fuera una mujer —o tal vez Boon fuese la mujer. Esto era más verosímil— el perro grande, grave, de aspecto soñoliento que, como decía Sam Fathers, no se preocupaba por nadie ni por nada; y el hombre violento, insensible, de semblante rudo, con su toque lejano de sangre india y la inteligencia casi de un niño. Observó a Boon encargarse de dar la comida a *Lion*, en vez de Sam y tío Ash. Veía a Boon agacharse bajo la lluvia fría cerca de la cocina mientras *Lion* comía. Porque *Lion* no dormía ni comía con los otros perros, aunque ninguno de ellos supiese donde había dormido hasta el segundo

noviembre, pensando hasta entonces que *Lion* dormía en su perrera al lado de la cabaña de Sam Fathers, cuando el primo del muchacho, McCaslin, dijo algo acerca de ello a Sam por pura casualidad y Sam se lo dijo. Y esa noche el muchacho y el mayor de Spain y McCaslin entraron con una lámpara en el cuarto interior donde dormía Boon —la habitación pequeña, cerrada, sin aire, fétida por el olor del sucio cuerpo de Boon y sus húmedas ropas de caza— donde Boon, roncando boca arriba, se ahogó y se despertó y *Lion* levantó la cabeza a su lado y se le quedó mirando con aquellos ojos fríos, soñolientos, amarillos.

—Maldita sea, Boon —dijo McCaslin—. Echa a ese peno de aquí. Mañana por la mañana va a perseguir a *Oíd Ben*. ¿Cómo diablos esperas que pueda olfatear nada que no sea hediondo después de estarte respirando toda la noche?

—Mi olor no ha hecho nunca daño a mi nariz, que yo sepa —dijo Boon.

—No nos importa, aunque lo haga —dijo el mayor de Spain—. No vamos a depender de ti para rastrear al oso. Échalo fuera. Ponlo abajo, con los otros perros.

Boon empezó a levantarse.

—Matará al primero que se le ocurra bostezar o le toque.

—Me parece que no —dijo el mayor de Spain Ninguno de ellos se arriesgará a bostezar en su cara ni a tocarle, ni siquiera dormido. Llévelo fuera. Quiero que su nariz esté bien mañana. *Old Ben* se ha burlado de él el año pasado. No creo que lo haga otra vez.

Boon se puso los zapatos sin atarlos; con su larga y sucia camisa, el pelo aún desgreñado por el sueño, él y *Lion* salieron. Los otros volvieron a la habitación de delante y a la partida de póquer donde las manos de McCaslin y el mayor de Spain les esperaban sobre la mesa. Después de un rato, McCaslin dijo.

—¿Quieres que vuelva allá y eche un vistazo?

—No —dijo el mayor de Spain—. Hablo —dijo a Walter Ewell. Se dirigió de nuevo a McCaslin—: Si lo haces, no me lo digas. Estoy empezando a notar los primeros síntomas de la vejez: no me gusta saber que mis órdenes han sido desobedecidas, aun cuando sé cuándo las doy que no me obedecerán. Una pareja pequeña —dijo a Walter Ewell.

—¿Cómo de pequeña? —dijo Walter.

—Muy pequeña —dijo el mayor de Spain.

Y el muchacho, acostado bajo su pila de mantas y edredones, en espera del sueño, sabía cómo si lo estuviera viendo que *Lion* había vuelto a la cama de Boon, por el resto de esa noche y de la próxima y durante todas las noches del noviembre venidero y del otro. Entonces pensaba: *Me pregunto qué piensa Sam. Podría tener a Lion con él, aunque Boon sea un blanco. Podría pedírselo al mayor o a McCaslin. Y todavía hay más. Fue la mano de Sam la primera que tocó a Lion y Lion lo sabe.* Luego se hizo un hombre y supo eso también. Había estado bien. Había sido como es debido. Sam era el jefe, el príncipe; Boon, el plebeyo, era su montero. Boon debía cuidarse de los perros.

La primera mañana que *Lion* condujo a la jauría tras *Old Ben*, siete forasteros se presentaron en el campamento. Eran hombres de los pantanos: flacos, agotados por la malaria, que aparecían no se sabe de dónde, que ponían trampas para cazar coatíes o tal vez cultivaban pequeñas parcelas de algodón y maíz junto al valle, con ropas poco mejores que las de Sam Fathers y sin duda peores que las de Jim de Tennie, con escopetas y rifles viejos, y se encontraban ya acurrucados pacientemente en el patio bajo la llovizna fría cuando se hizo de día. Ellos tenían un portavoz; después Sam Fathers dijo al mayor de Spain cómo durante todo el pasado verano y el otoño se habían introducido en el campamento de uno en uno o por parejas o a veces tres, para mirar silenciosamente a *Lion* durante un rato y luego irse:

—Buenos días, mayor. Hemos oído que tiene intención de poner a este perro azul sobre la pista del viejo oso esta mañana. Hemos pensado que podíamos venir a ver, si a usted no le importa. Nosotros no dispararemos, a menos que se nos venga encima.

Sean bienvenidos —dijo el mayor de Spain— sean bienvenidos como escopetas. El oso es más suyo que nuestro.

—Me parece que eso no es ninguna mentira. Le he dado bastante de comer para que me corresponda una parte. Sin hablar de un cochinito hace tres años.

Me parece que también tengo derecho a una parte —dijo otro—. Sólo que no del oso. —El mayor de Spain le miró. Estaba masticando tabaco. Escupió—: Era una ternera. Muy hermosa. El año pasado. Cuando al fin la encontré, me parece que estaba como debía estar el potro de ustedes el pasado junio.

—Oh —dijo el mayor de Spain—. Sean bienvenidos. Si ustedes ven una pieza delante de mis perros, disparen contra ella.

Ninguno disparó a *Old Ben* ese día. Ningún hombre le vio. Los perros fueron tras él a unas cien yardas del claro donde el muchacho le había visto aquel día en el verano de sus once años. El muchacho se hallaba a menos de un cuarto de milla de distancia. Oyó la carrera de los perros, pero no pudo distinguir entre ellos ninguna voz que no conociera y que, por lo tanto, pudiera ser la de *Lion*, y pensó, creyó, que *Lion* no estaba entre ellos. Aunque el hecho de que iban mucho más de prisa de lo que nunca los había oído correr detrás de *Old Ben* y que la alta y aguda nota de histeria faltaba de sus voces no fue bastante para desengañarlo. No lo comprendió hasta la noche, cuando Sam le dijo que *Lion* no ladraría siguiendo un rastro.

—Sólo gruñirá cuando se prenda al cuello de *Old Ben* —dijo Sam—. Pero no ladrará, como tampoco lo hizo cuando se arrojaba contra aquella puerta de dos pulgadas. Es ese perro azul que hay en él. ¿Cómo lo llamas tú?

—Airedale —dijo el muchacho.

Lion estaba allí; el salto fue demasiado cerca del río. Cuando Boon volvió con *Lion* esa noche alrededor de las once, juró que *Lion* había parado a *Old Ben* una vez pero que los perros no querían entrar y *Old Ben* salió disparado y se lanzó al río y nadó durante millas a favor de la corriente y él y *Lion* bajaron por la orilla del río unas diez millas y lo cruzaron y subieron por la otra, pero había empezado a

oscurecer antes de que tropezara con alguna huella de donde *Old Ben* hubiera salido del agua, a menos de que estuviera todavía en el agua cuando pasó el vado por donde ellos lo atravesaron. Luego empezó a renegar de los perros y comió la cena que tío Ash había apartado para él y se fue a la cama y pasado un momento, el muchacho abrió la puerta del pequeño cuarto de ambiente viciado retumbante por los ronquidos y el grande y grave perro alzó la cabeza de la almohada de Boon y le miró un momento parpadeando y volvió a bajar la cabeza.

Cuando llegó el siguiente noviembre y el último día el día que era ya tradicional dedicar a *Old Ben*, había más de doce forasteros esperando. Esta vez no eran todos de los pantanos. Algunos eran hombres de la ciudad, de otras cabezas de partido como Jefferson, que habían oído hablar de *Lion* y de *Old Ben* y habían ido a ver al gran perro azul mantener su cita con el viejo oso de los dos dedos cortados. Algunos ni siquiera tenían fusiles y los trajes de caza que llevaban habían estado en el anaquel de una tienda hasta el día anterior.

Esa vez *Lion* saltó sobre *Old Ben* a más de cinco millas del río y lo acorraló y le hizo frente y esa vez los perros entraron, en una especie de desesperada emulación. El muchacho los oyó; estaba cerca de allí. Oyó a Boon gritando; oyó los dos tiros que el general Compson disparó con los dos cañones de su escopeta, uno conteniendo cinco perdigones, el otro una bala sola contra el oso desde lo más cerca que pudo obligar a su caballo casi rebelde. Oyó a los perros cuando el oso consiguió libertarse de nuevo. Corría, jadeando, tropezando, con los pulmones a punto de estallar, llegó al sitio donde el general Compson había hecho fuego y donde *Old Ben* había matado a dos perros. Vio la sangre de los disparos del general Compson, pero no pudo ir más allá. Se detuvo, apoyándose contra un árbol para que su respiración se calmase y su corazón fuese más despacio, oyendo cómo el alboroto de los perros se desvanecía y apagaba en la distancia.

En el campamento, aquella noche —tenían como invitados a cinco de los forasteros todavía aterrorizados, con sus botas y sus trajes de caza nuevos, que habían estado perdidos todo el día hasta que Sam Fathers salió y los trajo— escuchó el resto de la historia: cómo *Lion* había parado y hecho frente de nuevo al oso pero sólo la mula tuerta a la que no importaba el olor de la sangre quiso acercarse y Boon iba montado en aquella mula y se sabía que Boon no había acertado el blanco. Había disparado al oso cinco veces con su fusil de repetición, sin herir nunca, y *Old Ben* mató a otro perro y se liberó una vez más y alcanzó el río y se fue. De nuevo Boon y *Lion* siguieron la caza por una orilla tan lejos como pudieron. Demasiado lejos; atravesaron el río con las primeras sombras y la oscuridad les sorprendió antes de una milla. Y esa vez *Lion* halló la huella interrumpida, la sangre quizás, en la oscuridad, donde *Old Ben* había salido del agua, pero Boon lo tenía atado con una cuerda, afortunadamente, y saltó de la mula y luchó con *Lion* cuerpo a cuerpo hasta que logró llevarlo al campamento. Esa vez Boon no blasfemó siquiera. Se quedó de pie en la puerta, manchado de barro, agotado, con su enorme cara de mascarón trágica y

todavía asombrada.

—Le he fallado —dijo—. Yo estaba a veinticinco pasos de él y le he fallado cinco veces.

Pero hemos derramado sangre —dijo el mayor de Spain—. El general Compson ha vertido sangre. Nunca lo habíamos hecho antes.

—Pero yo he fallado —dijo Boon—. Le he fallado cinco veces. Con *Lion* que me estaba mirando.

—No importa —dijo el mayor de Spain—. Ha sido una buena carrera. Y hemos derramado sangre. El año que viene haremos que el general Compson o Walter monten a *Katie*, y lo cogeremos.

Entonces, McCaslin dijo:

—¿Dónde está *Lion*, Boon?

—Se lo he dejado a Sam —dijo Boon. Ya se estaba volviendo para irse—. Yo no soy digno de dormir con él.

Por eso él debía haber odiado y temido a *Lion*. Sin embargo, no fue así. Le parecía que hubiese una fatalidad en ello. Le parecía que algo, no sabía qué, estuviese empezando; hubiese empezado ya. Era como el comienzo del final de algo, no sabía de qué, excepto que no se entristecería. Se hubiera sentido humilde y orgulloso si le hubieran reconocido digno de formar parte de ellos también o siquiera únicamente poderlo ver.

Capítulo 3

ERA diciembre. Era el diciembre más frío que recordaba. Habían estado en el campamento cuatro días más de las dos semanas, esperando que el tiempo calmase para que *Lion* y *Oíd. Ben* pudieran tener su desafío anual. Luego, dejarían el campamento y regresarían a casa. Porque por esos imprevistos días adicionales que habían tenido que pasar a causa del tiempo, sin nada que hacer sino jugar al póquer, el whisky se había agotado y él y Boon eran enviados a Memphis con una maleta y una nota del mayor de Spain para Mr. Semmes, de la destilería, para traer más. Esto es, el mayor de Spain y McCaslin mandaban a Boon a buscar whisky y le mandaban a él para que procurase que Boon volviese con el whisky o con la mayor parte o al menos con algo.

Jim de Tennie le despertó a las tres. Se vistió rápidamente, tiritando, no tanto por el frío porque un fuego recién encendido se elevaba y restallaba en la chimenea, sino por aquella hora en pleno invierno cuando la sangre y el corazón van despacio y el sueño está incompleto. Atravesó el espacio entre la casa y la cocina, el espacio de tierra ferruginosa bajo la noche radiante y tersa donde el alba no empezaría hasta tres horas después, saboreando, con la lengua, con el paladar y con el fondo mismo de sus pulmones la endurecida oscuridad, y entró en la cocina, al calor del hornillo, que velaba las ventanas, y donde Boon se hallaba ya sentado a la mesa desayunando, encorvado sobre el plato, casi dentro del plato, sus mandíbulas en movimiento azules por la barba y su cara inocente del agua y su pelambreira, como crines de caballo extraña al peine. El cuarterón de indio, nieto de una Chickasaw, que a veces se defendía con duros y furiosos puños de la insinuación de una sola gota de sangre extraña y otras, habitualmente después del whisky, afirmaba con los mismos puños y la misma furia que su padre había sido un Chickasaw puro y hasta un jefe y que incluso su madre había sido blanca sólo a medias. Medía más de un metro noventa de estatura; tenía la inteligencia de un niño, el corazón de un caballo, los ojos pequeños y duros como botones de zapato, sin profundidad ni indignidad ni generosidad ni depravación ni nobleza ni ninguna otra cosa en la cara más fea que el muchacho había visto jamás. Parecía como si alguien hubiese encontrado una nuez un poco mayor que una pelota de fútbol y que con un martillo de mecánico le hubiera tallado unos rasgos y luego la hubiese pintado, sobre todo de rojo; no con el rojo indio sino con un bello y resplandeciente y encendido color del que podía ser que el whisky tuviera algo de parte, pero que principalmente era debido a la dichosa y violenta vida al aire libre, y las arrugas en ella no eran residuos de sus cuarenta años de vida sino de guiñar los ojos al sol o en la oscuridad de los cañaverales por donde corrían las piezas de caza, requemándose con el fuego del campamento delante del que se echaba a dormir en el frío suelo de noviembre o diciembre, esperando que se hiciese de día para levantarse e ir a cazar de nuevo, como si el tiempo fuese simplemente

algo que él atravesaba como atravesaba el aire, sin envejecer más de lo que le envejecía el aire. Era valiente, leal, descuidado e informal; no tenía profesión, ni ocupación ni negocio y poseía un vicio y una virtud: el whisky y esa absoluta e indiscutible fidelidad hacia el mayor de Spain y McCaslin, el primo del muchacho.

—A veces llamaría a ambas cosas virtudes —dijo una vez al mayor de Spain.

—O vicios —replicó McCaslin.

Tomaba su desayuno, oyendo a los perros debajo de la cocina, despiertos por el olor de la carne frita o tal vez por el ruido de las pisadas. Oyó una vez a *Lion*, breve y perentorio, porque en cualquier campamento el mejor cazador tiene que hablar sólo una vez a todos salvo a los tontos, y ninguno de los otros perros del mayor de Spain y de McCaslin eran semejantes a *Lion* en tamaño y fuerza y quizá tampoco en valor, pero no eran tontos; *Old Ben* había matado el año pasado al último tonto entre ellos.

Jim de Tennie entró cuando habían terminado. El carro estaba fuera. Ash decidió que los llevaría a la vía, donde harían señas al maquinista del tren del aserradero, y dejó que Jim de Tennie lavara los platos. El muchacho sabía por qué. No sería la primera vez que oyese al viejo Ash fastidiar a Boon.

Hacía frío. Las ruedas del carro saltaban y resonaban sobre el terreno helado; el cielo estaba inmóvil y brillante. Él no tenía escalofríos, pero estaba temblando; lenta y constante y fuertemente, con el alimento que acababa de comer aún caliente y sólido en su interior, mientras su exterior se agitaba lenta y constantemente como si su estómago flotase libremente.

—No irán de caza esta mañana. Ningún perro tendrá olfato hoy.

—Excepto *Lion* —dijo Ash—. *Lion* no necesita olfato. Todo lo que necesita es un oso.

Tenía envueltos los pies en un saco de cáñamo y un edredón de su jergón en el suelo de la cocina, echado por la cabeza y envolviéndolo todo él, de modo que a la luz tenue y brillante de las estrellas no se parecía a nada de lo que el muchacho había visto hasta entonces.

—Él puede seguir a un oso a través de un ventisquero de mil acres. Y atraparlo también. Los otros perros no importan porque ellos no pueden igualarse con *Lion* de ningún modo, cuando él está frente a un oso.

—¿Qué tienen de malo los otros perros? —dijo Boon—. ¿Qué diablos sabes tú de eso? Ésta es la primera vez que sacas la nariz fuera de esa cocina desde que estamos aquí, salvo para cortar un poco de leña.

—No hay nada malo en ellos —dijo Ash—. Y mientras se les deje tranquilos, no pasará nada. Sólo desearía haber sabido toda mi vida cuidar mi propia salud tan bien como esos perros cuidan de la suya.

—Bien, pues no van a correr esta mañana —dijo Boon. Su voz era agria y categórica—. El mayor prometió que no saldría hasta que yo e Ike hubiésemos regresado. El tiempo va a mejorar hoy. Lloverá por la noche. —Luego, Ash se rió, se rió entre dientes, dentro del edredón que le tapaba hasta la cara—. ¡So, aquí, mulas!

—dijo, dando un tirón de las riendas de modo que las mulas saltaron hacia adelante y arrastraron algunos pasos al carro traqueteante y lleno de ruidos antes de volver a su marcha normal con el paso rápido y corto—. Además, me gustaría saber por qué el mayor necesita esperar por ti. Es *Lion* a quien pretende usar. Nunca he oído decir que tú hayas traído ningún oso ni ninguna clase de carne al campamento.

Ahora Boon insultará a Ash o acaso le pegará, pensó el muchacho. Pero Boon no lo hizo, no lo había hecho nunca; el muchacho sabía que nunca lo hubiera hecho aunque hacía cuatro años Boon había disparado cinco veces con mía pistola prestada contra un negro en una calle de Jefferson, con el mismo resultado que cuando disparó cinco veces contra *Old Ben* el otoño pasado.

—¡Por Dios! —dijo Boon—. No va a lanzar a *Lion* ni a ningún perro contra nada hasta que yo vuelva esta noche. Porque me lo ha prometido. Fustiga esas mulas y sigue fustigándolas. ¿Quieres que me muera de frío?

Llegaron a la vía y encendieron una hoguera. Pasado un rato, el tren del aserradero salió de los bosques en el descolorido amanecer y Boon le hizo señas. Luego, en el caliente vagón del conductor y el guardafrenos hablaban de *Lion* y de *Old Ben* como la gente hablaría más tarde de Sullivan y de Kilrain y, más tarde, aún, de Dempsey y de Tunney. Adormecido, meciéndose con las violentas sacudidas y el estruendo del vagón, los oía que continuaban hablando de los cerdos y las terneras que *Old Ben* había matado y de los granjeros que había saqueado y de las trampas y armadijos que había destrozado y del plomo que probablemente llevaba bajo la piel. *Old Ben*, el oso de los dos dedos en una tierra donde los osos con los pies mutilados por las trampas han sido llamados Dos Dedos o Tres Dedos o Pie Cojo durante cincuenta años, sólo que *Old Ben* era un oso excepcional (el oso jefe, como lo llamaba el general Compson) y así había logrado un nombre como un ser humano podía haberlo llevado sin disgusto.

Llegaron a Hoke a la salida del sol. Salieron del caliente vagón con sus ropas de caza, las botas llenas de barro y los trajes de caqui manchados y las mejillas azules y sin afeitar de Boon. Pero esto estaba bien. Hoke era un aserradero y una administración y dos tiendas y un puesto de carga en un apartadero de la línea principal, y todos los hombres llevaban allí botas y trajes caquis. En seguida llegó el tren de Memphis. Boon compró tres paquetes de rosetas de maíz con melaza y una botella de cerveza en el quiosco de los periódicos y el muchacho se durmió de nuevo oyéndole masticar.

Pero en Memphis no fue todo bien. Fue como si los altos edificios y el duro movimiento, los hermosos carruajes y los tranvías de caballos y los hombres con el cuello almidonado y corbata dieran un aspecto un poco más tosco y un poco más enfangado a sus botas y a sus trajes caquis e hicieran parecer la barba de Boon peor y más sin afeitar y su cara cada vez más como algo que no debía haber sacado nunca de los bosques o al menos fuera del alcance del mayor de Spain o de McCaslin o de alguien que le conociese y que pudiera decir: «No se asusten. No les va a hacer

daño». Atravesó la estación, con su piso resbaladizo, moviendo la cara mientras se esforzaba en sacarse el maíz de entre los dientes con la lengua, las piernas separadas y rígidas como si estuviera andando sobre cristal untado con grasa, y aquel rastrojo azul en su cara como las limaduras de un fusil nuevo. Pasaron por el primer bar. Aun a través de las puertas cerradas el muchacho pareció oler el serrín y el vaho de viejas bebidas. Boon empezó a toser. Tosió casi durante un minuto.

—Maldito resfriado —decía—. Me gustaría saber dónde lo he cogido.

—Allá, en la estación —dijo el muchacho.

Boon comenzó a toser de nuevo. Se paró. Miró al muchacho.

—¿Qué...? —dijo.

No lo tenías cuando dejamos el campamento, ni tampoco en el tren.

Boon le miró, parpadeando. Luego dejó de parpadear. No volvió a toser.

Dijo, reposadamente:

—Préstame un dólar. Vamos. Tú lo tienes. Si alguna vez has tenido uno, lo tienes todavía. Yo no quiero decir que seas mezquino con tu dinero, porque no lo eres. Sólo que parece que nunca has pensado querer nada. Cuando yo tenía dieciséis años, un billete de un dólar se me derretía antes de que tuviera tiempo de leer el nombre del Banco que lo había emitido —dijo reposadamente—: Déjame un dólar, Ike.

—Tú le prometiste al mayor. Tú le prometiste a McCaslin. No, hasta que estemos en el campamento.

—Está bien —dijo Boon, con aquella voz tranquila y resignada—. ¿Qué puedo hacer con un dólar nada más? Tú no me prestarías otro.

—Tú tienes razón cuando dices que no te lo prestaré —dijo el muchacho, su voz tranquila también, fría, con una rabia que no se refería a Boon, recordando—: Boon roncando en una dura silla en la cocina de modo que pudiera observar el reloj y despertarle a él y a McCaslin y llevar el carro diecisiete millas hasta Jefferson para coger el tren para Memphis; el salvaje y nunca embriagado potro de Texas, que él había persuadido a McCaslin para que se lo dejara comprar y que él y Boon habían comprado en una subasta por cuatro dólares y sesenta y cinco centavos y que llevaron a casa atado entre dos yeguas viejas y mansas con trozos de alambre de espino y que nunca había visto maíz desgranado y que ni siquiera sabía lo que era a menos que los granos fueran tal vez chinches y al fin (él tenía diez años y Boon había tenido diez años toda la vida). Boon dijo que el potro era doble y con la cabeza dentro de un saco y cuatro negros que lo sujetaban lo hicieron recular hacia un viejo títburi de dos ruedas y lo engancharon a las varas y él y Boon subieron y Boon dijo: «Está bien, muchachos. Dejadlo» y uno de los negros —era Jim de Tennie— le arrebató el saco y dio un salto mirando por su vida y ellos perdieron la primera rueda contra un poste de la tranquera abierta sólo que en aquel momento Boon le cogió a él por la nuca y lo tiró a la zanja del borde del camino de modo que sólo vio en fragmentos el resto del episodio: la otra rueda que atravesó la puerta lateral y cruzó el patio y saltó la galería y pedacitos del títburi aquí y allá por la carretera y Boon que desaparecía rápidamente

panza abajo entre el polvo que se elevaba y brotaba por todas partes y seguía sujetando las riendas hasta que se rompieron también y dos días más tarde finalmente atraparon el potro a siete millas de allí llevando aún el collarón y la cabezada de las bridas alrededor del cuello como una duquesa con dos gargantillas a un tiempo. Le dio a Boon el dólar.

—Está bien —dijo Boon—. Vamos dentro, lejos de este frío.

—Yo no tengo frío —dijo él.

—Puedes tomar una limonada.

—No quiero ninguna limonada.

La puerta se cerró tras él. El sol estaba bastante alto. Era un día radiante, aunque Ash hubiera dicho que llovería antes de la noche. Ya hacía calor; podrían correr mañana. Sintió la antigua exaltación del corazón, tan prístina como siempre, como el primer día; no hubiera querido perderselo, por viejo que fuera en la caza y en rastrear: la mejor, la mejor de todas las aspiraciones, la humildad y el orgullo. Debía dejar de pensar en ello. Ya le parecía que estaba corriendo, volviendo a la estación, ellos mismos sobre la pista: el primer tren hacia el Sur; debía dejar de pensar en ello. La calle estaba bulliciosa. Contempló los grandes caballos normandos, de tiro, los percherones; las adornadas carrozas de las que descendían los hombres con elegantes abrigos y las señoras rosadas entre sus pieles y entraban en la estación. (Se hallaban todavía a dos puertas de la estación). Hacía veinte años que su padre entró cabalgando en Memphis como miembro de la caballería del coronel Sartoris al mando de Forrest, calle del Main arriba y (decía la historia) dentro del vestíbulo del Hotel Gayoso donde los oficiales yanquis estaban sentados en los sillones de piel escupiendo en las altas escupideras y luego volvió a salir, impunemente...

La puerta se abrió a su espalda. Boon se secaba la boca con el revés de la mano.

—Está bien —dijo—. Vamos a ocuparnos de eso y vámonos con mil diablos de aquí.

Fueron y llenaron la maleta. Él no supo nunca cómo ni cuándo Boon consiguió la otra botella. Sin duda, Mr. Semmes se la había dado. Cuando llegaron de nuevo a Hoke, a la puesta del sol, estaba vacía. Podían coger el tren de vuelta para Hoke dentro de dos horas; se dirigieron directamente a la estación como el mayor de Spain y luego McCaslin habían dicho a Boon que hiciera y luego le ordenaron que lo hiciera y habían mandado al muchacho con él para que procurase que lo hiciese. Boon tomó el primer trago de su botella en el lavabo. Un hombre con una gorra de uniforme se acercó a decirle que no podía beber allí y miró la cara de Boon una sola vez y no dijo nada. La vez siguiente se estaba sirviendo la bebida en el vaso de agua debajo del borde de la mesa en el restaurante cuando el gerente (era una mujer) le dijo que no podía beber allí y él se volvió al lavabo. Él le había contado al camarero negro y a toda la otra gente del restaurante que no podían ayudarlo sino oírle y que nunca habían oído hablar de *Lion* ni querían oír, acerca de *Lion* y de *Old Ben*. Luego, se le ocurrió pensar en el zoológico. Había descubierto que había otro tren para Hoke

a las tres de la tarde y así podrían pasar el tiempo en el zoo y tomar el tren de las tres hasta que volvió del lavabo por tercera vez. Entonces tomarían el primer tren hacia el campamento, cogerían a *Lion* y volverían al zoológico donde, dijo, los osos se alimentan con helados y bizcochos y él hubiera hecho competir a *Lion* con todos ellos.

De modo que perdieron el primer tren, uno de los que habían pensado tomar, pero él metió a Boon en el tren de las tres y de nuevo todo estuvo bien, con Boon que ni siquiera iba al lavabo sino que bebía en el pasillo hablando de *Lion* y los hombres a los que importunaba, ya no se atrevían a decirle que no podía beber allí como el hombre de la estación no se había atrevido.

Cuando llegaron a Hoke, al atardecer, Boon estaba dormido. El muchacho lo despertó al fin y lo bajó a él y a la maleta del tren y hasta le persuadió para cenar algo en la administración del aserradero. Así, él estaba bien cuando subieron al vagón del tren de la madera para volver a los bosques, mientras el sol se ponía rojo y el cielo ya se oscurecía y el terreno no se helaría por la noche. Era el muchacho quien dormía ahora, sentado detrás de la rojiza estufa mientras el vagón sin muelles saltaba y ensordecía y Boon y el guardafrenos y el conductor hablaban de *Lion* y de *Old Ben* porque ellos sabían de lo que Boon estaba hablando porque eso era su hogar.

—Oscurece y ya está deshelando —dijo Boon—. *Lion* lo cogerá mañana.

Hubiera sido *Lion* o cualquiera. No hubiera sido Boon, nunca había acertado a nada mayor que una ardilla, que nadie supiera, salvo a la mujer negra aquel día cuando estaba disparando sobre el negro. Era un negro grande y no estaba a más de diez pies, pero Boon disparó cinco veces con la pistola que tomó prestada del cochero negro del mayor de Spain y el negro al que él estaba disparando sacó una pistola de un dólar y medio de las que se piden por correo y hubiera abrasado a Boon derribándolo, sólo que no se disparó, sólo hizo trac-trac-trac-trac-trac cinco veces, y Boon seguía disparando más allá y rompió la vitrina de una tienda que le costó a McCaslin cuarenta y cinco dólares e hirió en una pierna a una mujer negra que pasaba por allí, sólo que el mayor de Spain pagó eso; él y McCaslin se lo jugaron a las cartas, la vidriera contra la pierna de la negra. Y el primer día en los puestos ese año, la primera mañana en el campamento, el ciervo corrió derecho sobre Boon; él oyó el viejo fusil de repetición de Boon hacer *jou, jou, jou, jou, jou*, y luego su voz:

—¡Maldición, ya viene! ¡Su cabeza! ¡Su cabeza! —y cuando él llegó allí el rastro del ciervo y cinco cartuchos disparados no estaban a menos de veinte pasos de distancia.

Aquella noche había en el campamento cinco invitados, de Jefferson: Mr. Bayard Sartoris y su hijo y el hijo del general Compson y otros dos. Y a la mañana siguiente él miró fuera de la ventana, en la gris y fina llovizna del amanecer que Ash había vaticinado, y allí estaban ellos, de pie y acurrucados bajo la fina llovizna, casi dos docenas de aquellos que habían alimentado a *Old Ben* con maíz y cerdos y hasta terneras durante diez años, con sus raídos sombreros y sus chaquetas y pantalones de

caza que cualquier negro de la ciudad habría tirado o quemado y únicamente las botas de goma fuertes y sólidas y los viejos y como desteñidos fusiles y algunos hasta sin fusiles. Mientras tomaban el desayuno llegó otra docena más, a caballo y a pie: leñadores del campamento que estaba treinta millas más abajo y hombres del aserradero de Hoke y la única escopeta que había entre ellos era la que llevaba el conductor del tren: de modo que cuando entraron en los bosques esa mañana el mayor de Spain conducía un grupo casi tan fuerte, salvo que algunos de ellos no iban armados, como el que había conducido en los últimos y sombríos días del 64 y 65. El pequeño patio no podía contenerlos. Se desbordaban al sendero donde el mayor de Spain montó en su yegua mientras Ash con su sucio delantal introducía los grasientos cartuchos en su carabina y se la pasaba, y el enorme y grave perro azul permanecía al lado de su estribo, no en la postura de un perro sino en la postura de un caballo, entrecerrando sus soñolientos ojos color de topacio que no miraban a nadie, sordo hasta para el ladrido de los perros de caza que Boon y Jim de Tennie sujetaban de la trailla.

—Esta mañana montaremos al general Compson sobre *Katie* —dijo el mayor de Spain—. Él derramó sangre el año pasado; si entonces hubiera tenido un mulo capaz de resistir, hubiera...

—No —dijo el general Compson—. Soy demasiado viejo para ir endemoniadamente a través de los bosques sobre una mula, un caballo o sobre cualquier cosa. Además, yo tuve mi oportunidad el año pasado y la desaproveché. Esta mañana yo estaré en un puesto. Voy a dejar que el muchacho monte a *Katie*.

—No, un momento —dijo McCaslin—. Ike tiene todo el resto de su vida para cazar osos. Dejemos que cualquier otro...

—No —dijo el general Compson—. Quiero que Ike monte a *Katie*. Ya es mejor conocedor de los bosques que tú y que yo, y dentro de diez años será tan bueno como Walter.

Al principio no podía creerlo, hasta que no se lo dijo el mayor de Spain.

Luego, se halló arriba, sobre la mula tuerta que no se espantaba de la sangre, mirando al perro inmóvil junto al estribo del mayor de Spain, que a la luz gris y radiante parecía mayor que un ternero, mayor que lo que realmente era. La gran cabeza, el pecho casi tan grande como el suyo mismo, la piel azul bajo la cual los músculos no se relajaban ni se estremecían ante ningún roce, ya que el corazón que le transmitía la sangre no quería a ningún hombre ni a nada, en la postura de un caballo, aunque diferente de un caballo, ya que de éste se infiere sólo peso y velocidad, mientras que *Lion* tenía no sólo valor y todas esas otras cosas que forman la voluntad y el deseo de perseguir y matar, sino la tenacidad, la voluntad y el deseo de resistir más allá de todos los límites imaginables de la carne para poder sorprender y matar. Luego, el perro le miró. Movi6 la cabeza y le miró a través del vulgar alboroto de los perros, con aquellos ojos amarillos tan sin profundidad como los de Boon, tan exentos como los de Boon de bajeza o generosidad o mansedumbre o depravaci6n.

Eran sólo fríos y soñolientos. Luego los entornó, y él supo que no estaba mirándole y ni siquiera le había mirado, sin tomarse la molestia de volver la cabeza a otro lado.

Esa mañana oyó el primer grito. *Lion* había ya desaparecido mientras Sam y Jim de Tennie estaban ensillando al mulo y al caballo que habían tirado del carro y él observó a los perros cuando cruzaban y se lanzaban, venteando y ladrando, hasta que también ellos desaparecieron. Luego, él y el mayor de Spain, y Sam y Jim de Tennie galoparon tras ellos y oyeron el primer grito salir de los bosques húmedos y deshelados a doscientas yardas más allá, alto, con aquella abyecta, casi humana calidad que él había llegado a conocer, y los otros perros se le unieron hasta que los tenebrosos bosques resonaron clamorosos. Avanzaron cabalgando. Le parecía que podía ver realmente al gran perro azul que seguía avanzando, silencioso, y al otro lado también: la forma corpulenta, como una locomotora, que él había visto aquel día hacía cuatro años cruzando a través del tornado, aplastándolo todo delante de los perros más de prisa de lo que él creía que se pudiera mover, alejándose hasta de las mulas al galope. Una vez oyó un disparo de fusil. Los bosques se habían abierto, iban veloces, el clamor débil y debilitándose frente a ellos; adelantaron al hombre que había disparado —uno de los pantanos, un brazo herido, un rostro flaco, el pequeño agujero de sus gritos tachonado de dientes podridos.

Oyó un cambio de tono en el bullicio de los perros, y doscientas yardas más allá los vio. El oso se había vuelto. Vio a *Lion* atacando sin cesar y vio al oso arrojarlo a un lado y arremeter contra los perros ladrones y matar a uno de ellos casi sobre sus huellas y volverse y huir de nuevo. Luego, se encontraron dentro del incesante oleaje de los perros. Oyó al mayor de Spain y a Jim de Tennie gritando y el sonido seco, como de pistola, de la corsea de Jim de Tennie que trataba de hacerles volver. Luego, él y Sam Fathers estaban cabalgando solos. Uno de los perros había seguido con *Lion*, a pesar de todo. Reconoció su voz. Era el perro joven, que hasta hacía un año no había tenido juicio y que, según el punto de vista de los otros perros, no lo tenía aún. *Tal vez sea eso el valor*, pensó.

—A la derecha —dijo Sara, tras él—. A la derecha. Vamos a desviarlos del río si podemos.

Estaban en un cañaveral: un jaral. Él conocía el sendero que lo atravesaba tan bien como Sam. Salieron de la maleza y dieron con la entrada casi exactamente. Éste atravesaba el jaral y salía sobre una alta loma descubierta encima del río. Oyó el ruido ahogado del rifle de Walter, luego dos veces más.

—No —dijo Sam—. Oigo el perro. Vamos.

Surgieron del estrecho túnel sin techo de restallantes y silbantes cañas, siempre al galope, sobre la loma descubierta bajo la cual el denso río amarillo, que no reflejaba la luz gris y radiante, parecía no moverse. También él podía oír al perro. No estaba corriendo. El grito era un ladrido agudo y frenético y Boon estaba corriendo por el borde del escarpado, su vieja escopeta brincando y golpeando contra su espalda con la correa hecha de un pedazo de cuerda de arado. Se volvió y corrió hacia ellos,

mirándolos ferozmente, y brincó sobre la mula detrás del muchacho.

—¡Esa maldita barca! —gritó—. ¡Está al otro lado! ¡Lo ha atravesado directamente! ¡*Lion* estaba demasiado cerca de él! ¡El perro pequeño también! ¡*Lion* estaba tan cerca que no podía disparar! ¡Vamos! —gritó, golpeando con los talones los ijares de la mula—. ¡Vamos!

Se precipitaron a la orilla, resbalando y deslizándose en el terreno empapado, abriéndose camino con violencia por entre los sauces y luego en el agua. No sintió ninguna impresión, ni frío, a un lado de la mula que nadaba, agarrándose al pomo de la silla con una mano y sosteniendo su fusil por encima del agua con la otra, y Boon del otro lado. Sam estaba en algún sitio detrás de él, y luego el río, el agua en tomo de ellos, se llenó de perros. Nadaban más rápidos que las mulas; estaban trepando a la orilla antes de que las mulas hubieran tocado el fondo. El mayor de Spain daba voces desde la orilla que acababan de dejar y, mirando hacia atrás, vio a Jim de Tennie y al caballo cuando entraban en el agua.

Los bosques delante de ellos y el aire cargado de lluvia eran un solo clamor. Resonaba y alborotaba; repercutía y se rompía contra la orilla detrás de ellos y se formaba de nuevo y ensordecía y retumbaba tanto que le pareció al muchacho que todos los perros que alguna vez habían perseguido la caza en aquella tierra estuviesen ladrándole a él. Pasó su pierna sobre la mula cuando ésta salió del agua. Boon no intentó montar de nuevo. Sujetó un estribo cuando llegaron a la orilla y se lanzó a través de la maleza que bordeaba el escarpado y vio al oso, sobre sus patas traseras, la espalda contra un árbol mientras los perros se arremolinaban rugiendo en torno suyo y una vez más *Lion* se lanzaba contra él, dando saltos.

Esta vez el oso no lo derribó. Cogió al perro con los dos brazos, como en un abrazo amoroso, y ambos cayeron a tierra. Había descabalgado. Armó los dos cañones del fusil pero no pudo ver nada sino un sucio y abigarrado amasijo de cuerpos hasta que el oso apareció de nuevo. Boon estaba gritando algo, no podía decir qué; pudo ver a *Lion* todavía aferrado al cuello del oso y vio al oso, medio erguido, pegar a uno de los perros con una pata y arrojarlo a cinco o seis pies y luego, elevándose como si no fuera a parar nunca, se mantuvo erguido de nuevo y empezó a hurgar el vientre de *Lion* con sus patas delanteras. Entonces Boon corrió. El muchacho vio el resplandor de la hoja en su mano y lo vio saltar en medio de los perros, echarlos, apartarlos a patadas mientras corría, y arrojarse a horcajadas sobre el oso como se había echado sobre la mula, sus piernas entrelazadas sobre el vientre del oso, su brazo izquierdo bajo el cuello del oso donde se había asido *Lion*, y el destello del cuchillo que se levantó y descendió.

Descendió sólo una vez. Por un momento parecieron casi un grupo escultórico: el perro adherido, el oso, el hombre a horcajadas sobre él, trabajando y maniobrando con la hoja enterrada. Luego, cayeron, desplomándose hacia atrás por el peso de Boon, y Boon debajo. Fue la espalda del oso la que reapareció primero, pero en seguida Boon estuvo otra vez a horcajadas. No había soltado el cuchillo y de nuevo el

muchacho vio el casi imperceptible movimiento de su brazo y su hombro mientras maniobraba y rebuscaba; entonces el oso se irguió, levantando con él al hombre y al perro y se volvió y llevando al hombre y al perro dio dos o tres pasos hacia los bosques y se derrumbó. No se desbarató, encogido. Cayó todo de una pieza, como cae un árbol, de modo que los tres, hombre, perro y oso, parecieron desplomarse a la vez.

Él y Jim de Tennie corrieron hacia delante. Boon estaba arrodillado junto a la cabeza del oso. Su oreja izquierda estaba hecha trizas, la manga izquierda de la chaqueta faltaba por completo, la bota derecha estaba rasgada desde la rodilla hasta el empeine; la sangre brillante se diluía bajo la fina lluvia a lo largo de su pierna y mano y brazo y por un lado de su cara que ya no estaba violenta sino completamente serena. Juntos desengancharon las fauces de *Lion* del cuello del oso.

—Despacio, maldita sea —dijo Boon—. ¿No veis que tiene todas las tripas fuera? —Empezó a quitarse la chaqueta. Habló a Jim de Tennie con aquella voz tranquila—: Trae la barca. Está a unas cien yardas río abajo. Yo la vi.

Luego, Jim de Tennie se levantó y se alejó. Después, y él no podía recordar si fue una llamada o una exclamación de Jim de Tennie o si él se había vuelto a mirar por casualidad, vio a Jim de Tennie agacharse y a Sam Fathers que yacía inmóvil con la cara sobre el fango pisoteado.

No lo había tirado la mula. Él recordó que Sam se había bajado antes de que Boon empezase a correr. No se le notaba nada y cuando él y Boon le dieron vuelta, tenía los ojos abiertos y dijo algo en aquella lengua con la que él y Joe Baker acostumbraban a hablar entre ellos. Pero no podía moverse. Jim de Tennie trajo el bote; podían oír gritar al mayor de Spain al otro lado del río. Boon envolvió a *Lion* en su chaqueta y lo llevó hasta el bote y ellos llevaron a Sam y volvieron y engancharon al oso al arzón de la mula tuerta con la correa de Jim de Tennie y lo arrastraron hasta el bote y lo metieron dentro y dejaron que Jim de Tennie atravesara el río sobre el caballo llevando tras sí las dos mulas. El mayor de Spain sujetó la proa del bote mientras Boon saltaba y se acercó antes de que tocara la orilla. Miró a *Old Ben* y dijo reposadamente:

—Bien. —Luego anduvo dentro del agua y se inclinó y tocó a Sam y Sam le miró y dijo algo en aquella vieja lengua que hablaban él y Joe Baker.

—¿No sabes lo que ha pasado? —dijo el mayor de Spain.

—No, señor —dijo el muchacho—. No ha sido la mula. No ha sido nadie. Ya se había bajado de la mula cuando Boon corrió hacia el oso. Luego, levantamos la vista y él estaba echado en tierra.

Boon gritaba a Jim de Tennie, que estaba aún en medio del río.

—¡Vamos, maldita sea! —decía—. ¡Tráeme ese mulo!

—¿Qué quieres hacer con un mulo? —dijo el mayor de Spain.

Boon ni le miró siquiera.

—Voy a Hoke a buscar al doctor —dijo con aquella tranquila voz, la cara

completamente tranquila bajo el continuo diluirse de la sangre brillante.

—Tú necesitas un doctor —dijo el mayor de Spain—. Jim de Tennie...

—Maldita sea —dijo Boon. Se volvió hacia el mayor de Spain. Su rostro estaba todavía tranquilo, sólo su voz era un tono más alto—. ¿No ve usted, condenación, que tiene todas las tripas fuera?

—¡Boon! —dijo el mayor de Spain.

Se miraron el uno al otro. Boon le llevaba toda la cabeza al mayor de Spain; hasta el muchacho era ya más alto que el mayor de Spain.

—Tengo que buscar al doctor —dijo Boon—. Sus condenadas tripas...

—Está bien —dijo el mayor de Spain. Jim de Tennie salió del agua.

El caballo y la mula sana ya habían olido a *Old Ben*; se encabritaron y se lanzaron camino arriba hasta lo alto del escarpado, arrastrando a Jim de Tennie con ellos, antes de que pudiese detenerlos y amarrarlos y regresar. El mayor de Spain soltó de su presilla la correa de la brújula que llevaba en el ojal y se la dio a Jim de Tennie.

—Ve inmediatamente a Hoke —le dijo—. Tráete al doctor Crawford. Dile que aquí hay dos hombres a los que tiene que atender. Coge mi yegua. ¿Puedes encontrar la carretera desde aquí?

—Sí, señor —dijo Jim de Tennie.

Está bien —dijo el mayor de Spain—. Ve. —Se volvió hacia el muchacho—: Coge las mulas y el caballo y vuelve y trae el carro. Nosotros iremos río abajo hasta el puente de Coon. Reúnete con nosotros allí. ¿Puedes encontrar el sitio otra vez?

—Sí, señor —dijo el muchacho.

—Está bien. Andando.

Volvió a buscar el carro. Se dio cuenta entonces de cuánto habían andado. Era ya por la tarde cuando enganchó las mulas y ató el caballo detrás del carro. Llegó al puente de Coon al oscurecer. La barca ya estaba allí. Antes de que pudiese verla y casi antes de que pudiese ver el agua saltó del carro entoldado, siempre sosteniendo las riendas e investigó a su alrededor dónde podía sujetar el bocado y las riendas de la espantadiza mula sana y clavar en tierras los calcañares y sujetárselos hasta que Boon llegó a la orilla. La cuerda del caballo ya se había roto y éste había desaparecido camino arriba hacia el campamento. Dieron la vuelta al carro y desengancharon las mulas y él llevó a la mula sana cien yardas más allá, al camino, y la ató. Boon ya había llevado a *Lion* al carro y Sam estaba sentado en la barca y cuando ellos lo levantaron él intentó andar hacia la orilla y el carro, y trató de trepar al carro, pero Boon no esperó, levantó a Sam en vilo y lo colocó sobre el asiento. Luego, engancharon de nuevo a *Old Ben* a la silla de la mula tuerta y lo arrastraron hasta la orilla y colocaron dos varas largas apoyadas en la parte de atrás del carro, con la puerta abierta, y lo subieron al carro y él fue y trajo a la mula sana y Boon la enganchó a la fuerza, pegándole en el hocico que sonaba a hueco, hasta que encajó en su lugar y se quedó temblando. Luego, cayó la lluvia, como si se hubiera estado conteniendo todo el día.

Regresaron al campamento a través de la lluvia, a través de la fluyente y ciega oscuridad, oyendo mucho antes de ver cualquier luz el cuerno y los espaciados disparos que les sirvieron de guía. Cuando llegaron a la pequeña y oscura cabaña de Sam, éste intentó levantarse. Habló otra vez en el idioma de los viejos padres; luego dijo claramente:

—Dejadme salir. Dejadme salir.

—Ni siquiera tienes fuerzas —dijo el mayor—. ¡Sigue! —dijo, cortante.

Pero Sam forcejeaba, intentando ponerse de pie.

—Déjeme salir, amo —dijo—. Déjeme ir a casa.

De modo que él paró el carro y Boon se bajó y bajó a Sam en brazos. Esta vez no esperó a que Sam intentase andar. Lo transportó hasta dentro de la cabaña y el mayor de Spain encendió un papel en el rescoldo del hogar y encendió la lámpara y Boon puso a Sam sobre su catre y le quitó las botas y el mayor de Spain le tapó y el muchacho no estaba allí, estaba sujetando las mulas, ya que la mula sana estaba tratando otra vez de salir corriendo, pues desde que el carro se había parado, el olor de *Old Ben* era llevado hacia adelante por la torrencial oscuridad del aire, pero los ojos de Sam estaban probablemente abiertos de nuevo con aquella profunda mirada con la que veía más allá de ellos y de la cabaña, más allá de la muerte de un oso y de la agonía de un perro. Luego, continuaron hacia el largo gemido del cuerno y los disparos que parecían persistir intactos en algún sitio del denso y fluyente aire hasta que el sucesivo y distanciado disparo se acoplaba con él, hacia la casa iluminada, las ventanas desbordantes de luz, los rostros silenciosos cuando Boon entró, ensangrentado y absolutamente tranquilo, llevando el bulto envuelto en su chaqueta. Depositó a *Lion*, con la chaqueta ensangrentada, en su maloliente camastro sin sábanas que ni siquiera Ash, tan diestro en las cosas de la casa como una mujer, pudo nunca tener arreglado.

El médico del aserradero de Hoke ya estaba allí. Boon no permitió que el doctor le tocara hasta que hubiese visto a *Lion*. No se atrevió a dar cloroformo a *Lion*. Le metió las entrañas y lo cosió sin cloroformo mientras el mayor de Spain le sostenía la cabeza y Boon las patas. Pero él no intentó moverse. Yacía allí, los amarillos ojos abiertos a la nada mientras los hombres silenciosos con los trajes de caza nuevos y viejos se hacinaban dentro de la pequeña habitación sin aire, pestilente por el olor del cuerpo de Boon y sus ropas, y observaban. Luego, el doctor limpió y desinfectó cara y brazo y pierna de Boon y lo vendó, y el muchacho delante con una linterna y el doctor y McCaslin y el mayor de Spain y el general Compson siguiéndole, se dirigieron a la cabaña de Sam Fathers. Jim de Tennie había encendido fuego; se hallaba en cuclillas delante de él, dormitando. Sam no se había movido desde que Boon le puso en su catre y el mayor de Spain le había abrigado con las mantas; no obstante, abrió los ojos y miró sus rostros, y cuando McCaslin le tocó el hombro y dijo:

—Sam. El doctor quiere echarle un vistazo —él hasta sacó las manos fuera de las

mantas y empezó a tantear los botones de su camisa hasta que McCaslin dijo—: Espera. Nosotros lo haremos.

Lo desnudaron. Estaba allí extendido —el cuerpo cobrizo, casi sin vello, el cuerpo de un viejo, del viejo, del hombre salvaje que ni una generación le separaba de los bosques, sin hijos, sin parientes, sin pueblo— inmóvil, los ojos abiertos, pero sin mirar más a ninguno de ellos, mientras el doctor le reconocía y extendía las mantas hacia arriba y guardaba el estetoscopio en su cartera y cerraba la cartera y sólo el muchacho sabía que Sam también iba a morir.

—Agotamiento —dijo el doctor—. Tal vez una impresión. Un hombre de su edad nadando en los ríos en diciembre. Se pondrá bien. Hagan que esté en cama un día o dos. ¿Habrá alguien aquí con él?

—Habrá alguien aquí —dijo el mayor de Spain.

Volvieron a la casa, al maloliente cuartito donde Boon seguía sentado en el jergón con la cabeza de *Lion* bajo una mano mientras los hombres, aquellos que habían cazado siguiendo a *Lion* y los que no lo habían visto nunca antes de hoy, venían en silencio a mirarle y se iban. Luego amaneció y todos ellos salieron al patio a contemplar a *Old Ben*, con sus ojos abiertos también y sus labios sobre los dientes raídos y su pata mutilada y pequeñas protuberancias duras bajo su piel que eran las antiguas balas (había cincuenta y dos, entre perdigones y balas) y la única y casi invisible herida bajo su hombro izquierdo donde la hoja de Boon había, al fin, encontrado su vida. Luego, Ash empezó a golpear en el fondo de una sartén con una pesada cuchara llamándolos para él desayuno y fue la primera vez que él recordó no haber oído que los perros hicieran ningún ruido debajo de la cocina mientras ellos estaban comiendo. Era como si el viejo oso, aun yaciendo muerto en el patio, fuese un terror mucho más poderoso del que podían afrontar sin *Lion* entre ellos.

La lluvia había cesado durante la noche. Hacia la mitad de la mañana un tenue sol apareció, disolviendo rápidamente la niebla y las nubes, calentando el aire y la tierra; habría sido uno de aquellos días sin viento de diciembre en el Mississippi que son una especie de veranillo de San Martín. Llevaron a *Lion* a la galería de delante, al sol. Fue una idea de Boon.

—Maldita sea —dijo—, nunca le ha gustado estar en la casa hasta que le he obligado. Ustedes lo saben.

Cogió una palanca y desprendió las tablas del piso debajo de su jergón de modo que pudiese ser levantado, con colchón y todo, sin alterar la posición de *Lion*, y lo llevaron a la veranda y lo colocaron de cara a los bosques.

Luego, él y el doctor y McCaslin y el mayor de Spain fueron a la cabaña de Sam. Esta vez Sam no abrió los ojos y su respiración era tan leve, tan reposada que difícilmente podían ver que respiraba. El doctor ni siquiera sacó el estetoscopio ni le tocó.

—Está bien —dijo el doctor—. Ni siquiera ha cogido un resfriado. Sólo que desiste.

—¿Desiste? —dijo McCaslin.

—Sí. Los viejos hacen así a veces. Luego, después de un buen sueño o quizá con un trago de whisky, cambian de idea.

Volvieron a la casa. Y luego empezaron a llegar ellos —los habitantes de los pantanos, los hombres macilentos que ponían trampas y vivían de quinina y de coatíes y del agua del río, los agricultores de pequeños espacios de maíz y de algodón en el valle cuyos campos y graneros y chiqueros había saqueado el viejo oso, los leñadores del campamento y los hombres del aserradero de Hoke y los hombres de la ciudad de mucho más lejos, cuyos perros habían sido muertos por el viejo oso y sus trampas y armadijos destruidos y cuyo plomo llevaba—. Llegaban a caballo y a pie y en carros, entraban en el patio y le miraban y luego iban a la parte delantera donde estaba instalado *Lion*, llenando el pequeño patio y rebasándolo hasta que hubo casi un centenar de ellos en cuclillas y de pie bajo la luz cálida y amodorrante del sol, hablando en voz baja de cacerías de las piezas y de los perros que las persiguen, de los perros y del oso y del ciervo y de los hombres de ayer desaparecidos de la tierra, mientras de vez en cuando el gran perro azul abría los ojos, no como si los estuviera escuchando, sino como si mirase a los bosques por un momento antes de cerrarlos de nuevo, para recordar los bosques o para comprobar que todavía estaban allí. Murió al amanecer.

El mayor de Spain dejó el campamento aquella noche. Llevaron a *Lion* al bosque, esto es, lo llevó Boon, envuelto en un edredón de su cama, lo mismo que se había negado ayer a que nadie tocara a *Lion* hasta que el doctor llegase; Boon llevaba a *Lion*, y el muchacho y el general Compson y Walter y además casi cincuenta de los otros le seguían con linternas y con teas encendidas —hombres de Hoke y hasta de más lejos, que tendrían que cabalgar para salir del valle en la oscuridad y hombres de los pantanos y tramperos que hasta tendrían que irse andando, dispersándose hacia las pequeñas cabañas perdidas donde vivían—. Y Boon no permitió a nadie que cavase la fosa y depositó a *Lion* en ella y lo cubrió y luego el general Compson se colocó en la cabecera de la fosa mientras la llama y el humo de las teas se difundían entre las ramas invernales y habló como habría hablado por un hombre. Después, regresaron al campamento. El mayor de Spain y McCaslin y Ash habían enrollado y atado colchones y mantas. Las mulas estaban enganchadas en el carro y de espaldas al valle y el carro estaba ya cargado y la hornilla de la cocina estaba fría y la mesa estaba preparada con sobras de comida fría y pan y sólo el café estaba caliente cuando el muchacho corrió a la cocina donde el mayor de Spain y McCaslin ya habían comido.

—¿Qué? —gritó—. ¿Qué? Yo no me voy.

—Sí —dijo McCaslin—; nos vamos esta noche. El mayor quiere volver a casa.

—¡No! —dijo él—. Yo me quedo.

—Tienes que estar de vuelta en la escuela el lunes. Ya has perdido una semana más de lo que yo pensaba. Tendré que ocuparme de ti de aquí al lunes. Sam está bien. Ya oíste al doctor Crawford. Dejaré a Boon y a Jim de Tennie para que permanezcan

con él hasta que pueda levantarse.

Él jadeaba. Los otros habían entrado. Miró rápidamente y casi frenéticamente las otras caras. Boon tenía una botella nueva. Sacó el corcho golpeando el fondo de la botella con la palma de la mano y cogió luego el corcho con los dientes lo escupió y bebió.

—Hacen condenadamente bien en volverte a la escuela —dijo Boon—. Y yo mismo te zurraré la badana si Cass no lo hace, aunque tengas dieciséis años o sesenta años. ¿Dónde diablos esperas llegar sin instrucción? ¿Dónde hubiera llegado Cass? ¿Qué diablos hubiera sido yo si no hubiera ido nunca a la escuela?

Él miró a McCaslin de nuevo. Sentía que su respiración se hacía cada vez más y más corta y cada vez menos profunda, como si en la cocina no hubiera bastante aire para todos aquellos que tenían que respirar.

—Hoy es jueves. Llegaré a casa el domingo de noche en uno de los caballos. Estaré en casa el domingo, entonces. Recuperaré el tiempo perdido estudiando el domingo por la noche, McCaslin —dijo, sin desesperación siquiera.

—No, ya te lo he dicho —dijo McCaslin—. Siéntate y come tu cena. Nos vamos...

—Un momento, Cass —dijo el general Compson. El muchacho no se dio cuenta de que el general Compson se había movido hasta que le puso la mano en el hombro—. ¿Qué es lo que pasa, pequeño? —dijo.

—Tengo que quedarme —dijo él—. Es necesario.

—Está bien —dijo el general Compson—. Puedes quedarte. Si perder una semana más de escuela va a hacerte retroceder tanto que vas a tener que sudar para descubrir lo que cualquier pedagogo asalariado pone entre las tapas de un libro, es mejor que lo dejes para siempre. Y tú te callas, Cass —dijo, aunque McCaslin no había hablado—. Tú tienes un pie en una granja y el otro en un Banco; ni siquiera lograste ser un buen luchador mientras que este muchacho era ya un viejo mucho antes de que tus malditos Sartoris y Edmonds inventaran granjas y Bancos para preservaros vosotros mismos de descubrir lo que este muchacho sabía al nacer y quizá temía también pero sin estar amedrentado, que pudo hacer diez millas con una brújula porque quería ver al oso al que ninguno de nosotros se había acercado lo bastante para meterle una bala y contempló al oso y volvió a hacer las diez millas de vuelta con la brújula en la oscuridad; por Dios, que tal vez sea eso el porqué y el cómo de las granjas y los Bancos. ¿Vas a decirnos lo que pasa?

Pero él aún no podía.

—Necesito quedarme —dijo.

—Está bien —dijo el general Compson—. Ha quedado bastante comida. ¿Volverás a casa el domingo, como le has prometido a McCaslin? No el domingo por la noche: el domingo.

—Sí, señor —dijo él.

—Está bien —dijo el general Compson—. Sentaos y comed, muchachos —dijo

—. Hay que ponerse en marcha. Va a hacer frío antes de que lleguemos a casa.

Comieron. El carro estaba ya cargado y preparado para partir; todo lo que tenían que hacer era subir a él. Boon los conduciría hasta la carretera, hasta la cuadra del colono donde habían dejado el birlocho. Estaba al lado del carro, recortándose su figura contra el cielo, envuelta la cabeza en un turbante como un indio y más alto que cualquiera de los que estaban allí, la botella ladeada. Luego, arrojó la botella entre sus labios sin siquiera bajarla, haciéndola girar y brillar vacía a la débil luz de las estrellas.

—Los que partan —dijo— suban a este maldito carro. Los que no, que se aparten del maldito camino.

Los otros subieron. Boon trepó al asiento al lado del general Compson y el carro empezó a andar, adentrándose en la oscuridad hasta que el muchacho no pudo verlo ya, ni siquiera su masa oscura que se movía en medio de la inmensidad de la noche. Pero todavía pudo oírlo durante un largo rato: el lento, vacilante estrépito del armazón de madera mientras se bandeaba de bache en bache. Y pudo oír a Boon aún después de no oír ya el carro. Iba cantando, bronco, desentonado, estentóreo.

Eso fue el jueves. El sábado por la mañana Jim de Tennie partió en el caballo de McCaslin que no había salido de la selva ni una sola vez en seis años, y avanzada la tarde cruzó el portillo sobre el agotado caballo y fue hasta el economato donde McCaslin estaba dando las raciones a los arrendatarios y a los jornaleros para la semana entrante, y esa vez McCaslin evitó toda necesidad o riesgo de tener que esperar a que los caballos fuesen enjaezados y enganchados al coche del mayor de Spain. Cogió el suyo y con Jim de Tennie, ya dormido en el asiento posterior, llegó a Jefferson y esperó a que el mayor de Spain se cambiara las botas y se pusiera el abrigo, y recorrieron las treinta millas en la oscuridad de la noche y al amanecer del domingo dejaron el coche por la yegua y la mula que les estaban esperando y al salir el sol cabalgaban fuera de la selva y ascendían la pequeña loma donde habían enterrado a *Lion*: el pequeño montículo de tierra no asentado donde todavía se notaban las huellas de la pala de Boon y al otro lado de la fosa la plataforma de vástagos recién cortados y atados entre cuatro pliegues y el bulto envuelto en mantas sobre la plataforma y Boon y el muchacho en cuclillas entre la plataforma y la fosa hasta que Boon, quitado el vendaje de la frente, arrancado, de modo que las largas excoriaciones de las garras de *Old Ben* parecían costras de alquitrán a la luz del sol, saltó en pie y se lanzó sobre ellos con el viejo fusil con el que nunca se supo que hubiera dado en el blanco a nada si bien McCaslin estaba ya bajando de la mula, liberando ambos pies de los estribos y saltando a tierra, antes de que la mula se parase, andando hacia Boon.

—Atrás —dijo Boon—. Por Dios, que no le tocará. Atrás, McCaslin.

Sin embargo, McCaslin continuaba, rápido, aunque sin excesiva premura.

—¡Cass! —dijo el mayor de Spain. Luego dijo—: ¡Boon! ¡Tú, Boon! —y también bajó de la yegua y el muchacho se levantó también, rápidamente, McCaslin

seguía avanzando no de prisa sino constante y llegó hasta la tumba y alargó la mano con firmeza, rápidamente aunque sin prisa, y cogió el fusil por el medio, de modo que él y Boon se enfrentaron a través de la tumba de *Lion*, sujetando ambos el fusil, la cara consumida, indomable, absorta y frenética de Boon, que sobrepasaba de una cabeza a la de McCaslin bajo las negras cicatrices de las garras de la fiera, y luego el pecho de Boon empezó a jadear como si no hubiera suficiente aire en todo el bosque, en toda la selva, para todos ellos, para él y para cualquier otro, ni siquiera para él solo.

—Suéltalo, Boon —dijo McCaslin.

—Condenada espiguilla... —dijo Boon—. ¿No sabes que te lo puedo quitar? ¿No sabes que puedo amarrártelo al cuello como una condenada corbata?

—Sí —dijo McCaslin—. Suéltalo, Boon.

—Así es como él quería. Él nos lo dijo. Él nos dijo exactamente cómo hacerlo. Y por Dios, que usted no le tocará. Así hemos hecho como él dijo, y yo estoy sentado aquí desde entonces para mantener a los condenados gatos salvajes y zorros lejos de él y, por Dios...

Luego, McCaslin tuvo el fusil, inclinado hacia abajo mientras movía el cargador y los cinco cartuchos se deslizaron tan velozmente que el último estaba casi fuera antes de que el primero tocara el suelo y McCaslin dejó caer el fusil tras de sí sin separar sus ojos de los de Boon ni una sola vez.

—¿Lo mataste tú, Boon? —dijo.

Entonces Boon se movió. Se volvió, se movió como si estuviera todavía borracho y luego, durante un momento ciego también, con una mano extendida como si no acertara hacia el gran árbol y parecía que se extendía antes de alcanzar el árbol de modo que se arrojó, cayó sobre él, alargando las manos y pegándose contra el árbol y volviéndose hasta que su espalda estuvo contra él, el tronco del árbol respaldando su salvaje, agotado, desgarrado rostro y la tremenda elevación y concentración de su pecho, siguiéndole Mac Caslin, enfrentándose de nuevo con él, sin siquiera una vez haber separado sus ojos de los ojos de Boon.

—¿Lo mataste tú, Boon?

—¡No! —dijo Boon—. ¡No!

—Di la verdad —dijo McCaslin—. Yo también lo hubiera hecho si él me lo hubiera pedido.

Luego el muchacho se movió. Se halló entre ellos, encarándose con McCaslin; las lágrimas le caían como si brotaran y rebosaran no de sus ojos sólo sino de todo su rostro, como sudor.

—¡Déjalo en paz! —gritó—. ¡Maldita sea! ¡Déjalo en paz!

Capítulo 4

LUEGO tuvo veintiún años. Podía decirlo, él y su primo yuxtapuestos no contra la selva sino contra la tierra domada que debía ser su herencia, la tierra que el viejo Carothers McCaslin su abuelo había comprado con el dinero del hombre blanco a los hombres salvajes cuyos abuelos habían cazado sin fusiles, y la había domado y ordenado o creía que la había domado y ordenado por el hecho de que los seres que él poseía en la esclavitud y con derecho de vida o muerte sobre ellos lo habían arrancado a la selva y con su sudor habían rascado su superficie hasta una profundidad de unas catorce pulgadas con el fin de hacer crecer algo que no había estado allí antes y que podía ser transformado en el dinero que el que creyó que la había comprado había tenido que pagar para conseguirla y mantenerlo y también un razonable beneficio; y por este hecho el viejo Carothers McCaslin, aun sabiéndolo, pudo criar a sus hijos, sus descendientes y herederos, creyendo que la tierra era su posesión y su legado ya que el hombre fuerte y endurecido tiene una cínica presciencia de su vanidad y de su orgullo y de su fuerza y cierto desprecio por todo lo que logra; lo mismo que, aun sabiéndolo, el mayor de Spain y su pedazo de aquella selva que era mayor y más antigua que cualquier escritura registrada: al igual que, aun sabiéndolo, el viejo Thomas Sutpen, de quien el mayor de Spain había conseguido su pedazo por dinero; semejante a Ikkemotubbe, el jefe Chickasaw, de quien Thomas Sutpen había tenido aquel pedazo por dinero o por ron o por lo que fuese, sabía a su vez que ni siquiera un pedazo había sido suyo para poder cederlo o venderlo.

No contra la selva, sino contra la tierra, no en su busca y codicia sino en su abonado, y en la administración como debía haber sido, no el corazón acaso sino seguramente el plexo solar de la repudiada y abandonada: el rectángulo, rodeado de galerías, toda la edificación de madera arrellanada como un prodigio sobre los campos cuyos trabajadores todavía se mantenían en un sesenta y cinco por ciento o más en la esclavitud y rotulada por todas partes con anuncios de rapé y medicamentos para los resfriados y ungüentos y pociones manufacturadas y vendidas por los blancos para blanquear el pigmento y alisar el pelo de los negros para que pudieran parecerse a la misma raza que durante doscientos años los había tenido en la esclavitud y de la que durante otros cien años ni siquiera una sangrienta guerra civil había logrado liberarlos del todo.

Él y su primo en medio de los viejos olores del queso y de la carne salada y del petróleo y los arneses, los estantes de tabaco y de pantalones y de frascos de medicinas y de hilo y de piezas de Strado, los barriles y barrilitos de harina y de alimentos y de melaza y de clavos y las estaquillas en el muro de las que colgaban los tirantes y las colleras y las cadenas de los jaeces, y el escritorio y la estantería donde descansaban los libros mayores en los que McCaslin registraba la lenta salida de

alimentos y suministros y vestidos que volvía cada otoño cuando el algodón era recogido y desmotado y vendido unas hebras frágiles como la verdad e impalpables como la línea ecuatorial y sin embargo fuertes como una maroma para atar de por vida a aquellos que hacían el algodón en la tierra donde caía su sudor, y los viejos registros amazacotados y arcaicos en las dimensiones y en la forma, sobre cuyas páginas amarillentas estaba registrada con descoloridos caracteres por su padre Teophilus y su tío Amodeus durante las dos décadas anteriores a la Guerra Civil, la manumisión al menos de nombre de los esclavos de Carothers Mac Caslin:

—Abandonar —dice McCaslin—. Abandonar. Tú, el descendiente directo y varón de quien vio la oportunidad y la tomó, y compró la tierra, cogió la tierra, consiguió la tierra no importa cómo, la mantuvo para legarla, no importa cómo, aparte de la antigua concesión, la primera patente, cuando era una selva de animales salvajes y hombres más salvajes, y la desbrozó, la cambió en algo que pudiera legar a sus hijos, digna de ser transmitida para comodidad y seguridad y orgullo de sus descendientes y para perpetuar su nombre y sus méritos. No sólo el descendiente varón sino el único y último descendiente por línea de varón y de la tercera generación, mientras que yo no sólo soy de la cuarta generación del viejo Carothers, yo desciendo de línea de mujer y el mismo McCaslin de mi nombre es mío sólo por la tolerancia y la cortesía y el orgullo de mi abuela por lo que realizó aquel hombre cuyo legado y monumentos crees que puedes rechazar, y él.

—No puedo rechazarlo. Nunca ha sido mío para poder rechazarlo. No ha sido nunca de mi Padre y de Tío Buddy para que me lo legaron para que lo repudiase porque nunca fue del Abuelo para que se lo legase a ellos y que ellos me lo legasen a mí para que lo repudiase porque nunca fue del viejo Ikkemotubbe para que se lo vendiese a mi Abuelo para la concesión y el repudio. Porque nunca los padres de Ikkemotubbe se lo llegaron a Ikkemotubbe para que lo vendiese al Abuelo ni a ningún hombre porque en el instante en que Ikkemotubbe descubrió, se dio cuenta, de que podía venderlo por dinero, en ese instante dejó de ser suyo para siempre, de padre a padre y a padre, y el hombre que lo compró no compró nada.

—¿No compró nada? —y él.

—No compró nada. Porque Él dice en el Libro cómo creó la tierra, la hizo y la contempló y dijo que estaba bien, y luego Él hizo al hombre. Hizo la tierra primero y la pobló de bestias, y luego Él creó al hombre para que fuese Su mayoral sobre la tierra y en Su nombre se reservase la soberanía sobre la tierra y sobre los animales que estaban en ella, no para que mantuviese para sí y para sus descendientes títulos inviolables eternamente, generación tras generación, de oblongos y cuadrados de tierra, sino para que mantuviese la tierra recíproca e intacta en la anónima colectividad de la fraternidad y todo lo que Él pedía como retribución fue la piedad y la humildad y el sufrimiento y la paciencia y el sudor de sus frentes para el pan. Y yo sé que vas a decirme —dijo—: A pesar de todo eso el abuelo... —y McCaslin.

—... la poseyó. Y no el primero. No él solo y no el primero desde que, como tu

Autoridad expone, el hombre fue privado del Edén. Ni tampoco el segundo y siempre no el único, hacia bajo por la tediosa y vergonzosa crónica de Sus elegidos dimanantes de Abraham, y de los hijos de aquellos que desposeyeron a Abraham, y de los quinientos años durante los que la mitad del mundo conocido y todo lo que contenía fue propiedad de una sola ciudad como todo esta plantación y toda la vida en ella contenida fue propiedad y servidumbre irrevocable de este economato y de esos libros mayores que estaban ahí durante la vida de tu abuelo, y en los siguientes mil años los hombres pasaban el tiempo peleando sobre los fragmentos de aquellas ruinas hasta que al fin incluso los fragmentos se agotaron y los hombres gruñeron sobre los mordisqueados huesos del crepúsculo sin valor del viejo mundo hasta que un huevo fortuito les descubrió un nuevo hemisferio. Por eso permíteme decirlo: No obstante y a despecho de esto el viejo Carothers la poseyó. Comprada, conseguida, no importa; retenida, conservada, no importa; transmitida: ¿por qué, de lo contrario, estarías aquí abandonándola y repudiándola? La tuvo, la conservó durante cincuenta años hasta que tú pudieras repudiarla, mientras que Él —ese Arbitro, ese Arquitecto, ese Juez— perdonó —¿o no perdonó?— miró abajo y vio —¿o no vio?— O al menos no hizo nada: vio, y no pudo, o no vio, y no quiso, o quizá Él no quería ver —perverso, impotente, o ciego: ¿cuál?— y él.

—Desposeído. —Y McCaslin.

—¿Qué? —y él.

—Desposeído. No impotente: Él no ha perdonado; no ciego, porque Él lo ha observado. Y permíteme decirlo. Desposeído del Edén. Desposeído de Canaan, y aquellos que le desposeyeron desposeídos, y los quinientos años de los ausentes propietarios en los baños de Roma, y los mil años de los hombres salvajes de los bosques del Norte que los desposeyeron a ellos y devoraron sus materias violadas violados de nuevo a su vez y luego gruñeron en lo que tú llamas el crepúsculo sin valor del viejo mundo sobre los huesos mordisqueados del viejo mundo, blasfemando en Su nombre hasta que Él empleó un simple huevo para descubrirles un nuevo mundo donde una nación de gentes podía ser fundada en la humildad y en la piedad y en la tolerancia y en el orgullo del uno por el otro. Y el abuelo no obstante y a despecho de esto poseyó la tierra porque Él lo permitió, no impotente y no perdonado y no ciego porque Él lo dispuso y lo observó. El vio la tierra ya maldita cuando Ikkemotubbe y el viejo Issetibbeha padre de Ikkemotubbe y los padres del viejo Issetibbeha la ocupaban, ya corrompida, antes aun de que cualquier hombre blanco la poseyese por lo que el abuelo y los de su casta, sus padres, habían traído a las nuevas tierras que Él les había concedido por piedad y por tolerancia, a cambio de la piedad y la humildad y la tolerancia y la perseverancia, de aquel crepúsculo y sin valor del viejo mundo como si en las velas hinchadas del viento infecto del viejo mundo que impulsó los barcos... —y McCaslin.

—Ah.

—... y ninguna esperanza para la tierra en ninguna parte en tanto que

Ikkemotubbe y los descendientes de Ikkemotubbe la poseyeron en ininterrumpida sucesión. Tal vez El vio que desocupando la tierra durante un tiempo de la sangre de Ikkemotubbe y sustituyéndola por otra sangre, podría El llevar a cabo su propósito. Quizá Él sabía ya lo que la otra sangre sería, quizá era más que justicia que sólo la sangre del hombre blanco fuese provechosa y capaz para levantar la maldición de sobre el hombre blanco, más que venganza cuando... —y McCaslin.

—Ah.

—... cuando Él usó la sangre que había llevado el mal para destruir el mal lo mismo que los médicos provocaron la fiebre para quitar la fiebre, el veneno para matar al veneno. Acaso Él eligió al Abuelo entre todos aquellos que Él podía haber elegido. Acaso Él sabía que el Abuelo no habría servido para su propósito porque el Abuelo había nacido demasiado pronto, pero que el Abuelo tendría descendientes, los descendientes que convenían; tal vez El vio ya en el Abuelo la simiente que procrease las tres generaciones que El vio serían precisas para dar la libertad al menos a parte de su humilde pueblo... —y McCaslin.

—Los hijos de Cam. Tú que citas el Libro: los hijos de Cam —y él.

—Hay muchas cosas que Él dice en el Libro, y algunas cosas se Le atribuyen que Él no dijo. Y yo sé lo que tú dirás ahora: Que si la verdad es una cosa para mí y otra para ti ¿cómo haremos para elegir lo que es la verdad? Tú no necesitas elegir. El corazón ya lo sabe. Él no tiene Su Libro escrito para ser leído por los que deben elegir y seleccionar, sino para el corazón, no para los sabios de la tierra porque acaso ellos no lo necesitan o acaso los sabios ya no tienen corazón, sino para los condenados y los humildes de la tierra que no pueden leer con otra cosa sino con el corazón. Porque los hombres que escribieron el Libro por El estaban escribiendo acerca de la verdad y hay sólo una verdad y abarca todas las cosas que atañen al corazón. —Y McCaslin.

—También aquellos hombres que transcribieron Su Libro por Él a veces eran mentirosos, —y él.

—Sí. Porque eran humanos. Ellos trataban de consignar la verdad del corazón extrayéndola de la completa turbulencia del corazón, para todos los complejos y turbados corazones que palparían después de ellos. Lo que ellos trataban de decir, lo que Él quería que se dijese, era demasiado sencillo. Aquéllos para quienes transcribían Sus palabras no habrían podido creerles. Tenían que ser explicados en los términos de todos los días que les eran familiares y que podían comprender, no sólo aquellos que escuchaban sino también aquellos que las decían, porque si ellos que estaban tan cerca de El como para haber sido elegidos de entre todos los que divulgaban y hablaban lenguas para transcribir y difundir sus palabras, podían comprender la verdad sólo a través de las complejidades de la pasión y la lujuria y el odio y el miedo que mueven el corazón ¿qué distancia tendrían que atravesar para llegar a la verdad aquellos que sólo podían alcanzarla de labios humanos? —y McCaslin.

—Podría contestarte a eso, ya que te has puesto a probar tus puntos de vista y a refutar los míos con el mismo texto, que no lo sé. Pero no lo digo, ya que tú mismo te has dado la respuesta: Ninguna absolutamente si, como dices, el corazón conoce la verdad, el certero e infalible corazón. Y tal vez tú tengas razón, ya que si bien tú supones tres generaciones desde el viejo Carothers a ti, no eran tres. Ni siquiera eran dos completamente. Tío Buck y Tío Buddy. Y ellos no eran los primeros ni los únicos. Un millar de otros Bucks y Buddies en menos de dos generaciones y a veces en menos de una en esta tierra según tú pretendes creó y el hombre ha maldecido y corrompido. Sin hablar de 1865. —Y él:

—Sí. Muchos más hombres que padre y Tío Buddy —sin mirar siquiera hacia el estante sobre el escritorio, ni tampoco a McCaslin. Ellos no lo necesitaban. Para él era como si los libros mayores con sus cicatrices y fisuras en sus encuadernaciones de cuero fueran siendo levantadas uno a uno en sus descoloridas series y colocados abiertos sobre el escritorio o quizá sobre algún apócrifo Banco o incluso Altar o tal vez delante de Su Trono para una última lectura y contemplación y refrescar la memoria del Omnisciente antes de que las páginas amarillentas y la pardusca y tenue tinta con la que se hallaba registrada la injusticia y al menos un poco de las mejoras y reparaciones se desvanecieran para siempre en el común polvo originario.

Las amarillentas páginas garrapateadas con pálida tinta primero por la mano de su abuelo y luego por su padre y su tío, solteros hasta pasados los cincuenta y luego los sesenta años, uno que dirigía la plantación y los trabajos agrícolas y el otro que hacía las faenas domésticas y la cocina y continuó haciéndolo aún después de casado su hermano gemelo y de nacer el muchacho.

Los dos hermanos que tan pronto como su padre estuvo enterrado se trasladaron del edificio tremendamente concebido, a una cabaña de troncos de una sola habitación que ellos mismos habían construido y añadieron otras habitaciones mientras vivieron en ella, oponiéndose a que los esclavos tocaran ningún madero sino únicamente que llevaran al sitio los troncos que dos hombres solos no podían manejar, y alojaron a todos los esclavos en la casa grande en la que algunas de las ventanas estaban simplemente hechas de tablas o pieles de oso y de ciervo clavadas sobre la vacía armazón: todas las tardes a la puesta del sol el hermano que dirigía los trabajos agrícolas pasaba revista a los negros como un sargento mayor, y en manada, quieras o no, los enviaba, hombres y mujeres y niños, sin preguntas, protestas o apelación, al tremendo y abortado edificio apenas sin haber salido del embrión, como si hasta el viejo Carothers McCaslin se hubiese interrumpido despavorido frente a las concretas muestras de las ilimitadas concepciones de su propia vanidad: pasaba lista mentalmente y los mandaba a dentro y con un clavo hecho a mano tan largo como un cuchillo de desollar y colgando de una breve tira de piel de ciervo atada con ese fin al quicio de la puerta cerraba la puerta de aquella casa a la que faltaban la mitad de las ventanas y la puerta de atrás sin ninguna bisagra, de modo que entonces y durante cincuenta años después, cuando el muchacho era ya mayor para oírlo y recordarlo,

corría por la región una especie de conseja: el campo lleno toda la noche de los remolones esclavos de las McCaslin evitando las carreteras iluminadas por la luna y la patrulla montada que iba a visitar las otras plantaciones, y del tácito acuerdo entre los dos hombres blancos y las dos docenas de negros de que después de que el blanco los había contado y había hincado el clavo hecho a mano en la puerta delantera al atardecer, ninguno de los blancos iría a dar una vuelta detrás de la casa a mirar la puerta de atrás, con tal de que todos los negros estuvieran detrás de la puerta principal cuando el hermano que los encerró sacaba de nuevo el clavo al romper el día.

Los gemelos que eran idénticos hasta en su escritura, a menos que no se pusiera uno al lado de la otra para confrontarlas, y hasta cuando los caracteres de ambos aparecían en la misma página (como sucedía a menudo, como si, habiendo pasado mucho tiempo sin intercambio oral, hubieran usado las páginas siguientes día por día para conducir el ineludible asunto de la compulsión que había atravesado todo el inmenso y salvaje Norte del Mississippi en 1830 y en el 40 y se singularizó en ellos para dirigirla) parecían como si hubieran sido escritos por la misma mano de un muchacho normal de diez años de edad, hasta en la ortografía, salvo que la ortografía no mejoraba a medida que uno a uno de los esclavos que Carothers McCaslin había heredado y comprado —Koscius y Phoebe y Thucydides y Eunice y sus descendientes, y Sam Fathers y su madre por los que había cambalacheado un caballo trotón vicioso y castrado al viejo Ikkemotubbe, el jefe Chickasaw a quien también había comprado la tierra, y Tennie Beauchamp a quien el gemelo Amodeus había ganado a su vecino en una partida de póquer, y aquella anomalía que se llamaba a sí mismo Percival Brownlee que el gemelo Theophilus había comprado, y que ni él ni su hermano sabían realmente por qué, a Bedford Forrest cuando era todavía un traficante de esclavos y aún no un general. Era una sola página, no larga y abarcaba menos de un año, ni siquiera siete meses en realidad, empezaba con los caracteres que el muchacho había aprendido a distinguir como de su padre:

Percival Brownlee de 26 años empleado tenedor de libros, comprado a N. B. Forest en Col Water 3 Mar 1856 \$ 265 dólares.

Y debajo de esto, con la misma caligrafía:

5 mar 1856 No sabe llevar la contabilidad al menos No sabe leer. Puede escribir su Nombre pero ya lo había anotado Yo Dice que sabe arar pero no me lo parece, mandado al campo hoy Mar 5 de 1856.

Y por la misma mano:

6 Mar 1856. No sabe arar tampoco. Dice que quiere ser Predicador de

modo que quizá puede también llevar al ganado a Beber al Torrente.

Y ahora era la otra, la caligrafía que podía reconocer como de su tío cuando las veía juntas en la misma página:

Mar 23 1856 Tampoco puede hacer eso excepto de uno en uno sacárselo encima.

Luego la primera otra vez:

24 Mar 1856 Quién diablos lo compraría.

Luego la segunda:

19 de Abr 1856 Nadie Tú mismo lo sacaste del Mercado de Cold Water hace dos meses. Yo no he dicho nada de venderlo. Libértalo.

La primera:

22 Abr Me libraré de él.

La segunda:

13 Jun 1856 Como \$ 1 por año 265 \$ 265 años. Quien firmará su papel de Libertad.

Luego la primera otra vez:

1 Oct 1856 La Mula Josefina se ha roto una pata la hemos matado mala cuadra mal negro malo todo \$ 100. Dólares.

Y la misma:

2 Oct 1856 Liberada la Deuda de McCaslin y McCaslin \$ 265. Dólares.

Luego la segunda otra vez:

3 Oct 1856 Debe Theophilus McCaslin Negro 265 \$ Mula 100 \$ 365 \$ Él no

se ha ido sin embargo Papá debía estar aquí.

Luego la primera:

3 Oct 1856 Ese hijo de perra no quiere irse. Qué habría hecho padre.

La segunda:

29 de Oct 1856 Rebautizarle.

La primera:

31 Oct 1856 ¿Rebautizarle qué?

La segunda:

Navidad 1856 Sprintius.

Adquirían sustancia y hasta una especie de vida fantasmal con sus pasiones y hasta con sus complejidades según las páginas seguían a las páginas y los años a los años; todo allí, no sólo la general y perdonada injusticia y su lenta amortización, sino la tragedia específica que no había sido perdonada y no podía ser nunca amortizada, la nueva página y el nuevo registro, la caligrafía que podía reconocer a primera vista como de su padre:

Papá murió Lucius Quintus Carothers McCaslin, Callina 1772 Missippy 1837. Muerto y enterrado 27 Junio 1837.

Roskus, criado por Abuelo en Callina No sé la edad. Liberado el 27 de Junio 1837 No quiso marcharse. Muerto y enterrado 12 Ene 1841.

Fibby esposa de Roskus, comprada por abuelo en Callina dice Cincuenta Liberada el 27 de Junio de 1837 No quiso marcharse. Muerta y enterrada 1 de Agos 1849.

Thucydus hijo de Roskus y Fibby nacido en Callina en 1779. Rechazó una parcela de 10 acres en el testamento de papá 28 de Jun 1837 Rechazó una oferta en Efectivo de \$ 200 dólares de A. y T. McCaslin 28 de Jun 1837 Quiere quedarse y trabajar.

Y debajo de esto y cubriendo las siguientes cinco páginas y casi otros tantos años, el lento, cotidiano aumento de los jornales que se le abonaban y el alimento y los

vestidos —la melaza, y la carne y la harina, las camisas baratas y duraderas y los «monos», y los zapatos y de vez en cuando un abrigo para la lluvia y el frío— gravando el saldo de la suma que lenta pero constantemente crecía (y parecía al muchacho que podía realmente ver al negro, al esclavo que sus amos blancos habían liberado para siempre en virtud de un hecho del que el negro no podría ser nunca libre mientras durase la memoria, entrando en el economato, acaso pidiendo permiso al hijo del hombre blanco para ver la página del libro mayor que ni siquiera podía leer, sin siquiera pedir la palabra del blanco, que hubiera tenido que aceptar por la razón de que no tenía bajo el sol modo de comprobarla, cómo estaba su cuenta, cuánto tiempo faltaba para que pudiera irse y no volver más, aunque sólo fuera hasta Jefferson a diecisiete millas de distancia) hasta el doble rasgo de la pluma cerrando la última anotación:

3 Nov 1841 En efectivo a Thucydus McCaslin \$ 200 dólares Instalado una herrería en J. Dic 1841 Muerto y enterrado en J. 17 feb 1854.

Eunice comprada por Padre en New Orleans 1807 \$ 650 dólares. Casada con Thucydus en 1809 Ahogada en el Torrente Día de Navidad 1832.

Y luego aparecía la otra caligrafía, la primera vez que él la había visto en el libro distinguiéndola como de su tío, el cocinero y ama de llaves que hasta Mac Caslin, que lo había conocido a él y al padre del muchacho durante dieciséis años antes de que naciera el muchacho, recordaba sentado todo el día en la mecedora desde la que guisaba la comida, delante del fogón de la cocina donde cocinaba:

21 Junio 1833 Se ahogó ella misma y la primera:

23 Jun 1833 Quién diablos ha oído nunca que un negro se ahogase a sí mismo.

Y la segunda, sin prisas, completamente terminante; las dos idénticas anotaciones podían haber sido hechas con un sello de goma excepto por la fecha:

13 Agos 1833 Se ahogó ella misma.

Y él pensó. ¿Pero por qué? ¿Pero por qué? Tenía entonces dieciséis años. No era la primera vez que había estado solo en el economato ni la primera vez que había bajado los viejos libros mayores familiares de su estante sobre el escritorio desde que él se acordaba. De niño y aún después de los nueve y diez y once años, cuando había aprendido a leer, miraba los lomos y los cantos resquebrajados y llenos de cicatrices pero sin ningún particular deseo de abrirlos, y aunque terna la intención de examinarlos algún día porque se daba cuenta de que debían contener una relación

cronológica y mucho más amplia aunque indudablemente aburrida de lo que hubiese podido conseguir de ninguna otra fuente, no sólo de los de su carne y su sangre sino de toda su gente, no sólo de los blancos sino de los negros también, que era tanta parte de su linaje como sus progenitores blancos, y de la tierra que todos ellos habían tenido y usado en común y de la que habían sacado el alimento y que continuarían usando en común sin reparar en el color o en el título de propiedad, sería sólo en algún día de ocio cuando fuese viejo y tal vez hasta un poco aburrido ya que lo que los viejos libros contenían debía ser después de todo aquellos años estampados inmutablemente, consumados, inalterables, inocuos. Luego tuvo dieciséis años. Sabía lo que iba a encontrar antes de encontrarlo. Cogió la llave del economato en el cuarto de McCaslin después de la medianoche mientras McCaslin estaba dormido y con la puerta del economato cerrada con llave a su espalda y la olvidada linterna apestando de nuevo la cerrada y muerta y helada atmósfera, se inclinó sobre la página amarillenta y no pensó Por qué se había ahogado, sino pensando lo que él creía que su padre había pensado cuando halló el primer comentario de su hermano: ¿Por qué pensó tío Buddy que se había ahogado a sí misma?, hallando, empezando a hallar en la página siguiente lo que él sabía que había encontrado, sólo que eso no estaba todavía porque él ya lo conociese:

Tomasina llamada Tomy Hija de Thucydus y de Eunice Nacida en 1810 muerta de Parto en Junio de 1833 y Enterrada. El año que cayeron estrellas.

Ni la siguiente:

Turl Hijo de Thucydus y de Eunice Tomy nacido en Jun 1833 el año que cayeron estrellas Testamento de padre.

Y nada más, ningún fastidioso apunte llenaba esa página de jornales día por día y alimentos y ropas cargados en su cuenta, ninguna anotación sobre su muerte y entierro porque él había sobrevivido a sus medio hermanos blancos y los libros que llevaba Mac Caslin no incluían necrológicas: solamente *Testamento de padre* y él había visto esto también: la caligrafía resuelta y apretada del viejo Carothers mucho menos legible que las de sus hijos y no mucho mejor en ortografía, que mientras ponía mayúsculas a casi todos los nombres y verbos, no hacía el menor esfuerzo para explicar o velar el legado de mil dólares al hijo de una esclava soltera, para ser pagados sólo cuando el niño llegara a su mayoría de edad, pesando la consecuencia del acto del que no había todavía ninguna prueba definitiva e incontrovertible de que él lo reconociera, no en su sustancia, sino castigando a sus hijos por ella, cargándoles con un tanto alzado en metálico por el accidente de su propia paternidad; ni siquiera un soborno de silencio hacia su propia reputación, ya que su reputación sufriría sólo

cuando él no estuviera ya para defenderla, tirando casi despectivamente, como hubiera podido tirar un sombrero o unos zapatos viejos, aquellos mil dólares que bajo aquellas condiciones no podían haber tenido más realidad para él que la que tendrían para el negro, el esclavo a quien ni siquiera habría visto hasta que llegara a la mayoría de edad, veintiún años demasiado tarde para empezar a aprender lo que era el dinero. *Por eso imagino que era más barato que decirle hijo Mío a un negro, pensó. Aunque hijo Mío eran apenas dos palabras. Pero debe haber habido amor, pensó. Alguna clase de amor. Aunque fuese lo que él hubiera llamado amor: no precisamente, el pasatiempo de una tarde o de una noche.* He ahí al viejo, viejo, casi a cinco años de su muerte, mucho tiempo viudo y, como sus hijos no sólo eran solteros, sino que se aproximaban a la media edad, solo en la casa y sin duda también aburrido ya que su plantación ya estaba ordenada y funcionaba y había bastante dinero, demasiado probablemente para un hombre cuyos vicios siquiera en apariencia permanecían por debajo de sus recursos; he aquí a la muchacha, joven y sin marido, sólo veintitrés años cuando nació el niño; tal vez la había mandado buscar al principio a causa de su soledad, para tener una voz joven y movimiento en la casa, intimó con ella, propuso a la madre que la mandara todas las mañanas para barrer el suelo y hacer las camas y la madre consintió, porque probablemente yantaba sobrentendido, planeado ya: la única criatura de una pareja que no trabajaba en el campo y que se consideraba algo por encima de los otros esclavos no sólo por esa razón sino porque el marido y su padre y su madre también habían sido heredados por su padre blanco, y el blanco mismo había viajado trescientas millas y más hasta Nueva Orleáns en los días en que los hombres viajaban a caballo o en barco, y compró la madre de la muchacha como esposa para...

Y eso era todo. Las viejas y frágiles páginas parecían volverse por sí mismas mientras él pensaba *Su propia hija. Su propia hija. No. No. Ni siquiera él* volvió a aquel día cuando el hombre blanco (ni siquiera viudo entonces) que nunca fue a ninguna parte no más que sus hijos hubieran ido a su vez y que no necesitaba otro esclavo, había hecho todo el camino hasta Nueva Orleáns y compró uno. Y Terrel de Tomey vivía aun cuando el muchacho tenía diez años y él supo por su propia observación y por lo que recordaba que había habido algo de blanco en la sangre de Terrel de Tomey antes de que su padre le diese el resto; y mirando la página amarillenta extendida bajo la luz de la linterna que humeaba y apestaba en la cerrada habitación helada en la medianoche cincuenta años más tarde, le pareció verla realmente dejarse ir en el helado torrente en aquel día de Navidad seis meses antes de que naciese el niño de su hija y de su amante (*de su primer amante, pensó. Su primer*), sola, inflexible, sin dolor, solemne, en formal y sucinto renunciamiento del dolor y la desesperación que ya había tenido que renunciar a la fe y a la esperanza.

Eso era todo. No tendría nunca necesidad de volver a mirar los libros mayores ni lo hizo; las amarillentas páginas en su descolorida e implacable sucesión eran como una parte de su conciencia y en ella permanecerían para siempre, como el hecho de su

propio nacimiento:

Tennie Beauchamp 21 años Ganada por Amodeus McCaslin a Hubert Beauchamp, Hacendado, Posible Apuro contra tres Treses a la vista No hablado 1859 Casada con Turl de Tomy 1859.

Y ninguna racha de liberación porque la liberación de ella, como la de su primera criatura superviviente, no derivó de Buck y Buddy McCaslin en el economato, sino de un desconocido en Washington y ninguna fecha de muerte y entierro, no sólo porque McCaslin no registraba las defunciones en sus libros, sino porque en ese año de 1883 ella estaba aún viva y continuaría estándolo hasta ver a un nieto del último hijo que le viviese:

Amodeus McCaslin Beauchamp hijo de Turl de Tomy y de Tennie Beauchamp 1859 muerto 1859.

Luego todo de la mano de su tío, porque su padre era ya miembro de la caballería mandada por aquel hombre cuyo nombre como traficante de esclavos no podía ni siquiera escribir correctamente: y ni siquiera una página y ni siquiera una línea entera:

Hija de Trul de Tomes y de Tenny 1862.

Y ni siquiera una línea y ni siquiera el sexo y ninguna explicación dada aunque el muchacho podía imaginarla porque McCaslin tenía entonces trece años y recordaba que no siempre había bastante comida en muchos sitios excepto Vicksburg:

Hijo de Turl de Tomes y Tenny 1863.

Y la misma mano otra vez y éste vivió, como si la perseverancia de Tennie y el atenuado y diluido fantasma de la crueldad del viejo Carothers hubiesen al fin conquistado hasta la inanición; y más claro, más lleno, escrito más cuidadosamente y con menos errores de ortografía de lo que el muchacho había visto, como si el viejo, que debía haber sido una mujer ante todo, tratando de dirigir lo que había quedado de la plantación en la ausencia de su hermano en los intervalos entre la cocina y cuidar de sí mismo y del huérfano de catorce años, había tomado como un augurio de renovada esperanza el hecho de que este innominado heredero de esclavos viviese al menos lo bastante para recibir un nombre:

James Thucydus Beauchamp Hijo de Turl de Tomes y de Tenny Beauchamp Nacido el 29 de diciembre de 1864 y los dos querían llamarle Theophilus pero Tride Amodeus McCaslin y Callhia McCaslin ambos hicieron para disuadirlos Nacido a las Dos A, m, los dos Bien.

Pero nada más, nada; habrían hecho falta otros dos años antes de que el muchacho, casi un hombre ya, volviese del abortado viaje al Tennessee con el todavía intacto tercio del legado del viejo Carothers a su hijo Negro y a sus descendientes, el cual, como las tres criaturas supervivientes determinaron al fin una a una su aparente intención de sobrevivir, sus medios tíos blancos habían aumentado hasta mil dólares cada uno, si lo permitían las condiciones, cuando llegaron a la mayoría de edad, y completaría él mismo la página todo lo que podía ser completada cuando aquel día fuese pasado hacía tiempo tras el cual un hombre nacido en 1864 (o 1867, cuando él mismo vio la luz) hubiera podido esperar o esperó o hasta deseó estar todavía vivo; su propia caligrafía, extrañamente parecida no a la de su padre ni a la de su tío ni siquiera a la de McCaslin, sino a la de su abuelo excepto en la ortografía:

Desaparecido en algún momento en la noche de su veintiún aniversario Dic 29 1885. Seguido por Isaac McCaslin hasta Jackson Tenn, y allí perdido. Su tercera parte del legado \$ 1000.00 devuelta a McCaslin Edmonds. Depositario, este día Ener 12 1886.

Pero no todavía: otros dos años, y he aquí otra vez la escritura de su padre, cuyo viejo comandante había abandonado lo mismo la milicia que el tráfico de esclavos; una vez más en el libro mayor y más ilegible que nunca, casi indescifrable a causa del reumatismo que le baldaba y casi completamente limpio de toda suerte de ortografía tanto como de puntuación, como si los cuatro años que había seguido la espada del único hombre vivo que le hubiese vendido un negro, o sólo le derrotó en un trato, le hubiera convencido no sólo de la vanidad de la fe y la esperanza sino también de la ortografía:

Señorita Sophonsiba nacida hija H. 1869.

Pero no de la fe y la voluntad, porque estaba allí, como le había dicho McCaslin, escrito con la mano izquierda, pero allí en el libro mayor una vez más y luego nada más, pues el muchacho tenía mi año, y cuando Lucas nació seis años más tarde, su padre y su tío se habían muerto dentro de los mismos doce meses hacía casi cinco años; su propia caligrafía otra vez, que estaba allí y lo vio, 1886, ella tenía apenas diecisiete, años más joven que él, y él estaba en el economato cuando McCaslin entró con las primeras sombras y dijo:

—Quiere casarse con Fonsiba —así mismo: y él miró más allá de McCaslin y vio al hombre, al desconocido, más alto que McCaslin y llevando mejores ropas que McCaslin y que la mayor parte de los otros blancos que el muchacho conocía llevaban habitualmente, entrar en la habitación como un blanco y quedarse como un blanco, si bien había dejado a McCaslin pasar delante no porque la piel de McCaslin fuese blanca, sino simplemente porque McCaslin vivía allí y conocía el camino, y hablaba como un blanco también, y le miró por encima del hombro de Mac Caslin rápida y sutilmente una vez y luego no más, sin mayor interés, como un blanco maduro y reprimido, no impaciente sino únicamente apremiado por el tiempo, podía haber mirado.

—¿Casarse con Fonsiba? —gritó—. ¿Casarse con Fonsiba? —y luego nada más, únicamente observando y escuchando mientras McCaslin y el Negro hablaban:

—Para vivir en Arkansas, creo que dijiste.

—Sí. Tengo una propiedad allí. Una granja.

—¿Una propiedad? ¿Una granja? ¿Tuya propia?

—Sí.

—Tú no dices Señor ¿verdad?

—A los mayores que yo, sí.

—Comprendo. Tú eres del Norte.

—Sí. Desde niño.

—Entonces, tu padre era esclavo.

—Sí. En otro tiempo.

—Entonces, ¿cómo es que posees una granja en Arkansas?

—Tengo una concesión. Era de mi padre. De los Estados Unidos. Por servicios militares.

—Comprendo —dijo McCaslin—. El ejército yanqui.

—El ejército de los Estados Unidos —dijo el desconocido; y entonces él otra vez, gritando a la espalda de McCaslin:

—¡Llama a tía Tennie! ¡Iré a llamarla yo! Iré... —Pero McCaslin no lo incluía a él; el desconocido ni siquiera se volvió a echarle un vistazo cuando habló, los dos hablándose el uno al otro como si no estuviera allí:

—Ya que al parecer tú lo has arreglado todo —dijo McCaslin—, ¿por qué te has tomado la molestia de consultar mi autoridad?

—No lo he hecho —dijo el desconocido—. Reconozco su autoridad en tanto que usted admite su responsabilidad hacia ella como un miembro femenino de la familia de la que usted es la cabeza. No solicito permiso. Yo...

—¡Basta! —dijo McCaslin.

Pero el desconocido no vaciló. No fue tampoco como si él hubiese ignorado a McCaslin ni como si no le hubiese oído. Fue como si estuviese presentando no una excusa y no exactamente una justificación, sino sencillamente una explicación que las circunstancias exigían absolutamente y debía ser hecha en presencia de McCaslin

tanto si McCaslin escuchaba como si no. Era como si se estuviese hablando a sí mismo, para oír las palabras dichas en voz alta. Estaban frente a frente, no muy juntos sin embargo, a una distancia ligeramente menor que la de dos duelistas, erguidos, sin alzar la voz, sin violencia, solamente concisos:

—... Yo le informo a usted, se lo notifico de antemano como jefe de su familia. Ningún hombre de honor podía hacer menos. Además, usted tiene, a su modo, de acuerdo con su criterio y su educación...

—He dicho que basta —dijo McCaslin—. Vete de este lugar antes de que oscurezca por completo. Vete. —Pero por otro rato el otro no se movió, contemplando a McCaslin con una mirada despegada y desapasionada, como si estuviese observando reflejada en las pupilas de McCaslin la imagen diminuta del personaje que él estaba representando.

—Sí —dijo—. Después de todo, ésta es su casa. Y a su modo usted tiene... Pero no importa. Tiene usted razón. Esto basta. —Volvió la espalda hacia la puerta; se detuvo de nuevo, pero sólo por un segundo, andando ya mientras decía—: Esté tranquilo. Seré bueno con ella. —Luego se fue.

—Pero ¿cómo le ha conocido ella? —exclamó el muchacho—. ¡Nunca había oído hablar de él! Y Fonsiba, que nunca ha salido de aquí desde que nació, salvo para ir a la iglesia...

—Ah —dijo McCaslin—. Los padres no saben nunca sino demasiado tarde que sus hijas de diecisiete años han encontrado al hombre que se case con ellas, y esto si son afortunados.

Y a la mañana siguiente ambos se habían ido, Fonsiba también. McCaslin no volvió a verla nunca, ni a él tampoco, porque la mujer que él encontró al fin cinco meses después no era la que él había conocido. Él llevaba un tercio de los tres mil dólares en monedas de oro en un cinturón, como cuando hacía un año siguió en vano la pista de Jim de Tennie hasta el Tennessee. Ellos —el hombre— había dejado una dirección a Tennie, y tres meses más tarde llegó una carta, escrita por el hombre aunque Alicia la esposa de McCaslin había enseñado a Fonsiba a leer y también a escribir un poco. Pero llevaba un matasellos distinto de la dirección que el hombre había dejado a Tennie, y él viajó por ferrocarril en tanto que pudo y luego ajustando una diligencia y luego en un caballo de alquiler y luego otra vez en ferrocarril por un trecho: viajero experto y experto sabueso también y afortunado esta vez porque debía serlo; mientras las lentas, interminables, vacías y fangosas millas de diciembre se deslizaban y una noche seguía a otra noche en los hoteles, en las tabernas de rústicos troncos a los lados de la carretera que apenas si tenían otra cosa que un pequeño mostrador, y en cabañas de desconocidos y en el heno de solitarios pajares, en ningún sitio se atrevía a desnudarse a causa del cinturón secreto con el oro igual que el de un Rey Mago disfrazado que viajase de incógnito y sin que le impulsara la esperanza sino únicamente la decisión y la desesperación, se decía a sí mismo: *Tengo que encontrarla. No tengo más remedio. Ya hemos perdido a uno de ellos. Tendré que*

encontrarla esta vez. La encontró. Doblado bajo la lenta y fría lluvia, sobre un exhausto caballo de alquiler enlodado hasta el pecho y más arriba, lo vio —un edificio de madera aislado con una chimenea de arcilla que parecía a punto de ser convertida por la lluvia en unos escombros anónimos y sin valor disolviéndose en aquel desierto sin caminos y hasta sin senderos erial sin cercas abandonado en la jungla— ni un granero, ni un establo, ni siquiera un gallinero: sólo una cabaña de madera construida a mano y por una mano no muy inteligente, un escaso montón de mal cortada leña un si no es suficiente y ni siquiera un perro flaco que saliera aullando de la casa cuando cabalgó hacia ella —una granja sólo en embrión, quizá una buena granja, acaso algún día hasta una plantación, pero no todavía, no durante algunos años aún, y entonces sólo con fatiga, duro y constante e incansable trabajo y sacrificio; empujó la desvencijada puerta de la cocina mal encajada en su marco y entró en una helada oscuridad, donde ni siquiera ardía un fuego para cocinar y después de un momento vio, acurrucado en un ángulo de la pared detrás de una tosca mesa, el rostro color café que había conocido toda su vida pero que ya no conocía, él cuerpo que había nacido a menos de cien yardas de la habitación donde él había nacido y en el que corría algo de su propia sangre pero que ahora pertenecía completamente a una gente para la que de generación en generación un blanco que se presentaba a caballo sin anunciarse era un asalariado de la Patrulla llevando a veces una pistola y siempre un látigo; entró en la otra habitación, la única otra habitación que tenía la cabaña, y halló, sentado en una mecedora delante del hogar, al hombre, leyendo— sentado allí en el único asiento de la casa, delante de aquel miserable fuego para el que no había suficiente leña para otras veinticuatro horas, con las mismas ropas de pastor con las que había entrado en el economato cinco meses antes y unas gafas de oro que, cuando alzó la vista y se levantó, el muchacho vio que ni siquiera tenían cristales, leyendo un libro en medio de aquella desolación, en medio de aquel desierto fangoso sin cercas y sin senderos y sin siquiera un cercado con techo para guarecer el ganado: y sobre todo, permeable, adherido a las mismas ropas del hombre y rezumando de su propia piel, aquel olor rancio y apestoso de infundada e imbécil desilusión, aquella ilimitada rapacidad e insensatez, de los aventureros seguidores de los ejércitos victoriosos.

—¿No lo ve? —le dijo—. ¿No lo ve? Toda esta tierra, todo el Sur, está maldito, y todos nosotros que derivamos de él, que allí nos hemos criado, blancos y negros por igual, padecemos esta maldición. Admitiendo que mi pueblo trajese la maldición a esta tierra: tal vez por esa razón sólo sus descendientes pueden no resistirla, no combatirla. Tal vez únicamente sobrellevarla y sobreviviría hasta que la maldición sea levantada. Luego vendrá la vuelta de su gente porque nosotros perdimos nuestros derechos. Pero no ahora. ¿No lo comprende?

El otro estaba de pie, aún con el hábito de pastor nuevo aunque no tan flamante, el libro cerrado sobre un dedo que guardaba la señal, las gafas sin cristales cogidas como la batuta de un maestro de música en la otra mano ociosa mientras el

propietario de ella decía sus medidas y sonoras imbecilidades sobre tonterías sin límites e infundadas esperanzas:

—Usted está equivocado. La maldición que ustedes los blancos trajeron a esta tierra ha, sido levantada. Ha sido anulada y saldada. Ahora estamos viendo una nueva era, una era dedicada, como pretendían nuestros fundadores, a la independencia, a la libertad e igualdad para todos, con lo cual este país será un nuevo Canaan...

—¿Independencia de qué? ¿Del trabajo? ¿Canaan?

Hizo un movimiento con el brazo, amplio, casi violento: después de lo cual todo pareció estar allí bajo ellos, intacto y completo y visible en la apartada y miserable habitación, húmeda y fría, con olor a negro, con tufo de negro. Los inútiles campos sin arado o simiente que los trabajase, sin cercas contra el ganado que no existía dentro ni sin establo tapiado que tampoco había.

—¿Qué rincón de Canaan es éste?

—Usted lo está viendo en una mala estación. En invierno. Nadie trabaja la tierra en esta época.

—Ya lo veo. Y naturalmente ella necesita comida y vestidos aunque esté sin hacer nada mientras la tierra descansa.

—Tengo una pensión —dijo el otro. Lo dijo como cualquiera podía decir *Tengo la gracia divina o Poseo una mina de oro*—. También tengo la pensión de mi padre. Llegaré a primeros de mes. ¿Qué día es hoy?

—Once —dijo él—. Veinte días más. ¿Y hasta entonces?

—Tengo en casa algunos comestibles de mi cuenta de crédito con el comerciante de Midnight que cobra por mí el cheque de mi pensión en el Banco. Le he otorgado un poder para manejarlo por mí como un mutuo...

—Comprendo. ¿Y si los comestibles no llegan para los veinte días?

—Todavía tengo un cerdo.

—¿Dónde?

—Fuera —dijo el otro—. Es costumbre en este país dejar que el ganado ande libre en busca de comida durante el invierno. Viene de vez en cuando. Pero no importa si no vuelve; probablemente puedo seguir sus huellas cuando la necesidad...

—¡Sí! —exclamó él—. Porque no importa: todavía tiene usted el cheque de la pensión. Y el hombre de Midnight lo hará efectivo y se cobrará por lo que ya se ha comido usted y si queda algo, será suyo. ¿Será entonces comido el cerdo o no podrá usted cogerlo, y entonces qué hará usted?

—Será ya casi primavera —dijo el otro—. Estoy proyectando para la primavera...

—Será enero —dijo él—. Y luego febrero. Y luego más de la mitad de marzo... —y cuando él se detuvo de nuevo en la cocina ella no se había movido, ella no parecía siquiera que respiraba o que vivía excepto por sus ojos que le miraban: cuando él dio un paso hacia ella tampoco hubo el menor movimiento porque ella no podía retroceder más: sólo los tremendos e insondables ojos color de tinta en la cara

color de café, delgada, demasiado sutil, le observaban sin alarma, sin reconocimiento, sin esperanza.

—Fonsiba —dijo él—. Fonsiba. ¿Estás bien?

—Soy libre —dijo ella.

En Midnight había una taberna, una cochera de alquiler, un almacén grande (debía ser donde la pensión se hacía efectiva para eliminar molestias y fastidios mutuos, pensó) y otro pequeño, un bar y una herrería. Pero también había un Banco. El presidente (el propietario, para todos los efectos prácticos) era un oriundo del Mississippi trasladado allí que había sido también uno de los hombres de Forrest; y su cuerpo se aligeró del cinturón de oro por primera vez desde que dejó la casa ocho días antes, y con lápiz y papel multiplicó tres dólares por doce meses y lo dividió entre mil dólares; se alargaría de ese modo casi veinticinco años y durante veintiocho años por lo menos ella no moriría de hambre, prometiendo el banquero enviarle los tres dólares por un enviado de confianza el quince de cada mes entregándolos en propia mano de ella, y él volvió a casa y todo eso fue porque en 1874 su padre y su tío estaban muertos los dos y los viejos libros mayores nunca habían vuelto a descender del estante encima del escritorio donde su padre los había puesto por última vez aquel día de 1869. Pero él habría podido completarlo:

Lucas Quintus Carothers McCaslin Beauchamp, Ultimo hijo superviviente de Terrel de Tomey y Tennie Beauchamp. 17 Marzo 1874.

Salvo que no había ninguna necesidad: no *Lucius Quintus etc., etc., etc...*, sino *Lucas Quintus*, no oponiéndose a ser llamado Lucius, ya que simplemente eliminó esa palabra del nombre; no negándose, rehusando él nombre mismo, porque usaba tres cuartas partes de éste; sino simplemente cogiendo el nombre y cambiándolo, alterándolo, haciendo que no fuera ya el nombre del blanco sino el suyo propio, compuesto por sí mismo, creado y nombrado por él, por él mismo engendrado, como, aunque todos los libros mayores registraran lo contrario, lo había sido el viejo Carothers.

Y era todo: 1874 el muchacho; 1888 el hombre que había repudiado, negado y era libre; 1895 y marido, pero no padre, no viudo, pero sin esposa, y habiendo descubierto hacía mucho tiempo que ningún hombre es libre nunca y probablemente no podría soportarlo si lo fuese; casado luego y viviendo en Jefferson en el pequeño y nuevo bungalow de construcción barata que el padre de su mujer les había dado: y una mañana apareció Lucas repentinamente a la puerta de la habitación donde él estaba leyendo el periódico de Memphis y miró la fecha del periódico y pensó: *Es su cumpleaños. Hoy cumple veintiún años* y Lucas dijo:

—¿Dónde está el resto de aquel dinero que dejó el viejo Carothers? Lo quiero. Todo.

Eso era todo: y McCaslin.

—Otros muchos hombres aparte Buck y Buddy anduvieron a tientas con aquella verdad tan asombrosa para los que la proclamaban y tan confusa para los que la oían y, sin embargo, era en 1865; —y él.

—Pero no suficiente. No suficiente ni siquiera con Padre y tío Buddy para agitarse con ella en tres generaciones ni siquiera tres generaciones achacables al Abuelo ni siquiera si no hubiera habido en ningún sitio otro sino el Abuelo bajo Su vista de modo que Él no hubiera tenido necesidad de elegir y escoger. Pero Él probó y yo sé lo que tú quieres decir. Que habiéndolos creado Él mismo debía saber que no tendrá más esperanza de la que podía tener de orgullo y dolor, pero Él no esperó sólo aguardó porque Él los había hecho: no sólo porque les había dado vida y movimiento sino porque había tenido ya tantas angustias por ellos: tanto tiempo angustiado por ellos porque Él había visto cómo en casos individuales eran capaces de cualquier cosa alto o profunda recordaba con estupefacta incomprensión fuera del cielo donde también fue creado el infierno y así Él debe admitirlos o de otro modo admitir Su igual en cualquier parte y así no ser ya más Dios y por consiguiente debe aceptar la responsabilidad por lo que Él mismo hizo para vivir con El mismo en Su solitario y supremo paraíso. Y probablemente Él sabía que era inútil, pero Él los había creado y los sabía capaces de todas las cosas porque Él los había formado del Absoluto originario que lo contenía todo y desde entonces los había observado en su exaltación y en su bajeza individual y ellos mismos sin saber por qué ni cómo ni siquiera cuándo: hasta de entre ellos el elegido y escogido el mejor de lo mejor que Él podía suponer (no esperar, fíjate: no esperar) hubieran sido los Bucks y Buddies y ni siquiera bastantes de ellos y en la tercera generación ni siquiera las Bucks y Buddies sino... —y McCaslin.

—Ah: —y él.

—Sí. Si Él podía ver a Padre y a tío Buddy y al Abuelo debe haberme visto a mí también... un Isaac nacido en una existencia posterior a la de Abraham y a la repudiada inmolación: sin padre y por ende más seguro renunciar al altar porque quizá esta vez la exasperada Mano podía no proporcionar el cabrito... —y McCaslin.

—Escapatoria: —y él.

—Está bien. Escapatoria... Hasta que un día Él dijo lo que tú dijiste al marido de Fonsiba aquella tarde aquí en esta habitación: *Basta. Basta*: no con exasperación o con rabia o siquiera enfermo de muerte como tú estabas enfermo aquel día: únicamente *Basta* y miró alrededor por última vez, por una vez más desde que Él los había creado, sobre esta tierra este Sur por el que había hecho tanto con bosques para la caza y ríos para los peces y rico y profundo germinar y largos veranos para madurarlo y serenos otoños para la recolección y cortos y benignos inviernos para los hombres y los animales y no vio esperanza en ningún sitio y miró más allá donde podía estar la esperanza, donde hacia el Este el Norte y el Oeste se extendía sin límites aquel entero continente lleno de esperanza consagrado como refugio y santuario de la libertad y la independencia de lo que tú has llamado el crepúsculo sin

valor del viejo mundo y vio a los ricos descendientes de los mercaderes de esclavos, hembras de ambos sexos, para quienes el negro por quien tanto gritaban era otro espécimen otro ejemplar como el guacamayo brasileño traído a casa en una jaula por un viajero, aprobando decretos sobre los horrores y los atentados en calientes y bien cerrados salones: y los estruendosos cañonazos de los politicastos consiguiendo votos y la charlatanería de los predicadores buscando la gratificación de la Chatauqua, para quienes las afrentas y las injusticias eran cosas abstractas como Aranceles o Plata o Inmortalidad y que empleaban los mismos grilletes de su esclavitud y los tristes jirones de su realeza como hacían con la cerveza y las banderas y los fuegos artificiales y el azufre y los juegos de mano y los serruchos: y los girantes hilanderos que fabricaban para lucrarse los primeros substitutos de los grilletes y el paño burdo de los vestidos para que los desgastaran e hilaban el algodón y hacían las máquinas desmotadoras que lo desmotaban y los carromatos y los barcos que lo transportaban, y los hombres que hacían funcionar los tomos para ese beneficio y fijaban y recogían los impuestos y las comisiones para la venta: y Él podía haber renegado de ellos ya que eran su obra ahora y por siempre a través de todas sus generaciones hasta que no sólo aquel viejo mundo del que Él les había salvado sino también este nuevo que Él les había revelado y les había llevado como un santuario y refugio se convirtiera en la misma roca sin valor y sin mareas enfriándose en el último enrojecimiento del crepúsculo salvo que fuera de todo aquel resonar vacío y furia inútil un silencio, entre aquel estrépito y desasosiego de todos ellos uno sólo lo bastante simple para creer que el horror y el ultraje al fin y al cabo eran sencillamente horror y ultraje y era bastante torpe para obrar sobre esta base, iletrado o careciendo de palabras para hablar o solamente tan ocupado que no tuviese tiempo para hacerlo, uno de ellos que no le incomodó con lisonjas ni juramentos ya suplicando ya amenazando y que ni siquiera se tomó el trabajo de informarle anticipadamente sobre lo que pretendía hacer de modo que uno más pequeño que Él podía incluso haber pasado por alto el simple acto de arrancar el largo y heredado mosquete de los cuernos de ciervo encima de la puerta, después de lo cual Él dijo *También mi nombre es Brown* y el otro *Así es el mío* y El *Entonces mío y tuyo no puede ser porque yo me opongo* y el otro *Lo mismo yo* y Él triunfalmente *Entonces ¿a dónde vas con ese fusil?*, y el otro se lo dijo en una frase con una palabra y Él asombrado: *Quien ha conocido no la esperanza no el orgullo no el dolor Sino vuestras Asociaciones, vuestros Comités, vuestros Funcionarios. ¿Dónde están vuestras Actas, vuestras Propositiones, vuestros Procedimientos Parlamentarios?*, y el otro. No tengo nada contra ellos. Me imagino que están bien para los que tienen tiempo de sobra. Estoy únicamente contra los débiles porque son negros mantenidos en la esclavitud por los fuertes sólo porque son blancos. *Así Él se volvió una vez más hacia esta tierra que aún pretendía salvar porque Él había hecho tanto por ella...* —y McCaslin.

—¿Qué? —y él.

—... hacia esta gente de quienes Él se encargaba todavía porque eran su obra...
—y McCaslin.

—¿Se ha vuelto hacia nosotros? ¿Su rostro hacia nosotros? —y él.

—... cuyas mujeres e hijas al menos hacían sopas y gelatinas para ellos cuando estaban enfermos y llevaban las bandejas atravesando el fango y también en invierno en las cabañas hediondas y se sentaban en las hediondas cabañas y mantenían el fuego encendido hasta que la crisis llegaba y pasaba, por eso no era bastante: y cuando estaban muy enfermos los llevaban a la casa grande misma a la sala misma quizás y los cuidaban allí lo que el hombre blanco hubiera hecho también por cualquier res que hubiera estado enferma, pero al menos el hombre que hubiese alquilado un animal de una cuadra de alquiler no debía hacerlo y, sin embargo, esto no era bastante: por eso Él dijo y no con dolor tampoco El que lo había hecho y por eso no podía conocer el dolor más que el orgullo o la esperanza: *Aparentemente no pueden aprender nada sino a través del sufrimiento, ni recordar nada salvo lo que está subrayado con sangre...* —y McCaslin.

—Ashby cabalgando un atardecer, para visitar a alguna lejana prima soltera de su madre o acaso sólo a algunos conocidos de ella, llegó por casualidad a un pequeño encuentro de los puestos avanzados y desmontó y con su capa bordeada de rojo como un blanco condujo a un grupo de hombres que no había visto antes contra una posición de veteranos elegidos. Las órdenes de batalla de Lee, tal vez envueltas en un paquete de cigarrillos y sin duda tiradas cuando el último cigarro fue fumado fueron encontradas por un oficial del Servicio de Información Yanqui en el piso de una taberna detrás de las líneas yanquis después de que Lee había ya dividido sus fuerzas delante de Sharpsburg. Jackson sobre la Plank Road, ya arrollada el ala que Hooker no creía que podía ser rodeada y esperando sólo a que pasase la noche para continuar el brutal e incesante ataque que habría derribado todo aquel flanco en el centro de Hooker donde él estaba sentado en una veranda de Chancellorsville bebiendo *toddy* al ron y telegrafando a Lincoln que había derrotado a Lee, lo mataron de un tiro en medio de un grupo de subalternos uno de los hombres de su patrulla, cegado por la oscuridad de la noche dejando como comandante más antiguo a Stuart aquel hombre valeroso que parecía que hubiese nacido ya a caballo y con el sable y sabiendo todo lo que había que saber sobre la guerra excepto el machacamiento y su brutal estupidez: y es ese mismo Stuart que hace una incursión a los gallineros de Pennsylvania cuando Lee debía haber sabido que todas las fuerzas de Meade estaban donde Hancock en el Cemetery Ridge: y también Longstreet en Gettysburg y el mismo Longstreet derribado del caballo por un disparo de uno de sus hombres en la oscuridad por error exactamente como le pasó a Jackson. ¿Su rostro hacia nosotros? ¿Su rostro hacia nosotros? —y él.

—¿Qué otra cosa les habría hecho combatir? ¿Quiénes si no los Jackson y los Stuart y los Ashby y los Morgan y los Forrest...?, los agricultores de la región central y del medio oeste, que poseen la tierra por acres en vez de por docenas o quizá hasta

por cientos, cultivándola ellos mismos y no para una única cosecha de algodón o tabaco o caña de azúcar, que no poseen esclavos ni los necesitan ni los esperan, y ya miran hacia las costas del Pacífico, no siempre allí en dos generaciones y teniendo que detenerse donde se han detenido sólo por la fortuita fatalidad de que un buey se muriese o se rompiese el eje de la rueda de un carro. Y los artesanos de Nueva Inglaterra que nunca poseyeron tierras y que miden todas las cosas por el peso del agua y el precio de las máquinas y la corta lista de comerciantes y armadores que todavía miran hacia atrás a través del Atlántico y están unidos al continente sólo por sus oficinas. Y aquellos que hubieran debido tener la perspicacia para ver: los quiméricos manipuladores de fabulosos emplazamientos urbanos en el desierto; y la astucia para razonar: los banqueros que tenían las hipotecas sobre la tierra que los primeros sólo estaban esperando abandonar y sobre las vías férreas y los barcos que los llevarían todavía más hacia occidente, y sobre las fábricas y las máquinas y sobre las viviendas alquiladas donde los que trabajaban tenían que vivir; y la ociosidad y el radio de acción para comprender y temer a tiempo y aun anticipadamente: los bostonianos (aun cuando no hubieran nacido en Boston) descendientes solteros de una larga serie de gentes de la misma clase y asimismo tías y tíos solteros cuyas manos no conocían las durezas excepto las causadas por la pluma, para quienes el desierto comenzaba en lo alto de la marea y que miraban, si lo hacían a otro sitio que a Beacon Hill, sólo hacia el cielo —sin hablar de toda la gentuza alborotadora que seguía al ejército de los pioneros: los rugidos de los politicastos, el coro melifluo de los que se llamaban a sí mismos hombres de Dios, los...—. Y McCaslin:

—Oye, oye. Espera un momento: —y él.

—Déjame hablar ahora. Estoy tratando de explicar al jefe de mi familia algo que tengo que hacer y que yo mismo no comprendo del todo, no como justificación de ello sino para explicarlo si puedo. Podría decir que no sé por qué debo hacerlo, pero que sé que tengo que hacerlo porque debo vivir conmigo durante el resto de mi vida y todo lo que quiero es vivir en paz. Pero tú eres el cabeza de familia. Más aún. Yo he sabido hace mucho tiempo que nunca hubiera echado de menos a mi padre, aunque tú estés descubriendo ahora que has perdido a tu hijo... los que arrancan pagarés y los usureros y los maestros de escuela y los que a sí mismos se decretaban para enseñar y conducir y toda aquella horda de semiliteratos con una camisa blanca, pero sin otra de repuesto, con un ojo sobre ellos mismos y observando con el otro a los demás. ¿Quién otro hubiera podido hacerles luchar: quién hubiera podido estremecerles tan horriblemente con el miedo y el espanto para llevarlos hombro con hombro a hacer frente en una única dirección y hasta dejar de hablar por un tiempo y aún después de dos años mantenerlos todavía tan aplastados por el terror que algunos de ellos proponían seriamente trasladar su capital a un país extranjero para evitar que fuese saqueada y destruida por un pueblo cuya entera población masculina blanca apenas si llenaba cualquiera de sus ciudades mayores: excepto Jackson en el Valley y tres ejércitos separados que trataban de cogerlo y ninguno de ellos sabía si se estaban

retirando de una batalla o dirigiéndose hacia una batalla y Stuart que mandaba a caballo a todas sus fuerzas en torno al mayor ejército que ese continente había visto nunca con el fin de ver qué efecto hacía desde atrás y Morgan mandando una carga de caballería contra un buque de guerra varado? ¿Quién otro hubiera podido declarar una guerra contra una potencia con una superficie diez veces mayor y cien veces superior en hombres y mil veces en recursos, salvo los hombres que podían creer que todo lo necesario para conducir una guerra victoriosa no era agudeza ni astucia ni política ni diplomacia ni dinero y ni siquiera honradez ni la mera aritmética sino únicamente el amor a la tierra y el valor...?

—Y unos antepasados valientes y sin tacha y habilidad para montar a caballo —dijo McCaslin—. No te olvides de eso. —Estaba anocheciendo, el ocaso tranquilo y borroso de octubre en que el humo de la leña se elevaba sin viento. El algodón estaba hacía tiempo recogido y desmotado, y durante toda la jornada los carros cargados de maíz se movían entre los campos y los graneros, como una procesión a través de la sufrida tierra—. Bien, tal vez sea esto lo que Él quería. Por lo menos, esto es lo que ha conseguido. —Esta vez no era una procesión de páginas amarillentas de un libro mayor descolorido e inocuo. Estaba registrado en un libro más rudo y McCaslin, a los catorce y a los quince y los dieciséis años, lo había visto y el muchacho mismo lo había heredado como los nietos de Noé habían heredado el Diluvio aunque no hubieran estado allí para verlo: aquel período oscuro corrupto y sangriento en que tres pueblos distintos habían tratado de adaptarse no sólo los unos a los otros sino a la nueva tierra que habían creado y heredado también y en la que debían vivir por la razón de que quienes habían perdido no eran menos libres de dejarla que quienes habían vencido: aquellos sobre quienes la libertad y la igualdad habían sido volcados de la noche a la mañana y sin aviso ni preparación y sin el menor entrenamiento sobre el modo de emplearlas o siquiera soportarlas y de las que habían hecho mal uso no como los niños ni tampoco porque hubieran estado tanto tiempo en la esclavitud y luego tan repentinamente liberados, sino que habían hecho mal uso porque siempre los seres humanos hacen mal uso de la libertad, por lo que él pensó *Aparentemente hay una sabiduría además, la que a través de los sufrimientos necesarios aprende un hombre para distinguir entre la libertad y la creencia*; quienes habían combatido durante cuatro años y habían perdido para preservar un estado de cosas con el cual aquella liberación era una anomalía y una paradoja, no porque se opusieran a la libertad como libertad sino por las viejas razones por las que el hombre (no los generales y los políticos sino el hombre) siempre ha luchado y muerto en las guerras para preservar un estado de cosas o constituir un futuro mejor, uno tolerable para sus hijos; y finalmente, como si todo eso no fuera bastante para la amargura y el odio y el miedo, aquella tercer raza aún más extraña a la gente a quienes se parecía en la pigmentación y en quienes corría hasta la misma sangre, que a la gente a la que no se parecía— aquella raza que era tres en una y extraña hasta a sí misma excepto en una única feroz voluntad de rapiña y pillaje, compuesta de hijos de capitanes de media

edad tenientes y cantineros del Ejército y proveedores de mantas y calzado y mulas a los militares, que seguían las batallas en las que no habían luchado y heredaban las conquistas que no habían ayudado a ganar, autorizados y protegidos aunque no bendecidos, y dejaban sus huesos y en otra generación se verían comprometidos en una feroz lucha económica de pequeñas granjas descuidadas con los negros que se suponía que ellos habían libertado y los blancos descendientes de padres que nunca habían poseído esclavos en ninguna parte que se suponía que ellos habían desheredado y en la tercera generación aparecían una vez más en los pequeños parajes perdidos del distrito como barberos y mecánicos de garaje y agentes de policía y obreros y algodoneros y fogoneros, conduciendo, primero de paisano y más tarde con una verdadera formalización de insignias de encapuchados y ensabanados y contraseñas y de fogosos símbolos, linchamientos populacheros contra la raza que sus antepasados habían venido a salvar: y todas aquellas anónimas hordas de especuladores de la miseria humana, de manipuladores del dinero y de la política y de la tierra, que siguen a las catástrofes y son su propia protección como la langosta y no tienen necesidad de ninguna bendición ni del sudor ni del arado ni del hacha y engordan y desaparecen y no dejan huesos, exactamente como si aparentemente no descendiesen de ningún acto ya sea de pasión o siquiera de lujuria: y el judío que vino también sin protección ya que después de dos mil años ha perdido la costumbre de ser protegido o de necesitarlo, y solo, sin siquiera la solidaridad de las langostas y con esta especie de valor ya que él había llegado a pensar no en los términos de sus bisnietos, buscando algún sitio donde establecerlos y éstos resistieran aunque por siempre extranjeros: y no bendecidos: un paria frente a la cara del Occidente que veinte siglos después todavía estaba tomando revancha contra él por la fábula con la que la había conquistado. McCaslin lo había visto realmente, y el muchacho hasta casi los ochenta años nunca hubiera podido distinguir con seguridad entre los que había visto y lo que le habían contado: una tierra sin luz y destripada y vacía donde las mujeres se acurrucaban con los amontonados chiquillos detrás de las puertas cerradas y los hombres armados, ensabanados y enmascarados cabalgaban por las carreteras silenciosas y los cuerpos de los blancos y los negros, víctimas no tanto del odio como de la desesperación y desesperanza se balanceaban de las ramas solitarias: y los hombres asesinados a tiros en los colegios electorales todavía con la pluma en la mano y la papeleta sin escribir en la otra: y un jefe de policía en Jefferson que firmaba los papeles oficiales con una simple cruz, y un ex esclavo llamado Sickymo, no porque su ex amo fuese médico o un farmacéutico sino porque, cuando era todavía un esclavo, le robaba a su amo unos gramos de alcohol y lo diluía con agua y lo vendía en botellas que escondía debajo de las raíces de un gran sicómoro detrás de la droguería, y que había logrado su alto cargo porque su hermanastra blanca era la concubina del pagador del ejército federal; y esta vez McCaslin no dijo ni siquiera Mira sino que simplemente levantó una mano, sin señalar, sin siquiera de manera específica, hacia el estante de los libros mayores, sino hacia el escritorio, hacia el

ángulo donde se veía un espacio desgastado del suelo donde se habían apoyado dos décadas de pesados zapatos mientras el hombre blanco en el escritorio sumaba y multiplicaba y restaba. Y él no necesitó mirar de nuevo porque lo había visto por sí mismo y, veintitrés años después de la capitulación y veinticuatro años después de la Proclamación aún estaba viéndolo: los libros mayores, los nuevos y rápidamente llenados, sacudiéndose unos a otros y conteniendo más nombres de los que el viejo Carothers ni su padre y tío Buddy jamás hubieran podido soñar; nuevos nombres y con ellos nuevas caras, entre los que los nuevos nombres y caras, que sin duda su padre y su tío habrían reconocido, estaban perdidos, desvanecidos —muerto Terral de Tomey, y hasta el trágico Percival Brownlee, que no sabía llevar los libros y tampoco sabía de agricultura, encontró al fin su verdadero puesto, reapareciendo en 1862 durante la ausencia del padre del muchacho habiendo estado al parecer viviendo en la plantación casi un mes antes de que su tío lo descubriese, dirigiendo improvisadas reuniones religiosas entre los negros, rezando y cantando también con su voz alta y dulce, de soprano y desapareció de nuevo a pie y a toda velocidad, no detrás sino a la cabeza de un cuerpo de exploradores federales a caballo y reapareció por tercera y última vez acompañando a un pagador del ejército, pasando los dos por Jefferson, en un coche en el mismo momento en que el padre del muchacho (era en 1866) se hallaban cruzando la plaza, el coche y sus ocupantes atravesando rápidamente aquella tranquila y bucólica escena y en aquel fugaz momento al padre del muchacho y a los que estaban cerca de él les dio la impresión de una escapatoria y unas ilícitas vacaciones como las de un hombre durante la ausencia de su esposa yendo de excursión con la doncella, hasta que Brownlee alzó la vista y vio a su antiguo amo y le lanzó una desafiante mirada femenina y luego se desconcertó, saltó del coche y desapareció esta vez para siempre y fue sólo por casualidad que McCaslin, veinte años después, oyó hablar de él otra vez, ya viejo y bastante gordo, como de un acomodado propietario de un selecto lupanar de New Orleans; y Jim de Tennie que se había ido, nadie sabía adonde, y Fonsiba en Arkansas con sus tres dólares todos los meses y el estudioso marido con sus gafas sin cristales y su levita y sus proyectos para la primavera; y sólo se había quedado Lucas, el pequeño, el último salvo él mismo, de la sangre condenada y fatal del viejo Carothers que por la línea de varón parecía destruir todo lo que tocaba, y que incluso él repudiaba, esperando librarse de ella; —Lucas, el muchacho de catorce años cuyo nombre ni siquiera aparecía aún entre aquellas rápidas páginas en su encuadernación nueva y sin polvo ya que McCaslin diariamente escribía en ellas la continuación de aquellos antecedentes que doscientos años no habían sido suficientes para completar y otros cien no serían bastantes para exonerarlos; aquella crónica que era toda una tierra en miniatura, que multiplicada y compuesta era todo el Sur, veintitrés años después de la capitulación y veinticuatro después de la emancipación— aquel lento chorreo de melaza y de harina y de carne, de calzado y sombreros de paja y «monos», de tirantes de arado y collares y arreos y cabezadas y abrazaderas, que volvían todos los años como el algodón, los

hilos frágiles como la verdad e impalpables como la línea ecuatorial y, sin embargo, fuerte como una maroma para amarrar de por vida a quienes cultivaban el algodón en la tierra donde caía su sudor: y él.

—Sí. Atándole por un tiempo todavía, por poco tiempo. Por y más allá de aquella vida y tal vez por y más allá de la vida de los hijos de aquella vida y tal vez por y más allá de los hijos de aquellos hijos. Pero no siempre, porque ellos resistirán. Nos sobrevivirán porque ellos son... —no fue una pausa, sino sólo un titubeo, posiblemente advertido únicamente por él mismo, como si ni siquiera pudiera hablar con McCaslin, explicarle su repudio, lo que era para él también, hasta en el hecho de huir (y acaso ésta era la realidad y la verdad de su necesidad de huir) una herejía: de modo que hasta huyendo se llevaba consigo la mayor parte de aquel depravado y no regenerado viejo— que pudo reclamar, porque ella era de su propiedad, a un ser humano porque estaba bastante crecido y era hembra, a su casa de viudo y tener un hijo con ella y luego despedirla porque era de una raza inferior, y luego legar mil dólares a la criatura porque él entonces ya estaría muerto y no tendría que pagarlo, — más de lo que había temido—. Sí. Él no quería. Debía. Porque ellos resistirán. Son mejores que nosotros. Más fuertes que nosotros. Sus vicios son vicios imitados de los blancos o los que los blancos les enseñaron en la esclavitud: imprevisión, e intemperancia y evasión —no holgazanería: evasiva: de lo que los blancos les han impuesto, no para su engrandecimiento o para su comodidad sino por su propio...—. Y McCaslin:

—Bien. Continúa: Promiscuidad. Violencia. Inestabilidad y falta de control. Incapacidad para distinguir lo tuyo de lo mío... —y él.

—¿Cómo distinguir, cuando durante doscientos años lo mío no existió siquiera para ellos? —y Mac Caslin.

—Está bien. Continúa. Y sus virtudes... —Y él.

—Sí. Las suyas propias. Resistencia... —Y McCaslin.

—Las que tienen las mulas: —y él— ... y piedad y tolerancia y paciencia y fidelidad y amor por los niños... —y McCaslin—: Lo mismo que los perros: —y él — ... sean suyos o no, sean negros o no. Y más que lo que ellos tienen no lo tienen sólo de la gente blanca sino a despecho de los blancos, porque ya lo tenían de sus antepasados libres, libres mucho tiempo antes que nosotros, porque nosotros nunca hemos sido libres... —y estaba también en los ojos de Mac Caslin, sólo tenía que mirar a los ojos de McCaslin y está allí, aquel crepúsculo de verano de hacía siete años, casi una semana después de su regreso del campamento antes de que él descubriese que Sam Fathers se lo había contado a McCaslin: un viejo oso, feroz y cruel no solamente por permanecer vivo, sino cruel por el feroz orgullo de la libertad y la independencia, tan celoso y orgulloso de la libertad y la independencia como para verlas amenazadas sin temor ni alarma, sino casi con alegría, y parecía que deliberadamente las arriesgaba para poder saborearlo y para mantener fuertes sus viejos huesos y elástica la carne y pronto para defenderlos y preservarlos; un viejo,

hijo de un esclavo negro y de un rey indio, heredero por una parte de la larga historia de un pueblo que había aprendido la humildad a través del sufrimiento y que aprendió el orgullo a través de la resistencia que sobreviene al sufrimiento, y por otra parte la historia de un pueblo que había estado sobre aquella tierra antes que el primero, y que, sin embargo, existía allí únicamente en la solitaria hermandad de la sangre extraña de un viejo negro sin hijos y el salvaje e invencible espíritu de un oso viejo; un muchacho que deseaba aprender la humildad y el orgullo para llegar a ser experto y meritorio en los bosques, pero que halló que se convertía tan rápidamente en experto que temió que nunca llegara a ser meritorio por no haber aprendido la humildad y el orgullo aunque lo había intentado hasta que un día un viejo que no hubiera podido definir ni la una ni el otro a pesar de todo lo llevó de la mano donde un viejo oso y un pequeño perro bastardo le mostraron que, poseyendo una de las dos cosas, hubiera poseído ambas; y el perrito, sin nombre y bastardo y de muchos padres, ya crecido y, sin embargo, pesando menos de seis libras, que no podía ser peligroso porque allí no había nada que fuese mucho más pequeño, no feroz porque hubiera sido llamado ruidos únicamente, no humilde, porque ya estaba demasiado cerca de la tierra para doblar las rodillas, y no orgulloso, porque no podía estar bastante cerca de nadie para distinguir que estaba dejando sombra y que ni siquiera sabía que no iba a ir al cielo, ya que ellos habían decidido que él no tenía un alma inmortal, de modo que todo lo que podía era ser valiente, aunque ellos llamaran a eso únicamente ruido.

—Y tú no disparaste —dijo McCaslin—. ¿A qué distancia estabas?

—No lo sé —dijo él—. Había una gran garrapata justo en el lado interno de su pata posterior. Lo vi. Pero entonces no tenía el fusil.

—Pero no disparaste cuando tenías el fusil —dijo McCaslin—. ¿Por qué? —Pero McCaslin no esperó, se levantó y cruzó la habitación, pisando la piel del oso que había matado hacía dos años y la de aquel oso mayor que McCaslin había matado antes de que él naciese, hacia la librería que estaba debajo de la cabeza de su primer ciervo, y volvió con el libro y se sentó otra vez y lo abrió—. Escucha —dijo él. Leyó cinco estrofas en voz alta y cerró el libro con el dedo dentro y alzó la vista—. Está bien —dijo—. Escucha —y leyó de nuevo, pero sólo una estrofa esta vez, y cerró el libro y lo colocó sobre la mesa—. Ella no puede desvanecerse, aunque tú no consigas tu felicidad —dijo McCaslin—. La amarás siempre, y siempre será bella.

—Está hablando de una muchacha —dijo él.

—Tenía que hablar de algo —dijo McCaslin. Luego dijo—: Está hablando de la verdad. La verdad es una. No cambia. Abarca todas las cosas que tratan del corazón —honor, y orgullo, y piedad, y justicia, y valor y amor—. ¿Lo comprendes ahora? —Él no lo sabía. En cierto modo había sido más sencillo que todo eso, más sencillo que alguien hablando en un libro de un joven y de una muchacha por quienes nunca hubiera tenido que entristecerse porque nunca hubiera podido acercarse más a ellos ni hubiera podido alejarse más. Él había oído hablar de un oso viejo y finalmente había

crecido bastante para ir de caza y lo había estado cazando durante cuatro años y al fin había tropezado con él con un fusil en las manos y no disparó. Porque un perrito... Pero hubiera podido disparar mucho antes de que el animal cubriese las veinte yardas hasta donde el oso estaba esperando, y Saín Fathers hubiera podido disparar en cualquier momento durante el interminable minuto en que Oíd Ben permaneció erguido sobre sus patas... Se interrumpió. McCaslin le observaba, mientras hablaba, la voz, las palabras tan tranquilas como el crepúsculo—: Valor, y honor, y orgullo, y piedad y amor de justicia y de libertad. Todo trata del corazón, y lo que el corazón mantiene se convierte en verdad, según lo que conocemos por verdad. ¿Comprendes ahora?

Y él podía oírlos aún, intactos en este crepúsculo como hacía siete años, no más ruidosos porque no tenía necesidad de serlo, porque resistirían: y sólo había que mirar a los ojos de McCaslin más allá de la sutil y amarga sonrisa, el leve recogimiento del labio que hubiera pedido ser llamado sonrisa —su pariente, casi su padre, que había nacido demasiado tarde para los viejos tiempos y demasiado pronto para los nuevos, los dos yuxtapuestos y extraños uno al otro contra su devastado patrimonio, la patria oscura y devastada todavía postrada y palpitante por aquella operación sin éter:

—Te lo concedo. Así es esta tierra, indudablemente, en sí y por sí maldita: —y él.

—Maldita —y de nuevo McCaslin levantó simplemente una mano, sin hablar y sin señalar hacia los libros mayores—: así como la linterna mágica condensa en un instantáneo campo los infinitos minutos de su radio de acción, así aquel rápido y leve gesto estableció en la luz incierta, confusa y crepuscular de la pequeña habitación no sólo los libros mayores, sino toda la plantación con su embrollada e intrincada totalidad —la tierra, los campos y lo que ellos representaban en términos de algodón desmotado y vendido, los hombres y las mujeres que ellos alimentaban y vestían y a los que incluso pagaban algo de dinero en efectivo por Navidad a cambio del trabajo con que plantaban, y cuidaban, y recogían y desmotaban el algodón, la maquinaria, y las mulas y los aparejos con que lo levantaba, y su precio, y su sostenimiento y su renovación— todo aquel edificio intrincado y completo fundado sobre la injusticia y construido con una rapacidad sin escrúpulos y sostenido a veces con un franco salvajismo, no sólo contra los seres humanos, sino con los animales de valor también, aunque solventes y eficientes y, más que eso: no sólo todavía intacto sino agrandado, aumentado; mantenido intacto por McCaslin, entonces poco más que un niño, a través y por encima de la ruina y el caos de veinte años cuando difícilmente sobrevivía uno sobre diez, y la agrandó y la aumentó y hubiera continuado así, solvente y eficiente e intacta y todavía aumentando mientras durasen McCaslin y sus sucesores McCaslin, aunque sus apellidos no fuesen siquiera los de Edmonds: y él.

—De acuerdo también. Porque es esto: no la tierra, sino nosotros. No sólo la sangre, sino también el nombre; no sólo su color, sino su designación: Edmonds, blanco, pero, por línea femenina, no podía tener otro nombre sino el usado por su padre; Beauchamp, de la rama más antigua y por línea de varón, pero negro, podía

haber tenido cualquier nombre que le gustase y a nadie le habría importado, excepto el nombre que llevaba su padre que no tenía nombre... —y McCaslin.

—Y como yo sé también que tú sabes lo que voy a decir ahora, una vez más déjame decirlo: Y otro, y también en la tercera generación, y el varón, el mayor, el directo y único y blanco y siempre McCaslin, de padre en hijo y en hijo... —y él.

—Yo soy libre —y esta vez McCaslin no hizo ni siquiera el gesto, sin interferencia de las marchitas páginas, ningún requerimiento a la linterna mágica, sino el frágil y férreo hilo fuerte como la verdad e impenetrable como el mal y más largo que la vida misma y que llegaba más allá del recuerdo y del patrimonio juntos a unirlos con la lujuria y las pasiones, con las esperanzas y los sueños y los dolores, de huesos Cuyos nombres cuando todavía estaban revestidos de carne y activos ni siquiera el abuelo del viejo Cafothers había oído nunca hablar— y él

—Y también eso —y McCaslin.

—Elegido, me imagino (te lo concederé) por Él en todo su tiempo como dices que Buck y Buddy lo fueron en el suyo. Y empleó Él un oso y un viejo y cuatro años solamente para ti. Y a ti te ha hecho falta catorce años para llegar a ese punto y casi otros tantos, quizá más, para *Old Ben*, y más de setenta para Sam Fathers. Y tú no eres sino uno. ¿Cuánto tiempo entonces? ¿Cuánto tiempo? —y él.

—Hará falta mucho. Nunca he dicho lo contrario. Pero todo será como es debido, porque ellos resistirán... —y McCaslin.

—Y, de todos modos, tú serás libre. No, ahora ni nunca, nosotros de ellos ni ellos de nosotros. De ese modo yo también lo repudiaría. Yo lo negaría aunque supiera que era verdad. Debería hacerlo. Puedes ver que no hago otra cosa. Yo soy lo que soy; y seré siempre lo que he sido al nacer y lo que siempre he sido. Y otros además de mí. Otros además de mí, exactamente como hubo otros además de Buck y Buddy en lo que tú llamas Su primer proyecto que le fracasó: —y él.

—Y otros además de mí —y McCaslin:

—No. Ni siquiera tú. Porque estás señalado. Tú dijiste que en el instante en que Ikkemotubbe comprendió que él podía vender la tierra al Abuelo, dejó para siempre de ser suya. Está bien; continúa: Entonces perteneció a Sam Fathers, el hijo de Ikkemotubbe. ¿Y quién ha heredado a Sam Fathers, sino tú?, ¿tal vez coheredero con Boon, si acaso no de su vida, al menos de su partida? —y él.

—Sí. Sam Fathers me ha hecho libre. —E Isaac McCaslin, todavía no tío Ike, mucho antes de que fuera tío para medio distrito y, sin embargo, padre de nadie, viviendo en una habitación reducida y fría en una pensión de Jefferson donde se domiciliaban pequeños jurados durante las sesiones del tribunal y se alojaban tratantes ambulantes de caballos y mulas, con su equipo de flamantes herramientas de carpintero y la escopeta que McCaslin le había dado con su nombre grabado en plata y la brújula del viejo general Compson (y, cuando el general murió, el cuerno engarzado en plata también) y el catre de hierro y los colchones y las mantas que había llevado todos los otoños al bosque durante más de sesenta años y la brillante

cafetera de estaño había habido un legado, de su tío Hubert Beauchamp, su padrino, aquel hombre fanfarrón, corpulento rugidor e infantil a quien tío Buddy había ganado a Tennie la esposa de Terrel de Tomey en una partida de póquer en 1859 —«posible apuro contra tres Tresses a la vista No hablado»—; no una frase descolorida o un párrafo garrapateado con el rastrero temor de la muerte por una mano débil y temblorosa como una última y desesperada dádiva lanzada tardíamente como retribución, sino un Legado, una Cosa, poseyendo peso para la mano y volumen para la vista y hasta audible: una copa de plata llena de monedas de oro y envuelta en una arpillera y sellada con el anillo del padrino sobre el lacre, la cual (todavía intacta) antes aún de la muerte del tío Hubert y mucho antes de su propia mayoría de edad, cuando hubiera sido suya, había llegado a ser no sólo una leyenda sino uno de los dioses familiares. Después del matrimonio de su padre y de la hermana de tío Hubert se trasladaron a la casa grande, la tremenda caverna que el viejo Carothers había empezado y no terminó nunca, sacando de allí a los negros que quedaban y la completaron con la dote de su madre, al menos el resto de las ventanas y las puertas y se trasladaron a ella, todos excepto tío Buddy, que renunció a dejar la cabaña que él y su hermano gemelo habían construido, y siendo el traslado una idea de la novia y más que una simple idea y nadie pudo saber si ella quería realmente vivir en la casa grande o si sabía de antemano que tío Buddy se negaría a mudarse: y dos semanas después de su nacimiento, en 1867, la primera vez que él y su madre bajaron a la planta baja, una noche y la copa de plata colocada sobre la mesa del comedor debajo de la brillante lámpara y mientras su madre y su padre y McCaslin y Tennie (su niñera: le llevaba en brazos) —todos ellos, en suma, menos tío Buddy— observaban, tío Hubert hizo sonar una a una en la copa las brillantes y relucientes monedas y la envolvió en su forro de arpillera y calentó el lacre y lo selló y se la volvió a llevar a su casa, donde vivía solo, sin siquiera su hermana para que lo sujetase como decía McCaslin o para que le estimulase como decía tío Buddy y (funestos tiempos entonces en Mississippi) decía tío Buddy que la mayoría de los negros se habían ido y los que no se habían ido aún Hub Beauchamp no los necesitaba: pero los perros se quedaron y tío Buddy decía que Beauchamp tocaba el violín mientras Ñero cazaba zorros ellos iban y lo veían allí; al fin, su madre prevaleció y partían en el coche todos una vez más excepto tío Buddy y McCaslin para hacerle compañía a tío Buddy hasta que un invierno tío Buddy empezó a decaer, y desde entonces en adelante iba él mismo, como empezaba a recordar, y su madre y Tennie y Terrel de Tomey, que conducía: las veintidós millas en el vecino distrito, los dos postes de entrada sobre uno de los cuales recordaba McCaslin al muchacho pequeño que soplaba una trompa de caza a la hora del desayuno, del almuerzo y de la cena, y saltaba al suelo para abrir a cualquier transeúnte a quien por casualidad oía, pero donde ya no había ninguna puerta, el portal descuidado y cubierto de hierba de lo que su madre todavía insistía en que la gente lo llamase Warwick porque su hermano era el legítimo conde si la verdad hubiese triunfado y la justicia hubiese prevalecido, la casa sin pintar que

exteriormente no cambiaba, pero que en su interior parecía cada vez más grande porque él entonces era demasiado pequeño para darse cuenta de que cada vez quedaba menos del elegante mobiliario, de palisandro, de caoba, de nogal, que para él nunca había existido en ninguna parte, sin embargo, excepto en las llorosas lamentaciones de su madre y los raros muebles que eran suficientemente pequeños para poder ir atados de algún modo en la trasera o en el techo del vehículo a su regreso. (Y él recordaba esto, lo había visto: un instante, un relámpago, la voz de soprano de su madre «¡Hasta mi vestido! ¡Hasta mi vestido!» estentórea y ofendida en el vestíbulo vacío y sucio; una cara joven y femenina de color más claro que el de Terrel de Tomey por un momento mientras la puerta se cerraba; un remolino, un vislumbre de una bata de seda y el tintineo y el reflejo de un pendiente: una aparición rápida y chillona e ilícita y, sin embargo, en cierto modo aún para el muchacho, casi un niño todavía, como para cortar la respiración y excitante y evocadora: como si, igual que dos riachuelos límpidos y transparentes al encontrarse, el niño que era todavía, hubiese entrado en relación y contacto, de un modo sereno y absoluto y perfecto a través de aquella vislumbrada carne femenina anónima, ilícita e híbrida, con el muchacho que había existido en su tío en ese estado de inviolable e inmortal adolescencia durante casi sesenta años; el vestido, la cara, los pendientes desaparecidos en el mismo despavorido relámpago y la voz de su tío: «¡Es mi cocinera! ¡Es mi nueva cocinera! He de tener una cocinera, ¿no?», y luego el tío, con semblante alarmado y horrorizado también y sin embargo con algo inocente y en cierto modo indomable de un muchacho, y ellos se retiraban a su vez, hacia la galería de delante, y su tío otra vez, afligido y todavía asombrado, en una especie de desesperado resurgimiento si no de valor al menos de confirmación: «¡Ahora son libres! ¡Son personas como nosotros!» y su madre: «¡He ahí por qué! ¡He ahí por qué! ¡En la casa de mi madre! ¡Profanada! ¡Profanada!» y su tío: «¡Maldita sea, Sibbey, por lo menos dale tiempo para que haga la maleta!»: luego, superado, acabado, el ruidoso alboroto y todo, él y Tennie y recordaba la inescrutable cara de Tennie en la ventana hendida y sin persianas de la desnuda habitación que en un tiempo había sido el salón mientras observaban, aceleradamente trotando a trompicones sendero abajo, a la derrotada cómplice de la situación conyugal de su tío: la espalda, el desconocido rostro que sólo había visto durante un momento, el vestido que en un tiempo llevaba aro hinchándose y revoloteando bajo un abrigo de hombre, el viejo y pesado saco sacudiéndose y golpeándole las rodillas, derrotada y en retirada bastante efectiva y en el sendero desierto con un aspecto juvenil de abandono y desamparo y, sin embargo, y a pesar de todo excitante y evocadora y llevando encima la bandera de seda capturada dentro de la misma ciudadela de la respetabilidad, e inolvidable).

La copa, la presencia e inescrutable arpillera, colocada en el estante del armario, cerrado con llave, tío Hubert abría la cerradura y cogía la copa y la pasaba de mano en mano: su madre, su padre, McCaslin y hasta Tennie, insistiendo para que cada uno

la cogiera a su vez y la sopesara y la sacudiese para comprobar el sonido, tío Hubert permanecía con las piernas abiertas delante de la chimenea fría y descuidada donde hasta los ladrillos se estaban desmenuzando entre escombros tiznados y polvorientos y calcinados y los residuos de la chimenea, siempre rugidos y siempre inofensivo y siempre bravío: y por bastante tiempo creyó que nadie sino él había notado que su tío ponía la copa sólo en sus manos, abría la puerta y la bajaba y la ponía en sus manos y se quedaba delante de él hasta que él obedientemente la sacudía haciéndola sonar y luego se la quitaba y la volvía a guardar dentro del armario antes de que cualquier otro se brindase a tocarla, y posteriormente, cuando fue apto no sólo para recordar, sino para razonar, él no podía decir lo que fue o siquiera si había sido algo, ya que el bulto pesaba y sonaba todavía, ni siquiera cuando, muerto tío Buddy, su padre al fin y después de casi setenta y cinco años en la cama después de salir el sol, dijo:

—Vete a buscar esa condenada copa. Trae también a ese condenado Hub Beauchamp, si puedes —porque todavía sonaba aunque su tío ya no la ponía en sus manos, sino que él mismo la llevaba de uno a otro, su madre, McCaslin, Tennie, sacudiéndola delante de cada uno, diciendo:

—¿Lo oyes? ¿Lo oyes? —con su cara siempre inocente, no desconcertada, sino sólo asombrada, y tampoco muy asombrada y siempre bravío: su padre y su tío Buddy, ambos muertos ya, un día sin motivo ni aviso, la vivienda casi completamente vacía, donde su tío y el viejo y pendenciero bisabuelo de Tennie (que pretendía haber visto a Lafayette y McCaslin decía que dentro de diez años se acordaría de haber visto a Dios) vivían, cocinaban y dormían en una sola habitación, estalló en una pacífica conflagración, en una unanimidad de combustión tranquila, instantánea, su causa, muros, suelos y techo: al amanecer se hallaba donde el padre de su tío la había construido hacía sesenta años, a la puesta del sol las cuatro chimeneas ennegrecidas y sin humo surgían de un polvo blanco y ligero de cenizas y algunas puntas de vigas carbonizadas que ni siquiera parecían estar muy calientes: y a última hora de la tarde, en la última de las veintidós millas, sobre la vieja yegua blanca que era la última de aquella cuadra de la que McCaslin se acordaba, los dos viejos se presentaron a la puerta de la hermana, el uno llevando el cuerno de caza de la correa trenzada de piel de ciervo y el otro el lío de arpillera envuelto en una camisa, y el bulto informe y oscuro embadurnado de lacre había sido puesto de nuevo en un estante casi idéntico al anterior y su tío mantenía la puerta medio abierta, no sólo con la mano en el tirador, sino empujándola con un pie y la llave lista en la otra mano, la cara ansiosa y, sin embargo, no desconcertada, sino todavía y siempre indómita, no muy asombrada, y él estaba ante la puerta entreabierta mirando silenciosamente, mirando el bulto de arpillera que se había hecho tres veces más alto de lo que primitivamente era y una buena mitad menos de su original consistencia y se apartaba y él no recordaba esta vez el aspecto de su madre ni la inescrutable expresión de Tennie, sino la sombría y aquilina cara de McCaslin, grave, intolerante y pasmada: luego, una noche le despertaron y le llevaron todavía medio dormido bajo la luz de la lámpara, el olor de

medicinas, que ya eran familiares en aquella habitación y el olor de alguna otra cosa que no había oído antes y conoció en seguida y no lo olvidaría nunca, la almohada, el decrepito y agotado semblante en el cual se asomaba todavía el muchacho inocente e inmortal y asombrado y ansioso, mirándole y tratando de hablarle hasta que McCaslin se adelantó y se reclinó sobre la cama y sacó de la parte alta del camisón la gran llave de hierro que colgaba de su grasiento cordón, diciendo los ojos Sí. Sí. Sí, y cortó el cordón y abrió el armario y llevó el paquete a la cama, los ojos todavía tratando de decirle aun cuando él cogió el paquete mientras lo entregaba, los ojos más apremiantes que nunca tratando de hablarle, pero no pudieron; y él tenía diez años y su madre también había muerto y McCaslin dijo:

—Ya estás casi a medio camino. Podías abrirlo. —Y él:

—No. Él dijo a los veintiuno. —Y tuvo veintiún años y McCaslin corrió la lámpara al centro de la mesa del comedor y puso el paquete al lado y puso su navaja abierta al lado del envoltorio y retrocedió con aquella expresión vieja y grave e intolerante y de repulsa y él lo levantó, el bulto de arpillera que quince años antes había cambiado completamente de forma de la noche a la mañana, que al sacudirlo hacía un tenue y ligero ruido no completamente musical y extrañamente apagado, la brillante hoja de la navaja se deslizó entre el intrincado laberinto de la cuerda, y las abultadas gotas de lacre que llevaban el sello del tío Beauchamp cayeron resonando sobre la pulida superficie de la mesa y, en medio de los pliegues de arpillera, la impoluta y flamante cafetera de estaño y un puñado de monedas de cobre y entonces supo lo que producía el apagado sonido: una colección de trozos de papel minuciosamente enrollados casi suficientes para el nido de una rata, de buen papel de hilo, de tosco papel rayado como lo usan los negros, de páginas arrancadas a un libro mayor y márgenes de periódicos y hasta la etiqueta de papel de un «mono» nuevo, todos fechados y todos firmados, empezando con el primero menos de seis meses después de haberle visto sellar la copa de plata dentro de la arpillera sobre aquella misma mesa en la misma habitación y hasta a la luz de la misma lámpara casi veintiún años antes:

Debo a mi sobrino Isaac Beauchamp McCaslin cinco (5) monedas de Oro que le reconozco con este vale de Mi mano con el interés del 5 por ciento.

Hubert Fitz-Hubert Beauchamp

En Warwick, 21 Nov 1867.

Y él:

—También él lo ha llamado Warwick —una vez al menos, aunque no más. Pero había más:

Isaac 24 Dic 1867 debo 2 monedas de Oro H. Fh. B. Debo a Isaac 1 moneda

de Oro 1 Ene 1868 H. Fh. B.

Luego cinco otra vez, luego tres, luego una, luego un intervalo y como un sueño, como un espléndido y soñado desquite, no de ninguna ofensa o abuso de confianza, porque había sido sencillamente un préstamo: mejor dicho, un consorcio:

Debo a Beauchamp McCaslin o a sus herederos veinticinco (25) monedas de Oro Esto y Todo lo precedente constituyendo mis pagarés al veinte (20) por ciento compuesto anual. Hoy 19 Enero 1873

Beauchamp

Ninguna localidad excepto la del tiempo y firmado no con el nombre, sino con una palabra como el viejo y orgulloso conde podía haber garrapateado Nevile: y eso hacía cuarenta y tres, pero la leyenda las elevaba a cincuenta, lo que daba este balance: una: luego una: luego una: luego una y luego las últimas tres y luego el último vale, fechado después de que él fue a vivir a la casa con ellos y escrito con la temblorosa mano no de un viejo derrotado, porque él nunca se había dado cuenta de haber sido derrotado, sino de un viejo cansado tal vez y hasta ese cansancio sólo en el exterior y todavía indomable, la ingenuidad de la última nota, la ingenuidad no de la resignación, sino sencillamente del asombro, como un simple comentario u observación, y tampoco demasiado:

Una copa de plata. Hubert Beauchamp.

Y McCaslin:

—De todos modos, tienes mucha calderilla. Pero no son bastante viejas, sin embargo, para ser una rareza ni una herencia. De modo que tendrás que aceptar el dinero —salvo que él no oyó a McCaslin, permanecía calladamente al lado de la mesa y miraba tranquilamente la cafetera y la cafetera descansando una noche posteriormente en la repisa encima de lo que ni siquiera era una chimenea en la pequeña y reducida y helada habitación en Jefferson mientras McCaslin echaba unos billetes doblados sobre la cama y, siempre de pie (no había allí ningún sitio donde sentarse, salvo sobre la cama) sin siquiera quitarse el sombrero ni el abrigo: y él.

—Como un préstamo. De ti. Esto solo. —Y Mac Caslin:

—No puedes hacer esto. Yo no tengo dinero que pueda prestarte. Y tendrás que ir al Banco y buscarlo el mes que viene, porque yo no te lo traeré. —Y tampoco podía ya oír a McCaslin, mirando tranquilamente a McCaslin, su pariente, su padre casi aunque ahora no afín como, en todo caso, tampoco los padres y los hijos son afines: y él.

—Son diecisiete millas, a caballo y con frío. Podemos dormir aquí los dos. —Y McCaslin:

—¿Por qué debería yo dormir aquí como en mi casa cuando tú no quieres dormir allá en la tuya? —y se fue, y él se quedó mirando la brillante e inoxidable e impoluta cafetera de estaño y pensando y no por primera vez cuánto hace falta para formar a un hombre (Isaac McCaslin, por ejemplo), y en el sendero tortuoso de un hombre (el de Isaac McCaslin, por ejemplo), toma entre toda aquella masa para hacerle al fin lo que debe ser, no sólo ante el pasmo de ellos (aquellos que engendraron al McCaslin que engendró a su padre y a tío Buddy y a su hermana, y los que habían engendrado al Beauchamp que engendró a tío Hubert y a la hermana de tío Hubert) que creían haberle formado a él, sino ante el de Isaac McCaslin también como era préstamo y lo usó, aunque no hubiera tenido necesidad: el mayor de Spain le ofreció una habitación en su casa todo el tiempo que él quisiera y no le hizo ni le haría ninguna pregunta, y el viejo general Compson más que eso, llevarle a su propia habitación, dormir en la mitad de su propia cama y más que el mayor de Spain, porque le dijo bruscamente el porqué:

—Duerme conmigo, y antes de que termine el invierno sabré la razón. Tú me la dirás. Porque no creo que tú renuncies verdaderamente. Parece que tú renuncias verdaderamente, pero yo te he observado mucho en los bosques y no creo que renuncies verdaderamente aunque condenadamente lo parezca —usándolo como un préstamo, pagó la pensión y el alquiler de un mes y compró las herramientas, no simplemente porque él era experto con sus manos ya que había determinado emplear sus manos y podía haberlo hecho con los caballos, y no por una mera extática y confiada emulación del Nazareno como el joven jugador compra una camisa de lunares porque el jugador viejo ganó ayer llevando una, sino (sin la arrogancia de la falsa humildad y sin la falsa humildad del orgullo, el que pretendía ganarse su pan, y no tenía una particular necesidad de ganarlo, pero tenía que ganarlo y por algo más que el pan) porque si el Nazareno había encontrado el trabajo de carpintero bueno para la vida y para los fines que Él había asumido y elegido servir, sería también bueno para Isaac McCaslin aunque los fines de Isaac McCaslin, si bien bastante simples en su aparente causa, eran y serían incomprensibles para él, y su vida, bastante invencible en sus necesidades, si él hubiera podido ayudarse a sí mismo, no siendo el Nazareno, no la hubiera elegido: y lo restituyó. Él había olvidado los treinta dólares que McCaslin pondría en el Banco todos los meses a su nombre, y se lo había traído y los echó sobre la cama aquella primera y única vez, pero ninguna más; tenía un socio o más bien él era el socio: un viejo listo blasfemo impío y dipsómano que había construido *blockade-runners*^[2] en Charleston en el 62 y 63 y desde entonces había sido carpintero de barcos y apareció en Jefferson hacía dos años sin que nadie supiera de dónde ni por qué y pasó desde entonces buena parte de su tiempo restableciéndose de *delirium tremens* en la cárcel; pusieron un techo en el establo del presidente del Banco y (el viejo de nuevo en la cárcel celebrando el trabajo) él fue al

Banco para cobrarlo y el presidente le dijo—: Debería pedirle prestado a usted en vez de pagarle: —y ya habían pasado siete meses y él se acordó por primera vez, doscientos diez dólares, y ése fue el primer trabajo de algún peso y cuando dejó el Banco la cuenta era de doscientos veinte contra doscientos cuarenta, faltaban sólo veinte dólares, luego hizo el balance, aunque por entonces el total había aumentado a trescientos treinta y dijo:

—Quiero transferirlo ahora —y el presidente dijo—: No puedo hacer eso. McCaslin me dijo que no lo hiciera. ¿No tiene usted otro inicial que pueda usar para abrir otra cuenta? —pero todo esto estaba bien, las monedas de plata y los billetes se amontonaban atados en un pañuelo y la cafetera envuelta en una camisa vieja como la había traído el bisabuelo de Tennie desde Warwick dieciocho años antes, en el fondo de un baúl con conteras de hierro que el viejo Caroches había traído de Carolina y su patrona decía:

(1). Barcos muy ligeros usados durante la Guerra de Secesión para llevar alimentos y armas rompiendo el bloqueo.

—¡Ni siquiera un cerrojo! ¡Y no cierra su puerta con llave, ni siquiera cuando sale! —y él la miraba tan serenamente como había mirado a McCaslin aquella primera noche en la misma habitación, no como a un pariente y más que a un pariente como aquellos que os sirven aún por el pago son vuestros parientes y aquellos que os ofenden son más que el hermano o la esposa —y ahora tenía mujer.

Había sacado al viejo de la cárcel y lo había llevado a su cuarto alquilado y lo mantuvo sobrio a la fuerza, y ni siquiera se quitó los zapatos durante veinticuatro horas, lo levantó y le dio de comer y construyeron el granero entonces elevándolo desde el suelo y él se casó con ella: hija única, una muchachita todavía extrañamente mayor de lo que parecía al principio, tal vez más fuerte, con los ojos oscuros y un rostro apasionado en forma de corazón, que aún en aquella granja tenía tiempo para mirarle la mayor parte del día mientras él aserraba los maderos según las instrucciones del viejo: y ella: —Papá me ha hablado de ti. Aquella plantación es verdaderamente tuya, ¿no?— y él.

—Y de McCaslin y ella.

—¿Había un testamento dejándole la mitad a él? —y él.

—No había necesidad de testamento. Su abuela era la hermana de mi padre. Hemos sido como hermanos. —Y ella:

—Sois lo mismo que primos segundos y eso es todo lo que seréis. Pero creo que esto no importa —y se casaron, se casaron y fue un mundo nuevo, su herencia también como era la herencia de todos, de la tierra, más allá de la tierra y, sin embargo, de la tierra, ya que aunque suya era la larga historia de la tierra, también suya porque cada uno debe compartirla con otro para llegar a una posesión y al compartirla se hacen uno solo: por aquel momento al menos, uno; por aquel breve momento al menos, uno: indivisible, aquel momento al menos irrevocable e irrecuperable, viviendo todavía en un cuarto alquilado, pero solamente por un poco

tiempo, y aquella habitación sin paredes y sin techo y sin suelo era una magnificencia para él, que la dejaba todas las mañanas y volvía por la noche; el padre de ella poseía ya el solar en la ciudad y proporcionó el material, y él y su socio la construirían, la dote de ella para uno: el regalo de bodas de ella para tres, y ella no lo sabría hasta que el *bungalow* estuviera acabado y pronto para trasladarse y él nunca supo quién se lo había dicho, no su padre ni su socio y ni siquiera estando bebido como creyó por un momento, y él volvía a casa del trabajo con el tiempo justo para lavarse y descansar un momento antes de bajar a cenar, y desde entonces no entraba en ningún cuartito alquilado porque tendría algo de aquella magnificencia aún después de ellos hacerse viejos y haberla perdido: y él vio su cara entonces, exactamente antes de que dijese:

—Siéntate —los dos sentadas en el borde de la cama, sin siquiera tocarse todavía, la cara de ella tensa y terrible, la voz de ella un apasionado y desfalleciente susurro de inconmensurables promesas—: Te amo. Sabes que te amo. ¿Cuándo nos mudamos? —y él.

—No lo sé... No lo sabía... ¿Quién te lo ha dicho...? —la mano feroz y cálida pegada contra su boca, apretándole los labios contra los dientes, el feroz engarfiamiento de los dedos clavados en sus mejillas y sólo la palma aflojada lo suficiente para que él pudiese contestar:

—La granja. Nuestra granja. Tu granja. —Y él:

—Yo... —y de nuevo la mano, dedos y palma, todo el peso envolvente de ella aunque no lo tocara todavía sino con la mano, la voz:

—¡No! ¡No! —y los mismos dedos parecían seguir a través de las mejillas el impulso del hablar que se apagaba en su boca, luego el susurro, la respiración de nuevo, de amor y de increíble promesa, la palma que se afloja otra vez para dejarle contestar:

—¿Cuándo? —y él.

—Yo... —luego ella se fue, la mano también, estaba de pie, la espalda hacia él y la cabeza baja, la voz tranquila que por un momento no pareció su voz como él la recordaba:

—Levántate y vuelve la espalda y cierra los ojos —y lo repitió antes de que él lo comprendiese y estuviese de pie con los ojos cerrados y oyendo sonar la campana para la cena en el piso de abajo y la voz serena otra vez—: Cierra la puerta con llave: —y lo hizo así y apoyó la frente contra la madera fría, los ojos cerrados, oyendo su corazón y el sonido que había empezado a oír antes de moverse hasta que cesó y la campana sonó de nuevo en el piso de abajo y él sabía que esta vez era para ellos y sintió la cama y se volvió y él nunca la había visto desnuda antes, se lo había pedido una vez, y por qué: que él quería verla desnuda porque la amaba y quería verla a ella mirándole a él desnudo porque la amaba, pero después de eso no volvió a hablar de ello nunca, hasta volvía la cabeza cuando ella se ponía el camisón por encima del vestido para desnudarse por la noche y se ponía el vestido por encima del camisón para quitárselo por la mañana y ella no le permitía meterse en la cama a su lado hasta

que la lámpara no estaba apagada y hasta en el calor del verano ella estiraba las sábanas encima de ambos antes de permitirle volverse hacia ella: y la patrona subió la escalera hasta la antesala y llamó a la puerta y les llamó por sus nombres, pero ella no se movió, extendida en la cama sobre la colcha, su cara de lado sobre la almohada, sin escuchar nada, sin pensar nada, ni en él como él pensó luego la patrona se fue y ella dijo: —Desnúdate—: su cabeza siempre vuelta a un lado, sin mirar nada, sin pensar nada, sin esperar nada, ni siquiera a él, y la mano moviéndose como con voluntad y visión de sí misma, cogiéndole por la muñeca en el momento exacto cuando él se detuvo junto al lecho aunque él nunca se detuvo sino simplemente cambió de dirección del movimiento, hacia abajo ahora, la mano tirando de él y ella se movió al fin, se desvió, un movimiento único completo inherente no ensayado y a la vez más viejo que el hombre, mirándole, arrastrándole hacia abajo con aquella sola mano abajo y abajo, y él no vio ni sintió la desviación, la palma aplastada contra su pecho y lo mantenía lejos con la misma aparente carencia de esfuerzo o de ninguna necesidad de fuerza, y no lo miraba, no necesitaba mirarlo, la mujer casta, la esposa, ya mirada por todos los hombres que nunca enceló y todo su cuerpo había cambiado, transformado, él nunca lo había visto sino una sola vez y no era siquiera el que él había visto compuesto de toda la carne de mujer, que desde que el hombre era se había reclinado sobre la espalda y se había abierto, y de alguna parte de ella, sin siquiera un movimiento de los labios, el débil e invencible susurro:

—Promete —y él:

—¿Prometer?

—La granja. —Él se movió. Él se había movido, la mano desplazándose de su pecho una vez más hasta su muñeca, agarrándola, el brazo todavía laxo y sólo la ligera y creciente presión de los dedos como si brazo y mano fueran un trozo de cable con un lazo en un extremo, sólo la mano apretando mientras él se arrastraba contra ella.

—No —dijo él—. No —y ella no le estaba mirando todavía, pero no como la otra sino todavía la mano—: No, ya te lo he dicho. No quiero. No puedo. Nunca: —y todavía la mano y él dijo, por última vez, trató de hablar claramente y sabía que era aún con gentileza y pensó, *Ella sabe ya más que yo, con todo mi escuchar a los hombres en el campamento donde no había nada para leer, oí nunca. Nacen ya hartas de saber aquello a lo que un muchacho se acerca sólo a los catorce o quince años torpemente y con un tembloroso espanto*—: No puedo. Nunca. Recuérdalo: —y todavía la mano constante e invencible y él dijo Sí y pensó, *Está perdida. Ha nacido perdida. Todos hemos nacido perdidos* luego cesó de pensar y hasta de decir. Sí, fue como nada de lo que hubiera soñado, ni mucho menos oído en las conversaciones de los hombres hasta que después de un instante volvió y se echó agotado sobre la playa insaciable e inmemorial y de nuevo con un movimiento una vez más viejo que el hombre ella se volvió y se liberó y en su noche de bodas ella había llorado y él pensó al principio que ella estaba llorando ahora, contra la traqueteada almohada de borra,

la voz llegando de algún sitio entre la almohada y la risa:

—Y esto es todo. Esto es todo por mi parte. Si esto no te da ese hijo del que hablas, no será mío —yacía de costado, su espalda hacia el vacío cuarto alquilado, riendo y riendo.

Capítulo 5

VOLVIÓ al campamento una vez más antes de que la compañía maderera se trasladase allí y empezase a talar los árboles. El mayor de Spain nunca volvió a visitarlo. Pero les invitó con placer a servirse de la casa y cazar por las tierras cuando ellos quisieran, y el invierno siguiente a la última cacería cuando murieron Sam Fathers y *Lion*, el general Compson y Walter Ewell idearon un plan para asociarse ellos mismos, el viejo grupo, en su club y arrendar el campamento y los privilegios de la caza de los bosques —una invención sin duda del un tanto infantil general, pero realmente digna del mismo Boon Hogganbeck. Hasta el muchacho, al escucharlo, reconoció el subterfugio que había en el proyecto: cambiar las manchas del leopardo ya que no podían cambiar al leopardo, infundada e ilusoria esperanza a la que McCaslin pareció suscribirse por un tiempo, que una vez que ellos hubieran persuadido al mayor de Spain a volver al campamento él podía retractarse, aunque el muchacho sabía que no lo haría. Y no lo hizo. El muchacho no supo nunca lo que había sucedido cuando el mayor de Spain se excusó. No se hallaba presente cuando se trató del asunto y McCaslin no se lo dijo nunca. Pero cuando llegó jimio y el tiempo para la doble celebración del cumpleaños no se hizo mención de ello y cuando llegó noviembre ninguno habló de servirse de la casa del mayor de Spain y él no supo si el mayor de Spain sabía o no que ellos iban de caza aunque sin duda el viejo Ash debía habérselo dicho: él y McCaslin y el general Compson (y aquélla fue también la última cacería del general) y Walter y Boon y Jim de Tennie y el viejo Ash cargaron dos carros y marcharon dos días y casi cuarenta millas más allá de cualquier región que el muchacho hubiera visto antes y vivieron en tiendas durante dos semanas. Y la primavera siguiente se enteraron (no por el mayor de Spain) que había vendido el derecho de tala a la compañía maderera de Memphis y en junio el muchacho se dirigió un sábado a la ciudad con McCaslin y fue al despacho del mayor de Spain— la grande y aireada habitación en el segundo piso, rodeada de estantes de libros con ventanas que en un extremo se abrían sobre los descuidados trasteros de unas tiendas y en el otro una puerta daba a un balcón encima de la plaza, con un cuarto cubierto por una cortina donde se hallaba un balde de cedro con agua y un azucarero una cuchara un vaso y una damajuana recubierta de mimbre con whisky, y un abanico colgante de papel y bambú, meciéndose adelante y atrás sobre el escritorio mientras el viejo Ash en una mecedora al lado de la puerta tiraba de la cuerda.

—Naturalmente —dijo el mayor de Spain—. A Ash le gustará probablemente escapar por un tiempo a los bosques, donde no tendrá que comer lo que guisa Daisy. Se queja de ello, por lo menos. ¿Lleváis a alguien con vosotros?

—No, señor —dijo él—. Pensé que acaso Boon... —Hacía seis meses que Boon era jefe de policía en Hoke; el mayor de Spain se había puesto de acuerdo con la compañía maderera— o tal vez se había concertado un compromiso ya que había sido

la compañía maderera la que había determinado que Boon podía estar mejor como jefe de policía de la ciudad que como jefe de una cuadrilla de leñadores.

—Sí —dijo el mayor de Spain—. Le telegrafiaré hoy. Se encontrará con vosotros en Hoke. Mandaré a Ash en el tren y ellos podrán llevar la comida y todo lo que tendréis que hacer será montar vuestros caballos y cabalgar.

—Sí, señor —dijo él—. Gracias. —Y luego oyó su voz otra vez. No sabía lo que iba a decir, y sin embargo lo sabía, lo había sabido durante todo el tiempo—: Quizás si usted... —Su voz se apagó. Se había interrumpido, nunca supo cómo porque el mayor de Spain no se movió, volvió al escritorio y a los papeles desparramados encima y aún esto sin moverse porque estaba sentado ante el escritorio con un papel en la mano cuando el muchacho entró y permaneció de pie mirando al hombre bajo y algo grueso de cabellos grises con un elegante traje de fino paño oscuro y una inmaculada y brillante camisa a quien él estaba acostumbrado a ver con botas y traje de pana enfangado, sin afeitar, sentado sobre la yegua peluda y potente de largas corvas con una vieja carabina *Winchester* atravesada sobre el arzón y el gran perro azul de pie e inmóvil como si fuese de bronce junto al estribo, los dos en aquel último año, al menos para el muchacho, llegaron a parecerse el uno al otro de alguna manera como dos personas expertas en el amor o en los negocios que han estado juntas durante mucho tiempo en el amor o en los negocios se parecen a veces. El mayor de Spain no levantó la vista.

—No. Tendré demasiado que hacer. Pero te deseo buena suerte. Si cazas una, puedes traerme una ardilla joven.

—Sí, señor —dijo él—. La traeré.

Montó en su yegua, la potranca de tres años que él había criado y cuidado y domado. Partió de casa poco después de la medianoche y seis horas más tarde, sin siquiera haber fatigado a la yegua, cabalgó hacia Hoke, la minúscula línea de empalme del tren de la madera que él siempre había creído que fuese también propiedad del mayor de Spain si bien el mayor de Spain simplemente había vendido a la compañía (y eso hacía muchos años) la tierra sobre la que estaban los apartaderos y los muelles de carga y el almacén de la administración, y miró a su alrededor con disgustado y dolorido asombro aun cuando había sido prevenido y él mismo se había creído preparado: un nuevo aserradero medio terminado que abarcaría dos o tres acres y que daba la impresión de millas y millas de raíles de acero amontonados rojos con el orín ligero y brillante del metal nuevo y de rimeros de traviesas empapadas de creosota, y recintos de alambrada y pesebres para doscientas mulas por lo menos y las tiendas para los hombres que las conducían; así que dispuso lo referente al cuidado y la cuadra para su yegua lo más de prisa que pudo y sin mirar más subió al vagón del conductor del tren de la madera con su fusil y trepó al techo y no miró sino hacia el muro de la selva en cuyo interior podría de todos modos esconderse de aquello una vez más.

Luego la pequeña locomotora pitó y empezó a moverse: un rápido agitarse de los

émbolos, el estrépito letárgico y decidido de las cadenas de enganché que pendían a lo largo del tren, el émbolo cambiado en un profundo y lento castañeteo de potentes dentelladas cuando también el vagón empezó a moverse y desde el techo observó completa la parte delantera del tren en la primera y única curva de toda la línea y desapareció en la selva, arrastrando tras sí toda la longitud del tren tanto que parecía una pequeña serpiente oscura e inofensiva desapareciendo entre la maleza, arrastrando consigo también a él hasta que pronto corrió una vez más al máximo de su estruendosa velocidad entre los muros gemelos de la selva no tocada por el hacha como de antiguo. Había sido inofensiva una vez. No hacía cinco años que Walter Ewell había disparado a un ciervo de seis puñales desde ese mismo vagón en movimiento, y luego estaba la historia del oso joven: el primer viaje del tren a lo largo de las treinta millas, el oso entre los raíles, su parte posterior elevada como la de un cachorro jugando mientras escarba para ver qué especie de hormigas o sabandijas podían encerrar o tal vez solamente para examinar los extraños troncos simétricos cuadrados y descortezados que habían aparecido evidentemente no se sabía de dónde en una interminable línea matemática de la noche a la mañana, todavía escarbando hasta que el conductor, frenando la locomotora a unos cincuenta pies, hizo sonar el silbato y entonces corrió frenéticamente y se cogió al primer árbol con que tropezó: un fresno joven no más grande que el muslo de un hombre y trepó todo lo que pudo y se asió allí, con la cabeza escondida entre los brazos como podía haber hecho un hombre (quizá una mujer) mientras el guardafreno le arrojaba pedazos de balasto, y cuando la máquina estuvo de regreso tres horas más tarde con la primera carga de troncos, el oso estaba bajándose del árbol y de nuevo volvió a trepar lo más alto que pudo y se quedó agarrado a él mientras el tren pasaba y estaba allí todavía cuando pasó de nuevo por la tarde y cuando regresó al oscurecer; y Boon había estado en Hoke con el carro a buscar un saco de harina aquel mediodía cuando los hombres del tren hablaron de ello y Boon y Ash, ambos entonces veinte años más jóvenes, estuvieron sentados bajo el árbol toda la noche para impedir que nadie le disparase y a la mañana siguiente el mayor de Spain hizo que el tren se quedase en Hoke, y sólo poco antes del ocaso del segundo día, cuando no sólo lo observaban Boon y Ash sino el mayor de Spain y el general Compson y Walter y McCaslin, de doce años entonces, bajó del árbol después de casi treinta y seis horas sin agua siquiera y McCaslin le contó cómo durante un minuto pensaron que iba a detenerse justamente en el depósito del agua donde ellos se hallaban y que bebería, cómo miró al agua y se detuvo y los miró a ellos y de nuevo al agua, pero no se acercó, se fue, corriendo, como corren los osos, los dos pares de patas, delanteras y traseras, trazando dos rastros separados aunque paralelos.

Había sido inofensivo entonces. Ellos oían algunas veces el paso del tren de la madera desde el campamento; algunas veces, porque nadie se molestaba en escuchar. Lo oían a la ida, corriendo ligero y veloz, el ligero repiqueteo de los vagones, el émbolo de la minúscula locomotora y su estridente silbido de vendedor de cacahuetes

que vibraba por un momento y era absorbido por la selva cavilante y distraída sin un eco siquiera. Ellos lo oían a la vuelta, cargado, no tan de prisa dando sin embargo su ilusión de frenética y serpenteante velocidad como un juguete, sin silbar para conservar el vapor, lanzando sus afanosas dentelladas en miniatura resoplando en la faz inmemorial del bosque con frenética e inútil vanagloria, vacío y ruidoso y pueril, llevando sin destino ni propósito maderos que no dejaban en ningún sitio la menor cicatriz o tronco como los trenecitos de los niños cargan y transportan y descargan su arena inútil y retroceden precipitadamente en busca de más, incansables e incesantes y rápidos aunque nunca tan de prisa como la Mano que juega con ello retira la carga del juguete para cargarlo de nuevo. Pero era diferente. Era el mismo tren, máquina, vagones y cabina del conductor con los que Boon, borracho y luego sereno y luego de nuevo borracho y luego otra vez bastante sereno una vez más todo en el espacio de veinticuatro horas, se había jactado ese día dos años antes de lo que iban a hacer al día siguiente a *Old Ben*, y corría con la misma ilusión de frenética rapidez entre las mismas paredes de la selva impenetrable e inaccesible, pasando por las viejas marcas, las antiguas travesías de caza donde él había seguido la pista de ciervos heridos y no heridos y más de una vez los había visto, todo menos heridos, saltar fuera de los bosques y atravesar los terraplenes que sostenían los raíles y los travesaños luego abajo y dentro de los bosques de nuevo como se supone que se muevan los seres ligados a la tierra pero pasando como pasan las flechas, separados del suelo, alargados hasta tres veces su real longitud e incluso más descoloridos, diferentes en el color, como si estuvieran en un punto entre la inmovilidad y el movimiento absoluto donde hasta la masa se altera químicamente, cambiando sin dolor o angustia no sólo en volumen y forma sino también en el color, acercándose al color del viento, y sin embargo esa vez era como si el tren (y no sólo el tren sino él mismo, no sólo sus ojos que lo habían visto y su memoria que lo recordaba, sino sus vestidos también, así como las ropas devuelven al soplo limpio y sereno del aire la prolongada emanación de un cuarto de enfermo o de muerto) había llevado consigo a la selva condenada a muerte aun antes del hacha efectiva y de la sombra y del prodigio del nuevo aserradero ni siquiera acabado todavía y de los rifles y traviesas que aún no estaban colocados; y él supo lo que había sabido aquella mañana en Hoke, pero que todavía no había proyectado en palabras; por qué el mayor de Spain no había vuelto, y que después de esa vez él mismo, que hubiera tenido que verlo una vez u otra, tampoco hubiera vuelto.

Estaban ya cerca. Lo supo antes de que el conductor silbase para advertírselo. Pero vio a Ash y el carro, las riendas sin duda envueltas una vez más alrededor de la palanca del freno como en el recuerdo del muchacho el mayor de Spain le había prohibido que hiciera durante ocho años, el tren aflojó la marcha, al aflojarse los empalmes traquetearon y entrechocaron de nuevo de un vagón al otro, la cabina del conductor disminuyó la velocidad al pasar por el carro mientras él saltaba abajo con su fusil, el conductor se inclinaba hacia él para indicarle la máquina, la cabina seguía

disminuyendo la marcha, rateando, aunque el émbolo de la máquina estuviese ya lanzándose con ritmo ascendente contra la selva sin eco, el estrépito de las barras de tracción circuló hacia atrás por todo el tren, y la cabina al fin recobró velocidad. Luego se había ido. No había estado. No podía oírlo más. La selva se elevaba, pensativa, indiferente, infinita, eterna, verde; más vieja que cualquier cobertizo de aserradero, más larga que cualquier línea de apartadero.

—¿No está todavía el señor Boon? —dijo.

—Me la ha jugado —dijo Ash—. Tenía el carro cargado y preparado para mí ayer en Hoke, cuando llegué allí y arreglado el campamento en la escalinata la noche pasada cuando yo llegué. Se encuentra ya en el bosque desde el amanecer. Dijo que iría hasta el Abeto y que cazara usted por ese camino y lo encontrase. —Él sabía dónde estaba aquello: un único y gran ocozol justo fuera del bosque, en un viejo calvero; si uno, en esa época del año, trepaba muy silenciosamente y luego corría repentinamente hacia el calvero, algunas veces podía coger hasta una docena de ardillas, atraparlas, ya que allí no había ningún otro árbol cerca al que pudieran saltar. Por eso él no subió al carro.

—Iré —dijo.

—Me imaginaba que iría —dijo Ash— y le he traído una caja de cartuchos. —Le alcanzo los cartuchos y empezó a desenrollar las riendas de la palanca del freno.

—¿Cuántas veces calculas que el mayor te ha dicho que no hagas eso? —dijo el muchacho.

—¿Hacer qué? —dijo Ash. Luego dijo—: Y dígame a Boon Hogganbeck que la comida estará en la mesa dentro de una hora y si alguno de ustedes quiere que venga y la coma.

—¿Dentro de una hora? —dijo él—. No son las nueve todavía. —Sacó el reloj y le mostró la esfera a Ash—: Mira. —Ash ni siquiera miró el reloj.

—Ésa es la hora de la ciudad. Ahora no está usted en la ciudad. Está usted en el bosque.

—Mira el sol entonces.

—Tampoco me importa el sol —dijo Ash—. Si usted y Boon Hogganbeck quieren comer, harán mejor en venir cuando le he dicho. Yo tengo que hacer en aquella cocina porque tengo que cortar leña. Y cuidado con sus pies. Hay serpientes.

—Tendré cuidado —dijo él.

Luego se halló en los bosques, no sólo solitario; la soledad se cerraba en torno suyo, verde de verano. No habían cambiado, y, sin tiempo, no hubieran cambiado, no más que el verde del verano y el fuego y la lluvia del otoño y el riguroso frío y a veces hasta la nieve.

El día, la mañana en que mató al ciervo y Sam marcó su rostro con la sangre caliente, volvieron al campamento y él recordaba al viejo Ash parpadeando y descontento y hasta ofendido en su escepticismo hasta que al fin McCaslin le había afirmado la verdad que lo había matado realmente él: y aquella noche, Ash estuvo

sentado refunfuñando e inabordable detrás del fogón de modo que Jim de Tennie tuvo que servirles la cena y despertarles con el desayuno ya sobre la mesa a la mañana siguiente y fue sólo a la una y media cuando de las furiosas maldiciones del mayor de Spain y de los gruñidos y adustas respuestas de Ash surgió al fin el hecho de que Ash no sólo quería ir a los bosques y disparar a un ciervo también sino que se había propuesto hacerlo y el mayor de Spain dijo: «Por Dios, si no le dejamos probablemente tendremos que cocinar de ahora en adelante», y Walter Ewell dijo: «O levantarnos a la medianoche para comer to que Ash cocine»: y como él ya había matado su ciervo durante esa cacería y no iba a disparar de nuevo a menos que necesitaran carne, ofreció su fusil a Ash hasta que el mayor de Spain asumió el mando y asignó aquel fusil a Boon por ese día y dio a Ash la imprevisible escopeta de Boon con dos cartuchos de perdigones pero Ash dijo: «Tengo cartuchos»; y se los mostró, cuatro: uno para cada ciervo, uno de tres perdigones para conejos, dos para los pájaros y contó su historia uno por uno y su origen y él recordaba no sólo la cara de Ash sino también la del mayor de Spain y la de Walter y la del general Compson, y la voz de Ash: «¿Disparar? ¡Naturalmente que dispararán! El general Compson me dio éste» —el cartucho para ciervo— «sacándolo de aquel mismo fusil con que él mató aquel gran ciervo hace ocho años. ¡Y éste! —era el cartucho para conejos» triunfalmente— «es más viejo que este muchacho/» Y aquella mañana él mismo cargó el fusil invirtiendo el orden: los de los pájaros, el de los conejos, luego el del ciervo de modo que el del ciervo estuviese el primero en la cámara, y él mismo sin fusil, él y Ash fueron andando al lado de los caballos del mayor de Spain y de Jim de Tennie y con los perros (estaba nevando) hasta que éstos se lanzaron y dieron con el rastro, los gritos agradables y fuertes resonando a lo lejos en el aire acolchado decreciendo y yéndose casi inmediatamente, como si los copos constantes y silenciosos hubieran enterrado ya hasta los ecos no formados todavía bajo su caída innúmera y sin peso, el mayor de Spain y Jim de Tennie se habían ido también, gritando continuamente hacia el interior del bosque; y luego todo estuvo bien, y él supo tan claramente como si Ash se lo hubiese dicho que Ash, había cazado su ciervo y que hasta sus tiernos años habían sido perdonados por haber cazado uno, y volvieron a casa a través de la nieve que caía —él delante porque, aunque estaban a menos de una milla del campamento, que había pasado dos semanas de su vida en el campamento todos los años desde los últimos veinte, no tenía la menor idea de dónde se encontraban, hasta que bien pronto la manera con que Ash llevaba la escopeta de Boon lo estaba poniendo bastante más nervioso e hizo que Ash marchase a la cabeza, avanzando a grandes trancos, hablando un monólogo, de un viejo charlatán empezando por donde se hallaba en ese momento, luego de los bosques y de la vida en los bosques y de la comida en los campamentos, luego de la comida, luego de su preparación y de cómo guisaba su mujer, luego, en resumen, de su vieja mujer y casi en seguida y por extenso de una joven de color más claro que estaba de niñera en la casa de al lado de la del mayor de Spain y si ella no se hubiera dado cuenta de a

quién azotaba con el rabo él le hubiera demostrado si un viejo era viejo o no si su mujer no lo hubiera estado vigilando todo el tiempo, los dos por un sendero de caza a través de una densa maleza de cañas y de espinos que los llevaría a un cuarto de milla del campamento, acercándose a un gran tronco caído atravesado en el sendero y justo cuando Ash, hablando todavía, estaba a punto de poner el pie encima del oso, el cachorro, surgió repentinamente detrás del tronco, sentándose, con los brazos contra el pecho y las garras blandamente quietas como si hubiera sido sorprendido en el acto de taparse la cara para rezar: y después de un momento la escopeta de Ash se levantó de golpe y él dijo: «Todavía no tienes el cartucho en el cañón. Dale»: pero la escopeta ya había fallado y él dijo: «Dale. Todavía no tienes el cartucho en el cañón»: y Ash maniobró el mecanismo y después de un momento la escopeta fue apuntada de nuevo y falló y él dijo: «Dale»: y vio el cartucho para él ciervo saltar, girando pesadamente, dentro del cañaveral. Éste es el cartucho para los conejos: y la escopeta falló y él pensó: «El próximo es el de los pájaros»: y no tuvo que decir Dale; gritó: «¡No dispaes! ¡No dispaes!», pero ya era demasiado tarde, el ligero, seco y maligno disparo en falso antes de que él pudiese hablar y el oso se volvió y se deslizó a cuatro patas y luego se había ido, y allí estaban sólo el tronco, el cañaveral, la nieve constante y aterciopelada y Ash dijo: «¿Y ahora qué?» y él dijo: «Por aquí. Vamos»: y empezó a bajar por el sendero y Ash dijo: «Tengo que encontrar mis cartuchos»: y él dijo: «Maldita sea, maldita sea, vamos»: pero Ash apoyó el fusil contra el tronco del árbol y se volvió y se agachó y rebuscó entre las raíces de las cañas hasta que retrocedió y se agachó y encontró los cartuchos y se incorporaron y en aquel momento la escopeta, no tocada por nadie, apoyada contra el tronco seis pies más allá y durante aquél momento hasta olvidada por ambos, rugió, bramó y llameó, y paró: y él la llevó ahora, descargada del momificado cartucho y le dio éste también a Ash, y con la recámara abierta todavía, él mismo llevó la escopeta hasta que la colocó en el rincón detrás de la cama de Boon en el campamento.

Verano, y otoño, y nieve, y lluvia y la savia abundante de la primavera en su decretada e inmortal sucesión, las fases imperecederas e inmemoriales de la madre que le había formado, si es que alguien lo había hecho, como el hombre que casi era, madre y padre a la vez para el viejo nacido de una esclava negra y de un jefe Chickasaw que había sido su padre en espíritu, si alguien lo había sido, a quien él había respetado y escuchado y querido y perdido y llorado: y él se casaría algún día y ellos también poseerían durante su breve momento aquella breve e inconsciente felicidad que por su misma naturaleza no puede durar y que por esto es felicidad: y podrían quizá, llevar hasta su recuerdo al tiempo en que la carne no habla ya a la carne porque al fin de la memoria dura: pero sin embargo los bosques serían su amante y su esposa.

No se dirigía hacia el Abeto. Realmente, se estaba alejando de él. Hubo un tiempo, y no hacía tanto de ello, en que no le hubieran permitido estar allí sin que alguien le acompañase, y un poco después, cuando había empezado a aprender tantas

cosas que no sabía, no se hubiera atrevido a estar sin alguien a su lado, y todavía después, cuando empezaba a indagar, aunque sólo fuera oscuramente, los límites de lo que no sabía, hubiera podido intentarlo y llevarlo a cabo con una brújula, no porque hubiera aumentado su confianza en sí mismo, sino porque también McCaslin y el mayor de Spain y Walter y el general Compson le habían enseñado al fin a creer en la brújula prescindiendo de lo que parecía indicar. Ni siquiera empleaba ya la brújula sino sencillamente el sol y eso sólo inconscientemente, con todo podía haber cogido un mapa topográfico y darse una idea en cualquier momento de dónde se encontraba con una aproximación de unos cien pies; y por descontado, casi en el mismo momento en que él lo esperaba, el terreno empezó a elevarse ligeramente y él pasó uno de los cuatro mojones de hormigón colocados por el agrimensor de la compañía maderera para fijar los cuatro ángulos del terreno que el mayor de Spain había excluido de la venta, luego se detuvo en la cima de la loma, los cuatro mojones de los ángulos visibles, todavía blanqueados a pesar de los temporales del invierno, sin vida y monstruosamente ajenos en ese sitio donde la misma descomposición era una inquieta ebullición de eyaculación de tumescencia de concepción y de nacimiento, y la muerte ni siquiera existía. Después de que dos inviernos extendieron sus alfombras de hojas y las inundaciones de dos primaveras, no quedaba rastro de las dos tumbas. Pero aquellos que hubieran ido hasta allí para encontrarlas no hubieran necesitado lápidas mortuorias sino que las habrían encontrado como el mismo Sam Fathers le había enseñado a encontrarlo: por la situación de los árboles: y lo hizo, encontrando casi al primer golpe de su cuchillo de caza (pero sólo para ver si todavía estaba allí) la lata redonda de manteca que contenía la garra mutilada de *Old Ben*, descansando sobre los huesos de *Lion*.

No la tocó. Ni siquiera buscó la otra tumba donde él y McCaslin y el mayor de Spain y Boon habían depositado el cuerpo de Sam, junto con su cuerno de caza y su cuchillo y su pipa, aquel domingo por la mañana hacía dos años; no tuvo necesidad de hacerlo. Había pisado al otro lado de ella, tal vez encima. Pero eso estaba bien. *Probablemente él sabía que yo estaba en el bosque esta mañana mucho antes de que llegase aquí*, pensó, yendo hacia el árbol que había sostenido uno de los extremos de la plataforma donde Sam yacía cuando McCaslin y el mayor de Spain los hallaron — el árbol, la otra lata de manteca clavada en el tronco, pero deteriorada por la intemperie, enmohecida, ajena también aunque reconciliada ya en la armónica generalidad de la selva, sin elevar una nota disonante, y vacía, ha tiempo vacía de la comida y el tabaco que él había puesto dentro aquel día, tan vacía de aquello como lo sería en breve de esto que sacaba del bolsillo— el rollo de tabaco, el nuevo pañuelo de hierbas, el pequeño paquete de caramelos de menta que a Sam le gustaba tanto; también eso había desaparecido, casi antes de que volviese la espalda, no evaporado sino sencillamente vertido en las miríadas de la vida que imprimían el molde oscuro de estos misteriosos y sombríos lugares con delicados y fabulosos rastros, que, respirando y esperando e inmóviles, le observaban detrás de cada rama y cada hoja

hasta que él se movió, volviendo 3 andar, avanzando; no sé había detenido, sólo había vacilado, al abandonar la loma que no era la morada de la muerte porque allí no estaba la muerte, ni *Lion* ni Sam: no sujetados en la tierra, miríadas no difundidas todavía de todo fragmento de miríada, hoja y rama y partícula, aire y sol y lluvia y rocío y noche, bellota y hoja y bellota de nuevo, oscuridad y amanecer y oscuridad y amanecer de nuevo en su constante sucesión y, siendo miríadas, uno: también *Old Ben*, también *Old Ben*; hasta le habrían restituido su garra, seguramente le habrían restituido su garra: luego el largo desafío y la larga caza, ningún corazón para ser forzado y maltratado, ninguna carne para ser macerada y herida—. Justo cuando se quedó petrificado, le pareció oír la advertencia de despedida de Ash. Ni siquiera podía oír la voz tan petrificado estaba, inmóvil, un pie soportando su peso, los dedos del otro apenas levantados detrás de él, sin respirar, sintiendo de nuevo y como siempre aquella irrupción aguda y espantosa de hacía tiempo cuando Isaac McCaslin no estaba todavía, y por eso tuvo miedo sin duda pero no susto cuando bajó la vista sobre ello. Todavía no se había enrollado ni tampoco había emitido ningún sonido, sólo una repetida y rápida contracción, una ondulación echándose a un lado simplemente como para conseguir que la erguida cabeza pudiera ser impulsada ligeramente hacia atrás, tampoco con espanto, ni todavía completamente de amenaza, de más de seis pies, la cabeza levantada más alta que su rodilla y a menos distancia que la altura de su rodilla, y vieja, los dibujos en un tiempo brillante de su juventud apagados en una monótona concordancia también con la selva donde se deslizaba y se escondía: la vieja criatura, antigua y maldecida sobre la tierra, solitaria y fatal y el poder sentir su olor: el sutil y nauseabundo alar de pepinos podridos y de alguna otra cosa que no tenía nombre, evocador de todo lo conocido y de un viejo cansancio y las caperuzas de los parias y la muerte. Al fin se movió. No la cabeza. La altura de la cabeza no cambió cuando empezó a deslizarse alejándose de él, moviéndose erguido aunque fuera de la perpendicular como si la cabeza y el tercio elevado de su cuerpo fueran un todo completo: un ente andando sobre dos pies y libre de todas las leyes del volumen y del equilibrio y así debía ser porque aun entonces él no podía creer completamente qué todo aquel movimiento y fluido de sombra detrás de aquella cabeza que andaba podía ser una sola serpiente: yéndose y luego ida; puso al fin el otro pie en el suelo y no se enteró, permaneciendo con una mano levantada como Sam había estado aquella tarde seis años antes cuando Sam le condujo a la selva y le hizo ver y él dejó de ser niño, hablando la vieja lengua que Sam había hablado aquel día sin premeditación también:

—Jefe —dijo él—: Abuelo.

No podía decir cuándo empezó a oír el sonido, porque cuando llegó a darse cuenta le pareció que ya había estado oyéndolo varios segundos —un sonido como si alguien estuviera golpeando el cañón de un fusil contra un pedazo de rail, un sonido fuerte y pesado y no rápido sin embargo con algo de frenético, como si el que estuviese dando golpes fuese no sólo un hombre fuerte y activo sino también algo

histórico—. Sin embargo no podía ser sobre la vía, porque si bien el trayecto se extendía en aquella dirección, estaba por lo menos a dos millas de él y ese ruido escasamente a trescientas yardas. Pero al pensarlo, comprendió de dónde debía llegar el sonido: cualquiera que fuese el hombre y sea lo que fuere lo que estaba haciendo estaba en algún sitio cerca de la linde del calvero donde se hallaba el Abeto y donde él tenía que encontrar a Boon. Hasta entonces, había ido cazando según avanzaba, moviéndose lenta y silenciosamente y observando a la vez el terreno y los árboles. Continuó, el fusil descargado y el cañón en alto terciado hacia atrás para facilitar su paso a través de las zarzas y la maleza, acercándose según aumentaba cada vez más fuerte aquel instante y salvaje y en cierto modo extrañamente histérico machucamiento de metal contra metal, surgiendo de los bosques, en el viejo calvero, con el solitario abeto directamente enfrente de él. A primera vista el árbol parecía estar plagado de enfurecidas ardillas. Parecían ser cuarenta o cincuenta saltando y lanzándose de rama en rama hasta que todo el árbol llegó a ser un verde remolino cíe hojas enloquecidas, mientras de vez en cuando, una a una, o en dos o en tres, las ardillas se abalanzaban tronco abajo luego giraban sin detenerse y se precipitaban trepando de nuevo como aspiradas violentamente por el vacío de la frenética vorágine de sus compañeras. Entonces vio a Boon, sentado, con la espalda contra el tronco del árbol, la cabeza inclinada, martilleando con furia algo sobre su regazo. Con lo que martilleaba era con el cañón de su fusil, lo que martilleaba era la recámara del mismo. El resto del fusil se hallaba esparcido a su alrededor en media docena de pedazos mientras inclinaba sobre el pedazo que tenía sobre la rodilla su cara de nuez escarlata y chorreante, batiendo el separado cañón contra la t recámara del fusil con la frenética naturalidad de un loco. Ni siquiera levantó la vista para ver quién era.

Sin dejar de golpear gritó al muchacho con voz ronca y sofocada:

—¡Fuera de aquí! ¡No los toques! ¡No toques ni uno! ¡Son míos!

OTOÑO EN EL DELTA

PRONTO entrarían en el Delta. La sensación le era familiar. Había sido renovada como esta vez cada última semana de noviembre durante más de cincuenta años —la última colina, al pie de la cual empezaba la fértil e inviolada llanura aluvial, como el mar empieza en la base de sus rocas, desvaneciéndose a lo lejos bajo la lenta lluvia de noviembre, como el mismo mar se desvanecía a lo lejos.

Al principio habían ido en carros: los fusiles, los colchones, las mantas, los perros, la comida, el whisky, la vehemente y exultante anticipación de la caza; los jóvenes, que podían conducir toda la noche y todo el día siguiente bajo la lluvia fría e instalar un campamento bajo la lluvia y dormir con las mantas empapadas y levantarse al amanecer de la mañana siguiente y cazar. Entonces había habido osos. Se disparaba a una gama o a un cervatillo tan rápidamente como a un ciervo y por las tardes se disparaba con pistola a los pavos silvestres para probar la destreza en la caza al acecho y la buena puntería, dándole todo a los perros menos la pechuga. Pero aquel tiempo ya era pasado. Ahora iban en automóviles, llevándolos más de prisa cada año porque las carreteras eran mejores y ellos tenían que ir cada vez más lejos, ya que el territorio en el que aún existía la caza cada año se retiraba hacia el interior como su vida se iba retirando hacia el interior, hasta que él era el último de aquellos que en un tiempo habían hecho el viaje en carros sin sentirlo y ahora los que le acompañaban eran los hijos y hasta los nietos de los hombres que habían guiado durante veinticuatro horas bajo la lluvia o la ventisca detrás de las mulas humeantes. Le llamaban «tío Ike», y él no decía a nadie cuán cerca estaba realmente de los ochenta porque sabía tan bien como ellos que ya no era asunto suyo hacer tales expediciones, ni siquiera en automóvil.

En efecto, cada vez, la primera noche en el campamento, extendido dolorido y sin sueño en las ásperas mantas, la sangre sólo débilmente caldeada por el único y flojo whisky con agua que se permitía, se decía a sí mismo que sería la última vez. Pero soportaba aquel viaje —todavía disparaba casi tan bien como antes, todavía cazaba casi tantas piezas como siempre había cazado; y no sabía ni siquiera cuántos ciervos habían caído bajo su escopeta— y el violento y largo calor del próximo verano le daría nuevo vigor. Luego llegaría de nuevo noviembre, y de nuevo en el automóvil con dos de los hijos de sus viejos camaradas, a quienes él había enseñado no sólo como distinguir la diferencia entre las huellas dejadas por un ciervo o por una gama, sino hasta entre el ruido que hacían al moverse, miraría hacia delante más allá del vibrante arco del limpiaparabrisas y vería la tierra achatarse súbitamente y calar como las aves, desvaneciéndose a lo lejos bajo la lluvia como se desvanecía el mar, y él diría: «Bien, muchachos, henos aquí de nuevo».

Esta vez, sin embargo, no tuvo tiempo de hablar. El conductor del automóvil lo detuvo sin avisar, tras un patinazo sobre el pavimento grasiento, arrojando a los dos pasajeros hacia delante con los brazos tensos para defenderse del choque.

—¡Qué diablos, Roth! —dijo el hombre que iba en medio—. ¿No puedes silbar antes de hacer eso? ¿Se ha hecho daño, tío Ike?

—No —dijo el viejo—. ¿Qué pasa? —El conductor no contestó. Todavía echado hacia delante, el viejo miraba agudamente más allá de la cara del hombre que estaba entre ellos, la cara de su pariente. Era la cara más joven de todos ellos, aquilina, melancólica, un poco cruel, la cara de su antepasado también, un poco atemperada, un poco alterada, mirando sombríamente a través del chorreante parabrisas cruzado incesantemente por los fluctuantes limpiaparabrisas gemelos.

—Yo no quería volver aquí otra vez —dijo repentina y ásperamente.

—Ya lo dijiste en Jefferson la semana pasada —dijo el viejo—. Luego cambiaste de idea. ¿Has cambiado de nuevo? No es el mejor momento para...

—Oh, Roth viene con nosotros —dijo el hombre que estaba en medio. Se llamaba Legate. Parecía no estar hablando a nadie, lo mismo que no miraba a ninguno de ellos—. Si fuera sólo por un ciervo por lo que él hiciera todo este camino, bueno. Pero viene aquí por una gama. Naturalmente un viejo como tío Ike no puede interesarse por ninguna gama, por ninguna que ande sobre dos pies... cuando está de pie, quiero decir. Y de piel bastante clara, además. Aquélla con la que él estaba aquellas noches del otoño pasado cuando decía que estaba cazando *coatíes*, tío Ike. Aquella tal vez, me imagino, tras la que todavía corría cuando se fue por todo un mes el pasado enero. Pero naturalmente a un viejo como tío Ike no le puede interesar una cosa como ésta. —Rió entre dientes, continuando sin mirar a nadie, y no burlándose del todo.

—¿Qué? —dijo el viejo—. ¿Qué es eso? —Pero apenas si había echado una ojeada a Legate. Seguía observando la cara de su pariente. Los ojos tras las gafas eran los ojos empañados de un viejo, pero eran también muy perspicaces; ojos que todavía podían ver el cañón de una escopeta y lo que corría delante tan bien como cualquiera de ellos. Ahora lo recordaba: cómo el año pasado, durante el final de la jornada en una lancha de motor donde acamparon, una caja de comida se había caído por la borda y cómo al día siguiente su pariente había vuelto a la ciudad más cercana a buscar provisiones y había estado ausente toda la noche. Y cuando regresó algo le había sucedido. Iba todas las mañanas al bosque al despuntar el día con su rifle cuando iban los otros, pero el viejo, observándolo, sabía que él no iba a cazar.

—Está bien —dijo—. Llévanos a Will y a mí hasta el refugio donde podemos esperar el camión, y tú puedes volverte atrás.

—Yo voy allí —dijo el otro ásperamente—. No te preocupes. Porque éste será el fin.

—¿El fin de la caza del ciervo o de la gama? —dijo Legate. Esta vez el viejo no le prestó atención cuando habló. Seguía observando el rostro salvaje y pensativo del joven.

—¿Por qué? —dijo.

—¿Después de que Hitler haya terminado con ello?

¿O Smith o Jones o Roosevelt o Willkie o como quiera que se llame en este país?

—Lo paramos aquí —dijo Legate—. Aunque se llamase George Washington.

—¿Cómo? —dijo Edmonds—. ¿Cantando el «Dios bendiga a América» en los

bares a medianoche y llevando banderitas de diez centavos en las solapas?

—¿De modo que es esto lo que te preocupa? —dijo el viejo—. Nunca he sabido que este país haya estado falto de defensores, cuando los ha necesitado. Tú mismo hiciste algo de ello hace veintitantos años, antes siquiera de ser un hombre hecho y derecho. Este país es un poquito más fuerte que cualquier hombre o grupo de hombres, lo mismo fuera que dentro de él. Yo pienso que cuando llegue el momento y algunos de vosotros se hayan cansado de gritar que vamos a ser vencidos si no vamos a la guerra y algunos más de gritar que seremos vencidos si vamos, se contendrá con un empapelador austríaco, no importa como se llame. Mi padre y otros hombres mejores que los que tú has nombrado intentaron una vez dividirlo en dos con una guerra, y fracasaron.

—¿Y qué es lo que queda? —dijo el otro—. La mitad de la gente sin trabajo y la mitad de las fábricas cerradas por las huelgas, la mitad de la población, que no quiere trabajar, viviendo del subsidio público y otra mitad que no podría trabajar aunque quisiera. Demasiado algodón y maíz y cerdos, e insuficiente para que el pueblo coma y vista. El país lleno de gente diciéndole al pueblo que él no puede cultivar su propio algodón tanto si quiere como si no, y Sally Rand con galones de sargento y hasta sin el abanico no podría llenar las filas del ejército. Demasiado sin mantequilla y hasta sin cañones...

—Tenemos un campamento para cazar ciervos... si llegamos —dijo Legate—. Sin hablar de las gamas.

—Es un buen momento para hablar de las gamas —dijo el anciano—. Gamas y cervatillos. La única batalla que en todas partes ha tenido siempre algo de la bendición de Dios ha sido cuando los hombres lucharon para proteger las gamas y los cervatillos. Si se llega a la lucha, es una buena cosa también mencionarlo y recordarlo.

—¿Has descubierto en —cuántos años más de setenta— que las mujeres y los niños son una cosa de la que nunca hay escasez? —dijo Edmonds.

—Tal vez es por eso que todo lo que ahora me preocupa es que todavía tenemos que recorrer diez millas por el río antes de que podamos disponer del campamento —dijo el anciano—. Así que vamos a continuar.

Prosiguieron. Pronto viajaban de prisa otra vez, como siempre que conducía Edmonds, sin consultar a ninguno de ellos acerca de la velocidad lo mismo que no había avisado a ninguno cuando paró el coche frenándolo de golpe. El viejo se calmó de nuevo. Observaba, como lo hacía periódicamente todos los noviembrs aunque habían pasado más de sesenta, la tierra que él había visto cambiar. Al principio había habido sólo las viejas ciudades a lo largo del río y las viejas ciudades a lo largo de las colinas desde las que los plantadores con sus cuadrillas de esclavos y luego de jornaleros habían arrancado a la selva impenetrable de agua estancada cañaverales y cipreses, abetos y acebos y robles y fresnos, y parcelas de algodón que al pasar los años se convierten en campos y luego en plantaciones. Las sendas practicadas por los

ciervos y los osos se convirtieron en caminos y luego en carreteras con ciudades que a su vez se engrandecían a lo largo de ellas y a lo largo de los ríos Tallahatchie y Sunflower los cuales se unían convirtiéndose en el Yazoo, el Río de la Muerte de los Choctaws —el río espeso, lento, negro, sin sol y casi sin corriente, que una vez al año dejaba de discurrir del todo y luego daba marcha atrás, extendiéndose, anegando la rica tierra y retirándose de nuevo la dejaba todavía más rica.

La mayor parte de aquello había desaparecido ya. Había que conducir doscientas millas desde Jefferson antes de encontrar un sitio selvático donde poder cazar. La tierra se extendía despejada desde las colinas originarias en el Este hasta los diques del Oeste, con el algodón erecto de la altura de un hombre a caballo para los telares de todo el mundo —la rica tierra negra, imponderable y enorme, fecunda hasta lo alto de la escalera de las casas de los negros que la trabajaban y las de los blancos que la poseían; que agotaba la vida de caza de un perro en un año, la vida de trabajo de un mulo en cinco y la de un hombre en veinte— la tierra en la que veían destellar la luz neón al pasar por los innumerables pueblos y los innumerables y relucientes coches último modelo les aventajaban sobre las anchas y rectas carreteras, en las que sin embargo la única y permanente señal de la ocupación del hombre parecía ser las enormes máquinas desmotadoras, aunque construidas en secciones de planchas de hierro en el espacio de una semana, ya que ninguno, por millonario que fuese, hubiera construido más que un techo y unas paredes para guardar el material agrícola del que vivía, sabiendo que una vez cada diez años o así su casa se inundaría hasta el segundo piso y quedaría destruido todo lo que contenía—; la tierra a través de la cual no llegaba ya el alarido de la pantera sino en su lugar el largo silbido de las locomotoras: trenes de increíble longitud arrastrados por una sola máquina ya que no había pendientes en ningún sitio ni ninguna altura excepto aquellas levantadas por olvidadas manos aborígenes como refugio contra las inundaciones anuales y usadas por sus sucesores indios para sepulcro de los huesos de sus padres, y todo lo que quedaba de aquel tiempo antiguo eran los nombres indios de los pueblos pequeños y frecuentemente referentes al agua —Aluschaskuna, Tillatoba, Homochitto, Yazoo.

A primeras horas de la tarde, estaban sobre el río. En la última y pequeña ciudad de nombre indio donde acababa el pavimento esperaron hasta que el otro automóvil y los dos camiones —uno con las ropas de cama y las tiendas y la comida, el otro con los caballos— les dieran alcance. Dejaron la carretera de hormigón y, tras otra milla más o menos, el firme también. En caravana avanzaban trabajosamente a través del incesante disolverse de la tarde, con cadenas protectoras en las ruedas, dando bandazos y chachopteando y patinando entre los surcos, hasta que al poco rato le pareció que el retroceso de sus recuerdos hubiese ganado velocidad en proporción inversa a su lento progreso, que la tierra se había retraído no en míos minutos desde el último trecho de firme sino en años, en décadas, retrocediendo hacia lo que había sido cuando la conoció por primera vez: el camino que seguían era una vez más el antiguo sendero del oso y el ciervo, los mermados campos por los que pasaban una

vez más punible y espantosamente excavados por el hacha y la sierra y por el arado arrastrado por las mulas del flanco de la selva, fuera de la maraña incubante e inmemorial, en lugar de los despiadados paralelogramos de una milla de ancho trazados por las máquinas para represar las acequias.

Llegaron al punto de desembarco del río y descargaron, los caballos seguían por tierra río abajo hasta un lugar frente al campamento y cruzarían el río a nado, y ellos y las ropas de cama y la comida y los perros y las escopetas en la lancha a motor. Fue precisamente él, aunque no era jinete, ni granjero, ni siquiera hombre de campo salvo por su lejano nacimiento e infancia, quien mimó y palmoteó a los dos caballos, tirando de ellos él sólo con su débil mano hasta que, retrocediendo, animándose, temblando un poco, se encabritaron, se plantaron, luego saltaron del camión atropelladamente, no porque poseyese alguna afinidad con ellos como criaturas, como bestias, sino simplemente porque los años y el tiempo lo aislaban de la corrupción del acero y de las piezas engrasadas de las maquinarias de las que estaban manchados los otros.

Luego, sosteniendo entré las rodillas su viejo fusil de dos cañones que era sólo doce años más joven que él, observó las últimas y mezquinas señales del hombre — cabañas, espacios abiertos, los campos pequeños e irregulares que un año antes eran matorrales y en los que los esqueléticos tallos del algodón de ese año se elevaban casi tan altos y exuberantes como se habían elevado los antiguos cañaverales, como si el hombre hubiera tenido que unir su manera de cultivar con la selva para poderla conquistar— marchitar y desaparecer. Las dos orillas lindaban con la selva como él recordaba —la maraña de espinos y cañas impenetrables aun para la vista a veinte pies de distancia, la tremenda altura a que se remontaban las encinas y los abetos y los fresnos y nogales que no habían resonado bajo ningún hacha excepto la de los cazadores, que no habían hecho eco a ninguna máquina salvo el palpitar de los anticuados barcos de vapor que la atravesaban o el refunfuñar de una lancha como la de ellos de gente que iba a pasar allí una o dos semanas porque aquello era todavía la selva. Había quedado algo de ello, aunque estaba a doscientas millas de Jefferson cuando en un tiempo había estado a treinta. Él la había observado, no había sido conquistada, devastada, sino más bien se retiró, ya que su propósito había sido cumplido y su tiempo estaba pasado de moda, retirándose hacia el Sur a través de ese ápice invertido, esa sección de tierra en forma de «V» entre las colinas y el río hasta que lo que había quedado de ella parecía amontonado y por el momento detenido en una tremenda intensidad de reproducción y una inescrutable impenetrabilidad en el último extremo del embudo.

Llegaron al lugar donde montaron el campamento el año anterior, con dos horas de luz todavía.

—Vaya bajo el árbol más seco y siéntese —le dijo Legate— si puede encontrarlo: Yo y estos muchachos haremos esto. —No fue. Todavía no estaba cansado. Eso vendría después. *Tal vez no venga esta vez*, pensó, como lo había pensado en ese

mismo punto todos los noviembre durante los últimos cinco o seis años. *Tal vez iré también al puesto por la mañana*; sabiendo que no lo haría, aunque hubiera seguido el consejo y se sentara bajo el árbol más seco y no hiciera nada hasta que el campamento estuviera dispuesto y la cena preparada. Porque no hubiera sido el cansancio. Sería porque no dormiría esa noche, sino que yacería despierto y sereno en el catre entre los ronquidos que llenaban la tienda y el murmullo de la lluvia como siempre le sucedía en la primera noche en el campamento; sereno, sin pesadumbre o molestia, diciéndose a sí mismo que aquello también era justo, para quien no tenía tantas noches que perder como para desperdiciar una durmiendo.

Cubierto con su brillante impermeable dirigió los trabajos de descarga de la lancha —las tiendas, la hornilla, los catres, la comida para ellos y para los perros hasta que hubiera carne en el campamento—. Mandó a dos negros a cortar leña; había hecho levantar la tienda del cocinero y colocado la hornilla y encendido el fuego y preparado la cena mientras todavía estaban colocando las estacas de la tienda grande. Luego cuando empezaba a oscurecer cruzó con la lancha hasta donde estaban los caballos, retrocediendo y resoplando ante el agua. Cogió el extremo de las cuerdas y sin más peso que ése y su voz tiró de ellos hasta el agua y los mantuvo al lado de la lancha con sólo las cabezas fuera de la superficie, como si realmente estuvieran suspendidos de las frágiles y endebles manos del viejo, mientras la lancha cruzaba de nuevo el río y los caballos permanecían quietos en el agua poco profunda, jadeando y temblando, girando los ojos en la oscuridad, hasta que la misma mano ligera y la misma voz apagada los reunió entumecidos más allá salpicando y sacudiéndose en la orilla.

Luego la comida estuvo dispuesta. Hasta la última luz había desaparecido salvo el último rastro sutil enredado en algún sitio entre la superficie del río y la lluvia. Tomó el único vaso de whisky rebajado con agua, luego, de pie en el barro removido bajo la tensa lona, recitó la bendición frente a las chuletas de cerdo fritas, el pan caliente, blando e informe, las judías en conserva y la melaza y el café en platos y tazas de hierro —la comida de la ciudad que habían llevado con ellos— luego se cubrió de nuevo y los otros le imitaron.

—Comed —dijo—. Comedlo todo. No quiero ni una pizca de la comida de la ciudad en el campamento después del desayuno de mañana. Entonces, muchachos, vosotros cazaréis. Tendréis que hacerlo. Cuando yo empecé a cazar en este valle hace sesenta años con el viejo general Compson y el mayor de Spain y el abuelo de Roth y también con el de Will Legate, el mayor de Spain no consentía sino dos clases de comida de fuera en su campamento. Y eran un pernil de cerdo y uno de buey. Y no para comerlos en la primera cena ni tampoco en el desayuno. Se reservaban hasta el fin de la estancia en el campamento cuando todos estábamos tan hartos de la carne de oso y de *coatí* y de venado que ni siquiera podíamos mirarla.

—Creía que tío Ike iba a decir que el cerdo y el buey para los perros —dijo Legate, masticando—. Pero eso está bien; yo lo recuerdo. Todas las noches

preparaban a los perros un plato de pavo silvestre cuando estaban cansados de tripas de ciervo.

—Ahora los tiempos son diferentes —dijo otro—. Entonces había caza aquí.

—Sí —dijo el anciano quedamente—. Entonces había caza aquí.

—Además, entonces disparaban también a las gamas —dijo Legate—. Tal como están las cosas, no tenemos sino un solo cazador de gamas en...

—Y eran mejores los hombres que iban de caza —dijo Edmonds. Se hallaba en el extremo de la rústica mesa de tablas, comiendo rápida y constantemente como comían los otros. Pero de nuevo el anciano miró agudamente la cara sombría y hermosa y preocupada que aparecía aún más oscura y más sombría a la luz de la humeante lámpara—. Vamos. Dilo.

—Yo no he dicho eso —dijo el anciano—. Hombres buenos los hay en todas partes y en todos los tiempos. La mayor parte de los hombres lo son. Algunos son simplemente desafortunados, porque la mayoría de los hombres son un poco mejores que lo que las circunstancias les permiten ser. Y he conocido algunos que ni siquiera las circunstancias han podido detener.

—Bien, yo no diría... —dijo Legate.

—Así que has vivido casi ochenta años —dijo Edmonds—. Y esto es lo que has aprendido al fin acerca de los otros animales entre los que has vivido. Me parece que la pregunta que hay que dirigirte es ¿dónde has estado todo el tiempo que has estado muerto?

Hubo un silencio; durante un momento hasta las mandíbulas de Legate cesaron de masticar mientras miraba a Edmonds con la boca abierta.

—Bueno, por Dios, Roth... —dijo el tercero. Pero fue el anciano quien habló, con la voz siempre serena y apacible y únicamente grave:

—Tal vez sea así —dijo—. Pero si el hecho de estar lo que tú llamas vivo me hubiera enseñado algo diferente, creo que estoy satisfecho, dondequiera; que haya estado.

—Bien, no diría que Roth... —dijo Legate.

El tercer comensal estaba todavía algo echado hacia delante en la mesa, mirando a Edmonds.

—Quiere decir que es sólo porque las gentes le observan que un hombre se conduce de cierta manera —dijo—. ¿No es así?

—Sí —dijo Edmonds—. Un hombre con un capote azul, con una insignia, le está observando. Tal vez sólo sea la insignia.

—Lo niego —dijo el viejo—. No...

Los otros dos no le prestaron atención. Hasta Legate estaba escuchándoles en aquel momento, la boca todavía llena de comida y todavía algo abierta, su cuchillo con otro trozo de algo balanceándose en la punta detenido a medio camino de la boca.

—Me alegro de no tener tu misma opinión sobre las gentes —dijo el tercero—. Entiendo que te incluyes a ti mismo.

—Comprendo —dijo Edmonds—. Tú prefieres la opinión de tío Ike sobre las circunstancias. Está bien. ¿Quién hace las circunstancias?

—La suerte —dijo el tercero—. El azar. Lo que así sucede. Veo adonde quieres llegar. Pero eso es precisamente lo que ha dicho tío Ike: que de vez en cuando, quizá la mayor parte de las veces, el hombre es algo mejor que el resultado neto de sus acciones y la de sus vecinos, cuando tiene la oportunidad de serlo.

Legate tragó por fin el bocado. No iba a ser interrumpido esta vez.

—Bien, yo no diría que Roth Edmonds, que puede cazar una gama día y noche durante dos semanas, es un pobre cazador ni tampoco un desventurado. Un hombre que todavía tiene la misma gama y la deja para cazarla de nuevo el año próximo...

—Sírvete carne —dijo el hombre que estaba próximo a él.

—... no es desventurado... ¿Qué? —dijo Legate.

—Sírvete carne.

El otro le ofrecía la fuente.

—Ya tengo —dijo Legate.

—Sírvete más —dijo el tercer comensal—. Tú y Roth Edmonds, los dos. Coged un montón. Entrechocad vuestras mandíbulas al mismo tiempo, de ese modo, sin romper nada en el choque. —Alguien rió entre dientes. Luego, rieron todos, con alivio, rota la tensión. Pero el anciano estaba hablando, aun en medio de las risas, con aquella tranquila y apacible voz:

—Yo creo todavía. Veo la prueba en todas partes. Confieso que el hombre hace un cúmulo de las circunstancias, él y sus vecinos entre ellas. Incluso hereda algunas ya hechas, ya casi destruidas otras. Hace un momento Henry Wyatt nos ha dicho que aquí solía haber más caza. La había. Tanta que hasta matábamos gamas. Me parece recordar que Will Legate ha mencionado eso también... —Alguien rió, una sola risotada, muerta al nacer. Cesó y todos ellos escucharon, gravemente, con la vista sobre sus platos. Edmonds bebía su café, sembrío, caviloso, indiferente.

—Todavía hay quien mata gamas —dijo Wyatt—. No habrá un solo cien o mañana por la noche en este valle sin una cabeza conveniente.

—Yo no he dicho todos los hombres —dijo el anciano—. Dije la mayor parte de los hombres. Y no sólo porque haya un hombre con una insignia observándonos. Probablemente ni siquiera la veremos a menos que por ventura se detenga aquí mañana al mediodía y coma con nosotros y compruebe nuestras licencias...

—Nosotros no matamos gamas, porque si las matáramos, en pocos años no quedaría siquiera un ciervo sobre el que disparar, tío Ike —dijo Wyatt.

—Según Roth, ésa es una cosa por la que no tendremos que preocuparnos nunca —dijo el anciano—. Cuando veníamos hacia aquí esta mañana, dijo que gamas y cervatillos —creo que él dijo mujeres y niños— son dos cosas de las que el mundo nunca había carecido. Pero eso no es todo —dijo—. Esto es sólo la razón que la mente da al hombre porque el corazón no siempre tiene tiempo de molestarse en discutir las palabras convenientes para ir juntas. Dios creó al hombre y Él creó el

mundo para que viviera en él y yo creo que Él creó la clase de mundo donde Él hubiera querido vivir si Él hubiera sido un hombre: la tierra sobre la que andar, los grandes bosques, los árboles y el agua, y la caza para que viva en ellos. Y tal vez Él no puso en el hombre el deseo de cazar y matar las piezas pero creo que Él sabía que iba a llegar a ser, que el hombre se lo iba a enseñar a sí mismo, ya que todavía no era completamente Dios...

—¿Cuándo lo será? —dijo Wyatt.

—Creo que todo hombre y mujer, en el instante en que ni siquiera importa si se casan o no, creo que tanto si se casan entonces, o después o nunca, en ese instante ambos a la vez fueron Dios.

—Entonces hay en este mundo algunos dioses a los que yo no querría tocar, ni siquiera con un palo condenadamente largo —dijo Edmonds. Dejó sobre la mesa la taza de café y miró a Wyatt—. Y eso me incluye a mí también, si es eso lo que quieres saber. Me voy a la cama.

Se fue. Hubo entre los otros un movimiento general. Pero cesó y permanecieron de nuevo alrededor de la mesa, sin mirar al anciano, aparentemente sostenidos sin embargo por su reposada y tranquila voz como las cabezas de los caballos al nadar habían estado sostenidas por encima del agua por su débil mano. Los tres negros —el cocinero y su ayudante y el viejo Isham— estaban sentados silenciosamente a la entrada de la tienda de la cocina, escuchando también, los tres rostros oscuros e inmóviles y pensativos.

—Él puso a ambos aquí: el hombre, y la caza que él perseguía y mataría, habiéndolo previsto. Yo creo que Él dijo: «Así sea». Imagino que incluso sabía de antemano el fin. Pero Él dijo: «Le daré una oportunidad. Le haré una advertencia y le daré también la presciencia junto con el deseo de perseguir y el poder de matar. Los bosques y los campos que él arrase y la caza que él destruya serán la consecuencia y la firma de su crimen y pecado, y su castigo». ...Es hora de ir a la cama —dijo. La voz y la inflexión no cambiaron en absoluto—. El desayuno a las cuatro, Isham. Queremos carne asada al salir el sol.

Había un buen fuego en la estufa de chapas de hierro; la tienda estaba caliente, y empezando a secarse, salvo el fango pisoteado. Edmonds estaba ya enrollado en su manta, inmóvil, con la cara hacia la lona de la tienda. Isham había preparado su cama también —el fuerte y magullado catre de hierro, el manchado colchón que no era suficientemente blando, las gastadas mantas tantas veces lavadas, que según pasaban los años abrigan cada vez menos—. Pero la tienda estaba caliente; dentro de un rato, cuando la cocina estuviera limpia y preparada para el desayuno, entraría el negro joven y se echaría delante de la estufa, y la avivaría echándole leña de vez en cuando. Y entonces, él se dio cuenta de que de todos modos no dormiría esa noche; no necesitaba decirse más que quizá lo lograra. Pero ya todo estaba bien. El día había pasado, y la noche se enfrentaba con él, pero sin sobresaltos, fuera de preocupaciones. *Tal vez vine para eso, pensó: No para cazar, sino para eso. Hubiera*

venido de todos modos, aunque tuviera que volver a casa mañana. Llevando puesta sólo su gruesa ropa interior de lana, las gafas guardadas en el usado estuche debajo de la almohada donde le era fácil cogerlas y su cuerpo enjuto acoplado fácilmente en la vieja cavidad del colchón y bajo las mantas, yacía boca arriba, las manos cruzadas sobre el pecho y los ojos cerrados mientras los otros se desnudaban y se iban a la cama y las últimas palabras esporádicas morían con los ronquidos. Entonces él abrió los ojos y permaneció extendido, tranquilo y plácido como un niño, mirando en lo alto la inmóvil panza de la lona sobre la que murmuraba la lluvia y sobre la que la luz de la estufa agonizaba lentamente y se hubiera desvanecido todavía más, hasta que el negro joven echado sobre dos tablas delante de ella, se incorporase y la atizase y volviese a echarse de nuevo.

Habían tenido una casa una vez. Eso fue hacía sesenta años, cuando el Gran Valle estaba sólo a treinta millas de Jefferson y el viejo mayor de Spain, que había sido comandante en el regimiento de caballería de su padre en el 61 y en el 63 y en el 64, y su primo (hermano mayor; su padre también) le habían llevado a los bosques por primera vez. El viejo Sam Fathers estaba vivo entonces, nacido en la esclavitud, hijo de una esclava negra y un jefe Chickasaw, que le había enseñado cómo disparar, no sólo cuando disparar sino también cuándo no; un amanecer de noviembre tal como sería el de mañana el viejo le guió directamente al gran ciprés y él había sabido que el ciervo pasaría precisamente por allí porque en las venas de Sam Fathers corría algo que también corría por las venas del ciervo, y ellos permanecieron allí de pie contra el enorme tronco, el viejo de setenta años y el muchacho de doce, y no había nada excepto el alba hasta que repentinamente el ciervo estuvo allí, color de humo saliendo de la nada, magnífico en su prisa: y Sam Fathers dijo: «Ahora. Dispara rápido y dispara con calma», y la escopeta fue apuntada rápidamente y sin precipitación y hubo un estampido y él marchó hacia el ciervo, que yacía intacto y todavía con el gesto de aquella magnífica velocidad y lo sangró con el cuchillo de Sam y Sam sumergió sus manos en la sangre caliente y le marcó la cara para siempre mientras él permanecía de pie tratando de no temblar, humildemente y también con orgullo, aunque el muchacho de doce años hubiera sido entonces incapaz de expresarlo con palabras: *Yo te he matado; mi conducta no debe avergonzar la vida que has abandonado. Mi conducta de aquí en adelante, eternamente debe llegar a ser como tu muerte;* le había marcado por aquello y por algo más que aquello: aquel día y él mismo, McCaslin, yuxtapuestos no contra la selva, sino contra la tierra domesticada, la antigua injusticia y la vergüenza misma, en repudio y negación al menos de la tierra y la injusticia y la vergüenza aunque él no pudiera remediar la injusticia ni desarraigar la vergüenza, que a los catorce años cuando lo había sabido creyó que podría hacer ambas cosas cuando fuera competente y cuando a los veintiuno llegó a ser competente descubrió que no podía hacer ninguna pero que al menos podía repudiar la injusticia y la vergüenza, al menos en principio, y al menos la tierra de hecho, para su hijo al menos: y lo hizo, creyó que lo había hecho; luego (ya casado)

en un cuartito alquilado en una pensión de tratantes de ganado, en una calle retirada, la primera y la última vez que vio desnudo el cuerpo de ella, él y su esposa yuxtapuestos a su vez contra aquella misma tierra, aquella misma injusticia y vergüenza de cuyos remordimientos y dolores hubiera querido al menos salvar y liberar a su hijo, y, salvando y liberado a su hijo, lo perdió. Entonces tuvieron la casa. Aquel techo, las dos semanas de cada noviembre que pasaban bajo él, había llegado a ser su casa. Aunque desde entonces ellos habían vivido durante las dos semanas de otoño en tiendas y no siempre en el mismo lugar dos años seguidos y ahora sus compañeros eran los hijos y hasta los nietos de aquéllos con quienes había vivido en la casa y hacía casi cincuenta años que ni siquiera existía la casa, la convicción, la sensación y el sentimiento del hogar, se habían transferido simplemente a las lonas de la tienda. Poseía una casa en Jefferson, una buena casa aunque pequeña, donde había tenido una esposa y había vivido con ella y la había perdido, sí, la había perdido aunque ya la había perdido en el cuartito alquilado antes de que él y su inteligente y dipsomaniaco socio hubieran acabado la casa para que ellos se mudasen; pero la perdió, porque ella le amaba. Pero las mujeres esperan siempre tanto. Ellas no viven nunca bastante tiempo para seguir creyendo que cualquier cosa que se halle en el radio de sus apasionados deseos está asimismo en la línea de sus apasionadas esperanzas: y la casa estaba todavía conservada para él por la sobrina viuda de su esposa muerta y sus niños y él se encontraba cómodo, sus deseos y sus necesidades y hasta las pequeñas molestias e inofensivas excentricidades de un viejo que miraba por la sangre al menos emparentada con la sangre que él había elegido sobre toda la tierra para amar. Pero él pasaba el tiempo entre aquellas paredes esperando el mes de noviembre, porque incluso esta tienda con su suelo fangoso y la cama que no era bastante ancha ni bastante blanda ni siquiera bastante abrigada, era su hogar y aquellos hombres, a alguno de los cuales sólo veía durante aquellos dos semanas de noviembre y que ni uno de ellos siquiera llevaba un nombre de los que él estaba acostumbrado a conocer —de Spain y Compson y Ewell y Hogganbeck— eran más su familia que nadie. Porque ésta era su tierra...

La sombra del negro más joven se perfiló. Se elevó, borrando del techo el resplandor agonizante de la estufa, los trozos de leña aporrearon el buche de hierro hasta que el reflejo, la llama, brotó alta y resplandeciente a lo largo de la lona. Pero la sombra del negro estaba todavía, a lo largo y a lo ancho, de pie, ya que cubría la mayor parte del techo, hasta que después de un momento se incorporó él también para ver. No era el negro, era su pariente; cuando él habló el otro se volvió y el perfil sombrío y cruel se delineó contra la roja luz del fuego.

—Nada —dijo Edmonds—. Vuelve a dormirte.

—Ya que Will Legate ha aludido a ello —dijo McCaslin— recuerdo que el pasado otoño tenías también alguna dificultad para dormir aquí. Sólo que entonces lo llamaban la caza del coatí. ¿O era Will Legate el que lo llamaba así? —El otro no contestó. Luego se volvió y retornó a su cama. McCaslin todavía apoyado en el codo,

siguió mirando hasta que la sombra del otro se hundió en la pared y desapareció confundí endose con la masa de las sombras durmientes.

—Está bien —dijo él—. Trata de dormir un poco. Mañana hemos de tener carne en el campamento. Después podrás estar de pie todo lo que quieras.

Se recostó de nuevo, de nuevo las manos cruzadas sobre el pecho, contemplando el reflejo de la estufa en el techo de lona. Era uniforme otra vez, la leña nueva había sido acogida, siendo asimilada; pronto empezaría a debilitarse otra vez, llevándose consigo el último eco de aquella repentina llamarada de pasión e inquietud de un joven. Que descansa despierto un momento, pensó; algún día yacerá durante mucho tiempo inmóvil sin que ningún disgusto le perturbe Y yacer allí despierto, en aquel ambiente le aliviaría si es que algo podía aliviarle, si es que algo podía aliviar a un hombre de cuarenta años. Sí; pensó; cuarenta o treinta años, o siquiera el tembloroso e insomne ardor de un muchacho, ya la tienda, aquel globo de lona bajo el murmullo de la lluvia, estaba una vez más llena de aquello. Estaba echado de espaldas, con los ojos cerrados, su respiración queda y reposada como la de un niño, escuchándolo. Aquel silencio que nunca era silencio, sino una miríada de sonidos. Casi podía verlo, tremendo, prístino, asomándose, inclinándose pensativo sobre esta mezquina y evaporable confusión de permanencia humana que después de una sola y breve semana se desvanecería y en otra semana estaría completamente cicatrizada, sin dejar rastro en la virgen soledad. Porque era su tierra, aunque nunca había poseído un pie de ella. Nunca había querido poseerla, ni siquiera después de haber visto claramente su último sino; viéndola retirarse de año en año frente a los furiosos ataques del hacha y de la sierra y los trenes madereros y luego la dinamita y los tractores con arados, porque no pertenecía a ningún hombre. Pertenecía a todos; sólo tenían que usarla bien, humildemente y con orgullo. Luego de pronto, se dio cuenta de por qué nunca había querido poseerla, detener al menos algo de lo que la gente llamaba progreso, medir su longevidad al menos contra algo de su último sino. Era porque tuvo exactamente demasiado de ella. Le parecía ver a ellos dos —él y la selva— como contemporáneos, su propia etapa como cazador, como hombre de los bosques, no contemporánea con su primer aliento, sino transmitida a él, asumida por él alegremente, humildemente, con regocijo y con orgullo, de aquel viejo mayor de Spain y aquel viejo Sam Fathers que le había enseñado a cazar, las dos etapas esparciéndose al mismo tiempo, no hacia el olvido, la nada, sino en una dimensión libre tanto del tiempo como del espacio donde una vez más la tierra privada de árboles deformada y forzada en escuadras matemáticas de filas de algodón para que las enfurecidas gentes del viejo mundo las convirtiesen en bombas para disparárselas unos a otros, encontrarían amplio espacio para ambos —los nombres, los rostros de los viejos que había conocido y amado y por breve tiempo sobrevivido, moviéndose de nuevo entre las sombras de los altos árboles no tocados por la segur y los invisibles matorrales donde la caza salvaje, fuerte, inmortal, corría eternamente delante de los infatigables alborotadores perros, cayendo y levantándose como el

fénix ante las escopetas sin sonido.

Se había dormido. La lámpara estaba encendida. Fuera, en la oscuridad, el negro más viejo, Isham, daba golpes con una cuchara en el fondo de una cazuela de estaño y gritaba:

—Levántense y tomen su café de las cuatro. Levántense y tomen su café de las cuatro —y la tienda estaba llena de conversaciones en voz baja y de hombres vistiéndose, y de la voz de Legate, repitiendo:

—Ahora fuera de aquí y dejad que tío Ike duerma. Si lo despertáis, querrá ir con nosotros. Y él no tiene nada que hacer en los bosques esta mañana.

De modo que no se movió. Reposaba con los ojos cerrados, la respiración suave y reposada, y les oyó salir de la tienda uno a uno. Escuchó los ruidos del desayuno desde la mesa debajo del toldo y los oyó marchar —los caballos, los perros, la última voz hasta que se apagó a lo lejos y quedó sólo el ruido que hacían los negros recogiendo las cosas del desayuno. Después de un momento posiblemente hasta pudo oír el primer ladrido claro y tímido del primer perro a través de los bosques húmedos desde donde el ciervo había pasado la noche, luego se habría vuelto a dormir otra vez... La puerta de la tienda fue impulsada hacia el interior y volvió a caer. Algo chocó violentamente contra los pies del catre y una mano le cogió la rodilla a través de las mantas antes de que pudiese abrir los ojos. Era Edmonds, llevando una escopeta en lugar de un rifle. Habló con voz áspera, rápido:

—Siento despertarte. Habrá un...

—Estaba despierto —dijo McCaslin—. ¿Vas a cazar hoy con esa escopeta?

—Precisamente me dijiste anoche que querías carne —dijo Edmonds—. Habrá un...

—¿Desde cuándo has tenido dificultad para lograr la carne con tu rifle?

—Está bien —dijo el otro, con aquella áspera, reprimida y furiosa impaciencia. Entonces McCaslin vio en su mano algo grueso y oblongo: un sobre—. Habrá un mensaje para mí esta mañana, a cualquier hora. Quizá no venga. Si viene, dale al mensajero esto y dile a... di que yo he dicho No.

—¿Un qué? —dijo McCaslin—. ¿Decirle a quién? —Estaba medio incorporado sobre el codo mientras Edmonds arrojaba el sobre encima de la manta, volviéndose ya hacia la salida, cuando el sobre sorprendentemente sólido y pesado y sin ruido y ya deslizándose de la cama hasta que McCaslin lo cogió, adivinando por el tacto a través del papel tan instantáneamente y concluyentemente como si hubiera abierto el sobre y lo hubiera visto, el grueso fajo de billetes.

—Espera —dijo—. Espera. — ... más que el parentesco de la sangre, más incluso que ser mayor en años, por eso el otro se detuvo, la lona levantada, mirando hacia atrás, y McCaslin vio que fuera era ya de día.

—Dile a ella.

No —dijo él—. Díselo a ella. —Se miraron fijamente— el semblante viejo, descolorido, medio adormecido sobre el lecho desordenado, y el oscuro y tétrico del

más joven furioso y frío a la vez.

—Will Legate tenía razón. Esto es lo que tú llamabas la caza del coatí. Y ahora esto. —No enarboló el sobre. No hizo ningún movimiento, ningún gesto que lo señalara—. ¿Qué le prometiste que no tienes valor para enfrentarte con ella y retractarte?

—¡Nada! —dijo el otro—. ¡Nada! Esto es todo. Dile a ella que yo he dicho No. —Se fue.

El batiente de la tienda quedó levantado un momento entrando la débil luz y el constante murmullo de la lluvia, y cayó de nuevo, dejando al anciano todavía incorporado a medias sobre un codo, el sobre apretado en la otra mano trémula. Después, le pareció que había empezado a oír la barca que se aproximaba casi inmediatamente, antes siquiera de que el otro pudiera estar fuera del alcance de la vista. Le pareció que no había habido el menor intervalo; el batiente cayendo sobre la misma fluctuación exterior de luz débil y saturada de lluvia como la aspiración y la expiración de la misma respiración y luego en el próximo segundo levantado de nuevo —el creciente zumbido del motor, aumentando, cada vez más cerca y cada vez más ruidoso para cortarse de golpe, cesando con la absoluta rapidez de un soplo a una vela, en el borboteo del agua bajo la proa mientras el bote se deslizaba hasta la orilla, el negro más joven, el adolescente, levantando el batiente de la tienda tras el cual por un momento él vio la barca— un pequeño botecillo con un negro sentado en la popa al lado del motor sesgado en el exterior —luego la mujer entrando, con un sombrero de hombre y un impermeable de hombre y botas de goma, llevando en un brazo un envoltorio cubierto con una mantilla de niño y tapándolo con un extremo del impermeable desabrochado que sostenía la otra mano; y llevando alguna otra cosa, algo intangible, un efluvio que él sabía que reconocería dentro de un momento porque ya Isham se lo había dicho, le había advertido, al enviar al negro joven a la tienda para anunciarle la visita en lugar de ir él mismo, el batiente cayó al fin tras el negro joven y se quedaron solos— el rostro confuso y por el momento sólo joven y con los ojos oscuros, extrañamente incoloro pero no enfermo y no el de una mujer del campo a pesar de las ropas que llevaba, y le miraba a él que estaba incorporado en el catre, oprimiendo el sobre, la gruesa ropa interior le formaba bolsas por todas partes y las mantas enrolladas arrebujadas en torno a las caderas.

—¿Eso es de él? —gritó—. ¡No mientas!

—Sí —dijo ella—. ¿Se ha ido?

—Sí. Se ha ido. No vas a saltar sobre él aquí. Esta vez no. No creo siquiera que tú esperases. Te ha dejado esto. Toma. —Tanteó hacia el sobre. No para cogerlo, ya que todavía lo tenía en la mano; no lo había soltado. Fue como si hubiera tenido que tantear de algún modo para coordinar físicamente su hasta entonces obediente mano con la que su cerebro le mandaba, como si nunca hubiera hecho un gesto de esa clase antes, extendiendo al fin el sobre, diciendo otra vez—: Toma. Cógelo: —hasta que se dio cuenta de los ojos de ella, o no tanto de los ojos como de la mirada, la mirada fija

sobre su rostro con aquella sumisa contemplación, con el insondable y resuelto candor de un niño. Si ella había visto siquiera el sobre o el movimiento con que se lo alargaba, no lo manifestó.

—Usted es tío Isaac —dijo.

—Sí —dijo él—. Pero eso no importa. Toma. Cógelo. Él ha dicho que se te diga que No.

Ella miró el sobre, luego lo cogió. Estaba cerrado y no llevaba ningún escrito. No obstante, después de darle un vistazo, vio cómo lo mantenía con la mano libre y rompía un ángulo con los dientes y conseguía rasgarlo y volcaba el fajo de billetes sobre la manta sin mirarlo siquiera y miró dentro del sobre vacío y cogió el borde entre los dientes y lo desgarró completamente antes de estrujarlo y dejarlo caer.

—Es sólo dinero —dijo.

—¿Qué esperabas? ¿Qué otra cosa esperabas? Lo has conocido bastante a menudo para tener esa criatura, ¿y no lo conoces algo mejor?

—No muy a menudo. No mucho. Apenas aquella semana aquí el pasado otoño, y en enero me mandó buscar y fuimos al Oeste, a Nuevo Méjico. Allí estuvimos seis semanas, donde por lo menos yo podía dormir en el mismo departamento donde cocinaba para él y cuidaba de su ropa...

—Pero no matrimonio —dijo él—. No matrimonio. Él no te prometió eso. No mientas. Él no tenía por qué.

—No. Él no tenía por qué. Yo no se lo pedí. Yo sabía lo que hacía. Yo sabía esto ante todo, mucho antes de que el honor, imagino que él lo llamaba así, le dijera que había llegado el momento de decirme con muchas palabras lo que su código, supongo que lo llamaría así, le prohibiría siempre hacer. Y estuvimos de acuerdo. Luego estuvimos de acuerdo otra vez antes de que él dejara Nuevo Méjico, para estar seguros. Que aquello sería todo. Yo le creí. No, no quiero decir eso; quiero decir que me creía a mí misma. Yo ni siquiera le escuchaba ya por entonces porque ya hacía mucho tiempo que él no tenía nada que decirme que yo tuviera que oír. Por entonces yo ni siquiera le escuchaba bastante para pedirle por favor que dejara de hablar. Me escuchaba a mí misma. Y creía en ello. Yo debía creer en ello. No veo cómo podría haberlo evitado pero creía en ello, porque entonces él se había ido como estábamos de acuerdo y no escribía como habíamos acordado, sólo llegaba el dinero al Banco de Vicksburg a mi nombre y no se sabía de quién como habíamos acordado. Por eso yo tenía que creer. Le escribí el mes pasado para estar segura de nuevo y la carta volvió sin abrir y yo estuve segura. Así dejé el hospital y alquilé una habitación para vivir allí hasta que se abriese la estación del ciervo para poder estar segura y estaba esperando junto a la carretera ayer cuando pasó el automóvil de ustedes y él me vio y así estuve segura.

—¿Entonces qué es lo que quieres? —dijo él—. ¿Qué quieres? ¿Qué esperas?

—Sí —dijo ella. Y mientras la miraba hoscamente, su cabello blanco, despeinado por la almohada y sus ojos, carentes de la ayuda de las gafas, empañados y sin iris y

aparentemente sin pupilas, vio de nuevo aquella fijeza grave, atenta, contemplativa y desprendida como la de un niño que le observase.

—El tatarabuelo —espere un minuto— el bisabuelo de él era el abuelo de usted. McCaslin. Sólo llegó a ser Edmonds. Sólo que llegó a ser más que eso. Su primo McCaslin estaba allí aquel día cuando su padre y tío Buddy ganaron Tennie a Mr. Beauchamp para casarla con uno que no tenía más nombre que Terrel, por eso lo llamaban ustedes Terrel de Tomey. Pero después de eso llegó a ser Edmonds.

Ella le miró, serenamente, con aquella fijeza sin parpadear y sin color —los oscuros y grandes ojos insondables en la palidez mortecina y átona de la cara que el viejo no le parecía en absoluto muerta, sino joven e increíble y hasta esencialmente viva— como si no sólo no estuviera mirando nada, como si no hablase a nadie sino a sí misma—. Yo habría hecho de él un hombre. Él no es un hombre todavía. Usted lo ha echado a perder. Usted, y tío Lucas y tía Mollie. Pero principalmente usted.

—¿Yo? —dijo él—. ¿Yo?

—Sí. Cuando dio a su abuelo aquella tierra que no le pertenecía, ni siquiera la mitad, por testamento ni por ley.

—Y no te metas en eso —dijo él—. No te metas en eso. Tú —dijo—. Tú parece que has ido al colegio. Pronuncias casi como una del Norte, no como las desarrapadas mujeres de estos leñadores del Delta. Sin embargo encuentras a un hombre una tarde por la calle sólo porque sucedió que una caja de comestibles se cayó de una lancha. Y un mes más tarde te largas con él y vives con él hasta que consigues una criatura suya; y luego, según tu propia declaración te quedas sentada allí mientras él coge su sombrero y dice adiós y se va. Hasta un leñador del Delta se hubiera preocupado más de cualquier zarrapastrosa. ¿No tienes parientes?

—Sí —dijo ella—. Vivía con uno de ellos. Una tía, en Vicksburg. Me fui a vivir con ella hace dos años cuando murió mi padre; entonces vivíamos en Indianápolis. Pero yo conseguí un empleo, soy maestra de escuela aquí en Aluschaskuna, porque mi tía es viuda, con una familia numerosa, admite ropa para lavar, para poder comer...

—¿Admite qué? —dijo él—. ¿Admite ropa para lavar?

Saltó, sentado como estaba, echándose hacia atrás sobre un brazo, el cabello alborotado, la mirada feroz. Comprendía lo que ella había llevado a la tienda consigo, lo que el viejo Isham le había dicho ya mandando al muchacho que le llevase adonde él estaba —los labios pálidos, los oscuros y trágicos y prescientes ojos. *Tal vez dentro de mil o dos mil años en América, pensó. ¡Pero no ahora! ¡No ahora!* Gritó, no fuerte, con una voz llena de asombro, de piedad, y de afrenta—: ¡Eres una negra!

—Sí —dijo ella—. James Beauchamp —ustedes le llamaban Jim de Tennie aunque él tenía un nombre— era mi abuelo. Yo le dije que usted era tío Isaac.

—¿Y él lo sabe?

—No —dijo ella—. ¿De qué había servido eso?

—Pero tú lo sabías —gritó él—. Pero tú lo sabías. Entonces, ¿qué es lo que

esperas?

—Nada.

—Entonces ¿por qué viniste aquí? Has dicho que ayer estabas esperando en Aluschaskuna y que él te vio. ¿Por qué has venido esta mañana?

—Me vuelvo al Norte. Vuelvo a casa. Mi primo me trajo antes de ayer en su barca. Me llevará hasta Leckand para coger el tren.

—Entonces, vete —dijo él. Luego gritó con aquella voz tenue no alta pero ofendida—: ¡Fuera de aquí! ¡No puedo hacer nada por ti! ¡Nadie puede hacer nada por ti! —Ella empezó a andar; de nuevo no miraba hacia él, sino hacia la puerta. — Espera— dijo él. Se detuvo otra vez, siempre obediente, volviéndose. Él cogió el fajo de billetes y lo dejó sobre la manta a los pies del catre y metió la mano debajo de la manta—. Toma —le dijo.

Ella entonces miró el dinero, por primera vez, una breve ojeada sin interés, luego apartó la vista de nuevo.

—No lo necesito. Él me dio dinero el invierno pasado. Además el dinero que mandó a Vicksburg. Ha bastado. El honor y el código también. Todo está arreglado.

—Cógelo —dijo él. Su voz empezó a levantarse de nuevo, pero él la refrenó—. Llévatelo fuera de mi tienda. —Ella volvió hacia el catre y cogió el dinero; tras lo cual, él dijo una vez más—: Espera —aunque ella no se había dado vuelta, todavía agachada, y él sacó la mano. Pero, estando sentado, no podía alcanzar hasta que ella moviera la mano, la única mano en que tenía el dinero, hasta que él la toco. No la cogió, simplemente la tocó —los dedos nudosos, exangües, de huesos ligeros y secos del viejo tocaron por un segundo la carne tersa y joven donde corría la fuerte sangre antigua después de su largo y perdido viaje hacia casa—. Jim de Tennie —dijo él—. Jim de Tennie. —De nuevo volvió a meter la mano debajo de la manta; ahora dijo ásperamente—. Es un varón, me imagino. Acostumbran serlo, excepto aquella única que fue también su propia madre.

—Sí —dijo ella—. Es un varón. —Permaneció mirándole durante un momento más largo. Por un instante movió la mano libre como si fuese a levantar el borde del impermeable que cubría la cara del niño. Pero no lo hizo. Se volvió nuevamente cuando una vez más él dijo Espera y se movió debajo de la manta.

—Vuélvete de espaldas —dijo él—. Voy a levantarme. No tengo puestos los pantalones. —Luego no pudo levantarse. Permaneció sentado entre la manta arrebujada, temblando, mientras de nuevo se volvía ella mirándole con una triste interrogación—. Allí —dijo él ásperamente, con su fina y temblorosa voz de viejo—. En aquel clavo. En el palo de la tienda.

—¿Qué? —dijo ella.

—¡El cuerno! —dijo, áspero—. El cuerno. —Ella fue y lo cogió, metió el dinero dentro del bolsillo lateral del impermeable como si fuera un guiñapo, un pañuelo sucio, y descolgó el cuerno, aquel que el general Compson le había dejado en su testamento, cubierto con la piel intacta de una caña de ciervo y ligado con plata.

—¿Qué? —dijo ella.

—Es suyo. Cógelo.

—Oh —dijo ella—. Sí. Gracias.

—Sí —dijo él, ásperamente, rápidamente, pero no tan áspero y pronto nada áspero en absoluto sino sólo rápido, hasta que se dio cuenta que su voz corría sola sin él proponérselo y sin poder atajarla—. Está bien. Vuelve al Norte. Cásate: un hombre de tu propia raza. Ésa es tu única salvación: por algún tiempo todavía, quizá por mucho tiempo. Nosotros tendremos que esperar. Cásate con un negro. Eres joven, bella, casi blanca; puedes encontrar un negro que vea en ti lo que tú viste en él, que no te pregunte nada y espere menos y que consiga aún menos que esto, si es la venganza lo que quieres. Luego olvidarás todo esto, olvidarás que haya pasado nunca, que él haya existido nunca... —hasta que pudo pararse al fin y se paró, sentado entre el montón de sus mantas en el instante en que, sin moverse en absoluto, ella le fulminó en silencio con la mirada. Luego también aquello se desvaneció. Ella permanecía de pie con el impermeable brillante y todavía goteante, mirándole silenciosamente bajo su sombrero empapado.

—Anciano —dijo—, ¿ha vivido usted tanto y ha olvidado tanto que no puede recordar nada de lo que ha conocido o sentido o siquiera oído acerca del amor?

Luego ella se fue también. Luego la ráfaga de luz y el murmullo constante de la lluvia afluyeron dentro de la tienda y volvieron a salir al caer el batiente. Echado de espaldas una vez más, temblando, jadeando, las revueltas mantas hasta la barbilla y las manos cruzadas sobre el pecho, escuchó el estampido y el estruendo, el creciente y luego atenuado zumbido del motor hasta que se apagó a lo lejos y una vez más en la tienda sólo hubo silencio y el rumor de la lluvia. Y frío también: yacía temblando débil y constantemente, rígido excepto el temblor. Este Delta, pensó:

Este Delta. Esta tierra que el hombre ha desecado y despojado y privado de sus ríos en dos generaciones de modo que los blancos puedan poseer plantaciones e ir y venir todas las noches a Memphis y los negros poseer plantaciones y viajar en el coche reservado a los negros a Chicago para vivir en casas de millonarios en Lakeshore Drive, donde los blancos alquilan granjas y viven como negros y los negros trabajan como aparceros y viven como animales, donde se planta el algodón y crece de la altura de un hombre hasta en las rendijas de las aceras, y la usura y la hipoteca y la bancarrota y la inconmensurable riqueza, chinos y africanos y arios y judíos, todos se multiplican y procrean a la vez hasta que ningún hombre tiene tiempo para decir quién es ni se preocupa... No es de admirar que los bosques devastados que yo conocía no griten pidiendo justicia, pensó: La gente que los ha arrasado llevará a cabo su venganza.

El batiente de la tienda se levantó rápidamente y volvió a caer. Él no se movió salvo para volver la cabeza y abrir los ojos. Era Legate. Fue apresuradamente a la cama de Edmonds y se agachó, revolviendo precipitadamente entre las mantas todavía desordenadas.

—¿Qué pasa? —dijo él.

—Estoy buscando el cuchillo de Roth —dijo Legate—. He vuelto a coger un caballo. Hemos derribado un ciervo. —Se incorporó, con el cuchillo en la mano, y corrió hacia la puerta.

—¿Quién lo mató? —dijo McCaslin—. ¿Fue Roth?

—Sí —dijo Legate, levantando el batiente.

—Espera —dijo McCaslin. Se enderezó, de repente, sobre el codo—. ¿Qué era? —Legate vaciló un momento bajo el batiente alzado. Ni miró hacia atrás.

—Un ciervo, tío Ike —dijo con impaciencia—. Nada extraordinario.

Se fue; de nuevo el batiente cayó tras él, impulsando fuera de la tienda la débil luz y la constante y quejumbrosa lluvia. McCaslin volvió a echarse, la manta una vez más hasta la barbilla, las manos sin peso una vez más cruzadas sobre el pecho en la tienda vacía.

—Era una gama —dijo.

¡DESCIENDE, MOISES!

Capítulo 1

LA cara era negra, lisa, impenetrable; los ojos habían visto demasiado. El pelo negroide había sido dispuesto de modo que cubriese el cráneo como un casquete, en una única y neta onda a su alrededor, con el aspecto de haber sido laqueado, la parte del cuello afeitada con navaja, de modo que la cabeza parecía de bronce, imperecedera y constante. Llevaba puesto uno de esos trajes deportivos llamados conjuntos en la propaganda de las tiendas de ropa de hombre, camisa y pantalones haciendo juego y cortados de la misma franela color de ciervo, y habían costado demasiado y era demasiado esmerado, con los pliegues demasiado marcados; y él estaba medio echado en el catre de acero en el cubículo de acero fuera del cual permanecía hacía veinticuatro horas un guardia armado, fumando cigarrillos y contestando con una voz que era cualquier cosa menos una voz del Sur o la de un negro, a las preguntas del joven blanco con gafas sentado frente a él sobre el taburete de acero con la carpeta del empadronamiento abierta:

—Samuel Worsham Beauchamp. Veintiséis años. Nacido en la región cerca de Jefferson, Mississippi. Ninguna familia. Ninguna...

—Espera. —El agente que hacía el padrón escribió rápidamente—. Ése no es el nombre con el que fuiste con... que usabas en Chicago.

El otro sacudió la ceniza del cigarro.

—No. Fue otro tipo el que mató al polizonte.

—Está bien. Ocupación...

—Enriqueciéndome demasiado de prisa.

—... ninguna. —El agente del censo escribió rápidamente—. Padres.

—Seguro. Dos. No los recuerdo. Mi abuela me crió.

—¿Cómo se llama? ¿Vive todavía?

—No lo sé. Mollie Worsham Beauchamp. Si está viva está en la plantación de Caroches Edmonds, a diecisiete millas de Jefferson, Mississippi. ¿Eso es todo?

El agente del censo cerró la carpeta y se levantó. Era un año o dos más joven que el otro.

—Si no saben que estás aquí, ¿cómo sabrán... cómo esperas llegar a casa?

El otro sacudió la ceniza del cigarrillo, echándose sobre el catre de acero con las hermosas ropas de Hollywood y unos zapatos mejores que los que el agente del censo poseería nunca.

—¿Qué puede importarme? —dijo.

De modo que el agente del censo se marchó; el guardia cerró de nuevo la puerta de acero. Y el otro se quedó echado sobre el catre de acero fumando hasta que después de un rato llegaron y rasgaron los caros pantalones y afeitaron el costoso peinado y lo sacaron de la celda.

Capítulo 2

EN aquella misma cálida y luminosa mañana de julio, el mismo cálido y luminoso viento que sacudía las hojas de la morera fuera de la ventana de Gavin Stevens sopló también dentro del despacho, dando una apariencia de frescura a lo que era simplemente un cambio de aire. Revoloteó sobre el escritorio entre los asuntos del fiscal del distrito y sopló en el despeinado mechón de pelo prematuramente blanco del hombre sentado detrás del escritorio —una cara sutil, inteligente, cambiante, un arrugado traje de lino de cuya solapa colgaba de la cadena del reloj la clave Phi Beta Kappa— Gavin Stevens, Phi Beta Kappa, Harvard, Doctor en Filosofía, Heidelberg, cuyo cargo era su capricho, aunque le proporcionase el sustento, y cuya verdadera vocación era una traducción del Viejo Testamento en griego clásico. Sólo su visita pareció inaccesible al soplo de aire, aunque por las apariencias no debía haber en aquella agitación más peso y solidez que la ceniza intacta de un pedacito de papel quemado —una pequeña y vieja negra con una vieja cara increíblemente reducida bajo un pañuelo blanco y un sombrero negro de paja que hubiera servido a un niño.

—¿Beauchamp? —dijo Stevens—. Usted vive en la plantación de Mr. Caroches Edmonds.

—La he dejado —dijo ella—. He venido a buscar mi chico. —Luego, sentándose en la dura silla enfrente de él y sin moverse, empezó a salmodiar—: Roth Edmonds vendió a mi Benjamín. Lo vendió en Egipto. Faraón lo cogió...

—Espere —dijo Stevens—. Espere, tía. —Porque la memoria, los recuerdos, estaban engranándose y repiqueteaban—. Si usted no sabe dónde está su nieto, ¿cómo sabe que se halla en un apuro? ¿Quiere usted decir que Mr. Edmonds se ha negado a ayudarla a encontrarlo?

—Fue Roth Edmonds quien lo vendió —dijo ella—. Lo vendió en Egipto. Yo no sé dónde está. Sólo sé que Faraón lo cogió. Y usted es la Ley. Quiero encontrar a mi chico.

—Está bien —dijo Stevens—. Trataré de encontrarlo. Si usted vuelve a casa, ¿dónde estará en la ciudad? Puede que haga falta tiempo, si usted no sabe adónde ha ido y no ha sabido de él en cinco años.

—Estaré con Hamp Worsham. Es mi hermano.

—Está bien —dijo Stevens. No se sorprendió. Había conocido a Hamp Worsham toda su vida, aunque nunca había visto a la vieja negra. Pero aunque la hubiera visto, tampoco se habría sorprendido. Ellos eran así. Durante años podía conocerse a dos de ellos, podían incluso trabajar para cualquiera durante años, usando nombres diferentes. Luego de repente se descubría por pura casualidad que eran hermanos o hermanas.

Permaneció sentado en aquel movimiento de aire caliente que no era brisa y la oía bajar trabajosamente la escalera, recordando al nieto. Los papeles de aquel asunto

habían pasado por su escritorio antes de ir a parar al fiscal de la región cinco o seis años antes. Butch Beauchamp, como el joven había sido conocido durante el único año que había pasado entrando y saliendo en la cárcel de la ciudad; el hijo de la hija de la negra vieja, huérfano de madre al nacer y abandonado por el padre, a quien la abuela había recogido y educado, o al menos intentado educar. Porque a los diecinueve años había dejado el campo e ido a la ciudad y pasado un año entrando y saliendo de la cárcel por jugador y pendenciero, cayendo al fin bajo una seria acusación por introducirse con fractura en una tienda.

Cogido *in fraganti*, golpeó con un tubo de hierro al agente que le sorprendió y quedó en tierra, donde el agente le había derribado con un golpe con la culata de la pistola, maldiciendo con la boca rota, los dientes cristalizados en algo como una risa furiosa a través de la sangre. Luego dos noches después escapó de la cárcel y no fue visto más —un joven que no terna aún veintiún años, con algo del padre que le había engendrado y abandonado y que se hallaba en la cárcel del Estado por homicidio— alguna simiente no sólo violenta sino peligrosa y malvada.

Y eso es lo que tengo que encontrar, salvar, pensó Stevens. Porque ni por un momento dudó del instinto de la negra vieja. Si ella hubiese adivinado también dónde estaba el muchacho y en qué apuro se hallaba, él no se habría sorprendido, y fue sólo más tarde cuando se sorprendió ante lo rápidamente que había descubierto dónde estaba y que era un malhechor.

Su primer pensamiento fue telefonar a Caroches Edmonds, en cuya plantación el marido de la negra vieja había sido arrendatario durante años. Pero, según lo que dijo ella, Edmonds ya se había negado a tener nada que ver con eso. Luego se quedó sentado perfectamente inmóvil mientras el viento caliente soplaba en su alborotada y blanca melena. Comprendía lo que la negra vieja había querido decir. Recordaba que fue Edmonds realmente quien mandó al muchacho a Jefferson: había cogido al muchacho violentando el almacén de la administración y le ordenó marcharse del lugar, prohibiéndole volver. *Y no el sheriff, la policía*, pensó. *Alguna cosa más amplia, de más rápido alcance...* Se levantó, y cogió su en un tiempo hermoso y ahora viejo panamá y bajó la escalera exterior y atravesó la plaza desierta en la cálida calma del comienzo del mediodía, hacia el despacho del periódico local. El director estaba allí —un hombre más viejo pero con el cabello menos blanco que el de Stevens, con una corbata negra desflecada y una camisa anticuada y muy lavada y tremendamente gordo.

—Una vieja negra llamada Mollie Beauchamp —dijo Stevens—. Ella y su marido viven en lo de Edmonds. Se trata de su nieto. Tú lo recuerdas —Butch Beauchamp, hace unos cinco o seis años que pasó un año en la ciudad, la mayor parte en la cárcel, hasta que finalmente lo cogieron una noche forzando una tienda de Rouncewell. Bien, ahora está en un apuro mayor que aquél. Yo no dudo de ella en absoluto. Espero solamente, por el bien de ella tanto como por el del gran público a quien yo represento, que el apuro presente sea verdaderamente pésimo y quizá definitivo

también...

—Espera —dijo el director. Ni siquiera tuvo necesidad de abandonar su escritorio. Cogió de un espigón una cuartilla de la Prensa asociada y se la alargó a Stevens. Estaba fechada en Joliet, Illinois, aquella mañana:

Negro del Mississippi, en vísperas de ejecución por asesinato de un policía, descubre su verdadero nombre al facilitar los datos para el empadronamiento. Samuel Worsham Beauchamp...

Cinco minutos después, Stevens estaba cruzando de nuevo la plaza desierta en la que la calma caliente del mediodía era lo que más se acercaba. Había creído que estaba yendo a casa a la pensión para almorzar, pero descubrió que no. *Además, no cerré la puerta de mi despacho*, pensó. Solamente, cómo podía haber hecho bajo el sol aquellas diecisiete millas hasta la ciudad. A lo mejor había ido andando. «Así parece que no quise decir lo que dije que esperaba», dijo en voz alta, subiendo otra vez la escalera exterior, saliendo del caliginoso resplandor del sol sin viento, y entrando en su despacho. Se detuvo. Luego dijo:

—Buenos días, miss Worsham.

También ella era bastante vieja, delgada, erguida, con el limpio y blanco cabello recogido a la antigua bajo un descolorido sombrero de treinta años antes, de un negro herrumbroso, con un raído y descolorido paraguas hasta el extremo de parecer verde en vez de negro. También la conocía de toda la vida. Vivía sola en la casa medio en ruinas que su padre le había dejado, donde daba lecciones de pintura sobre porcelana, y, con la ayuda de Hamp Worsham, descendiente de uno de los esclavos de su padre, y de su esposa, criaba pollos y verduras para el mercado.

—He venido por Mollie —dijo ella—. Mollie Beauchamp. Dice que usted...

Él se lo contó mientras ella le observaba, erguida sobre la dura silla donde la negra vieja se había sentado, con el verdoso paraguas apoyado contra las rodillas. Sobre el regazo, bajo las manos entrelazadas, descansaba un anticuado bolso de mostacilla casi tan grande como una maleta.

—Será ejecutado esta noche.

—¿No se puede hacer nada? Los padres de Mollie y de Hamp pertenecieron a mi abuelo. Mollie y yo nacimos en el mismo mes. Crecimos al mismo tiempo como hermanas.

—He telefoneado —dijo Stevens—. Hablé con el director de la cárcel de Joliet, y con el fiscal del distrito de Chicago. Ha tenido un juicio honrado, un buen abogado... todo lo necesario. Tema dinero. Estaba en uno de esos numerosos negocios de señuelo donde la gente como él hace mucho dinero. —Ella le observaba, erguida e inmóvil—. Es un asesino, miss Worsham. Disparó al policía por la espalda. Un mal hijo de un mal padre. Él mismo lo ha reconocido y confesado después.

—Lo sé —dijo ella. Entonces se dio cuenta de que ella no le estaba mirando, no

le veía en absoluto—. Es terrible.

—También el asesinato es terrible —dijo Stevens—. Es mejor así. —Luego ella le miraba de nuevo.

—No estaba pensando en él. Estaba pensando en Mollie. No debe saberlo.

—Sí —dijo Stevens—. Ya he hablado con Mr. Wilmoth en el periódico. Está de acuerdo en no publicar nada. Telefonaré a los periódicos de Memphis, pero quizá sea demasiado tarde... Si pudiéramos convencerla de que volviese a casa esta tarde, antes de que los periódicos de Memphis... Fuera de aquí, donde la única persona blanca que vea sea a Mr. Edmonds, y yo le telefonaré; y aunque los tres negros se enterasen, estoy seguro de que no se lo dirían. Y luego quizá dentro de dos o tres meses yo podría ir allí y le diría que él había muerto y que estaba enterrado en cualquier sitio del Norte... —Esta vez ella le estaba observando con una expresión tal que él dejó *de hablar; seguía saltada allí, erguida sobre la dura silla, contemplándole hasta que terminó.*

—Ella querrá llevárselo a casa —dijo.

—¿A él? —dijo Stevens—. ¿El cuerpo? —Ella le observaba. Su expresión no era de disgusto ni de censura. Simplemente había encarnado en ella algo antiguo, sin tiempo, la femenina afinidad con la sangre y el dolor. Stevens pensó: *Ella ha venido a la ciudad andando con este calor. A menos que Hamp la haya traído en la calesa con la que va a vender huevos y verduras.*

—Es el único hijo de su hija mayor, de su primera hija muerta. Debe volver a casa.

—Debe volver a casa —dijo Stevens tan quedamente como ella—. Me cuidaré de ello inmediatamente. Telefonaré en seguida.

—Es usted muy amable. —Por primera vez se agitó, se movió. Observó sus manos tirando del bolso, oprimiéndolo—. Pagaré los gastos. ¿Podría darme una idea...?

La miró a la cara francamente. Dijo la mentira sin parpadear, rápidamente y con desenvoltura.

—Diez o doce dólares serán suficientes. Proporcionarán una caja y habrá que pagar sólo el transporte.

—¿Una caja? —De nuevo le miraba con aquella expresión curiosa y ausente, como si él fuese un niño—. Es su nieto, Mr. Stevens. Cuando lo recogió para educarlo, le dio el nombre de mi padre: Samuel Worsham. No una caja cualquiera, Mr. Stevens. Quiero saber lo que puede hacerse pagando un tanto al mes.

—No una caja cualquiera —dijo Stevens. Lo dijo exactamente en el mismo tono con el que había dicho Debe volver a casa—. Mr. Edmonds ayudará, me imagino. Y tengo entendido que el viejo Luke Beauchamp tiene dinero en el Banco. Y si usted me lo permite...

—No será necesario —dijo ella. La vio abrir el bolso; la vio contar sobre el escritorio veinticinco dólares en manoseados billetes y en monedas colocadas en filas

desde monedas de níquel hasta piezas de diez centavos y centavos—. Esto servirá para los gastos inmediatos. Yo se lo diré a ella... ¿Está usted seguro de que no hay ninguna esperanza?

—Estoy seguro. Morirá esta noche.

—Esta tarde le diré que ya está muerto.

—¿Desea usted que se lo diga yo?

—Se lo diré yo —dijo ella.

—¿Quiere usted que vaya a verla, entonces, y hable?

—Sería muy amable por su parte. —Luego se fue, erguida, y su paso frágil y leve, casi ligero sobre las escaleras dejó de oírse. Telefonó de nuevo, al director de la cárcel de Illinois, luego al dueño de la funeraria de Joliet. Luego una vez más atravesó la calurosa y desierta plaza. Sólo tenía que esperar un poco a que el director volviese de comer.

—Lo llevaremos a casa —dijo—. Miss Worsham y tú y yo y algunos más. Costará...

—Espera —dijo el director—. ¿Quiénes?

—Todavía no lo sé. Costará alrededor de irnos doscientos. No cuento las llamadas telefónicas; yo me ocuparé de ellas. Le sacaré algo a Caroches Edmonds la primera vez que lo coja; no sé cuánto, pero algo.

Y tal vez unos cincuenta por la plaza. Pero el resto será entre tú y yo, porque ella insistió en dejarme veinticinco dólares, que es justo el doble de lo que he intentado convencerla de que costaría y exactamente cuatro veces lo que ella puede permitirse pagar...

—Espera —dijo el director—. Espera.

—Y él llegará en el Número Cuatro pasado mañana y nosotros iremos a su encuentro, Miss Worsham y su abuela, la vieja negra, en mi auto y tú y yo en el tuyo. Miss Worsham y la vieja se lo llevarán a casa, j adonde nació. O donde la vieja lo educó. O donde intentó educarle. Y los funerales allí serán quince más, sin contar las flores...

—¿Flores? —gritó el director.

—Flores —dijo Stevens—. Di por todo doscientos veinticinco. Y probablemente la mayor parte nos tocará a ti y a mí. ¿De acuerdo?

—Nada de acuerdo —dijo el director—. Pero no j veo cómo puedo ayudar —dijo — aunque si pudiese, ayudar, la novedad valdría la pena. ¡Sería la primera vez en mi vida en que yo pagaría dinero por un original que ya había prometido de antemano no publicar!

—Ya has prometido de antemano que no lo publicarás —dijo Stevens.

Y durante el resto de aquella tarde cálida y sin viento, mientras los funcionarios del Ayuntamiento, y los jueces de paz y los alguaciles llegaban desde quince y veinte millas desde todos los términos del distrito, y subían las escaleras del despacho vacío y lo llamaban por su nombre y hacían un rato de antesala y luego se iban y volvían y

se sentaban de nuevo, acalorados, Stevens iba de tienda en tienda y de oficina en oficina en tomo a la plaza comerciantes y dependientes, propietarios y empleados, médicos, dentistas, abogados y barberos, con su breve y preparado discurso:

—Es para llevar a casa a un negro muerto. Es por la señorita Worsham. No hay que firmar ningún papel: sólo tiene que darme un dólar. O medio dólar. O un cuarto de dólar.

Y aquella noche después de cenar, anduvo a través de la oscuridad sin aire y llena de estrellas hasta la casa de Miss Worsham en el extremo de la ciudad y llamó con los nudillos en la tosca puerta principal. Le recibió Hamp Worsham —un viejo, con el vientre hinchado por las verduras de las que casi vivían él y su esposa y Miss Worsham, con ojos borrosos y una franja de cabellos blancos en torno a la cabeza y una cara de general romano.

—Ella le espera —dijo—. Ella dice que tenga la bondad de subir a su aposento.

—¿Está allí tía Mollie? —dijo Stevens.

—Estamos todos allí —dijo Worsham.

De modo que Stevens cruzó el vestíbulo iluminado por la lámpara (él sabía que toda la casa estaba todavía iluminada con lámparas de petróleo y que aún no tenía agua corriente) y precedió al negro subiendo por la escalera limpia y sin pintura a lo largo del descolorido papel de la pared, y siguió al negro viejo a lo largo del corredor y dentro de la limpia alcoba de invitados con su débil pero inconfundible olor de vieja solterona. Estaban todos allí, como había dicho Worsham: su esposa, una enorme mujer de color claro con un turbante de brillante colorido, apoyada en la puerta, Miss Worsham siempre erguida sobre una dura y recta silla, la vieja negra sentada en la única mecedora al lado de la chimenea en la que aún aquella noche unas pocas brasas ardían débilmente.

Ella tenía en la boca la boquilla de una pipa de barro pero no fumaba, en el hueco ahumado no había sino ceniza fría y blanca; y al mirarla realmente por primera vez, Stevens pensó: *Dios mío, no es mayor que un niño de diez años*. Luego se sentó también, de modo que los cuatro —él, Miss Worsham, la vieja negra y su hermano— hicieron un círculo alrededor de la chimenea de ladrillos en la que ardía el antiguo símbolo de la unión y la solidaridad humana.

—Estará en casa pasado mañana, tía Mollie —dijo él. La vieja negra ni siquiera le miró; nunca le había mirado.

—Ha muerto —dijo—. Faraón lo cogió.

—Vendieron a mi Benjamín —dijo la negra vieja—. Lo vendieron en Egipto. — Empezó a balancearse en la mecedora.

—Oh, sí, Señor —dijo Worsham.

—Calla —dijo Miss Worsham—. Calla, Hamp.

—He telefonado a Mr. Edmonds —dijo Stevens—. Lo tendrá todo preparado cuando ustedes lleguen.

—Roth Edmonds lo vendió —dijo la negra vieja. Se balanceó en la mecedora—.

Vendió a mi Benjamín.

—Calla —dijo Miss Worsham—. Calla, Mollie. Calla ahora.

—No —dijo Stevens—. No fue él, tía Mollie. No fue Mr. Edmonds. Mr. Edmonds, no... —*Pero ella no puede oírme*, pensó. Ni siquiera le miraba. Nunca le había mirado.

—Vendió a mi Benjamín —dijo ella—. Lo vendió en Egipto.

—Lo vendió en Egipto —dijo Worsham.

—Roth Edmonds vendió a mi Benjamín.

—Lo vendió al Faraón.

—Lo vendió al Faraón y ahora está muerto.

—Es mejor que me vaya —dijo Stevens. Se levantó rápidamente. Miss Worsham se levantó también, pero él no esperó a que ella le precediese. Se dirigió de prisa al vestíbulo, casi corriendo; ni siquiera sabía si le seguía o no. *Pronto estaré fuera*, pensó. *Entonces habrá aire, espacio, respiro*. Luego pudo oírla tras él— su paso frágil, leve, acelerado, aunque no apresurado como lo había oído al descender la escalera de su despacho, y tras él las voces:

—Vendió a mi Benjamín. Lo vendió en Egipto.

—Lo vendió en Egipto. Oh, sí, Señor.

Bajó las escaleras casi corriendo. Ahora no estaba lejos; ahora podía olerlo y sentirlo: la ventilada y simple oscuridad, y ahora podía reportarse, detenerse y esperar, volviendo hacia la puerta, contemplando a Miss Worsham que le había seguido hasta la puerta —la alta, blanca, erguida, anticuada cabeza acercándose a través de la anticuada lámpara. Ahora podía oír la tercera voz, que debía ser la de la esposa de Hamp— una afectiva y constante voz de soprano que se deslizaba sin palabras bajo las estrofas y las antiestrofas del hermano y la hermana.

—Lo vendió en Egipto y ahora está muerto.

—Oh, sí, Señor. Lo vendió en Egipto.

—Lo vendió en Egipto.

—Y ahora está muerto.

—Lo vendió al Faraón.

—Y ahora está muerto.

—Lo siento —dijo Stevens—. Le ruego que me perdone. Debía haberlo sabido. No debía haber venido.

—Es como debe ser —dijo Miss Worsham—. Es nuestro dolor.

Y en el cálido y luminoso día tras el día siguiente el coche fúnebre y los dos automóviles estaban esperando cuando llegó el tren del Sur. Había más de una docena de coches pero no fue hasta que llegó el tren que Stevens y el director empezaron a darse cuenta de la cantidad de gente entre negros y blancos. Luego, mientras los blancos desocupados y los jóvenes y los niños y probablemente medio centenar de negros, entre hombres y mujeres, observaban en silencio, los negros empleados en la funeraria alzaron el ataúd gris y plata del tren y lo llevaron al coche fúnebre y

quitaron rápidamente las coronas y los símbolos florales del último e inevitable fin del hombre e introdujeron el ataúd y volvieron a echar las flores y cerraron la puerta de golpe.

Luego, con Miss Worsham y la negra vieja en el auto de Stevens con el chófer que él había contratado y él y el director en el auto de este último, siguieron al coche fúnebre que se bamboleaba colina arriba desde la estación, yendo de prisa con la quejumbre del cambio de marchas en segunda hasta que alcanzó la cima, yendo todavía más de prisa pero con un untuoso y casi episcopal ronroneo hasta que entró lentamente en la plaza, la atravesó, circundando el monumento a la Confederación y el Palacio de Justicia, mientras los comerciantes y los empleados y los barberos y los profesionales que habían dado a Stevens los dólares y los cuartos de dólar y los que no habían dado nada, contemplaban silenciosamente desde las puertas en lo alto de las escaleras y desde las ventanas, y giró luego hacia la calle que en el extremo de la ciudad se transformaría en el camino vecinal que conducía a su destino diecisiete millas más allá, tomando velocidad de nuevo y siempre seguido por los dos coches que llevaban a las cuatro personas —la mujer blanca de la alta cabeza erguida, la vieja negra, el paladín designado por la justicia y la verdad y el derecho, el Doctor en Filosofía de Heidelberg— en una formal mezcla que completaba el catafalco del asesino negro: el lobo ejecutado.

Cuando llegaron al límite en la ciudad el coche fúnebre iba bastante de prisa. Pasaron rápidamente la placa de metal que decía Jefferson y el pavimento desapareció, inclinándose más allá hacia otra larga colina, transformándose en grava. Stevens extendió la mano y apagó el motor, de modo que el coche del director se deslizó en silencio, lentamente, mientras él empezó a frenarlo, y el coche fúnebre y el otro se alejaban como si huyeran, el ligero y seco polvo del verano saltando en chorro debajo de las ruedas veloces pronto desaparecieron. El director volvió el coche torpemente, haciendo chirriar los cambios, calándosele el motor y poniéndolo en marcha hasta que estuvo de espaldas al camino y de nuevo de cara a la ciudad. Luego descansó un momento con el pie sobre el embrague.

—¿Sabes lo que ella me pidió esta mañana, allá bajo, en la estación?

—Probablemente, no —dijo Stevens.

—Ella dijo: «¿Va usted a ponerlo en el periódico?».

—¿Qué?

—Eso es lo que yo dije —repuso el director—. Y ella volvió a decirlo: «¿Va usted a ponerlo en el periódico? Quiero que salga todo en el periódico. Todo «el asunto». Y yo hubiera querido decirle: «Si yo supiese por casualidad cómo ha muerto realmente, ¿querría que lo supiese también?». Y por Júpiter, si lo hubiese dicho y si ella hubiera sabido lo que nosotros sabemos, yo creo que ella hubiera dicho que sí. Pero no se lo dije. Dije únicamente: «Vamos, no podría leerlo, tía». Y ella dijo: «Miss Belle me mostrará dónde mirar y yo la miraré bien. Póngalo todo en el periódico. Todo el asunto».

—¡Oh! —dijo Stevens. Sí, pensó. A ella ahora no le importa Ya que tenía que ser y ella no podía detenerlo, y ahora que todo está trastocado y hecho y terminado, a ella no le preocupaba cómo ha muerto. Ella sólo quería llevarlo a casa, pero quería llevarlo a casa como es debido. Ella quería aquel ataúd y aquellas flores y él coche fúnebre y ella quería ir tras él en un automóvil a través de la ciudad—. *Vamos —dijo—. Volvamos a la ciudad. Hace dos días que no veo mi mesa de despacho.*

FIN



WILLIAM FAULKNER. Escritor estadounidense, William Faulkner es considerado como uno de los más grandes autores del siglo xx, galardonado en 1949 con el Premio Nobel de Literatura y considerado como uno de los padres de la novela contemporánea.

Nacido en el Sur de los Estados Unidos, Faulkner no llegó a acabar los estudios y luchó en la I Guerra Mundial como piloto de la RAF. Como veterano tuvo la oportunidad de entrar en la universidad pero al poco tiempo decidió dedicarse por completo a la literatura.

Tras cambiar habitualmente de trabajo, Faulkner publicó su antología de cuentos *La paga de los soldados* (1926) tras encontrar cierta estabilidad económica como periodista en Nueva Orleans. Poco después comenzaría a publicar sus primeras novelas en las que reflejó ese Sur que tan bien conocía, *El ruido y la furia* (1929) es la más conocida de este periodo. Luego llegarían obras tan famosas como *Luz de agosto* (1932), *¡Absalón, Absalón!* (1936) o *El villorrio* (1940).

Santuario (1931) fue, a la larga, su novela más vendida y la que le permitió dedicarse a la escritura de guiones para Hollywood. Sus cuentos más conocidos de esta época pueden leerse en *¡Desciende, Moisés!*, escrito en 1942.

Como guionista, habría que destacar su trabajo en *Vivamos hoy* (1933), *Gunga Din* (1939) o *El sueño eterno* (1946).

En el apartado de premios, Faulkner tuvo un reconocimiento tardío aunque

generalizado. Además del ya nombrado Nobel de Literatura también recibió el Pulitzer en 1955 y el National Book Award, este entregado ya de manera póstuma por la edición de sus Cuentos Completos.

Notas

[1] *toddy*: Toddy nace en Estados Unidos y a mediados de 1928. En sus inicios estaba elaborada con whisky, yema de huevo, miel, crema. También hubo otra variante a base de cacao, melaza y ron. (N. del Ed.) <<

[2] *blockade-runners*: barcos muy ligeros usados durante la Guerra de Secesión para llevar alimentos y armas rompiendo el bloqueo. (N. del T.) <<